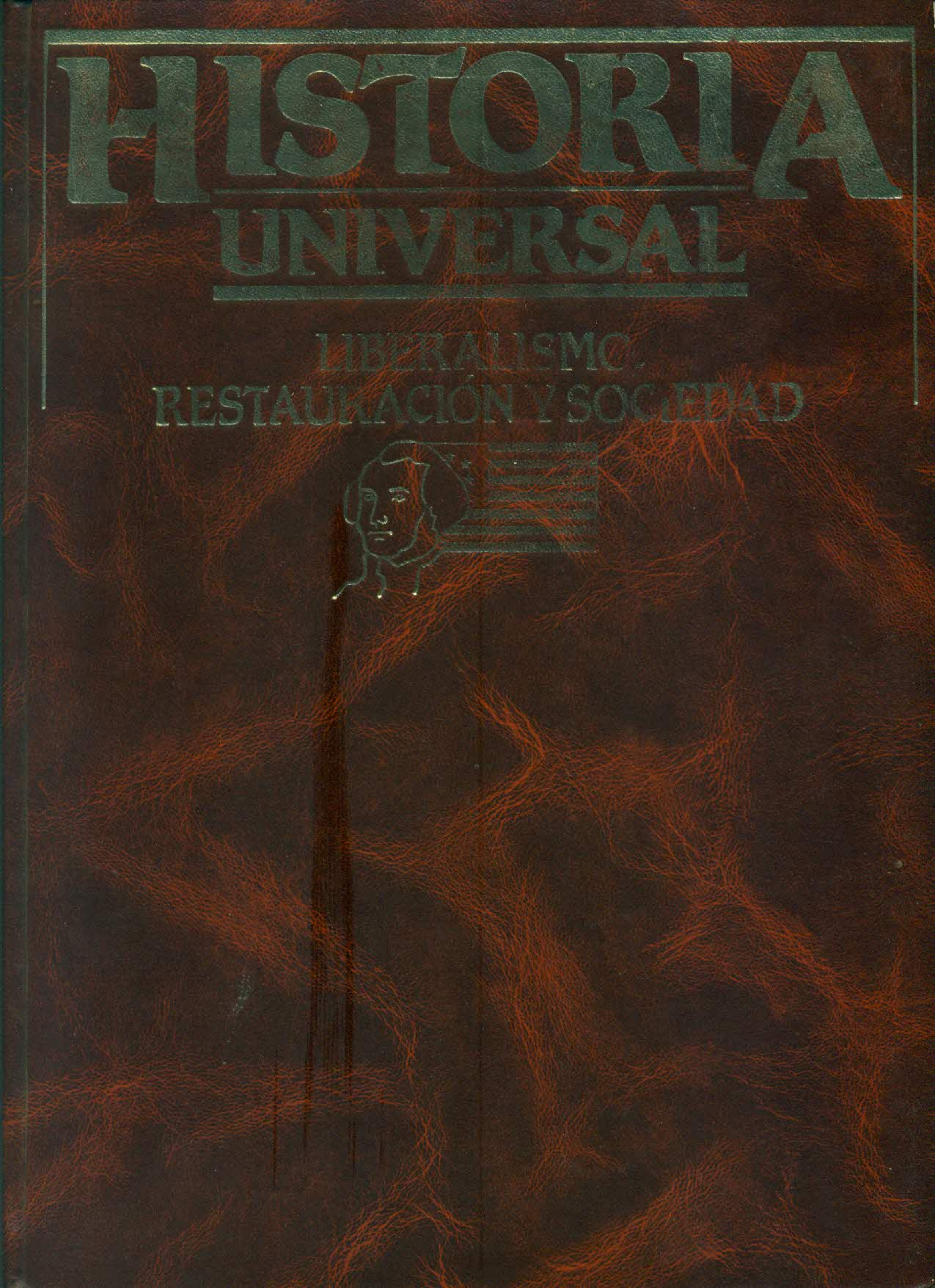
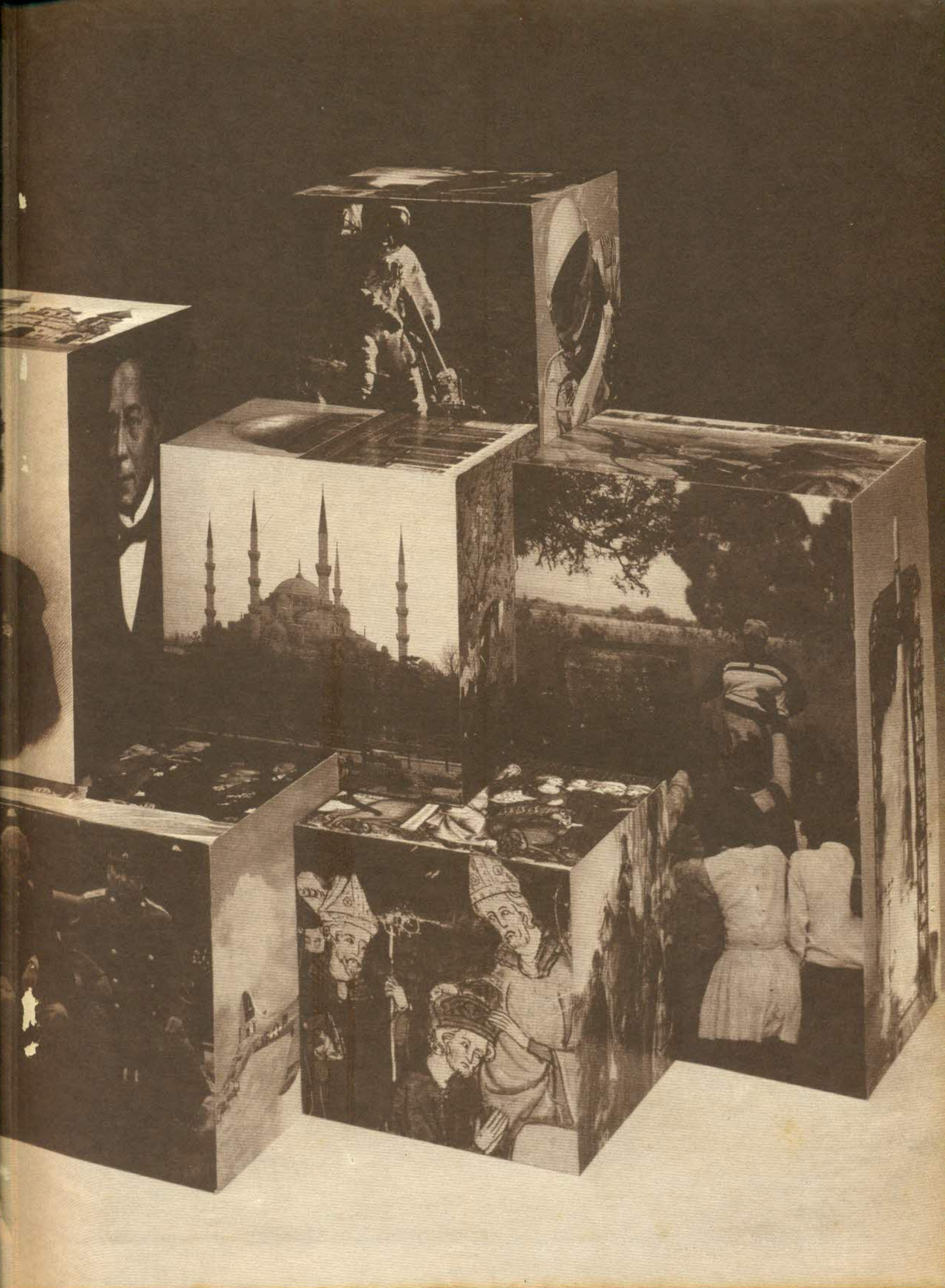

HISTORIA UNIVERSAL


HISTORIA
UNIVERSAL
LIBERALISMO,
RESTAURACIÓN Y SOCIEDAD





HISTORIA UNIVERSAL



LIBERALISMO, RESTAURACIÓN Y SOCIEDAD

EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archivo Mas, Barcelona; Archivo Nauta, Barcelona; Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín; Birmingham Museum and Art Gallery; CIRI, Barcelona; Deutsche Fotothek, Dresde; Elsevier, Amsterdam; Embajada de Estados Unidos, Madrid; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Heeresgeschichtliches Museum, Viena; Henry Francis Du Pont Winterthur Museum, Delaware; Kungliga Biblioteket, Estocolmo; Larousse, París; Mansell Collection, Londres; Mansell-Bulloz; Mary Evans Picture Library, Londres; McClancy Press, Londres; Musée Guimet, París; Musées Nationaux, París; National Portrait Gallery, Londres, Novosti Press Agency, Londres; Orbis-Giraudon; Orbis-John Carter Brown Library; Orbis-Library of Congress; Pensylvania Academy of the Fine Arts, Filadelfia; Pracownia Fotograticzna, Praga; Roger-Viollet, París; Salmer, Barcelona; Salmer-Algar; Salmer-Bevilacqua; Scala, Milán; Tate Gallery, Londres; Victoria and Albert Museum, Londres; Yale University Art Gallery, New Haven, Connecticut.

Edición original inglesa:

The Expanding World, The Modern World
(Illustrated History Series)
Publicada por
The Hamlyn Publishing Group Limited
(Londres, Nueva York, Sydney, Toronto)
Astronaut House, Hounslow Road, Feltham,
Middlesex, Gran Bretaña

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0755-4 (vol. II)
Depósito legal: **2.299 - 1983 (2)**
Impreso en España - Printed in Spain
11862/E

Edición original
EQUIPO DE REALIZACIÓN

Alan Smith
Gerald S. Graham
F.C. Jones
J.J. Tumelty
David Buisseret
R.R. Palmer
George Metcalf
Frank Thistlethwaite
G.R. Elton
Nathaniel Harris
Esmond Wright
Geoffrey Barraclough
R. Horsman
J.A. Hawgood
David Thomson
Christopher Andrew
Asa Briggs
James Henderson
David Gillard
George Shepperson
John Burnett
C. Duncan Rice
Esmond Wright
William H. McNeil

Edición española
EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección: **Bernat Muniesa,** *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*
José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos: Luis Belenes, Salvador Busquets, Mercè Cabo, Jordi Fiblà, Montserrat Font, Carlos Jordán, Guillem Jurnet, Esteban Liniés, Juana Nadal, Carmen Núñez, Ricard Riambau, Dolors Rotllant, Teresa Torns, Joan Xirau

Colaboradores: Ricardo Acedo, Pablo Antúnez, María Luisa Crispi, Jordi Domènech, Francisco Ramos, Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferran Hernández, Samuel Penalva, Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó

Cartografía: Eduardo Dalmau, Rafael Fernández, Rosa Mª Guijarro, Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga, José Romero, Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias, Ramón Laflor, Antonio Llord, Mª Dolors Mascasas

Sumario

LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

Introducción 10

La Revolución Norteamericana 12

El problema del Oeste 15
La Ley del Timbre 16
El desafío a la autoridad 17
El primer Congreso Continental 19
El segundo Congreso Continental 20
La independencia 21
La Guerra de Independencia 22
El camino hacia Saratoga 24
El Tratado de París 27
La Constitución 28
Hamilton y Jefferson 30
John Adams 31

La Revolución Francesa 33

El antiguo orden 34
El orden social 35
Luis XVI 38
El repliegue del absolutismo 40
Los Estados Generales 42
El inicio de la Revolución 43
La Asamblea Nacional 46
Las reformas y la Iglesia 47
La amenaza a la monarquía 48
La Asamblea Legislativa 50
La Revolución cobra impulso 50
La Convención 52
Los *sans-culottes* 52
El enemigo a las puertas de la ciudad 54
Revolución e insurrección 54
El momento álgido de la Revolución 55
El Comité de Salud Pública 56
El Terror 57
Los jacobinos 59
La caída de Robespierre 60
Los hombres de Thermidor 60

De la Revolución al Imperio 62

El ascenso de Napoleón 62
El Consulado 64
El *condottiere* 64
El Primer Cónsul 68
El Imperio hasta Tilsit 71

La caída de Napoleón 74

Prusia 76
Europa bajo Napoleón 77
Rusia 78
La retirada de Moscú 80
El inicio del cambio 82
El derrumbe del Imperio de Napoleón 84
La invasión de Francia 84
Abdicación y exilio de Napoleón 86
Luis XVIII 87
El Congreso de Viena 87
Los Cien Días 90
La batalla de Waterloo 90
El último acto 92

EUROPA EN EL SIGLO XIX

Introducción 96

La Nueva Europa 99

La Europa industrial 101
La revolución del transporte 102
La burguesía avasalladora 103
Los desheredados 104
Reformistas y utópicos 104
El triunfo de la ciencia 106
La era romántica 107
Gran Bretaña después de Waterloo 108
La reforma de la clase media 110
La nueva ley de los pobres 111
El comienzo de la época victoriana 111
El desfío cartista 113
El triunfo del librecambismo 114
El Imperio británico 114

La primavera de las naciones 118

Alemania y Polonia 122
El nacimiento de la Bélgica moderna 122
La crisis de 1848 123
La cuestión oriental 128
El despertar de Grecia 128
El Egipto de Mohamed Alí 130
La disputa sobre los Santos Lugares 131
El "hombre enfermo de Europa" 132
La Guerra de Crimea 132

Rusia: el fracaso del liberalismo 134

Los decembristas 134
Autocracia y ortodoxia 136
La nueva Rusia 136
La intelectualidad 137
Las consecuencias de la Guerra de Crimea 138
La abolición de la servidumbre 138
La insurrección polaca 139
El desarrollo económico de Rusia 140

Francia desde la restauración hasta Napoleón III 141

La restauración borbónica 141
Carlos X 142
Los gloriosos días de 1830 143
La Monarquía de Julio 144
El ministerio de Guizot 145
La revolución de 1848 146
Los Talleres Nacionales 147
El retorno de Luis Bonaparte 148
El imperio aristocrático 150
El asunto Orsini 150
El imperio liberal 150

La decadencia española del siglo XIX 152

Las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII 152
La Guerra de la Independencia 154
La dualidad de gobiernos 154
El retorno de Fernando VII y la reimplantación absolutista 156
El Trienio Constitucional 158
Los Cien Mil Hijos de San Luis 158
La década ominosa 158
La independencia de las colonias americanas 160
La guerra emancipadora 160
El primer período de la guerra independentista 160
El segundo período: la culminación independentista 161
La regencia de María Cristina 163
Los avatares carlistas 165
El reinado de Isabel II 166
El bienio progresista 166
Hacia el final del reinado de Isabel II 167
La revolución de 1868 168
El sexenio revolucionario 169
La I República 171

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico*, que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras."

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
2 – Liberalismo, restauración y sociedad
3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
5 – Siglo XX: la era nuclear
6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII

7 – Los orígenes de la civilización
8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
9 – Cristianismo y feudalismo
10 – El tránsito a la Edad Moderna
11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

A – 7 – Los orígenes de la civilización
B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
C – 9 – Cristianismo y feudalismo
D – 10 – El tránsito a la Edad Moderna
E – 11 – La nueva Europa y el absolutismo
F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
H – 3 – Industrialización e imperialismo
I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
L – 12 – Atlas histórico



LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

Introducción

La segunda mitad del siglo XVIII es la Era de las Revoluciones. Hay en las revoluciones algo más que una transición de índole rápida y violenta, y las del mundo occidental –la puritana en Inglaterra, las Revoluciones norteamericana y francesa y la Revolución rusa–, tuvieron todas ellas un resultado constructivo. De hecho, se ha afirmado acertadamente que «una revolución es un cambio ilegal en las condiciones de la legalidad». La revolución es siempre ilegal, pero su meta no carece de ley. Comienza con un reto dirigido a una autoridad anterior y acaba por crear otra nueva; por eso, la norteamericana concluyó con el establecimiento del nuevo gobierno de los Estados Unidos, y la francesa con la organización napoleónica de la Francia moderna.

Hay una razón poderosa para tratar a la par las revoluciones norteamericana y francesa, si bien es cierto que Francia y las Trece Colonias diferían en muchos aspectos. Francia tenía una población diez veces superior, más urbanizada, más civilizada y mucho más aquejada por los problemas de riqueza, pobreza y privilegio que tan a menudo afligen a una sociedad antigua y compleja.

No obstante, los acontecimientos en ambos países forman parte de un conjunto más amplio. Fue la ayuda francesa lo que permitió a los norteamericanos llegar a una decisión clara en su guerra independentista. Esa guerra fue, en realidad, una más en la serie de conflictos anglofranceses que se sucedieron intermitentemente desde los tiempos de Luis XIV a los de Napoleón Bonaparte. Pero el apoyo francés al desmembramiento del Imperio británico, sólo tuvo un éxito breve, pues los gastos causados por la guerra norteamericana en Francia convirtieron sus crónicos déficits en una paralización financiera y ocasionaron una ruptura del orden social. El ejemplo de la rebelión en América del Norte tuvo luego una consecuencia directa en la Revolución francesa.

Los norteamericanos ilustrados, como John Adams y Thomas Jefferson, leían mayoritariamente libros ingleses, pero también compartían aquella ansia de saber de la que los intelectuales franceses eran los principales portavoces. Por otra parte, varios franceses que asumieron papeles revolucionarios en 1789 –Lafayette, Mirabeau, Condorcet, Brissot y Mounier– llevaban ya largo tiempo hablando, pensando o escribiendo acerca de la Revolución norteamericana y sus nuevas ideas.

Estas ideas, compartidas en Francia y Norteamérica, inspirarían todos los movimientos liberales y democráticos de los tiempos modernos. Algunas se habían anticipado ya en Inglaterra en el siglo XVII, y en parte volvían a manifestarse en forma de pacífica petición de reformas en la misma Inglaterra, Escocia e Irlanda, haciéndose muy palpables desde los días de la Revolución norteamericana.

También existían ideas similares en casi toda Europa. Sucedió que, cuando los franceses ocuparon Italia, Alemania, Holanda o Polonia, en estos países encontraron personas dispuestas a colaborar con ellos. La Revolución se proyectó hacia el exterior provocando notorias consecuencias.

La base de las ideas revolucionarias era compleja, diversa e internamente conflictiva. Algunas prosperaban más que otras en diferentes épocas y distintos lugares, pero es fácil establecer unos fundamentos comunes. Estaba, por ejemplo, el principio de la soberanía popular, que unas veces significaba «autodeterminación nacional» o «independencia», y otras indicaba que la autoridad definitiva debía radicar en los gobernados y no en el gobierno, en una clase gobernante, o en una élite o familia que detentara las riendas del poder.

Este principio se identificó con el ideal republicano y también con la monarquía constitucional. Implicaba unas ideas de representación y de gobierno limitado que habían existido ya en Europa desde la Edad Media, pero que ahora se actualizaban con gran fuerza. La igualdad entre los ciudadanos, mejor que la jerarquía de grados y órdenes, había de ser la base de la representación. La libertad, un antiguo ideal, ostentaba ahora el sello de la libertad individual.

Debía haber libertad de pensamiento y de expresión, sometida a las necesidades del orden público, que a veces, como ocurrió bajo Robespierre o Napoleón, fueron planteadas para forzar el silencio de la oposición política. Debía haber libertad de religión. En el Estado moderno, las personas de cualquier religión, o sin religión, debían gozar de los mismos derechos cívicos y tener los mismos deberes. Era necesaria una constitución escrita, un documento deliberada y racionalmente redactado y aceptado por todos. No un mero legado de costumbres y prácticas familiares.

Estrechamente vinculada a la anterior, estaba la idea de la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Todos los magistrados, desde el rey (si lo había) hacia abajo, tenían una función delegada, y los tribunales de justicia habían de ser más racionales, expeditivos y humanos. El hombre tenía derechos, por naturaleza y como ciudadano, y éstos tenían que ser específicamente declarados y garantizados contra todo poder arbitrario. Norteamericanos y franceses hicieron públicas muchas de tales ideas, y la Declaración de los Derechos Humanos francesa de 1789, fue el documento más memorable de la época.

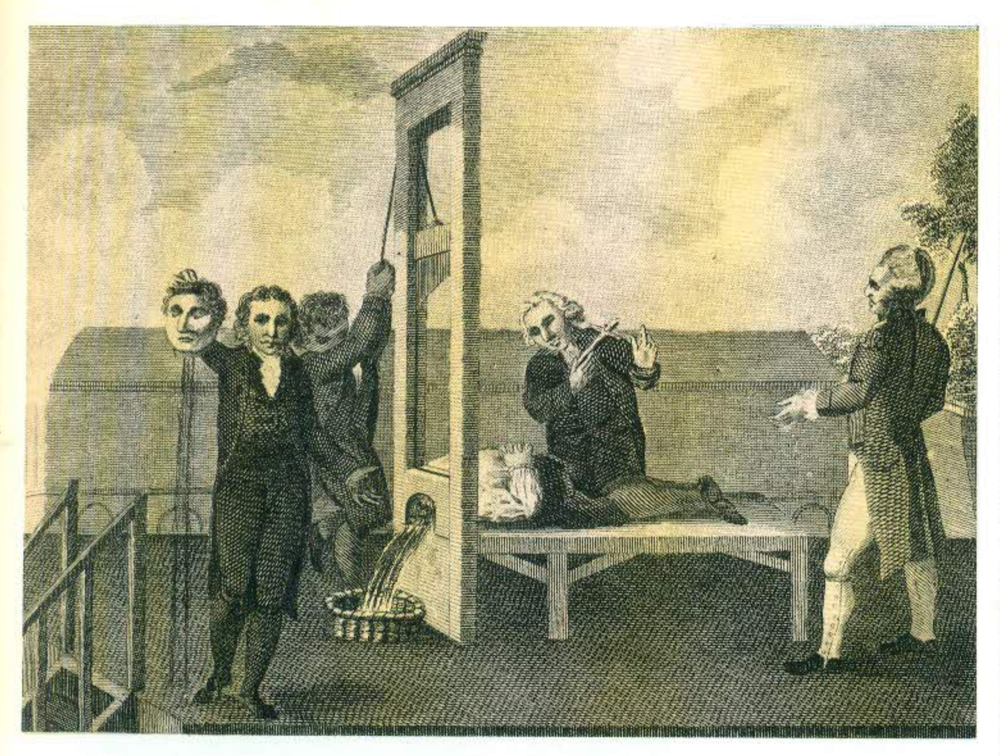
Si bien las revoluciones norteamericana y francesa defendieron ideas igualitarias, entre ambas hubo grandes diferencias. La norteamericana fue mucho menos violenta y quizá menos revolucionaria. Antes de la revolución, los grupos dirigentes en Norteamérica eran menos obstinados, menos ricos, menos fanáticos y menos detestados que las clases dominantes francesas.

El gobierno inglés no era realmente despótico, y antes de 1776 los gobernantes y las tropas británicas establecidas en Norteamérica no eran considerados como extranjeros. Se hicieron acreedores a numerosas críticas, pero hay toda una escuela historiográfica que ha calificado la Revolución norteamericana como una guerra civil en el seno del Imperio británico, con personas descontentas en ambos bandos del Atlántico y opuestas a la monarquía y al Parlamento de entonces. La causa definitiva de la ruptura debe buscarse en el hecho de que Inglaterra y sus colonias se habían desarrollado en direcciones contrarias en las cuatro o cinco generaciones transcurridas desde el primer asentamiento colonial. En cierto modo, las colonias eran ya «democráticas», en tanto que Inglaterra se encontraba en el apogeo de su aristocracia terrateniente y con un Parlamento sin reformar.

La Revolución norteamericana es recordada, en parte, como el primer intento afortunado en busca de una independencia colonial. Marca el inicio del derrumbe de los primeros imperios europeos de ultramar; es decir, fue seguida por las revoluciones latinoamericanas y por la creciente autonomía de Canadá y todos los dominios británicos.

A veces es considerada también como un precedente de las revoluciones anticolonialistas de Asia y África en el siglo XX. Hay, desde luego, paralelos, pues los norteamericanos no hicieron más que repudiar una autoridad considerada ajena a ellos.

La Revolución francesa tuvo un carácter más amplio y significativo, y se convirtió en prototipo de «revolución». Pasó por una serie de fases cada vez más radicales y se enfrentó a los intentos contrarrevolucionarios organizados. Forjó, además, una psicología de liberación mundial, sólo





Retrato de George Washington (1732-1799) pintado probablemente por Gilbert Stuart. El cuadro fue salvado del Capitolio cuando las tropas británicas incendiaron la ciudad de Washington y se halla actualmente en la Casa Blanca.

Izquierda, ejecución de Luis XVI de Francia, en enero de 1793. Esta muerte abrió vías al cambio e inició los acontecimientos revolucionarios.

igualada por la intervención austro-húngara para liberar al rey de Francia en 1792.

En Francia, a diferencia de Norteamérica, se transformó toda la estructura social. Desaparecieron antiguas formas de ingresos estatales, como el derecho a percibir impuestos y diezmos feudales, y también los privilegios de clase en la tributación, que eran, de hecho, una forma de ingreso económico. A una escala mucho mayor, la propiedad inmobiliaria cambió de manos, cuando tierras y edificios, tanto en las ciudades como en el campo, pertenecientes a la Iglesia o a nobles que habían huido al extranjero, fueron adquiridos por los campesinos o por las clases medias.

Las transformaciones en el gobierno local, incluido un nuevo plan de organización municipal, alteraron las relaciones sociales entre las clases más acomodadas y el pueblo llano, y demostraron ser más duraderas que las reformas constitucionales realizadas a más alto nivel. La Iglesia fue reformada en su totalidad. Católicos, protestantes, judíos y agnósticos obtuvieron los mismos derechos, y lo mismo ocurrió con los negros libres. Por su parte, la esclavitud fue abolida en las colonias en 1794, aunque luego fue restablecida. El matrimonio, la familia, las escuelas y la selección y adiestramiento de una élite educada se fundamentaron en nuevas bases.

La economía se expandió con la abolición de los gremios, de los aranceles regionales y de otras antiguas disposiciones. Se benefició con las contribuciones de nuevas escuelas técnicas, museos públicos, concesión de premios a los inventores, y el sistema monetario y métrico decimal. Incluso la guerra se transformó. El ejército de soldados ciudadanos, basado en el entusiasmo popular y con promoción a los más altos grados de acuerdo con los méritos (fenómeno ya vigente en Norteamérica, pero desconocido en Europa), adquirió ahora un carácter sistemático en Francia, como correspondía a un país de 25 millones de habitantes, en guerra con las potencias europeas.

Todas estas evoluciones estimularon la conciencia nacional, así como los sentimientos de asociación, compromiso, unidad e interés común dentro del Estado, pero los principales beneficiarios inmediatos de la Revolución francesa fueron, sin lugar a dudas, las clases medias. Gentes que en la ciudad o en el campo habían obtenido, o podían obtener, alguna propiedad, junto con una buena educación y una superior posición social. Muchos de los miembros de la antigua aristocracia fueron desposeídos, y las clases asalariadas y artesanales no recibieron soluciones duraderas para su difícil existencia.

La Revolución expresó un complejo y agudo conflicto de clases. Los inicios de un movimiento obrero, en 1793, fueron rápidamente sofocados. Cabe afirmar que en la Revolución francesa no se manifestó ningún tipo de socialismo, pero cuando surgió un socialismo revolucionario en la generación siguiente, se buscaron en la Revolución francesa precedentes y estímulos. Desde finales del siglo XVIII, la idea de Revolución, tanto por creer en ella como por temor a la misma, ha sido una característica de nuestro mundo.

La Revolución norteamericana



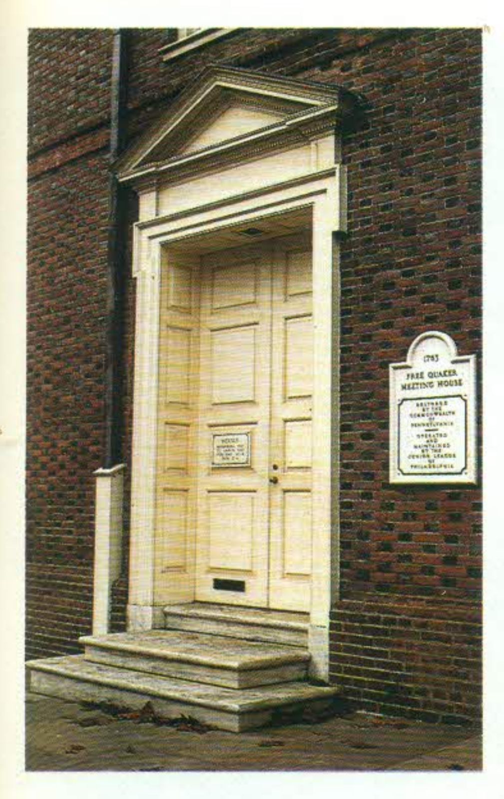
En el año 1763, las colonias británicas en Norteamérica no se limitaban al litoral atlántico. Se extendían desde la bahía de Hudson, Terranova, Nueva Escocia y Quebec al norte, hasta los cayos de Florida al sur, y a través de las islas del Caribe, desde las Bermudas hasta Jamaica, y desde Dominica y St. Vincent hasta Grenada. Gran Bretaña también dominaba Belice y la Costa de los Mosquitos en América Central. Por su parte, Francia era dueña de las islas azucareras del Caribe —Guadalupe, Santo Domingo, Martinica y Santa Lucía— que algunos consideraban más valiosas que el vacío Canadá, y de Cayenne en la Guayana. Luisiana, Cuba y La Española, eran posesiones españolas.

Sin embargo, era Gran Bretaña la potencia dominante, tanto en el continente como en el Caribe, con 270 buques en el mar y 16.000 marinos. Precisamente porque no podían ser producidas en la metrópoli, las materias primas americanas —azúcar y arroz, tabaco y madera, pieles y pesca— eran la justificación de la existencia de las colonias.

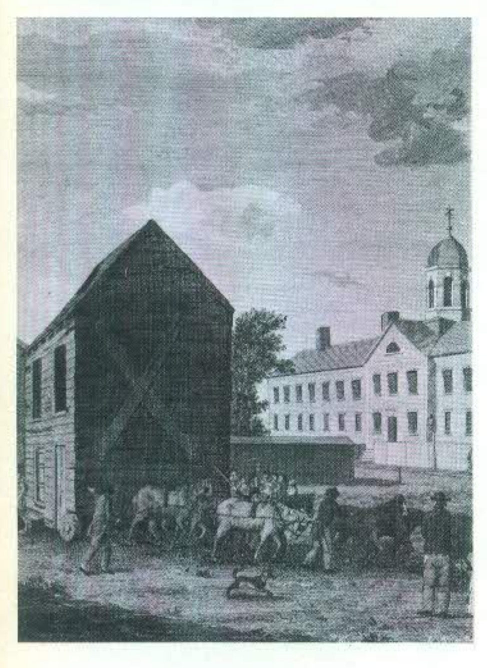
A cambio de todos estos productos, se dispensaba a las colonias protección militar y naval, así como vínculos comerciales, y se les vendían los artículos manufacturados, telas de batista y otros géneros corrientes o de lujo que necesitaran. El Imperio británico, al igual que todos los imperios, se fundó para mayor beneficio de la metrópoli. Sin este impulso, el Imperio no hubiera existido.

Las colonias del continente se extendían a lo largo de 2.500 kilómetros en la costa de Norteamérica, y en 1763 apenas se adentraban más de 150 kilómetros hacia el interior. En cada extremo había un puesto de avanzada militar o naval. Terranova era una diminuta colonia de 6.000 habitantes, pero este número se doblaba en verano, al ser barridos los Grand Banks en busca del bacalao y la caballa. Florida, conquistada a España en 1763, era considerada como una frontera frente al Oeste, dominado por los españoles y en donde habitaban las tribus amerindias: los creeks, los choctaws y los cherokees. A las adquisiciones de 1713 —el Territorio de la bahía de Hudson, Terranova y Nueva Escocia— se agregó en









1763 la vasta provincia de Quebec. A Nueva Escocia se le concedió una asamblea representativa en 1758, y en 1775 su población llegaba a los 20.000 habitantes. Sin embargo, Quebec era francesa en su carácter y no estaba preparada para una forma de gobierno representativo.

Desde Massachusetts hasta Georgia, las colonias británicas variaban considerablemente en cuanto a carácter, gobierno y economía. En 1763, la mayoría de ellas se encontraban bajo el gobierno directo de la corona, a excepción de Pennsylvania, Delaware y Maryland (propiedad de familias privadas) y de las provincias autónomas de Connecticut y Rhode Island, que contaban con gobernadores y asambleas electos. Cualesquiera que fueran sus poderes o su dependencia de Gran Bretaña en cuanto a protección y comercio, las comunidades coloniales estaban consolidadas.

La estructura social de las colonias del continente era aristocrática. En Virginia, en Carolina del Sur y en el Valle del Hudson, el poder radicaba en las familias allí establecidas desde largo tiempo y tenía sus raíces en la tierra. Los terrenos propiedad de la familia Fairfax, en Virginia, se extendían desde la costa hasta las fuentes del Potomac. Maine era una propiedad privada de sir William Pepperrell, el conquistador de Louisburg. Gran parte de Georgia pertenecía a sir James Wright. Incluso en la Nueva Inglaterra congregacionalista, los asientos en la iglesia, al igual que el acceso de los estudiantes a Harvard y Yale, se distribuían de acuerdo con la propiedad y la clase social. El tamiz selectivo se basaba en «propiedad, virtud e inteligencia», por este orden. Entre estos propietarios se reclutaban los consejos coloniales, que eran «los amigos del gobierno».

No obstante, la sociedad colonial no era rígida. La facilidad con que se adquiría la propiedad, debilitaba el sentido de la división de clases. George Washington, un protegido de los Fairfax, tuvo muy escasa educación y en gran parte se hizo a sí mismo. Lo mismo cabe decir de John Macpherson, emprendedor naviero de Fi-

Arriba, la casa de George Washington, en Mount Vernon, a orillas del Potomac. Este edificio es actualmente monumento nacional.

Izquierda, arriba, la Casa de los Cuáqueros, donde los seguidores de esta secta, en 1783, tuvieron sus primeras reuniones en América.

Izquierda, abajo, cárcel de Filadelfia. A mediados del siglo XVIII, esta ciudad llegó a ser la más floreciente del Imperio Británico después de Londres y se convirtió en la primera capital de los Estados Unidos (1790-1800).

Página anterior, arriba, estatua de James Robertson y John Donelson dándose la mano. El primero construyó el fuerte Nashborough, que se ve al fondo, y fue el fundador de Nashville.

Página anterior, abajo, restos del fuerte español de San Marcos en St. Marks, Florida, construido en 1718.





ladelfia; de Benjamín Franklin, que lo debía todo a su pluma y a su imprenta; de John Hancock, comerciante y contrabandista, y del artista J.S. Copley. Había oportunidades abundantes para abrirse camino hacia las clases altas.

Por debajo de esta gente había una clase media formada por el clero, tenderos, maestros y artesanos, y más abajo las amplias clases trabajadoras, muchos de cuyos miembros llegaron a Norteamérica firmando contratos por varios años. Entre ellos había numerosos alemanes en Pennsylvania y, particularmente en el oeste y en la frontera, escoceses e irlandeses.

También la clase trabajadora produjo hombres de gran empuje: Matthew Thornton, de New Hampshire, que firmó la Declaración de Independencia; William Buckland, constructor del Gunston Hall, y Charles Thompson, secretario del Congreso Continental. «Podéis estar seguros –afirmó William Allen, clérigo y escritor norteamericano– de que éste es uno de los mejores países del mundo para los hombres pobres».

Era, además, Norteamérica un país en rápido crecimiento. Aunque con anterioridad a 1763 progresó con lentitud hacia el oeste, lo hizo con mayor rapidez una vez quedó eliminada la amenaza francesa. Su población aumentaba constantemente. El número medio de hijos en una familia era de 7,5 y la población se doblaba con cada generación. «Una solterona o un solterón son tan raros entre nosotros como un cometa, y se les considera de tan mal agüero como éste», escribió William Byrd. En 1763, la población alcanzaba casi los 2 millones de habitantes, de los cuales una cuarta parte, aproximadamente, eran alemanes, escoceses e irlandeses, y una quinta parte negros. En 1775, llegaba ya a los 2 millones y medio. Quince años más tarde, en 1790, cuando se hizo realmente el primer censo, éste dio un total de 3.929.214 habitantes, de los que unos 757.208 eran negros.

El problema del Oeste

Muy pocos contemporáneos preveían o pronosticaban la independencia para las colonias británicas, pero algunos observadores franceses esperaban, desde luego, graves trastornos. «Las colonias son como frutos que sólo se adhieren al árbol hasta que maduran», era la opinión de Turgot, estadista y economista francés. Benjamin Franklin, el más equilibrado y avispado de los observadores, preveía un mundo en el que el peso de la población y del poderío económico radicaría en la orilla americana del Atlántico, aunque él no deseaba un futuro de Estados separados. En la década de 1760, Franklin era un hombre de la «Vieja Inglaterra», como la inmensa mayoría de los norteamericanos.

No había motivo en 1763, para prever la posibilidad de una independencia. Las colonias de la Norteamérica continental eran fundaciones inglesas que reflejaban los valores y las instituciones del

Administradores del territorio de Georgia con indios que les vendieron sus tierras, en una reunión en Londres, en 1734.

Página anterior, detalle del cuadro Tratado de William Penn con los indios, *de Benjamin West. (Pennsylvania Academy of the Fine Arts, Filadelfia).*

Viejo Mundo. El mar era su línea de comunicación y su comercio estaba vinculado provechosamente a Gran Bretaña mediante el sistema mercantil. Sus fronteras terrestres progresaban muy lentamente tierra adentro y estaban amenazadas por imprevisibles tribus indias frente a las cuales Gran Bretaña otorgaba protección. Los iroqueses de Nueva York mostraban un talante amistoso, pero no ocurría lo mismo con los creeks, los choctaws y los cherokees. Entre 1759 y 1761, hubo una sangrienta guerra con estos últimos, y en 1763, indignados ante la perspectiva de caer bajo el yugo británico y sobre todo por la de ver sus tierras arrebatadas por los colonos blancos, los ottawas se alzaron en armas, acaudillados por su jefe Pontiac. Fueron reducidos en 1763 por el coronel Henry Bouquet, pero no antes de que hubieran tomado todos los puestos avanzados del oeste, excepto Detroit y Fort Pitt, y de que hubieran dado muerte a unos 200 colonos y mercaderes. De nuevo, la derrota había sido realizada por los soldados regulares británicos, debidamente pagados por el gobierno de Gran Bretaña, y no por un ejército colonial. Norteamérica seguía dando la impresión de ser un mundo vulnerable, dependiente y muy dividido.

Para aplacar a los indios, en 1763 el gobierno británico proclamó que las tierras al oeste de los Apalaches eran «reserva india». En ellas, quedaba prohibido el asentamiento de blancos y quienes comerciaran con los indios, debían poseer la correspondiente licencia. Esta medida liberal fue obra, en gran parte, del conde de Shelburne como presidente de la Cámara de Comercio, y estaba destinada no sólo a tranquilizar a los indios, sino también a garantizar el comercio de pieles. Tuvo el efecto ulterior de confinar a los colonizadores en las zonas costeras y limítrofes, con lo cual se esperaba desalentar no sólo el movimiento hacia el oeste, sino también el crecimiento de la población y con ello el de la industria manufacturera colonial.

Pero lo que fue bien acogido por los indios, desagradó profundamente a los colonizadores. Sobre todo los que ya habían ocupado tierras, y los hombres de la frontera vieron en la proclamación una barrera que había de ser derribada o ignorada, pues constituía un obstáculo en su marcha hacia las buenas tierras de los valles fluviales del oeste, y por tanto, en el logro de los beneficios consiguientes. Era además, decían, una infracción de las cláusulas «de mar a mar» de las cartas coloniales, que permitían una continua expansión hacia el oeste.

Muchos colonizadores destacados, como George Washington en Mount Vernon, o como Franklin, que negociaba en Londres un permiso para sus planes de explotación en el valle del Ohio, se disgustaron por la interferencia en sus proyectos. (De hecho, Washington hizo caso omiso de las restricciones.) Además, la maquinaria que regulaba el comercio con los indios y los puestos militares establecidos en el oeste para atajar cualquier rebelión india, imponía una onerosa carga financiera a Gran Bretaña. En 1763, la deuda nacional llegó a los 133 millones de libras esterlinas, lo que suponía un aumento de 60 millones en ocho años. El costo adicional de la defensa colonial amenazaba con hacerse abrumador y, por tanto, llegó el momento de aplicar una nueva política. Ésta fue lapidaria y bien meditada, como cabía esperar de George Grenville, el primer lord del Tesoro, pero, irónicamente, fue también la primera etapa de la independencia.

La Ley del Timbre

Grenville planeaba situar un ejército permanente en Norteamérica para proteger los asentamientos contra los indios y también contra algún posible nuevo ataque francés, y creyó justo que los coloniales sufragaran una tercera parte de sus gastos. También trató de aplicar más estrictamente las Leyes de Navegación de 1651 y 1660, que habían limitado el transporte de las manufacturas de las colonias a los buques británicos o coloniales, y en 1764 aprobó la Ley del Azúcar, por la que el impuesto sobre azúcar y melazas quedaba reducido a fin de facilitar su recaudación. Estas leyes habían de entrar en vigor y, con el fin de conseguir fondos para satisfacer una parte de los costos de la defensa, se presentó un proyecto de Ley del Timbre, o *Stamp Act*, por la que había de aplicarse un impuesto sobre periódicos y folletos, naipes y dados, y documentos legales. La *Stamp Act* se utilizaba en Inglaterra desde 1694, y los impuestos que habían de recaudarse a través de ella eran, en América, mucho menos onerosos que en Gran Bretaña. La opinión colonial fue cuidadosamente sondeada de antemano y todos los agentes coloniales (delegados de las colonias, con sede en Londres) fueron debidamente consultados, pero no presentaron ningún plan alternativo. De hecho, la rapidez con la que algunas distinguidas figuras coloniales, como George Mercer, de Virginia, y Jared Ingersoll, de Connecticut, aceptaron los puestos de distribuidores del timbre, no hacía prever el menor indicio de la inminencia de una crisis.

Sin embargo, la oposición colonial fue inmediata y careció de uniformidad. En Virginia, Patrick Henry presentó en la Casa de los Burgueses una serie de resoluciones en las que atacó a la ley y al rey. «Si esto es traición –dijo–, saquémosle el mayor provecho posible.» En Boston, Sam Adams organizó un grupo que tomó el nombre de «Hijos de la Libertad», con la intención de impedir la venta de sellos con amenazas o por medio de acción directa contra quienes los utilizaran. Los comerciantes del este boicotearon las mercancías británicas, y delegados de nueve colonias se reunieron en City Hall, Nueva York, en el llamado Congreso de la Ley del Timbre, pidiendo que se rechazara la ley y proclamando una «Declaración de Derechos». En ésta se decía que, puesto que los coloniales no estaban representados en el Parlamento, no se les podían aplicar impuestos sin su consentimiento.

El hecho de que el gobierno británico no esperase resistencia a sus propuestas y, en cambio, se encontrase con una protesta masiva, es una indicación del abismo que separaba el Viejo Mundo del Nuevo, fruto, en parte, de la distancia geográfica: «Los mares fluyen y los meses pasan entre la orden y la ejecución», dijo Edmund Burke, y en parte –y con carácter más fundamental– de la psicología nacional. El Nuevo Mundo estaba poblado ahora por gran número de gentes que no tenían vínculos de afecto o de interés con Inglaterra y que, aunque fuesen ingleses por religión y situación, eran disidentes. Casi 5.000 kilómetros de aislamiento respecto a Europa, imposibilitaban toda representación política auténtica, y la existente se hizo insoportable.

Muchas colonias se estaban convirtiendo en la práctica en estados independientes, como reconocieron algunos gobernadores tales como sir Francis Bernard, de Massachusetts, y Robert Dinwiddie, de Virginia. Uno de los lazos que gradualmente se veía mas afectado era el religioso, pues en las colonias había un creciente temor al anglicanismo y a la imposición de un control por parte de Londres.

Cuando Greville presentó su *Stamp Act*, apenas tenía noción de la inquietud de las colonias. Lo más penoso de todo era que pocos, en Gran Bretaña, advertían la magnitud de las diferencias entre ellos y las poblaciones coloniales, o prevenían que en las Trece Colonias había una nación en proceso de nacimiento. Pero quienes lo sabían, carecían de poder y no eran consultados.

El Parlamento británico inicialmente no cedió a la insubordinación. No aceptó el principio de «no hay impuestos sin representación», pues más del 90% de la población británica estaba tan desprovista de derechos como los americanos. Pero, aunque sin ninguna abrogación de soberanía

–de hecho, se aprobó un proyecto de ley declaratoria en la que se afirmaba la total autoridad del Parlamento para elaborar leyes que ataran a las colonias «en todos los casos, cualesquiera que fueren»–, el gobierno, entonces dirigido por el marqués de Rockingham, derogó la *Stamp Act* en febrero de 1766. Esto se debió en parte al hábil alegato de Franklin ante la Cámara de los Comunes, y sobre todo a las consecuencias económicas del boicot. Los coloniales consideraron haber ganado el primer asalto del combate y lo celebraron con fogatas y con la erección, en Nueva York, de estatuas en honor del rey Jorge III y de William Pitt. Ni el buen humor ni las estatuas durarían mucho tiempo.

El desafío a la autoridad

La elección de héroes por parte de los coloniales –Rockingham, John Wilkes y William Pitt– era significativa. Grenville, con lógica propia de abogado, había considerado a la vez legal y práctico aplicar impuestos a las colonias. Rockingham, uno de los primeros líderes de partido británico, lo consideraba legal pero no práctico. El conde de Chatham, título que Pitt adquirió en 1766, no lo juzgaba ni legal ni práctico. Sin embargo, su gota y su temperamento, por partes iguales, le movían a ausentarse a menudo del gobierno que presidió de 1766 a 1768.

En 1767, su ministro de Hacienda, Charles Townshend, trató de cumplir una temeraria promesa que había hecho en cuanto a reducir el impuesto territorial en el país mediante un aumento en los ingresos provenientes de Norteamérica, pero no a base de impuestos, sino con aranceles sobre ciertas importaciones: té, vidrio, papel y pinturas. Juzgaba legítimo que el Parlamento impusiera estos aranceles coloniales, pues con los ingresos pensaba pagar los sueldos de los gobernadores y jueces de las colonias. Para atajar el contrabando, los tribunales del vicealmirantazgo serían dotados de más atribuciones y aumentados en número.

Estas medidas se revelaron tan impopulares como la Ley del Timbre. En sus «Cartas de un granjero de Pensylvania», John Dickinson distinguió entre unas leyes destinadas a incrementar los ingresos, que él consideraba como ilegales, y aquellas que pretendían regular el comercio, que aceptaba como válidas. Desde este punto de vista, los aranceles impuestos por Townshend sobre las importaciones eran lisa y llanamente anticonstitucionales. Llegado este momento, de hecho, los coloniales empezaron a abandonar la distinción entre impuestos interiores y exteriores en su conjunto y a adoptar la línea, primitiva pero muy popular, según la cual todos los impuestos, cualquiera que fuese su finalidad, eran malos, y que «el mejor gobierno era el que menos gobernara». El Tribunal General de Massachusetts publicó una circular –obra de Sam Adams, James Otis y Joseph Hawley– en la que se hacía un llamamiento a las demás colonias para emprender una acción común y en la que se afirmaba que «sólo a los americanos les es permitido exigir impuestos a los americanos». El gobernador Francis Bernard, de Massachusetts, la calificó de sediciosa, pero siete colonias la respaldaron.

Cuando la balandra *Liberty*, propiedad de John Hancock, fue capturada por hacer contrabando, se produjo un tumulto en el que los excesivamente eficientes funcionarios de aduanas, fueron agredidos y tuvieron que refugiarse en Castle William, en una isla de la bahía de Boston. La guarnición de Boston fue reforzada por dos regimientos de infantería, el 14º y el 29º, en una atmósfera que Thomas Hutchinson, el sucesor de Bernard, describió como «francamente revolucionaria». Los informes enviados al Parlamento sobre la situación de Boston en 1769 llevaron a ambas cámaras a la resolución de que los responsables eran «hombres malvados e intrigantes» que debían ser adecuadamente castigados.

Para Sam Adams, en Boston la situación era explosiva. En 1770, el movimiento ya no estaba dirigido por los comerciantes de Filadelfia o Nueva York, que se mostraban ahora cautelosos y no ocultaban su temor ante las fuerzas que habían desencadenado. El mando estaba ahora en manos de los «Hijos de la Libertad», en Nueva York, y del grupo organizado por Adams y que operaba desde la taberna «The Green Dragon» en Boston. Para ellos, la presencia de los «casacas rojas británicos» era una provocación. En enero de 1770, soldados y civiles se enfrentaron en Nueva York ante un poste conmemorativo de la libertad. En este episodio, conocido como la «Batalla de Golden Hill», corrió la sangre pero no hubo muertos. En el mes de marzo, en Boston, los soldados fueron objeto de abucheos, primero por parte de chiquillos y después por adultos que les arrojaron bolas de nieve, lo que acabó por inducirles a disparar, causando la muerte de cinco ciudadanos, uno de ellos un negro llamado Crispus Attucks. Los soldados fueron absueltos gracias a la hábil y valerosa defensa que de ellos hizo su abogado John Adams. Sin embargo, era evidente que su presencia, lejos de constituir una salvaguarda, era un elemento irritante.





Arriba, Jorge III (1738-1820), primer soberano británico de la casa de Hannover que era inglés de nacimiento. Su gobierno perdió, por medidas impopulares, las colonias de Norteamérica. Retrato oficial por Allan Ramsay, realizado en 1761. (Buckingham Palace, Londres.)

Abajo, el pueblo de Boston emplumando a un recaudador de impuestos, mientras son arrojadas al mar las cajas de té, tras la determinación británica de gravar a las colonias americanas.

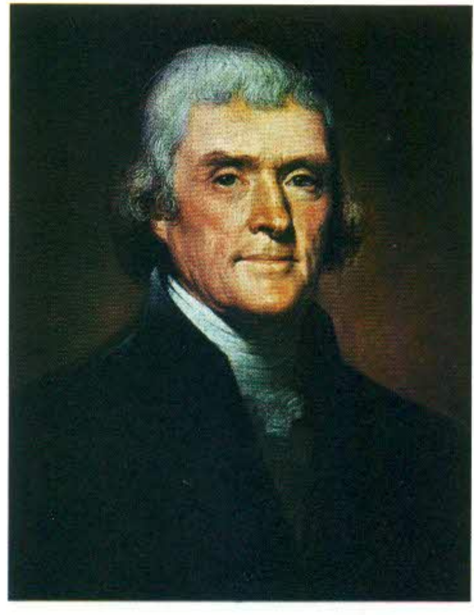


Después de 1770 los soldados británicos quedaron cuidadosamente confinados en Castle William y el gobierno británico derogó los aranceles de Townshend, excepto el pago de un penique por cada libra de té, mantenido, como la Ley Declaratoria, para afimar un principio que cada vez era considerado más como un simple formalismo. Irónicamente, incluso esta decisión fue tomada en gabinete, con el voto decisorio del nuevo primer ministro, lord North. De no haber sido tomada, tal vez en 1773 no hubiera sido necesario ayudar a la Compañía de las Indias Orientales en su comercio del té, y acaso la historia del mundo habría sido diferente. No obstante, los coloniales habían ganado también el segundo asalto del combate. Una vez más, aunque solapadamente, el gobierno se había batido en retirada. Ahora, la causa tenía también mártires.

Entre el segundo y el tercer asalto del encuentro hubo un interludio, un retorno de la prosperidad y una reacción contra los radicales. Los comerciantes abandonaron su boicot y Sam Adams perdió su control sobre la Asamblea de Massachusetts. No obstante, este fue el período en que más firme trabajó para mantener viva la causa, escribiendo panfletos bajo innumerables seudónimos y organizando los «Comités de Correspondencia». Thomas Hutchinson describió el Comité de Boston como formado por «diáconos», «ateos» y «ruines individuos a los que uno no desearía encontrar de noche». Sin embargo, estos comités empezaron a actuar en cada colonia y a constituir un núcleo no electo pero representativo de los que se sentían descontentos, aportando así una base para la acción intercolonial en caso de que se produjera una crisis. Aunque no hay pruebas de que los coloniales abrigaran graves rencores, el gran logro de Adams consistió en mantener una sensación de zozobra y en crear una máquina adecuada para la acción. En 1773 surgió la oportunidad.

El gobierno británico, alarmado ante la quiebra inminente de la Compañía de las Indias Orientales, permitió a ésta enviar té a América sin pagar el impuesto de un chelín por libra, con lo que este té resultaba más barato que el de contrabando. Esto fue, desde luego, un duro golpe para el contrabando y para los beneficios de quienes, como John Hancock, comercia-





Retrato de Thomas Jefferson (1743-1826), presidente de Estados Unidos. (Casa Blanca, Washington D.C.)

Izquierda, pintura satírica sobre la "rebelión del té" de Boston, en 1773. El incidente crispó los sentimientos antibritánicos en las colonias norteamericanas.

Página anterior, grabado contemporáneo de la Matanza de Boston *de 1770, por Paul Revere. Fue una represión sangrienta contra los manifestantes opuestos a las nuevas tasas y es popularmente considerada como una de las causas de la Revolución norteamericana.*

ban con el té suministrado por los contrabandistas. Y así comenzó el tercer asalto del combate, curiosamente con una protesta masiva contra un té más barato.

En diciembre de 1773, llegaron a Boston tres buques con cargamentos de té. Sam Adams dirigió una alocución a una multitud. Seguidamente, un grupo de hombres se trasladó a los muelles, con disfraces de indios, y arrojaron al mar 342 barriles de té, después de haberlos desfondado.

Esta acción tenía escasa justificación y, de hecho, fue condenada por la opinión colonial responsable, incluso por John Adams y Franklin, y por muchos comerciantes. Esta vez el Parlamento británico no estaba dispuesto a ceder. El punto de concentración de la marina de guerra fue trasladado de Halifax a Boston, ya que esta vez no bastaba con simples precauciones.

En la primavera de 1774 se adoptaron nuevas medidas. El puerto de Boston fue cerrado hasta que se pagara el té, y la carta de Massachusetts fue anulada; a partir de entonces, el Consejo de Gobernación sería nombrado por el rey. Se tomaron disposiciones para albergar a las tropas en edificios vacíos, pero también en otros ocupados, y los oficiales y soldados acusados de delitos fueron enviados a Gran Bretaña para ser juzgados.

Al mismo tiempo, fue aprobada la Ley de Quebec. Ésta había sido estudiada de antemano y fue considerada positiva en las colonias, pues extinguía toda esperanza de nuevas colonias en el noroeste, al transferir a la provincia de Quebec los territorios (y el comercio de pieles) entre Ohio y Mississippi, en los que poseían intereses Virginia, Pennsylvania, Connecticut y Massachusetts. Además, y con un carácter todavía más ominoso desde el punto de vista colonial, otorgaba a esta región la ley civil francesa y la religión católica. El régimen previsto era centralizado, de acuerdo con las costumbres de la provincia, y no existía la fórmula de juicio con jurado. Se trataba, en realidad, de una medida liberal e inteligente, de la que existían borradores desde 1763, pero Chatham, Burke, Barré y Fox la atacaron como «profrancesa, autocrática y perversa», y la vehemencia de sus ataques reforzó las suspicacias de los coloniales. El momento, ya que no el contenido, de la medida fue su rasgo más desafortunado, pues los coloniales temían el uso de un poder arbitrario y la influencia de las Iglesias católica y anglicana.

Había ahora dos posiciones firmes. «Los dados están echados –dijo el rey Jorge III–. Los coloniales deben vencer o someterse». Joseph Reed planteó la cuestión de un modo diferente en una carta enviada desde el Congreso Continental a lord Dartmouth: «La gente está, en general, madura para la ejecución de cualquier plan aconsejado por el Congreso, aunque se trate de la guerra».

El primer Congreso Continental

Las medidas aplicadas en 1774 marcan el final del período de fricciones económicas y comerciales. Las cuestiones eran ahora claramente políticas, y así se

las consideraba en las colonias. Muestras de solidaridad y suministros de víveres llegaban a Boston, y cuando los gobernadores reales disolvían aquellas asambleas de apoyo a Massachusetts, sus miembros formaban de inmediato congresos provinciales ilegales. De hecho, en Virginia, la convocatoria del primer Congreso Continental surgió de la Taberna Hays, situada en una calle frente al capitolio de Williamsburg.

Este congreso, que se reunió en Carpenter's Hall, Filadelfia, en septiembre de 1774, reunió a cincuenta y cinco diplomáticos de doce colonias. Excepto Georgia, cada colonia estuvo representada, cosa que emocionó vivamente a John Adams: «Hay en este Congreso una reunión de los hombres más notables de este continente en cuanto a capacidad, virtudes y fortunas. La magnanimidad y el espíritu público que veo aquí, me obligan a sonrojarme ante el rebaño sórdido que he visto en mi propia provincia».

Adams quedó especialmente impresionado por los virginianos y no menos por Washington. Aunque sin dotes para la oratoria y para la pluma, Washington tenía el aspecto de un soldado y poseía, como pocos, la experiencia del Oeste. Todavía era leal al rey, pero criticaba al Parlamento. Nunca perdonaría el que se le hubieran negado los galones de coronel en la guerra contra franceses e indios. Empezó a forjarse entonces una alianza del Norte y el Sur, es decir, de radicales y comerciantes con plantadores y «sultanes».

No obstante, el Primer Congreso Continental quedó equitativamente dividido entre radicales y moderados: «Un tercio de conservadores, otro de radicales, y el resto de mestizos», decía Adams. El plan de Joseph Galloway –un Gran Consejo que había de ser elegido por las asambleas coloniales, encabezado por un presidente general y que actuase como una especie de tercera cámara parlamentaria– fue rechazado, aunque por un solo voto. John Dickinson deseaba actuar gradualmente y, según él, la acción debía ser emprendida «pacíficamente, prudentemente, firmemente, conjuntamente», o, como dijo más tarde, «dilación es conservación». Había, sin embargo, otras opiniones. La Declaración de Derechos y Perjuicios exigía los «derechos de los ingleses», la derogación de las medidas de 1774 y la destitución de los «arteros y peligrosos» ministros del rey. Y las «Resoluciones» presentadas por el Condado de Suffolk, Massachusetts, negaban toda obligación en cuanto a obedecer leyes recientes del Parlamento y describían a Jorge III como un soberano «dispuesto a la componenda». La Asociación Continental fue constituida para ejercer presión sobre los comerciantes británicos mediante el boicot.

En 1774 la autoridad británica en Massachusetts se derrumbó, y las asambleas de condado y un congreso provincial asumieron las funciones del gobierno legalmente constituido. Aparecieron los *minutemen* o milicianos, y en todas las colonias se formaron milicias armadas. Cuando Washington regresó después del Congreso, se le ofreció el mando de siete de las compañías de milicias de Virginia, que aceptó. Los periódicos comentaban ya abiertamente el tema de la independencia y, como dijo un contemporáneo: «La sedición fluía abiertamente desde los púlpitos». Los gobernadores coloniales hacían acopio de armas, no siempre discretamente.

Cuando en noviembre se reunió un nuevo Parlamento en Westminster, estaba reforzado por una mejora en las relaciones comerciales con Europa y dispuesto a mostrarse firme. «Los gobiernos de Nueva Inglaterra se encuentran en "estado de rebelión" –dijo el rey–. La violencia debe decidir». En febrero, el Parlamento reconoció la rebelión en Massachusetts, y en agosto admitió que lo mismo ocurría en todas las demás colonias. En abril, el general Thomas Gage, gobernador militar de Massachusetts, trató de capturar a Sam Adams y John Hancock y de apoderarse de los suministros que se estaban reuniendo en Concord. Paul Revere, grabador y platero de oficio, recorrió a caballo varias poblaciones llamando a las armas. En Lexington, mientras se retiraban, los «casacas rojas» fueron tiroteados desde los setos y los matorrales, y sufrieron cuantiosas bajas. Perdieron doscientos hombres y los norteamericanos noventa y tres. Pero aún no era ésta la auténtica guerra.

El Segundo Congreso Continental

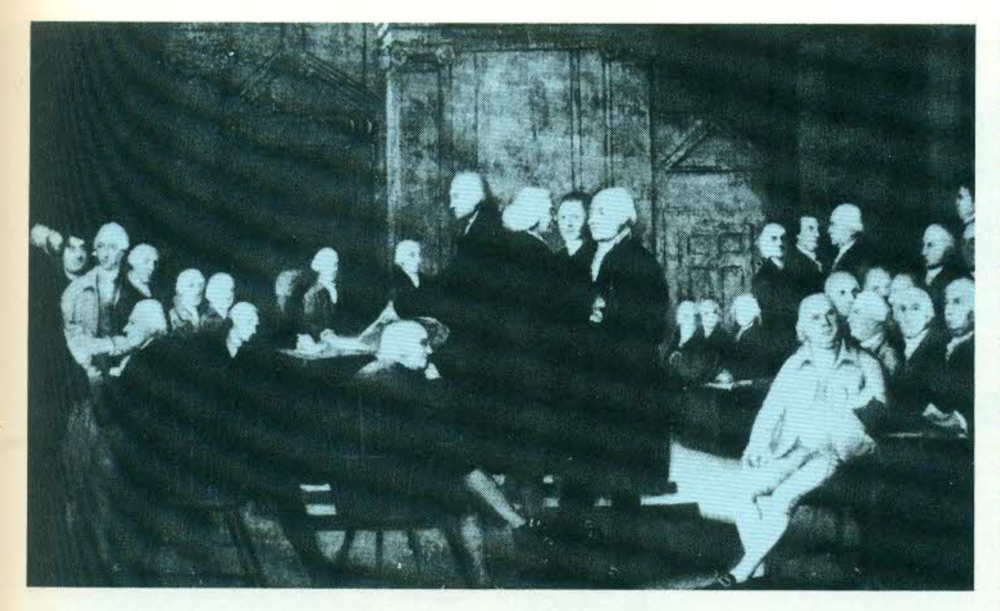
El Segundo Congreso Continental se reunió en mayo de 1775. Sesenta y cinco delegados estaban presentes, a los que se unirían los cinco de Georgia en septiembre. En junio, Washington fue nombrado comandante en jefe y asumió el mando de la milicia de Nueva Inglaterra, concentrada en las afueras de Cambridge, Massachusetts. Antes de partir, le llegó la noticia de la segunda batalla a campo abierto en Bunker Hill, donde los británicos perdieron 1.150 hombres de una fuerza de 2.500.

Con Washington al frente de un ejército que nominalmente no se oponía al rey sino a su Parlamento, había ahora, en cierto modo, dos centros de resistencia. Aunque carente de toda legalidad, el Congreso actuaba como gobierno central: armaba tropas, contabilizaba la Hacienda, emitía papel moneda y negociaba alianzas con tribus indias y aliados europeos, y lo hacía por medio de unos ochenta comités, con la presencia de John Adams en la mayor parte de ellos. Sin embargo, titubeaba ante la cuestión de la independencia. La mayoría de la población era todavía opuesta a ella y la gente aún se limitaba a exigir tan sólo aquellos derechos de que disfrutaban los súbditos británicos. Sin embargo, disponiendo ya de un ejército, el impulso de los acontecimientos avanzaba firmemente hacia la separación. John Adams declaró que «cada día la independencia irrumpe en el Congreso como un torrente». A menos que el Congreso actuase con rapidez, escribió Hawley a Sam Adams, una «gran multitud» marcharía hacia Filadelfia, depuraría el Congreso y nombraría un dictador.

Gran Bretaña había declarado rebeldes a los coloniales y proclamado un bloqueo. El gobernador John Dunmore, de Virginia, incitó a los esclavos a la rebelión. Los ataques británicos eran efectuados o planeados contra ciudades costeras como Norfolk y Charleston. Según se rumoreaba, Gran Bretaña trataba de reclutar tropas mercenarias, alemanes con toda seguridad, y también rusos. En mayo de 1776, Carolina del Norte, Virginia y Massachusetts dieron a sus delegados en el Congreso instrucciones para votar en favor de la independencia, y el 7 de junio, Richard Henry presentó su resolución de que «estas Colonias Unidas son, y por derecho deberían ser, estados libres e independientes». Debido a la vacilación de Pennsylvania, Nueva Jersey, Carolina del Sur y Nueva York, la votación fue aplazada hasta tres semanas después.

Sin embargo, la existencia de un ejército fue el factor decisivo. El audaz, aunque desconcertante Ethan Allen, al frente de sus llamados «Green Mountain Boys», arrebató Ticonderoga a un soñoliento e incrédulo comandante británico. Se planeó una expedición para liberar Canadá, que acabó en fracaso. Pero en marzo de 1776, con Washington dueño de los altos de Dorchester, junto a Boston, los británicos decidieron evacuar esta ciudad, y al zarpar sus buques se llevaron también a 200 comerciantes leales. La guerra era ahora una guerra civil al mismo tiempo, y tras las batallas formales había una pugna, no sólo entre el Viejo Mundo y el Nuevo, sino también para decidir quién debía mandar en la nueva nación.

El ejército en campaña era un instrumento del Congreso civil. En julio de







Arriba, Franklin, Adams y Jefferson elaboran la Declaración de Independencia *(1776).*

Izquierda, arriba, Segundo Congreso Continental norteamericano (1775-1776), en el que se votó la aceptación de la Declaración de Independencia y de donde salió el primer gobierno provisional de los nuevos estados.

Izquierda, abajo, batalla de Bunker Hill (junio de 1775). Fue uno de los primeros enfrentamientos de la Guerra de Independencia norteamericana y perecieron muchos soldados británicos.

1775, el Congreso había hecho pública su «Declaración de Causas del Levantamiento en Armas». En ella se decía que los norteamericanos morirían antes que aceptar la esclavitud, pero la declaración afirmaba también que la independencia no era el objetivo. En julio de 1776, se desvaneció toda vacilación. Washington quedó convencido en parte, en enero de 1776, al leer el escrito de Tom Paine titulado *Common Sense*. Para Paine, que insistía en una inmediata declaración de independencia, el rey no era Dios sobre el campo de batalla, sino «el bruto real». El panfleto se vendió bien. La nota del republicanismo se había pulsado tarde, pero se convirtió ahora en el tema dominante. A los ojos de los coloniales, el tirano no era ya el Parlamento sino el rey.

La independencia

Los objetivos eran ahora «Separación y República». El Congreso ya no exigía los «derechos de los ingleses» sino los «derechos naturales». Cuando Thomas Jefferson, a petición del Congreso, redactó la Declaración de Independencia, aseguró que hasta entonces el pueblo americano se había asociado voluntariamente con Gran Bretaña y que voluntariamente había reconocido al rey. Este rey, con sus actos despóticos (había una lista de veintisiete acusaciones), había traicionado la obediencia. No había ni la menor referencia a leyes comerciales ni al Parlamento. Esta manifestación tuvo como prefacio una de las más nobles aseveraciones de fe en la libertad y en la capacidad del hom-


THE DECLARATION OF INDEPENDENCE, 1776.

DECLARATION OF INDEPENDENCE, JULY 4, 1776.

bre para la misma que hayan sido jamás escritas:

«Consideramos inapelables estas verdades: que todos los hombres fueron creados iguales; que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, y que entre éstos figuran la vida, la libertad y la consecución de la felicidad. Que para asegurar tales derechos, entre los hombres se instituyen gobiernos cuyos justos poderes provienen del consentimiento de los gobernados; que siempre que cualquier forma de gobierno pretenda destruir estas finalidades, el pueblo tiene derecho a alterarlo o abolirlo, a instituir un nuevo gobierno cuyos fundamentos se apoyen en tales principios, organizando sus poderes de la forma que les parezca más indicada para conseguir su seguridad y su dicha.»

Los mismos sentimientos, sin la misma elocuencia, pero con mayor vivacidad, fueron expresados por un viejo soldado con el que John Adams habló muchos años más tarde:

«—Capitán Preston, ¿por qué tomó usted parte en la refriega de Concord, el 19 de abril de 1775?

El anciano, encorvado por el peso de los años, se enderezó y, volviéndose hacia mí, repitió:

—¿Que por qué tomé parte?

—Sí —dije—. Por lo que me han contado, ustedes, los hombres de la Revolución, se alzaron en armas contra unas "opresiones intolerables". ¿En qué consistían?

—¿Opresiones? Yo no las noté.

—¿Cómo? ¿No se sintió oprimido por la Ley del Timbre?

—Jamás vi uno de esos sellos, y siempre creí que el gobernador Bernard los guardó todos en Castle William. Estoy seguro de que nunca pagué ni un penique por uno de ellos.

—Está bien, pero ¿qué me dice del impuesto sobre el té?

—¿El impuesto del té? Jamás bebí ni una gota de ese brebaje... Los muchachos lo arrojaban por la borda.

—Supongo, entonces, que leyó usted los escritos de Harrington, Sydney o Locke sobre los principios eternos de la libertad...

—Nunca oí hablar de ellos. Sólo leíamos la Biblia, el Catecismo, los Salmos y los Himnos de Wells y el Almanaque.

—Está bien, pero entonces dígame cuál era el problema y que pretendían ustedes al ir a la guerra.

—Joven, lo que pretendíamos al enfrentarnos a aquellos «casacas rojas» es lo siguiente: siempre nos habíamos gobernado por nuestra cuenta y estábamos dispuestos a seguir haciéndolo. Y ellos no querían que lo hiciéramos.»

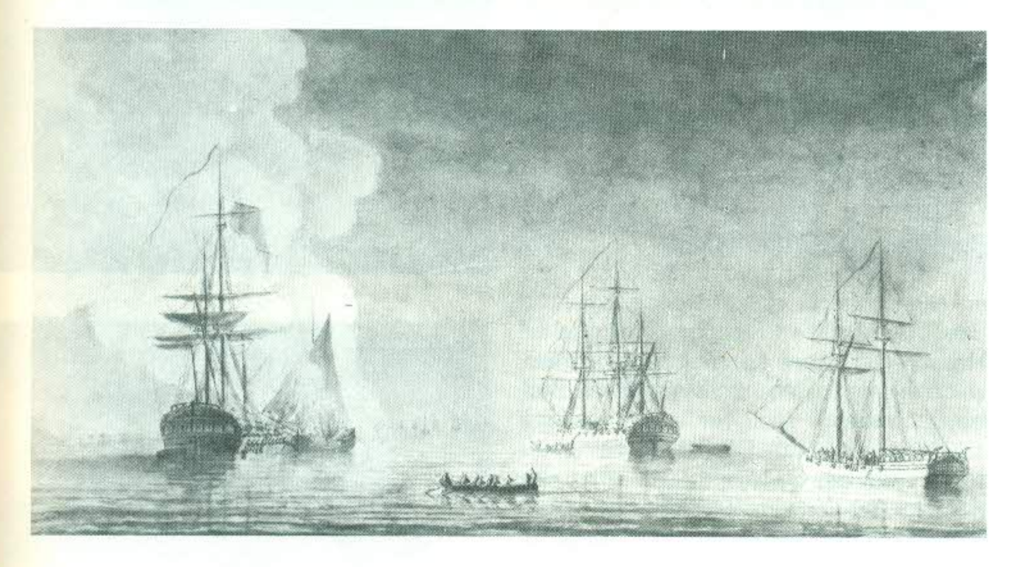
Ambas opiniones representan, cada una a su manera, el espíritu de la Revolución.

La Guerra de Independencia

La Declaración de Independencia fue proclamada el 4 de julio de 1776. El día antes, sir William Howe tomó Staten Island y desembarcó con un ejército británico apoyado por la flota más numerosa jamás reunida en aguas norteamericanas. Nueva York era un centro leal a la corona y parecía factible subir por el valle del Hudson para aislar a la rebelde Nueva Inglaterra de las demás colonias, menos resueltas, y dominar la ruta por tierra hacia Canadá.

Aunque desagradable, la tarea de sofocar la rebelión no parecía difícil. Los británicos eran muy superiores en número, ya que en cuanto a tropas, cuadruplicaban los efectivos de las colonias, y en lo tocante a buques de guerra, la proporción era de ciento a uno. El dominio del mar les permitía —hasta la intervención francesa— descargar sus golpes en los puntos precisos. A veces, tratando de prever dónde se produciría el ataque, Washington se veía «obligado a recorrer el país como los árabes en busca de trigo». Gran Bretaña tenía más dinero, podía reclutar mercenarios extranjeros y poseía un ejér-





Izquierda, arriba, la Declaración de Independencia fue formalmente adoptada el 4 de julio de 1776. Sus puntos fundamentales eran la igualdad entre todos los hombres y los principios de un nuevo gobierno, cuyo poder debía provenir del pueblo. (Yale University Art Gallery, New Haven.)

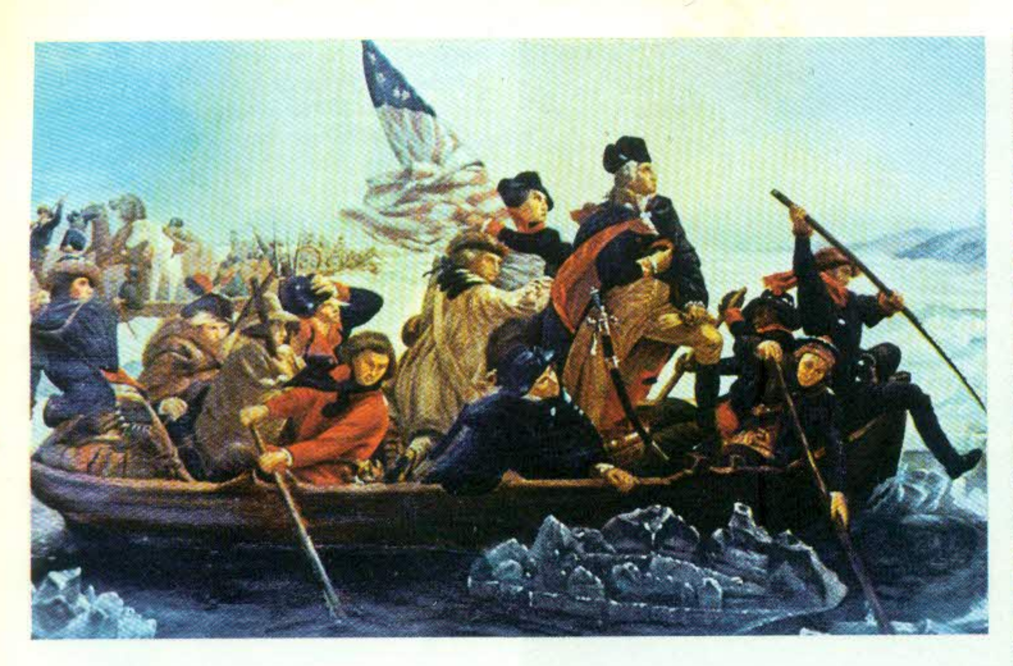
Izquierda, abajo, episodio de la guerra naval (agosto de 1776) motivada porque los británicos intentaban lograr el control del lago Champlain y del río Hudson, para aislar a Nueva Inglaterra de las demás colonias.

Página anterior, texto de la Declaración de Independencia americana, proclamada en el segundo Congreso de Filadelfia.

cito y una armada profesionales, a pesar de que algunos de sus jefes, como lord Amherst y el almirante Keppel, se negaran a combatir contra los norteamericanos. Frente a ellos, había unos milicianos indisciplinados, pobremente equipados y generalmente mal pagados, mandados por unos oficiales que con la excepción de Charles Lee, Horatio Gates y Washington, tenían una nula experiencia guerrera.

No obstante, la contienda fue para Gran Bretaña una serie de errores estratégicos básicos y de desastres inexcusables. Sir William Howe desembarcó a sus hombres en Long Island sin dificultad, derrotó al ejército de Washington y le obligó a retirarse hacia Manhattan, a través del Sound. Asaltó la isla con la misma facilidad y Washington realizó otra presurosa retirada a través del Hudson y de Nueva Jersey. Los norteamericanos carecían de harina, de ropas y de dinero con que pagar a sus soldados. Paine escribió en *The Crisis:* «Estos son momentos de prueba para el espíritu de los hombres. En esta crisis, el soldado de verano y el patriota de pacotilla se abstendrán de servir a su país, pero el que sepa resistirla *ahora* merecerá el afecto y el agradecimiento de hombres y mujeres». La opinión de Washington respecto a los acontecimientos fue más lacónica: «Creo que la partida está a punto de terminar».

En cualquiera de estos lugares, Howe hubiera podido, según parece, destruir por completo al ejército enemigo y capturar a su jefe. El fracaso se debió sobre todo a que él se consideraba más un árbitro y un diplomático que un soldado. Si castigaba un poco más al enemigo, éste se rendiría. La misión del diplomático no armonizaba con la del militar. Después de cada victo-





ria táctica, esperaba que dieran comienzo las negociaciones, pero por otra parte la moral británica se resquebrajaba con las demoras.

En la noche de Navidad de 1776, Washington efectuó una de sus más brillantes maniobras en esta guerra, y sin duda la más efectiva psicológicamente. Atravesó el río Delaware con 2.400 hombres, sorprendió al coronel Rall y a sus confiadas tropas alemanas en Trenton, y capturó un millar de prisioneros. El coronel Rall pagó con la vida su mal juego. Dejando encendidas sus fogatas de campamento para engañar a las reservas británicas que acudían apresuradamente, Washington las flanqueó y apareció en Princeton para asestar un nuevo golpe.

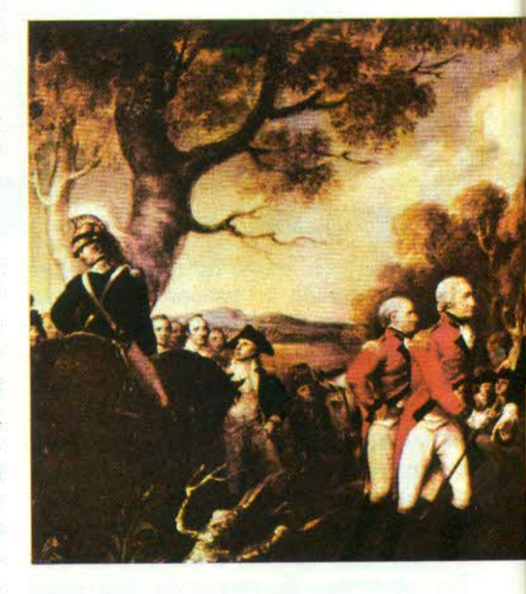
Cuando ambos ejércitos ocuparon sus cuarteles de invierno —la guerra era todavía un juego que se desarrollaba de acuerdo con un calendario estacional—, las tropas de Howe ya no se encontraban a salvo más allá del Hudson, y Washington había conseguido una posición ventajosa. Si bien en 1777 no pudo impedir el traslado de las fuerzas de Howe a Filadelfia, al menos había conseguido mantener unidas sus propias y escasas tropas.

El camino hacia Saratoga

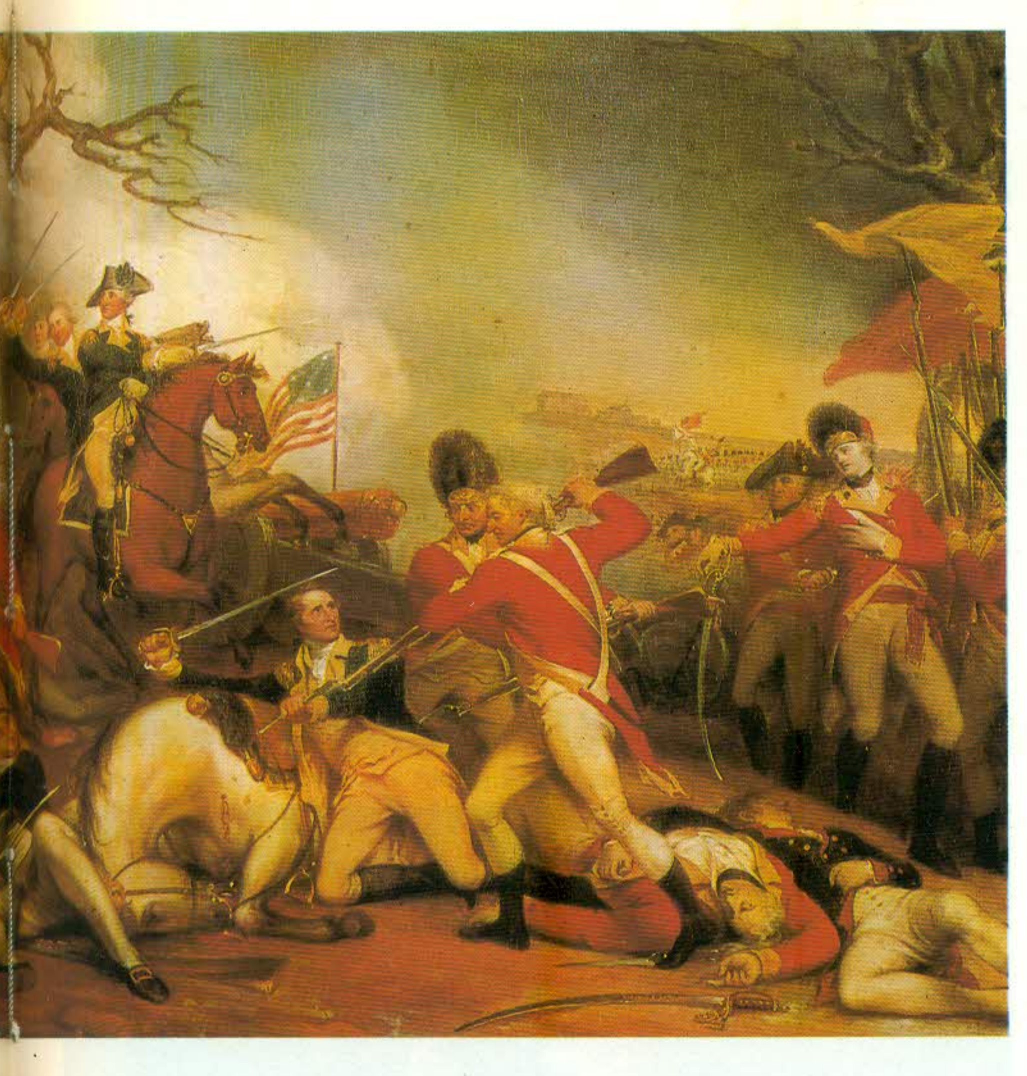
El invierno de 1777 a 1778 fue el momento de la prueba más dura, no sólo para el ánimo de los combatientes, sino también para sus estómagos. Valley Forge, acuartelamiento de las tropas norteamericanas, era, como dijo Washington, «un lugar inmundo y con toda clase de incomodidades». Pero los norteamericanos resistieron. Estaban ahora mejor adiestrados que nunca gracias a Friedrich von Steuben, un militar prusiano que ofreció sus servicios a Washington. El mayor mérito de este último fue mantener un ejército en «pie de guerra» en Valley Forge. Más tarde diría que Howe todavía habría podido ganar la guerra si hubiese atacado en este punto, pero en octubre de 1777 todo parecía indicar que era ya demasiado tarde para una victoria británica.

Mientras Howe tomaba Filadelfia y se entregaba al descanso, el general John Burgoyne, con 7.000 hombres y un gran tren de avituallamiento, trataba de abrir un camino hacia el sur desde Canadá, a través del lago de Champlain y el valle del Hudson. Su intención era aportar refuerzos a Howe (quien, según esperaba Burgoyne, había de subir hacia el norte para salir a su encuentro), a fin de cortar las comunicaciones de Nueva Inglaterra y distraer la atención de Washington.

Sin embargo, los medios de transporte de Burgoyne eran inadecuados. Una de sus columnas volantes fue destruida por los «Green Mountain Boys» mientras cazaba en Vermont para aprovisionar a las tropas. Otra fuerza paralela, que había de descender por el río Mohawk para reunirse con él, abandonó el intento y regresó a Canadá, pero mientras tanto, las fuerzas norteamericanas mandadas por Horatio Gates, que bloqueaban su camino, recibían refuerzos a diario, a medida que aumentaba su espíritu combativo. A finales de septiembre, Burgoyne se encontraba ante un adversario cuyos efectivos cuadruplicaban a los suyos, y el 14 de octubre se rindió en Saratoga abandonando armas y pertrechos y aseguró que sus hombres no volverían a combatir contra los norteamericanos. Esto no fue sólo un desastre para los británicos, sino también una humillación. Marcó el viraje esencial en el desarrollo de la guerra.



Hasta recibir la noticia de Saratoga, los franceses habían titubeado ante la posibilidad de prestar un apoyo decidido a la Revolución. A la monarquía francesa no le agradaban los gobiernos que derrocaban reyes, pero por otra parte valía la pena cultivar cualquier disensión que surgiera en las colonias británicas. Al estallar la guerra, el Congreso norteamericano envió a París un equipo de tres hombres





Arriba, Benjamin Franklin (1706-1790), científico y político norteamericano, en el momento de su llegada a la Corte francesa para solicitar el reconocimiento de la independencia de su país, en 1778.

Centro, arriba, la batalla de Princeton (1777), en la Guerra de la Independencia norteamericana, por John Trumbull. (Yale University Art Gallery, New Haven, Connecticut.)

Centro, abajo, rendición del general británico Burgoyne al general norteamericano Gates, en 1777. (Cuadro de John Trumbull.)

Página anterior, Washington, al frente de un numeroso contingente, atraviesa el río Delaware y posteriormente inflige a las tropas enemigas una gran derrota. (Pintura de E. Leutze.)



para que actuaran como negociadores en busca de dinero, suministros y, en lo posible, una alianza con Francia. Esta búsqueda de ayuda extranjera fue muy activa desde el principio. La nueva nación deseaba los contratos comerciales con Europa que el sistema mercantil colonial había proscrito. Además, sin la ayuda extranjera no podía esperar sobrevivir durante largo tiempo.

Los tres hombres enviados como emisarios eran el irascible y pomposo Arthur Lee, de Virginia; el astuto comerciante y político Silas Deane, de Connecticut, del que más tarde se sabría que estaba a sueldo de los británicos y que comunicaba todas las informaciones al gobierno de Gran Bretaña; y Benjamin Franklin, que se convirtió en el principal agente y embajador. Durante su larga estancia en París (1776-1785), cuando ya contaba más de 70 años de edad, Franklin sobresalió no sólo como el artífice de la alianza, sino también como el favorito de los salones de París, admirado y aplaudido a la vez como científico y diplomático, como hombre de negocios, e incluso como el «hombre natural» personificado por Jean-Jacques Rousseau. Su peluca, que utilizaba para ocultar un eczema, se convirtió en símbolo de libertad. El anciano lo aceptaba todo, divertido, y no sólo disfrutaba de la experiencia, sino que además la explotaba en beneficio propio.

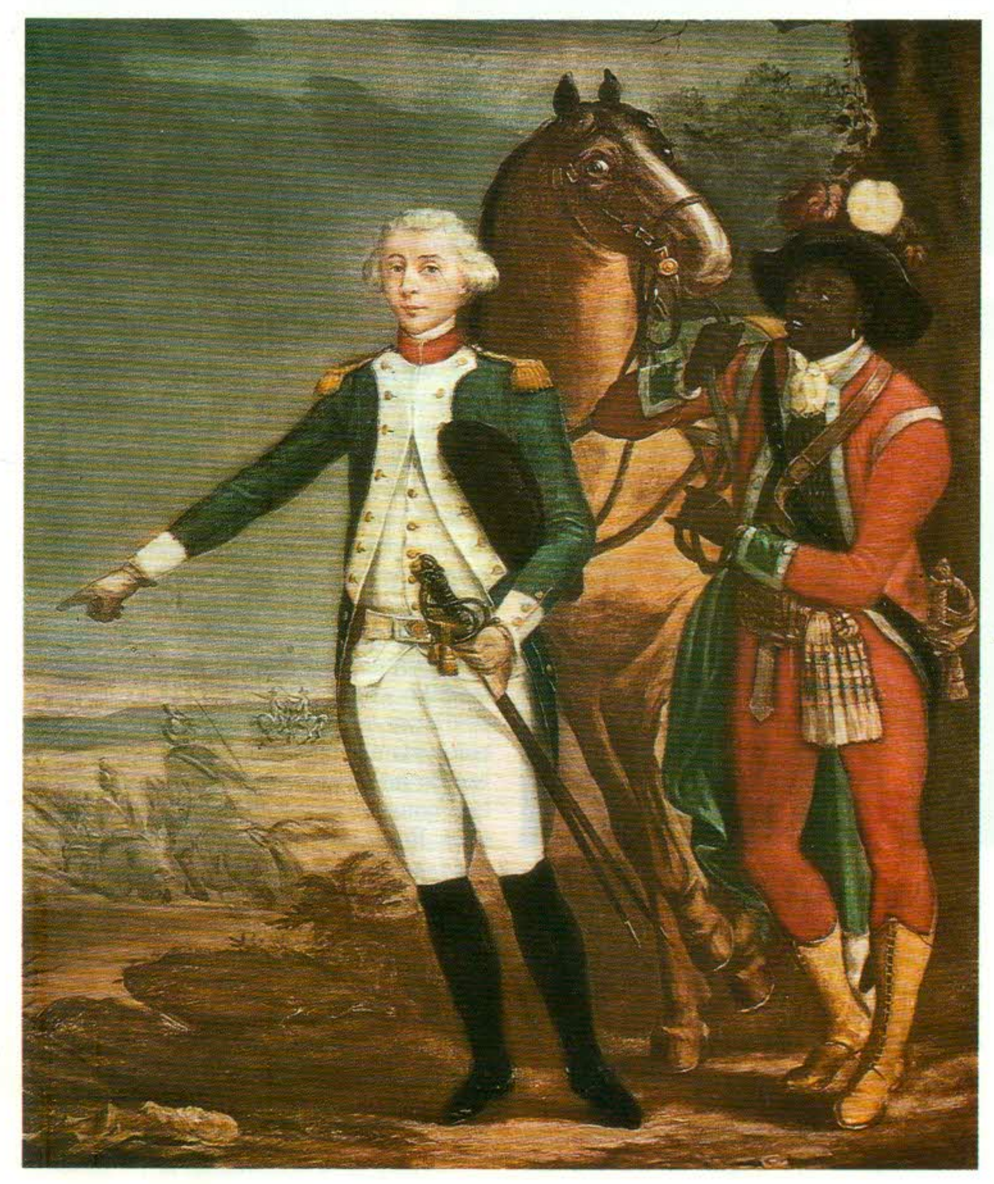
Los franceses prestaron ayuda: un millón de libras entregado por una compañía ficticia, Rodrigue Hortalez y Cía. España se mostró igualmente generosa, pero con todo no era posible prestar una ayuda abierta sin inducir una declaración de gue-

rra por parte de Gran Bretaña. La rendición de Saratoga llevó a planear el envío de una misión de Gran Bretaña para negociar la paz, y Franklin, astutamente, hizo que se supiera en París que él apoyaba esta idea. Francia se inclinó entonces por la intervención abierta y en febrero de 1778 se firmó el Tratado de Alianza, que fue la primera alianza oficial de los Estados Unidos. Francia reconoció la independencia de la nueva nación y ambos países se comprometieron a no firmar una paz por separado, así como a tratarse comercialmente con carácter de «naciones muy favorecidas».

España entró en guerra un año después, no como aliada de Estados Unidos, sino como aliada de Francia. Su motivo fue la reconquista de Gibraltar, que los españoles habían estado asediando durante cuatro largos años. En 1780 Gran Bretaña se encontraba también en guerra con Holanda y con la Liga de la Neutralidad Armada (Dinamarca, Suecia, Portugal y Rusia). La guerra era, de hecho, mundial, pues los combates se libraban en lugares tan distantes como la India y el Caribe. John Paul Jones, el célebre marino norteamericano, se aprovisionaba en Brest y realizaba incursiones en las costas escocesas y del Yorkshire, y se llegó a planear un desembarco francés en Irlanda. Para los británicos, el teatro bélico norteamericano se convirtió entonces en algo más que un pequeño espectáculo.

La profunda transformación de la situación significó un gran alivio para los norteamericanos. Por otra parte, la ayuda francesa era sustancial y llegaría a sumar al final ocho millones de dólares, una suma cuantiosa para una guerra del siglo XVIII. La entrada de Francia en la contienda ayudó también a garantizar los empréstitos holandeses a Estados Unidos, y con el dinero, llegaron hombres y buques. A partir de 1778, las flotas francesas patrullaron la costa atlántica y Gran Bretaña perdió su predominio naval. Las operaciones del conde D'Estaing, jefe de las fuerzas navales francesas, obligaron a enviar tropas británicas a las Antillas y aceleraron la evacuación de Filadelfia en 1778 y de Newport en 1779. Fue la aparición de una flota francesa ante la costa de Virginia lo que selló el destino del ejército británico mandado por lord Cornwallis en Yorktown, el año 1781. El asedio de Yorktown fue posible gracias a la presencia, junto al ejército de Washington, de 9.000 hombres del ejército regular francés bajo las órdenes del conde de Rochambeau, con el marqués de Lafayette, uno de los primeros y más entusiastas voluntarios franceses, al frente de una brigada. Cuando el general O'Hara, en representación de Cornwallis —que fingió es-





tar enfermo— rindió su espada, trató de entregarla a Rochambeau, pero éste se negó a aceptarla y señaló a Washington. Por su parte, Lafayette jamás olvidó su experiencia norteamericana, y al principiar la Revolución francesa, pretendió desempeñar el papel de un Washington. Si bien su actuación en la historia de Francia nunca llegó a coincidir con las esperanzas que él abrigaba, no cabe duda de que la Revolución francesa debió mucho al entusiasmo de quienes habían ayudado a la causa norteamericana.

El Tratado de París

Con la rendición de Cornwallis en Yorktown, la guerra quedó virtualmente terminada. No sin dificultad, se disuadió al rey Jorge III de abdicar. Lord North dimitió como primer ministro en marzo de 1782; Shelburne asumió el cargo de primer secretario de Estado y, al morir Rockingham, el de primer ministro. Al principio, Shelburne se opuso a la idea de independencia, pero no por largo tiempo.

Con el comerciante Richard Oswald como emisario en París, Franklin inició en abril de 1782 unas negociaciones que concluyeron en noviembre del mismo año. Franklin quebrantó su palabra al firmar una paz por separado, pero en la espesa atmósfera de espionaje y contraespionaje que reinaba en París, difícilmente podía pasarle desapercibido lo que estaba ocurriendo a Vergennes, el ministro francés de Asuntos Exteriores.

Según las cláusulas del tratado, Gran Bretaña reconocía la independencia de Estados Unidos y aceptaba el río Mississippi como frontera occidental. Concedía el derecho de navegación por el Mississippi y también derechos de pesca en aguas de Terranova. El Congreso norteamericano accedía a recomendar a los diferentes estados que indemnizaran a los leales a la corona y que pagaran sus deudas a Gran Bretaña. Fácil de decir, pero difícilmente realizable.

Estados Unidos ganó más con la diplomacia que con las batallas. Si bien Saratoga y Yorktown fueron otros tantos desastres para los británicos, ello se debió en gran parte a su propia inoperancia. Sin embargo, en 1783 Gran Bretaña había impedido el peligro de una invasión abierta, y la victoria del almirante Rodney en 1782, ante la isla antillana de Dominica, otorgó a los británicos un poder negociador adicional. España y Francia no salieron muy bien libradas de esta guerra. La primera recuperó Florida, pero no Gibraltar. Francia consiguió unas cuantas islas de las Antillas y contrajo una deuda enorme, cuyos intereses tardarían seis años en cobrarse. Para los norteamericanos, representó un triunfo total.

No obstante, en 1783 era difícil palpar este triunfo. La nueva nación no había contado con una constitución escrita hasta 1781, los «Artículos de la Confederación» redactados por John Dickinson. Éstos estipulaban un gobierno de una sola cámara en la que cada estado tendría un voto. No había presidente ni tribunal supremo. El gobierno era, en forma y de hecho, una unión federal de miembros en desacuerdo. El Congreso no tenía atribuciones para recaudar impuestos, regular el comercio, constituir un ejército y aplicar las leyes. En los últimos años de la guerra, el Congreso se había visto obligado incluso a abandonar Filadelfia, donde se rebelaron varios regimientos cuyos hombres llevaban tiempo sin cobrar.

No había poder ni siquiera para aplicar el Tratado de Paz, y además el Congreso no podía instituir unos aranceles de importación uniformes frente a los países extranjeros ni impedir las pugnas aduaneras y fronterizas de unos estados contra otros. En lo tocante al dinero, se basaba en emisiones de papel cuya depreciación era muy rápida (todavía hoy se emplea en Estados Unidos la frase «no vale ni un Continental»). Cuando en Massachusetts los acreedores cayeron sobre las propiedades de los granjeros abrumados por las deudas, unos 1.500 de éstos, dirigidos por Daniel Shays, se apoderaron del arsenal de Springfield y cerraron los tribunales.

La situación económica empeoró con la exclusión del nuevo Estado del Imperio británico y por la pérdida del comercio con las Antillas. También se habían perdido los mercados, los subsidios y las garantías británicas, y Gran Bretaña retuvo las factorías de pieles, alegando que los leales no habían sido indemnizados y que no se habían pagado las deudas a los comerciantes británicos. El Congreso no disponía de ningún poder que le permitiera emprender contramedidas.

Este período, de 1781 a 1787, recibió el nombre de «Período crítico», dado por el historiador norteamericano John Fiske en 1888, quien atribuía las dificultades a la carencia de una auténtica soberanía en el gobierno existente. Sin embargo, la crisis comercial no era tan sólo resultado de esto, sino también del final del auge de la época de guerra y de la consiguiente quiebra del comercio norteamericano.

Sin embargo, los logros diplomáticos de este período fueron considerables. El Tratado de París y las Ordenanzas del Noroeste, de 1785 y 1787, fueron notables en todos sus aspectos. La primera de las Ordenanzas disponía un sistema de

Página anterior, arriba, captura de Yorktown y rendición de las tropas británicas del general Cornwallis en octubre de 1781.

Página anterior, abajo, el general francés Lafayette durante la Guerra de Independencia norteamericana.



prospecciones de territorios basadas en municipios de 15,4 km², subdivididos en treinta y seis secciones. Éstas fijaban las etapas mediante las cuales cabía establecer un territorio (5.000 habitantes) y finalmente un estado (60.000 habitantes). Con los territorios del antiguo noroeste se formaron finalmente cinco estados: Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin. En ellos se garantizaron la libertad religiosa, los tribunales con jurado y se abolió la esclavitud. Tales estados de nueva creación fueron considerados de igual importancia que los trece originales. El Oeste se pobló con rapidez. Esta medida, generosa y amplia, esencialmente obra personal de Thomas Jefferson, fue tan importante como la propia Constitución.

La Constitución

No obstante, las debilidades políticas de los Artículos de la Confederación, acordados en 1781, exigían la necesidad de una revisión. El virginiano James Madison persuadió a los líderes de su estado para que discutieran con los de Maryland sus comunes intereses en la navegación en la bahía de Chesapeake y en el Potomac. La Conferencia de Mount Vernon, en 1785, estableció la necesidad de un acuerdo más amplio y en 1786 todos los estados fueron invitados a reunirse en Annapolis para hablar de las regulaciones comerciales entre ellos. Solamente cinco estados enviaron representantes: Nueva York, Nueva Jersey, Virginia, Pennsylvania y Delaware.

Alexander Hamilton, joven y brillante abogado que había nacido en las Antillas y había sido ayudante de campo de Washington, presentó la propuesta de invitar a todos los estados para revisar los Artículos el año siguiente. Cincuenta y cinco hombres, que representaban a todos los estados excepto Rhode Island, se reunieron en la State House de Filadelfia, en mayo de 1787. Decidieron redactar un nuevo documento y durante aquel largo y caluroso verano trabajaron para conseguir un acuerdo sobre el mismo. El resultado final fue una constitución de 4.000 palabras para una República agraria de 3.500.000 habitantes. El mismo documento, enmendado en muy pocos artículos, es todavía la forma de gobierno que rige a una vasta sociedad cosmopolita de más de 200 millones de habitantes. Los Padres Fundadores fueron hombres notables, y Thomas Jefferson los comparó a una asamblea de semidioses.

Los puntos en los que los delegados coincidieron fueron numerosos: una constitución escrita, separación de poderes y necesidad de un gobierno federal fuerte y con poderes para declarar la guerra y firmar la paz, así como para tasar y regular el comercio. Hubo otros muchos puntos en los que el acuerdo se consiguió lentamente y a base de cuidadosos compromisos. El desacuerdo político más serio fue posiblemente el de la cuestión de la representación. Los grandes estados, cuya causa fue defendida por Edmund Randolph, de Virginia, propugnaban una legislatura de dos cámaras, con representación en cada una de ellas de acuerdo con el número de pobladores. Debía haber también un solo poder ejecutivo y uno judicial, ambos elegidos por el cuerpo legislativo, lo cual provocó agrias discusiones, ya que la disparidad demográfica de los estados era más que considerable. Delaware tenía 60.000 habitantes y Rhode Island 68.000. En cambio Virginia, que entonces incluía Kentucky, tenía 750.000, de los que 300.000 eran esclavos. Massachusetts, sin contar Maine, contaba con 380.000 pobladores, entre los cuales había muy pocos esclavos.

En oposición al plan de Virginia, Nueva Jersey presentó el suyo propio a través de William Patterson: un sistema de gobierno de una sola cámara, elegida por los estados sin tener en cuenta su población, y con un ejecutivo consistente en más de un

hombre y elegido por el Congreso. Tras un mes de debate, se llegó a un acuerdo basado en una fórmula de compromiso –el llamado «Compromiso de Connecticut»– que preveía representación igualitaria de cada estado en el Senado, manteniendo al mismo tiempo el principio de representación proporcional en la Cámara de Representantes.

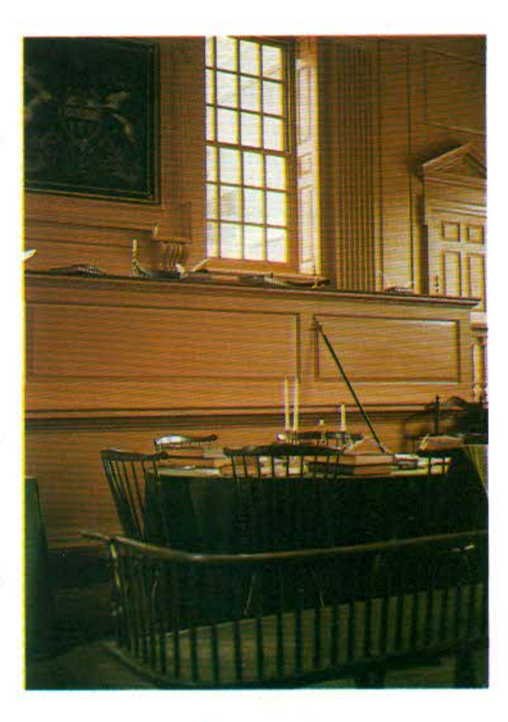
Este sistema es el que sigue vigente, si bien hasta la 17ª Enmienda de 1913, el Senado fue elegido indirectamente por las instituciones del Estado y no directamente por el pueblo. Sin embargo, los temores de una rivalidad entre estados grandes y pequeños resultaron ilusorios en su mayor parte. Maryland, un estado pequeño, y Virginia, muy grande, compartieron en el Chesapeake una economía común a base de plantaciones de tabaco y mano de obra compuesta por esclavos. Connecticut y Massachusetts poseían intereses comerciales similares. La rivalidad entre los estados nunca ha sido tan importante, en la historia de Estados Unidos, como el choque de intereses de grupos.

El segundo compromiso importante pareció en aquellos tiempos de menor peso, pero había de tener consecuencias inmensas: ¿cómo habían de ser contados los esclavos en función de la representación política y la fiscalidad? Los estados norteños, con la lógica propia del mundo de los negocios, querían que los esclavos fueran excluidos de la representación, puesto que no eran ciudadanos ni votantes, pero que en cambio fuesen incluidos en las cuestiones de impuestos, pues eran una propiedad. En otras palabras, ellos tenían pocos esclavos, y deseaban doble beneficio. Los sureños tenían una opinión muy diferente: no querían que se les incluyera en el capítulo de impuestos sin una representación proporcional. Al final se llegó al compromiso de los «tres quintos», mediante el cual un esclavo era contado como «tres quintas partes de persona», tanto para los fines fiscales como para los de representación política. Se acordó también que no habría interferencias en la importación de esclavos hasta 1808. La esclavitud no era todavía la cuestión emocional en que más tarde se convertiría. El ataque más duro contra el acuerdo constitucional provino de Virginia. En vista de que los amos otorgaban a menudo la libertad a sus esclavos desde sus lechos de muerte, como hizo Washington, se recelaba que la esclavitud se extinguiera gradualmente.

Había también otro compromiso básico, referente a la elección del ejecutivo. Entre los Padres Fundadores, muchos desconfiaban del «pueblo» y se oponían a la elección directa, por lo que en la fase final de la convención se acordó que el presidente y el vicepresidente fuesen elegidos por un colegio electoral, igual en número al de senadores y representantes, que debía reunirse en cada estado y entregar los nombres que creyera apropiados para el gobierno federal. Este colegio todavía sobrevive, debilitado por el aumento de partidos políticos, como una curiosa reliquia de la mecánica política del siglo XVIII, y permite que salga elegido un presidente que (como ocurrió en 1888) tenga menos votos populares que su adversario. Además, puesto que un presidente debe tener una mayoría absoluta de votos electorales colegiados y no basta con que sea meramente cabeza de lista, cabe la posibilidad de que la elección de presidente pase a la Cámara de Representantes, con votación por estados, como ocurrió en 1824. Cabe recordar que, aunque las tres ramas del gobierno quedaron bien equilibradas por los compromisos de 1787, tan sólo la mitad de una, la legislativa, era elegida directamente. El presidente nombraba a los jueces y él era, a su vez, indirectamente elegido.

En todos los estados había también una cualificación de propiedad para estimar el sufragio. Por ello, se ha dicho que los Padres Fundadores más bien temían a la democracia que la favorecían. Indudablemente, había entre ellos quienes, como Alexander Hamilton y Morris, consideraban la Constitución como un documento «débil e inútil». No obstante, el propio Hamilton prestó un servicio inmenso con la campaña que lanzó en Nueva York para asegurar la ratificación de la misma en la convención del Estado, y también al escribir, con John Jay y James Madison, una serie de artículos magistrales: *The Federalist Papers*.

En su mayoría, los delegados en Filadelfia eran beneficiarios de la Constitución, pues se trataba de inversores, especuladores de tierras, comerciantes y propietarios de esclavos. Además, el documento no fue presentado directamente al pueblo y no contenía una carta de derechos. De hecho, para salir al paso de esta crítica, se le añadió dicha declaración de derechos, en forma de las diez primeras enmiendas, ratificadas en 1791. Dicho con otras palabras, la Constitución no era perfecta, y en 1861 estallaría una cruenta guerra civil por su interpretación. Con todo, no dejaba de ser un documento notable, y su ambigüedad, como dijo James Madison, el cuarto presidente de Estados Unidos, era el precio de la unanimidad. Los Padres Fundadores sabían que el documento de una Constitución sólo sobrevive si hombres y mujeres le infunden vida y la hacen aplicable. La nación norteamericana fue construida en 1787 y continuó su camino, no a base de disposiciones federales o judiciales, sino a través



Sala de la Corte Suprema, en el Independence Hall de Filadelfia.

Página anterior, la costa atlántica de América del Norte después de la independencia de los Estados Unidos.

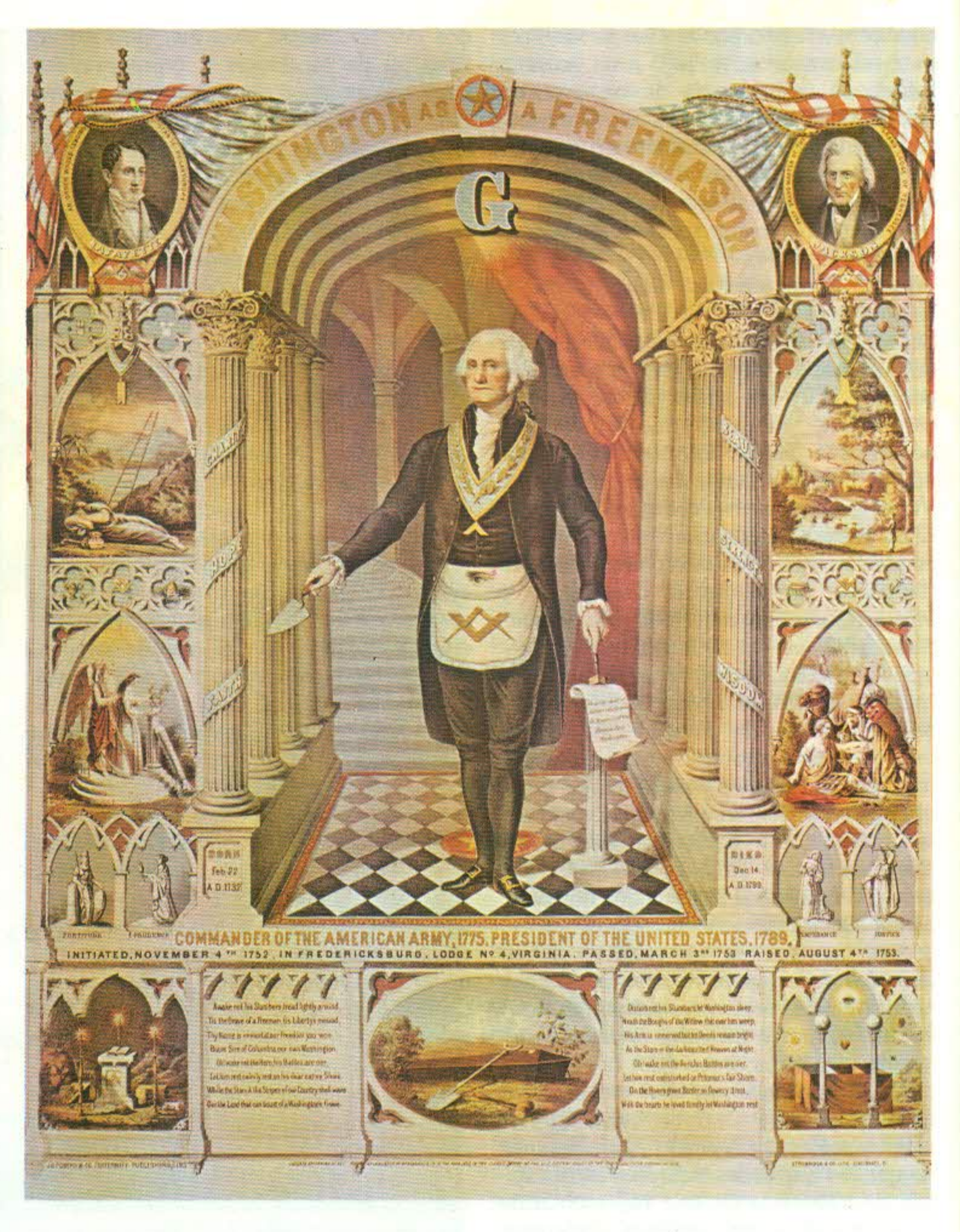
de la existencia común elegida y vivida por sus miembros.

Gran parte de la tensión que la convención pudo haber suscitado, fue disipada por la convicción general de que, cualquiera que fuese la forma de elección, George Washington sería la opción mayoritaria para la presidencia. Con John Adams como vicepresidente, Washington juró su cargo en la galería del Federal Hall de Nueva York, en abril de 1789. Eligió a Jefferson (que había sucedido a Franklin como embajador en París) como secretario de Estado, y confió la secretaría del Tesoro a Hamilton y la de Guerra a Henry Knox, un librero de Massachusetts ascendido a general.

La contribución de Washington a la presidencia fue inmensa, ya que todas las decisiones que tomaba sentaron precedente. Aportó dignidad y decoro al cargo. Descubrió que tanto el Senado como el Tribunal Supremo se negaban a dar consejo antes de la negociación de tratados o de asuntos legales, en vista de lo cual el poder de iniciativa presidencial aumentó, a la vez que su propia autoridad. El sistema judicial fue organizado a base de un presidente de la Corte Suprema y cinco jueces auxiliares. La administración de Washington se distinguió por la labor de sus dos secretarios, Hamilton y Jefferson.

Hamilton creía que el nuevo gobierno federal sólo sería fuerte si su crédito quedaba firmemente establecido. Las naciones —al igual que cualquier individuo— deben pagar sus deudas. Por tanto, recomendó al Congreso que la deuda nacional, tanto exterior (12 millones de dólares) como interior (24 millones), fuese pagada en su valor facial y que el gobierno federal aceptara y saldara las deudas contraídas por los estados; propuso hacerlo consolidando la deuda, es decir, ofreciendo un nuevo empréstito. No hubo oposición en cuanto al pago de la deuda exterior pero sí, y mucha, contra el de la interior, puesto que los especuladores (en su mayor parte norteños) habían estado comprando obligaciones del gobierno a tipo reducido y, por tanto, pretendían esperar hasta conseguir ganancias apreciables. Además, aquellos estados que, como Virginia, habían empezado ya a satisfacer sus deudas, protestaron ante la ayuda otorgada a sus rivales menos generosos o menos ricos. No obstante, Hamilton se salió con la suya, en parte al aplacar al Sur emplazando la planeada capital nacional (llamada por aquel entonces la «Ciudad Federal«) a orillas del Potomac y cerca de Mount Vernon. Esta jugada de Hamilton le valió el apoyo de la clase adinerada para la Constitución y el gobierno federal.

Hamilton creó también un Banco Nacional, aunque Jefferson y Madison se opusieron a lo que ellos consideraban un monopolio y una amenaza para los bancos estatales. También propuso la aplicación de impuestos y aranceles sobre el tráfico de mercancías.



Hamilton y Jefferson

El impuesto aplicado por Hamilton a las mercancías del interior topó con dificultades. Lo había solicitado para los aguardientes destilados, en parte para aplicar los poderes del gobierno federal a las gentes de la frontera del Oeste, que durante largo tiempo se habían acostumbrado a transformar su maíz y su centeno en whisky, ya que así era más fácil su transporte a través de las montañas y también su venta. Los destiladores acogieron con indignación el impuesto y en 1794, en el oeste de Pennsylvania, ofrecieron resistencia a los recaudadores federales, en la llamada «Rebelión del whisky». Hamilton llamó a la milicia y se desvaneció toda oposición.

Gradualmente, surgió una división entre Jefferson y Hamilton, tanto en cuestiones políticas como en otras personales. El segundo era defensor de un gobierno federal fuerte de los fabricantes, de los «ricos, los bien nacidos y los capaces», así como de la relación con Gran Bretaña; el primero era partidario de los derechos de los estados, de libertad para los agricultores y del apoyo de Francia. Jefferson empezó a desempeñar su cargo como admirador de Francia y simpatizante de la Revolución francesa, pero después sus entusiasmos se enfriaron, debido a la actuación del embajador de Francia, Genêt.

En 1793, interpretando equívocamente la situación norteamericana e invocando

la alianza de 1778, el embajador asumió el apoyo norteamericano a la Francia revolucionaria, equipó buques «revolucionarios» para atacar la navegación británica y planeó la formación de ejércitos «liberadores» que habían de marchar sobre la parte occidental propiedad de España. En abril de 1793, Washington proclamó la neutralidad y en agosto el gabinete votó la petición al gobierno francés de que retirase a Genêt.

La réplica de Robespierre consistió en pedir a su vez la retirada de Morris, el ultraconservador embajador de Estados Unidos en Francia. Al final, Genêt persuadió al gobierno norteamericano para que no le devolviese a su país y, prudentemente, se instaló en el valle del Hudson.

La política exterior dividió a los dos partidos en gestación, tanto como las cuestiones económicas. Abiertamente, Jefferson y los republicanos eran francófilos, y los hamiltonianos eran probritánicos. Sin embargo, paradójicamente, Nueva Inglaterra y las ciudades costeras, normalmente antibritánicas debido a su rivalidad comercial, eran ahora probritánicas y temían a la revolución, a los corsarios franceses y al «papismo». Los plantadores virginianos, usualmente probritánicos, eran ahora partidarios de Francia, debido a su admiración por las costumbres parisinas y su antagonismo frente al capitalismo yanqui y los impuestos de Hamilton sobre el comercio interior. A partir de entonces, la rivalidad de los partidos ocultó una división más fundamental entre los intereses de grupos.

Cuando comenzó la guerra entre Francia y Gran Bretaña en 1793, la neutralidad norteamericana se vio amenazada. Gran Bretaña ocupaba todavía las factorías peleteras y se proponía seguir ocupándolas hasta que fuesen saldadas las deudas que quedaron sin pagar en 1783. Los británicos se apoderaron de los buques norteamericanos que comerciaban con las Antillas francesas enrolando a la fuerza a los tripulantes en la marina de Gran Bretaña. Las simpatías de Estados Unidos por Francia declinaron al ser revelados los excesos de Genêt (el propio Jefferson dimitió en diciembre de 1793) y Washington contemplaba con alarma la perspectiva de una guerra con Gran Bretaña y en alianza con el régimen revolucionario de París.

Por tanto, en 1794 Washington envió a John Jay, presidente del Tribunal Supremo, a Londres para tratar de zanjar las disputas con Gran Bretaña. Jay logró evitar la guerra, pero a expensas del orgullo nacional de Estados Unidos. El tratado firmado por Jay consiguió obtener la promesa británica de evacuar los enclaves del noroeste y someter a comisiones la cuestión de los límites y de las deudas, pero Estados Unidos tuvo que abandonar su posición sobre los derechos de la neutralidad. Recibieron algunas concesiones en las Antillas británicas y accedieron a abrir sus puertos, sin restricciones, a la navegación británica. En conjunto, el tratado fue extremadamente impopular y Jay fue quemado en efigie, Hamilton apedreado en la calle y Washington empezó a ser objeto, por primera vez, de duras críticas.

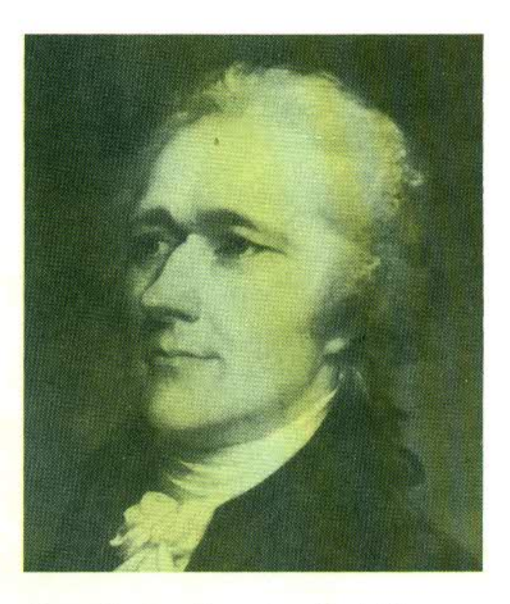
El tratado estimuló el establecimiento de desacuerdos con España, y en 1795 el Tratado de San Lorenzo otorgó a los norteamericanos el derecho de navegación en el Mississippi, así como el depósito y transferencia de productos alimentarios en Nueva Orleans. Aunque eran importantes éxitos comerciales, también ensancharon la brecha entre federalistas y republicanos, y Washington firmó el tratado a disgusto. Hamilton dimitió de su cargo en 1795.

A pesar de estas tensiones y de la aparición de dos partidos bien diferenciados en el segundo mandato de Washington, la presidencia de éste tuvo gran peso en la política exterior y en la interior. Esta política, posteriormente desarrollada por la Doctrina Monroe de 1823, consiguió la neutralidad de Estados Unidos respecto a Europa después de 1793. Estados Unidos se había convertido en una sociedad vigorosa e independiente que podía permitirse el lujo de mirar a Europa con indiferencia.

Sin embargo, el segundo mandato de Washington fue agitado. Le inquietaba el desacuerdo de sus dos lugartenientes y el creciente «espíritu de partido». Además era atacado con saña por la prensa popular, a pesar de sus 45 años de servicio público. En 1796 anunció que no quería un tercer mandato. El discurso de despedida de Washington fue una confesión. Deploró el «funesto espíritu de partido», pero no obtuvo resultados, y aconsejó a sus compatriotas guardarse de conexiones extranjeras y alianzas permanentes.

John Adams

Los consejos del discurso de despedida de Washington fueron ignorados en las duras pugnas partidistas de los cuatro años de presidencia de John Adams (1797-1801). Jefferson, que quedó en segundo lugar en las elecciones de 1796, consiguió la vicepresidencia: las dos figuras más destacadas de la política norteamericana se encontraron en partidos opuestos. Pero lo peor fue que Hamilton, el pensador y organizador de los federalistas, se dedicó a conspirar contra Adams y poseía gran influencia sobre los principa-



Alexander Hamilton, abogado de Nueva York que tuvo gran influencia en los debates sobre la Constitución y durante su mandato como secretario del Tesoro en el gobierno de Estados Unidos.

Página anterior, Jorge Washington con los distintivos masónicos. Su futuro poder político estuvo basado en sus éxitos militares. (Henry Francis du Pont Winterthur Museum, Delaware.)

les funcionarios de éste. Adams, aunque hombre honrado y de amplias miras, era superficial y quisquilloso. No sin cierta razón, le desagradaba tanto Hamilton como a éste él, aunque con menos motivos. Fue un período lamentable.

Con todo, Adams pudo anotarse un éxito. A pesar de las tensiones existentes entre Estados Unidos y la Francia revolucionaria, como resultado de las intromisiones francesas en el comercio norteamericano, y a pesar de la obvia tentativa de Talleyrand y sus agentes en lo tocante a solicitar sobornos de los negociadores norteamericanos en 1797, Adams ignoró a la opinión pública y consiguió mantener la paz con Francia. No obstante, no pudo impedir que el Congreso, bajo la influencia federalista, explotase los sentimientos antifranceses y presentara en 1798 cuatro proyectos de ley que eran evidentemente intolerantes y que al final reforzaron más a los republicanos que a los federalistas.

La Ley de Naturalización ampliaba de cinco a catorce años el período de residencia de los extranjeros que solicitaban ciudadanía, con lo que se perjudicaba al Partido Republicano, en cuyas filas tendían a agruparse los inmigrantes. La *Alien Act*, o Ley de Extranjeros, autorizaba al presidente a deportar a todo aquel extranjero considerado peligroso. La *Alien Enemies Act*, o Ley de Extrañamiento, le otorgaba poderes para deportar a cualquier súbdito de aquellos países con los que Estados Unidos estuviera en guerra. Finalmente, la *Sedition Act*, o Ley de Sedición, permitía castigar con multa o cárcel al que publicara cualquier «escrito falso, escandaloso y malicioso». De acuerdo con esta ley, diez editores republicanos fueron acusados o sancionados.

El intento se dirigía a silenciar a la oposición, lo que dio a Jefferson y a Madison su oportunidad. En las Resoluciones de Kentucky y Virginia, éstos presentaron el planteamiento republicano acerca de los «derechos de los Estados», es decir, la de que el gobierno federal había sido creado por los estados y que podía ser criticado por éstos si se excedía en sus atribuciones. Manifestaban que, tal como decía la Constitución, el poder seguía residiendo en los estados o en el pueblo. En la elección presidencial de 1800, Jefferson y Aaron Burr, cada uno con 73 votos en el Colegio Electoral, derrotaron a Adams y a Charles C. Pinckney. La elección final de presidente fue hecha por la Cámara de Representantes, que, después de treinta y seis accidentadas votaciones, eligió a Jefferson.

Para evitar la repetición de semejante situación en el futuro, en 1804 fue aprobada la doceava enmienda para permitir la elección de presidente y vicepresidente en comicios separados. Jefferson, hombre muy culto, idealista y liberal, se instaló en una mansión presidencial todavía sin terminar (no era aún la Casa Blanca), en una ciudad federal también en construcción (y que todavía no era Washington), para presidir unos Estados Unidos tenuemente vinculados. Sin embargo, el año 1800 marcó de hecho, una verdadera revolución en las costumbres y la trayectoria política, amén de sus consecuencias.

FORMACIÓN DE ESTADOS UNIDOS

Año	América del Norte	Gran Bretaña	Francia
1765		Rockingham primer ministro (1765)	
	Revocación de *Stamp Act* (ley del Timbre) (1766)	El conde de Chatham forma gobierno (1766)	Córcega cedida a Francia (1768)
			Nacimiento de Napoleón Bonaparte (1769)
1770	Masacre de Boston (1770)	Lord North primer ministro (1770)	
	Motín del té en Boston (1773)		
	Quebec Act (1774)	Warren Hastings gobernador general de la India (1774)	Luis XVI, rey (1774)
	Primer Congreso Continental (1774)		Turgot ministro de Hacienda (1774)
1775	Inicio de la Guerra de Independencia (1775)		
	Batalla de Bunker Hill (1775)	3.er viaje de Cook al Pacífico (1776)	Destitución de Turgot (1776)
	Batalla de Trenton (1776)		
	Declaración de Independencia (1776)		Necker, ministro de Finanzas (1777)
	Lafayette en América (1777)		
	Rendición Británica en Saratoga (1777)	Muerte del conde de Chatham (1778)	
1780		Levantamientos antipapales en Londres (1780)	
	Rendición de Cornwallis en Yorktown (1781)		Destitución de Necker (1781)
	Tratado de Versalles		
	Gran Bretaña reconoce la independencia de las colonias norteamericanas (1783)	Pitt el Joven primer ministro (1783)	Calonne ministro de Hacienda (1783)
		La Compañía de las Indias Orientales controlada por el gobierno (*Indian Act*), en 1784	
1785	Convención de Filadelfia: se establece el gobierno federal (1787)		Disolución de la Asamblea de los Notables (1787)
	Alianza Francia-Estados Unidos (1788)	Proceso de Warren Hastings (1788)	Retorno de Necker (1788)
	George Washington primer presidente (1789)	Crisis de regencia (1788)	Convocatoria de los Estados Generales: inicio de la Revolución (1789)
1790	Creación del Banco Nacional		Constitución civil del clero (1790)
	Jefferson funda el Partido Republicano Demócrata (1791)	Acta de Canadá (1791)	Abolición de la monarquía (1792)
		Gran Bretaña y Francia en guerra (1793)	
			Caída de Robespierre (1794)
			Formación del Directorio (1795)
	John Adams, presidente (1797)	Amotinamientos en la armada (1797)	
			Establecimiento del Consulado (1799)
	Muerte de George Washington (1799)		
	Washington, capital de los Estados Unidos	Acta de Unión con Irlanda (1800)	

La Revolución francesa



La Revolución francesa no fue el único ni el primero de los fenómenos sociopolíticos que resquebrajaron el antiguo orden de Europa a finales del siglo XVIII, pero fue el más espectacular y también el más importante. Se produjo en uno de los países europeos más extensos, poblados y poderosos, y que era para muchos el centro de la cultura y la civilización. Tanto en sus principios como en su práctica, política y socialmente, fue mucho más allá que la Revolución norteamericana; además, a diferencia de ésta, la Revolución francesa fue expansionista y desafió al viejo orden, más allá de sus fronteras, no sólo con sus ideas sino también con sus ejércitos.

En veinte años de guerras, paseó las ideas revolucionarias a lo largo y a lo ancho de Europa, y todos los lugares con los que entró en contacto no volvieron a recuperar su situación anterior. Su influencia se extendió y persistió por largo tiempo, incluso en sitios donde sus ejércitos jamás pusieron pie, encontrando un eco en aquellos movimientos nacionalistas y democráticos —liberales, radicales y socialistas— que dominarían gran parte de la política del siglo siguiente. Durante generaciones, encarnó la idea de la Revolución.

No hay una explicación única y simplificada de este gran episodio, aunque sólo sea porque la propia Revolución no fue un hecho aislado y estático. Fue una serie dinámica de acontecimientos, cuyo desarrollo dependió de la interacción de una variedad de fuerzas y circunstancias. Sin duda alguna, el más importante de estos factores fue la burguesía.

La Revolución señala la irrupción de las clases medias que representaban las nuevas fuerzas de la sociedad, cada vez más amplias, importantes y ambiciosas, y más antagónicas respecto a los valores y las instituciones existentes (políticas, sociales y económicas). Éstas aportaron la mayoría de los líderes de la Revolución, los hombres que dominaron sus asambleas y comités, aquellos que compilaron las acusaciones contra el Antiguo Régimen y, en la «Declaración de los Derechos del Hombre», proclamaron los privilegios del nuevo orden social. Fueron ellas las que dieron forma a las nuevas instituciones y las que al final salieron como principal beneficiario del régimen subsiguiente.

Con todo, la Revolución no fue meramente una batalla de las clases medias contra la aristocracia y el absolutismo. Sin la actividad de elementos más humildes de la sociedad —el campesinado y el proletariado urbano— la Revolución no hubiera seguido el curso que tomó. El destino de los revolucionarios de la clase media, y a veces también su política, dependió con frecuencia del papel desempeñado por estos otros grupos, impulsados por aspiraciones no siempre coincidentes con las de aquéllos.

Sin embargo, la situación que condujo a la convocatoria de los Estados Generales, no la creó la burguesía ni sus aliados de las clases populares. Fue el producto de

María Antonieta (1755-1793) con sus hijos. Su oposición a Necker y Turgot, en sus intentos de reformar las finanzas de la monarquía francesa, aumentó la impopularidad de la corona. (National Museum, Estocolmo.)

Página anterior, retrato del presidente John Adams (1878), por Edgar Parker. (White House Historical Association, Washington D.C.)

las dificultades de la monarquía y de las ambiciones de la aristocracia. En 1780, el conflicto más claro en Francia se situaba entre la monarquía y la aristocracia, aunque después se produjera una redistribución de las fuerzas implicadas.



El antiguo orden

La monarquía absolutista de la Francia del siglo XVIII marcó el apogeo del ascenso de la corona hacia la autoridad. Los rivales internos de su poder político habían sido sometidos en el siglo XVII, y los nobles que en otro tiempo habían desafiado al rey en el campo de batalla, procuraban ahora complacerle en todos los detalles. El palacio de Versalles, el esplendor de la corte y el poderío real que simbolizaba eran admirados e imitados por otros monarcas europeos. Las teorías del derecho divino y del absolutismo reflejaban el triunfo de la corona. De acuerdo con la teoría absolutista, todos los poderes del Estado —legislativo, ejecutivo y judicial— radicaban en el propio rey. «Sólo en mi persona —dijo Luis XV— reside el poder soberano... Sólo de mí obtienen su autoridad mis tribunales... Sólo a mí me pertenece completa y exclusivamente el poder legislativo.»

No había ningún freno constitucional para los poderes reales, ni tampoco ningún organismo de personas electas y representativas con el que debiera contar o al que sus servidores tuvieran que dar respuestas. El rey debía responder ante Dios, pero en la tierra era el agente de Aquél, y disponía de sus poderes por derecho divino. «El trono real —proclamó Bossuet, teólogo del siglo XVII— no es el trono de un hombre, sino el del propio Dios.»

Sin embargo, en la década de 1770, las debilidades de la corona eran tan importantes como sus vastas pretensiones. Este hecho se debió en parte a una cuestión de carácter, ya que los sucesores de Luis XIV fueron hombres débiles, y la administración carecía de la dirección y la coordinación efectivas que sólo un monarca dedicado, o un primer ministro provisto de su seguro apoyo, podían ofrecer. Pero la debilidad esencial radicaba en la crisis permanente de las finanzas de la monarquía. Los problemas de ésta no eran el resultado de favores extravagantes y pensiones otorgadas a cortesanos ociosos, aunque este capítulo no dejaba de ser una carga onerosa. Consistían, principalmente, en el precio pagado por la larga serie de guerras que Francia protagonizara en los últimos cien años. El interés anual llegó a devorar la mitad de las rentas reales. Los gastos militares del momento, otra partida cada vez más abrumadora, absorbían otra cuarta parte.

Las dificultades financieras eran a la vez síntoma y causa de debilidad. No reflejaban ninguna reducción en los recursos del país, sino más bien la incapacidad de la corona para utilizar con mayor plenitud estos recursos, para incrementarlos o para reorganizar el sistema tributario de modo que resultara más productivo. Grupos y regiones importantes disfrutaban de privilegios y exenciones en los impuestos, y algunas de las provincias de más reciente adquisición, los llamados *pays d'états*, habían reclamado con éxito el derecho a negociar sus propias contribuciones. Muchas ciudades, o grupos dentro de las ciudades, estaban exentas de la *taille* (el impuesto directo más importante) o bien se les permitía pagarla en plazos más cómodos. Una anterior disposición real para recaudar dinero —la creación y venta de cargos— había dado lugar a un sinfín de cargos hereditarios e inamovibles, exentos de ciertos tributos.

El cobro de los impuestos indirectos había sido confiado a compañías privadas, las arrendatarias de contribuciones, y el país estaba dividido por una red de «aduanas naturales» en las que se recaudaban aranceles y peajes. La Iglesia poseía alrededor del 10% de las tierras de Francia y sus ingresos eran cuantiosos, pero su contribución a las arcas reales quedaba limitada a alguna que otra «aportación voluntaria». La nobleza, poseedora de un 25% de las tierras, estaba exenta de la *taille* y, aunque debía pagar otros impuestos directos —la *capitation* y el *vingtième*—, a menudo conseguía unas interpretaciones favorables de éstos. La carga tributaria recaía mayormente en los pobres, incrementando su descontento. Por otra parte, las aduanas interiores obstaculizaban el desarrollo del comercio local y la expansión de los recursos de la nación. De hecho, los principales beneficiarios del sistema de recaudación de impuestos eran los propios recaudadores.

A mediados del siglo XVIII los ministros reales estaban al corriente de la situación, y surgieron programas de reforma del sistema fiscal destinados a persuadir a las clases privilegiadas para que prescindieran de algunas de sus inmunidades tributarias y a suprimir algunas de las aduanas locales, así como ciertos intereses particulares que restrigían el crecimiento de la riqueza nacional.

Sin embargo, todo intento de introducción de esta reforma topó con las vivas protestas de los beneficiarios de los privilegios, en especial la nobleza. Las exenciones de impuestos representaban un desahogo importante para muchos nobles rurales empobrecidos, y eran un signo de categoría social. Los nobles tampoco se mostraban dispuestos a sacrificar sus preciados derechos para complacer a una monarquía absolutista que los había excluido de lo que ellos consideraban como su derecho histórico a compartir el poder político. De hecho, en el siglo XVIII hubo un resurgir de la aristocracia al pasar los nobles a la ofensiva frente al absolutismo real. En la década de 1780, los apuros financieros de la corona eran la oportunidad de la aristocracia.

Los principales portavoces de la resistencia a la reforma y de los ataques contra el absolutismo eran los Parlamentos, en especial el Parlamento de París, el más importante de los doce existentes en el país. Eran, esencialmente, tribunales de

leyes y la reserva especial de la aristocracia judicial, la *noblesse de robe*. Además, todos los decretos reales debían ser registrados por ellos y podían presentar protestas antes de que el registro tuviera lugar. Aunque el rey podía obviar sus protestas, éstas no dejaban de ser un arma de resistencia utilizada con grandes efectos. Todo programa que afectara a los privilegios suscitaba las protestas de los Parlamentos.

Con la cooperación de las aristocracias de Bretaña y el Languedoc y la asamblea del clero, los nobles, a principios de la década de 1750 y de nuevo en 1763, consiguieron bloquear medidas encaminadas a una mayor igualdad fiscal, y durante la década de 1760 respaldaron a los nobles bretones en una prolongada resistencia frente al representante real. En el curso de este conflicto, afirmaron que sólo los Estados Generales, que no se habían reunido desde 1614, podían ratificar nuevos impuestos. En un arranque de energía, Luis XV se impuso a los Parlamentos y finalmente los suprimió para que sus ministros pudieran realizar sus programas de reforma. Pero Luis XVI volvió a restablecerlos, y los Parlamentos reanudaron su campaña de obstrucción hasta 1788.

El efecto de esta conducta no fue tan sólo la congelación de reformas útiles y el apuntalamiento del sistema de privilegios, sino un descrédito creciente para el absolutismo. Aunque su resistencia estuviera inspirada por intereses mezquinos, ellos la presentaban como una defensa de la libertad, el constitucionalismo y la ley contra los abusos de una monarquía despótica. Así, cada ocasión en la que el rey hizo caso omiso de sus objeciones, y sobre todo cuando suspendió los Parlamentos, se consideró como una prueba más de la tiranía en acción.

Los términos con los que plantearon sus protestas ayudaron a forjar unas nociones familiares de una monarquía limitada, unas instituciones representativas, unas leyes fundamentales y unos derechos de la nación. Su propia interpretación de las mismas era, en realidad, muy angosta, en el sentido de que libertad equivalía a convertir los privilegios y las instituciones representativas en una entidad dominada por la nobleza. No obstante, el pueblo llano creía en estos Parlamentos, en parte debido a una hábil publicidad, pero también a que sus ataques contra el despotismo le eran gratos.

El orden social

En el conflicto político, la aristocracia pudo creer que la opinión popular estaba a su lado contra el despotismo. Por otra parte, el descontento social exigía una diferente clasificación de las fuerzas sociales.

Bajo el Antiguo Régimen, la sociedad era esencialmente aristocrática, pues el prestigio y el relieve en la jerarquía social eran acordes a las personas de cuna noble o poseedoras de títulos y propiedades. Estas distinciones gozaban de un reconocimiento oficial legal y componían una sociedad estratificada en tres categorías: el clero, la nobleza y los demás, con las dos primeras dotadas de privilegios especiales.

Algunos de los privilegios de la nobleza eran honoríficos, como por ejemplo el derecho a llevar espada; en un aspecto más material, estaban exentos del pago de la *taille* y se veían favorecidos en otros aspectos de tributación directa. Un terrateniente noble tenía derecho, como *seigneur*, a ejercer su jurisdicción en tribunales locales y a retener las multas impuestas. También se le permitía ejercer ciertos monopolios en sus propiedades, tales como el prensado de la uva, cuyos usuarios tenían que pagarle una determinada cantidad. Finalmente, podía recaudar diversos impuestos feudales, en forma de pagos en metálico —algunos anuales y otros ocasionales—, así como requerir servicios de los campesinos (las *corvées*).

En el seno de la nobleza había también diferencias, como las existentes entre los pocos miles de «grandes» que frecuentaban la corte real en Versalles, y los más modestos, y a menudo apurados, nobles provinciales. Había también otra distinción entre la antigua nobleza «de la espada» y la nobleza judicial «de la toga», pe-



Fiesta en honor del "Ser Supremo" en junio de 1796. Dibujo de la época. (Musée Carnavalet, París.)

Página anterior, caricatura del antiguo régimen: el sacerdote reza por todos; el soldado lucha por todos; el campesino trabaja para todos y el legislador come por todos. No obstante, estos últimos jugaron un papel importante en la Revolución.

ro respecto a todos los que no eran nobles, este grupo reducido –tal vez unos 400.000 individuos– era considerado de por ley como poseedor de una posición superior, privilegiada, en la sociedad.

En particular desde mediados del siglo XVIII, hubo síntomas de que estaban manteniendo esta posición con mayor exclusividad y explotándola más a fondo. Los Parlamentos trataron de limitar la entrada en sus filas a aquellos que eran ya de cuna noble, y a partir de 1781 la mayoría de los mandos del ejército eran accesibles sólo para quienes pudieran demostrar que descendían de generaciones de nobles. Éstos se apropiaron progresivamente de los mejores cargos a los que antes habían tenido acceso los burgueses, en especial los adinerados, y en la década de 1780 todos los obispos, todos los intendentes (administradores provinciales) y casi todos los ministros del rey eran nobles. En las zonas rurales, tal vez bajo la presión del coste ascendente de la vida, empezaron a aplicar con mayor rigor sus derechos señoriales, hasta el punto de resucitar incluso antiguos derechos ya olvidados y de reclamar pagos retroactivos.

El Tercer Estado, el orden no privilegiado, comprendía más del 95% de la población francesa. No lo formaban nobles ni clérigos, sino hombres que podían ser cualquier otra cosa. El Tercer Estado era una categoría legal, y no una clase social o económica. Los elementos más adinerados y progresistas abarcaban una gama amplia e indefinida de ciudadanos acomodados que destacaban especialmente en actividades tales como las finanzas, el comercio, la industria, la administración y las profesiones liberales. Eran los principales beneficiarios de la notable expansión económica de Francia durante el siglo XVIII.

Entre las décadas de 1720 y 1780, el comercio exterior se había triplicado, el comercio colonial se quintuplicó, la producción industrial aumentó el doble, los precios se elevaron y los márgenes comerciales se incrementaron. Los grandes puertos de Marsella, Nantes y Burdeos disfrutaban de una prosperidad sin precedentes. En villas y ciudades, la edificación –elegantes mansiones urbanas, plazas públicas y jardines, paseos y parques– atestiguaba la nueva prosperidad. Sólo los grandes financieros o los grandes recaudadores de los impuestos rurales podían equipararse en fortuna con los promotores del comercio exterior y colonial.

La industria, al igual que el comercio interior, padecía los efectos de los obstáculos que impedían la actividad económica bajo el Antiguo Régimen: barreras aduaneras internas, reglamentaciones gubernamentales y restricciones gremiales. Sin embargo, hacían ya su aparición empresas montadas a gran escala, basadas principalmente en un sistema interno, nacional.

Los grupos administrativos y profesionales, los detentores de cargos modestos en tribunales y entidades burocráticas, así como los abogados, médicos y escritores, no podían rivalizar en riqueza con los hombres de negocios, pero eran mucho más numerosos que éstos y además eran hombres ilustrados y ambiciosos. De este estrato, más que de cualquier otro, surgieron los dirigentes de la Revolución, los hombres que rigieron sus asambleas y comités y que llevaron a cabo sus políticas.

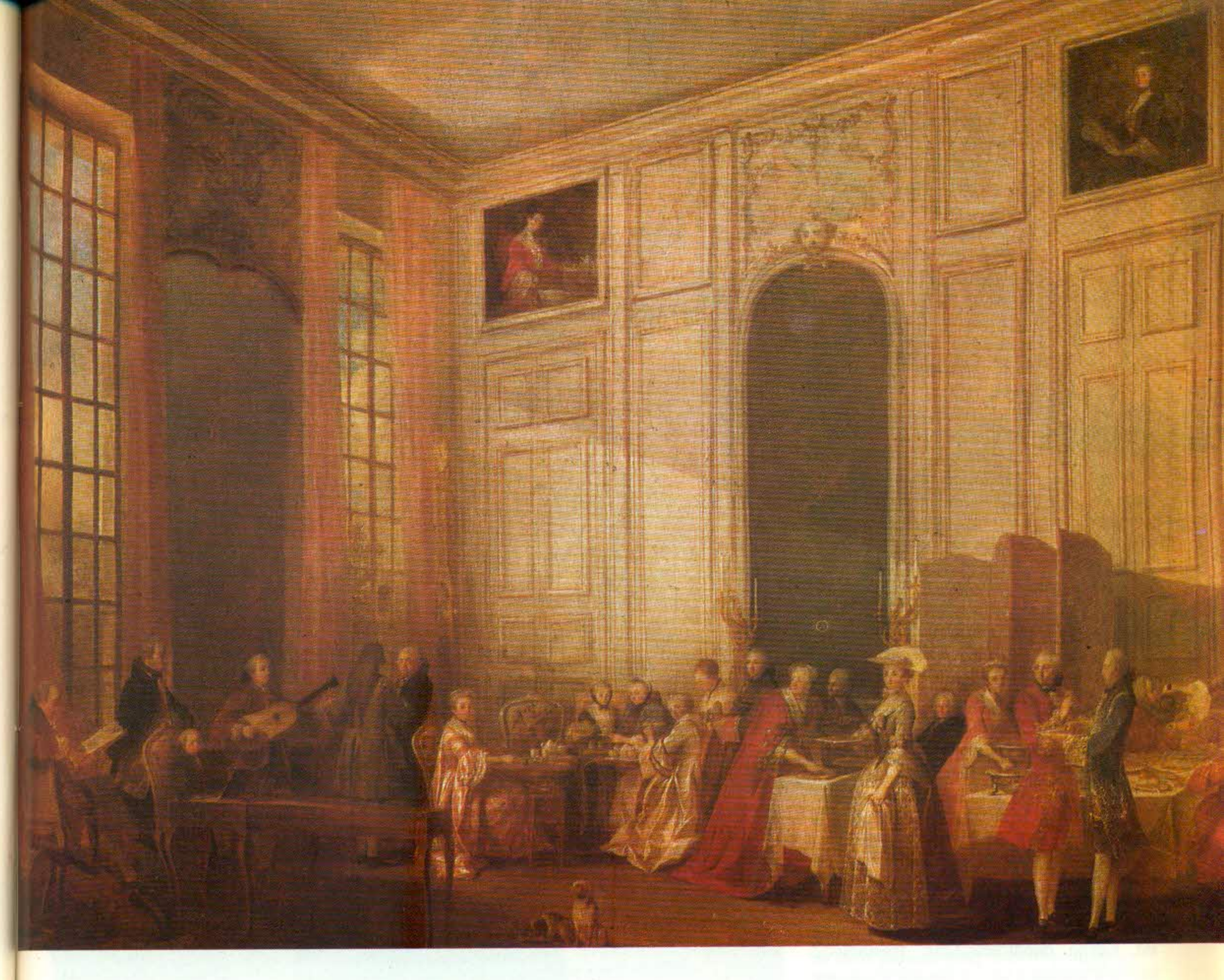
Estas clases medias, pujantes en número y medios, y conscientes de su importancia en el país, no estaban dispuestas a tolerar indefinidamente sistemas, instituciones y valores antiguos que constituyeran una barrera para su acceso al poder, obstaculizaran la libertad de sus actividades industriales, restringieran el impulso económico y las relegaran a una categoría social inferior. No obstante, como oposición independiente contra los órdenes privilegiados actuaron con lentitud. Muchos burgueses no sólo aspiraban a alcanzar jerarquía social, sino que durante largo tiempo habían gozado de oportunidades para conseguirlo. En muchas ocasiones el rey había elegido a sus funcionarios de esta clase social, con preferencia a la nobleza feudal. Burgueses acomodados se habían beneficiado de la práctica real consistente en crear cargos para su venta, los cuales conferían un *status* de nobleza. Podían casar a sus hijos con miembros de familias nobles empobrecidas o bien utilizar su dinero con el fin de conseguir para su hijo una posición prometedora en el sistema judicial o en la administración. Asimismo, podían adquirir tierras junto con derechos señoriales.

A partir de mediados del siglo XVIII, la creciente exclusividad de la nobleza atajó el avance burgués a través de estos canales tradicionales y se avivó el descontento social. Antoine Barnave señaló que en todas partes el privilegio cerraba el paso a cualquier actividad económica. Georges Danton se quejaba de un sistema que no daba a los hombres educados la menor oportunidad para demostrar su talento. Sin embargo, los deseos de cambio de las clases medias tardaron en traducirse en armas de revolución. Sólo cuando quedó de manifiesto que entre los objetivos de la aristocracia no figuraban, ni mucho menos, cesión alguna de su posición privilegiada, las burguesías se dicidieron a actuar.

Por debajo de la minoría de la burguesía acomodada había la gran mayoría de las masas urbanas. En París, éstas ascendían a la cifra de 400.000 personas en una población de medio millón, y abarcaban desde los pequeños comerciantes y tenderos, oficiales de taller, artesanos y jornaleros, hasta los peones, los servidores domésticos, los pobres y los vagabundos. Formaban el «pueblo llano», un conjunto de grupos con ingresos muy reducidos o nulos. El proletariado no estaba aún bien diferenciado, y virtualmente no existía ninguna organización de trabajadores.

En su mayoría, talleres y obradores eran de escala muy modesta. Los maestros, también artesanos a su vez, trabajaban junto a sus escasos empleados, y era frecuente que los jornaleros vivieran en casa de sus amos. Maestros y empleados resistían juntos los embates de los grandes patronos, amparándose en las reglamentaciones gremiales que protegían a sus respectivos oficios. Dada la escasez de sus retribuciones cualquiera que fuese su actividad, notaban en seguida los efectos de los precios en alza, especialmente el del pan, y su respuesta colectiva normal a tales situaciones no consistía en huelgas y demandas de aumentos salariales, sino en tumultos callejeros frente a los puntos de venta de alimentos, con peticiones de controles de precios y de medidas para mejorar el suministro de grano en la ciudad. En este aspecto, vivían en un mundo diferente del de los burgueses, quienes desconocían este tipo de trastornos económicos.

Sin embargo, eran mayoría los franceses que no vivían en villas y ciudades. Más del 80% de la población era rural y gran parte de este sector estaba formado por campesinos. Eran hombres libres –quedaban pocos siervos en Francia– y en este aspecto estaban en mejores condiciones que el campesinado de otros países. Muchos de ellos, tal vez una cuarta parte, se habían convertido en propietarios de sus tierras y otros trabajaban tierras arrendadas a cambio de una renta o de una partición de las cosechas. Otros muchos (en Normandía, un 30%) eran poco más que campesinos sin tierra, y salvo el caso de una afortunada minoría, sus condiciones de vida, aunque mejores respecto a otras épocas anteriores, eran lamentables. Incluso los poseedores de alguna tierra tenían tan pocos recursos que se veían obligados a conseguir ingresos suplementarios. Obtenían escaso beneficio de las alzas en los precios de los alimentos, pues muy pocos de ellos disponían de excedentes para vender. La población aumentó en unos seis millones (un 30%) durante el siglo XVIII, y esto fomentó la competencia por las tierras, alentó la subdivisión de propiedades, incrementó el número de los sin tierra e impidió mejoras en los salarios. Además, los campesinos asumían



toda la carga de los impuestos reales: la *taille* y el impuesto sobre la sal. Pagaban diezmos a la Iglesia y tributos al señor de la propiedad, y también se enfrentaban a una presión cada vez más dura de quienes comercializaban la agricultura. Los terratenientes amenazaban con empeorar la situación de los campesinos más pobres cercando las tierras comunes y privándolos de los derechos tradicionales, por más deseable que ello pudiera ser para conseguir un progreso agrario. Finalmente, los señores se mostraban cada vez más exigentes en lo tocante a los tributos feudales, la carga más detestable de todas, como demostraría en 1789 la conducta de los campesinos.

El descontento adquirió un nuevo significado con el aumento de la discusión pública de ideas críticas sobre el hombre, el gobierno y el país. Los *philosophes*, cuyos escritos aportaban la mayor parte de los temas comentados en salones, clubs literarios y sociedades filosóficas, se preocupaban especialmente por la política, aunque sus ideas no siempre concordaban. No propiamente revolucionarios, los intelectuales ilustrados alentaban sin cesar la necesidad de cambios y contribuían a socavar la confianza en el orden existente. Inspirados por el triunfo de las ciencias físicas al descubrir las grandes y sencillas leyes de la naturaleza, propugnaban un enfoque racional similar, cuestionando todas las creencias, costumbres e instituciones tradicionales. Sus escritos estimularon esta actitud crítica.

Su objetivo principal era la Iglesia, baluarte de creencias irracionales y supersticiones, que insistía en una ciega y absoluta obediencia a unos dogmas aparentemente absurdos, e impedía por medio de la censura y la persecución, el mantenimiento de otras ideas. Los poderosos ataques de los *philosophes* contra esta fortaleza de la tradición, contribuyeron a debilitar la posición del Antiguo Régimen. Por encima de todo, defendían la libertad de opinión. En condiciones de libertad, el hombre, tal como ellos lo entendían, era capaz de realizar grandes cosas y aventurarse a grandes empresas.

Un té a la inglesa en casa de la princesa de Conti. Mozart niño en el clavecín, *pintura de Ollivier. (Louvre, París.)*

Luis XVI

La reforma de las instituciones desde el poder real no era imposible, pero sí muy difícil. El monarca hubiera tenido que actuar como un déspota, aunque ello suscitara enconados sentimientos contra él. Pero este «déspota» debiera haber poseído además la magnanimidad suficiente para admitir ciertas limitaciones en su propia autoridad.

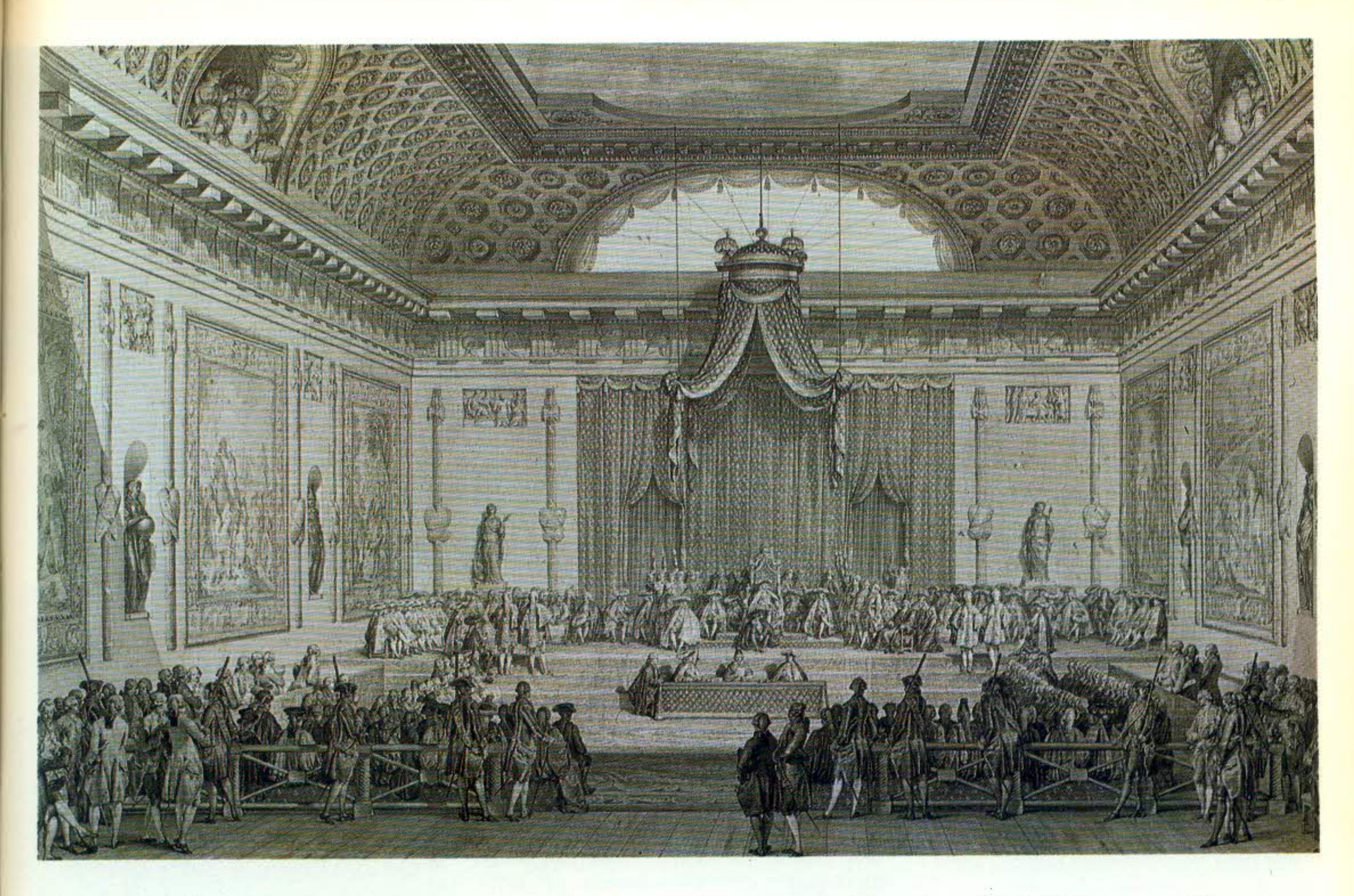
Todo esto exigía una mezcla de autoridad y habilidad, de la que carecía el nuevo rey que subió al trono en 1774. Luis XVI era un joven bien intencionado y deseoso de causar una buena impresión y despertar simpatías. Tenía gustos sencillos y no le entusiasmaba el deslumbrante entorno de la vida en la corte. Más bien tímido y retraído, obeso y no muy avispado, prefería los inofensivos placeres de la mesa y la caza, así como entretenerse en su banco de cerrajero. Se hubiera desenvuelto perfectamente en cualquier posición mucho más oscura de la vida. Las tareas de gobernar y administrar le aburrían. Carecía de la fuerza de carácter para enfrentarse a sus subordinados en un contexto de incesantes presiones e intrigas.

Su esposa, María Antonieta, era vana y caprichosa, y en nada compensaba la debilidad del rey. Se granjeó muchos enemigos, y su conducta indiscreta dio a éstos la oportunidad de emprender campañas contra ella, que desacreditaban aún más la reputación de la monarquía.

Las primeras medidas de Luis XVI, que intentaban demostrar su buena voluntad, fueron desafortunadas. Restableció los Parlamentos y cesó a los ministros que los habían disuelto. Fue un gesto popular, pero resultó desastroso para las perspectivas de una reforma, pues anuló las posibilidades de eficacia de las reformas de Turgot, nombrado inspector general de la Hacienda. Turgot era un devoto servidor de la corona, un experto administrador que había conseguido resultados impresionantes como intendente de Limoges, y un discípulo de la escuela progresista de pensamiento económico. Creía que la mejor manera de aumentar la renta nacional consistía en abolir las aduanas internas que limitaban la circulación de mercancías, así como las restricciones que obstaculizaban la actividad industrial. También sostenía que para aumentar el erario real había que obligar a todos los propietarios de tierras a efectuar el pago de los impuestos. Sus medidas comprendían la liberalización del mercado interior de granos, la abolición de los privilegios de los gremios y la sustitución del impuesto general sobre las tierras por la obligación de efectuar, los campesinos, obras en caminos y carreteras.



La oposición a estas reformas fue intensa. Los Parlamentos protestaron, declarando que el ataque de Turgot contra el privilegio amenazaba la estructura social existente. Luis XVI ignoró sus quejas, pero los intereses más o menos ocultos persistieron en su labor de oposición. El círculo que rodeaba a la reina murmuraba contra Turgot y otros ministros procuraron socavar su posición. A pesar de que Turgot suplicó a Luis XVI que se mantuviera firme y capeara la tempestad, el rey prescindió de sus servicios en 1776, y con ello perdió su gran oportunidad.



Asamblea de Notables presidida por Luis XVI en 1787, por J.M. Moreau, el Joven. (Versalles.)

Página anterior, Luis XVI, que reinó de 1774 a 1792, intentó varias reformas, pero su débil personalidad le incapacitó para afrontar la crisis que amenazaba al régimen.

Las necesidades económicas de la monarquía eran de nuevo desesperadas, y diez años después estaba en bancarrota y su debilidad ofreció a la aristocracia la oportunidad para reactivar sus demandas de participación en el poder.

Un acontecimiento crucial fue la intervención francesa en la Revolución norteamericana. Con ella, el gobierno francés obtuvo lo que había estado buscando desde 1763: el desquite de su derrota ante Gran Bretaña en la Guerra de los Siete Años. Sin embargo, fue la venganza más cara de la historia de Francia. En parte, porque la asociación con la causa norteamericana estimuló las nociones sobre la libertad y el gobierno representativo, y sobre todo por el efecto demoledor que tuvo sobre las débiles finanzas reales.

El sucesor de Turgot como director del Tesoro fue Jacques Necker, un banquero suizo que, por ser protestante, no podía ser nombrado inspector general de Hacienda ni miembro del Consejo Real. Necker financió la guerra a base de empréstitos, conseguidos a menudo con un interés del 8 y 10%. Esto no sólo elevó la deuda total, sino que además exigió una parte todavía mayor de la renta anual para pagar los intereses. Los gastos se habían duplicado desde 1774 y devoraban ya más de la mitad de los ingresos del Estado. Un déficit presupuestario anual era más bien cosa corriente, pero ahora representaba más del doble del déficit con el que se había enfrentado Turgot.

No cabía pensar en reducciones que apenas hubieran hecho mella en semejante déficit, ni tampoco se podía seguir pidiendo empréstitos. Además, los impuestos ya existentes no admitían un aumento provechoso, dado que desde los últimos años la economía había experimentado un descenso, y aquellos cuya tributación era ya onerosa, carecían de dinero. La única solución consistía en remodelar el sistema de impuestos de modo que todos pagaran, cualquiera que fuese su *status*. La única reforma fiscal capaz de satisfacer las necesidades de la corona, implicaba inevitablemente un ataque contra el sistema social existente basado en los privilegios.

Tal fue la esencia del programa propuesto por Calonne, que fue intendente general desde 1783 hasta 1787. El fin de la Guerra de Independencia norteamericana ocultó algún tiempo la verdadera situación, a lo que también contribuyeron una cosecha excelente y la firma de un tratado comercial con Gran Bretaña. Por algún tiempo, Calonne protagonizó una falsa expansión económica: construyó carreteras y puertos, y consiguió grandes empréstitos; pero en 1786 volvió a adoptar la política de Turgot y propuso susti-

tuir el *vingtième*, impuesto que favorecía a la nobleza, por un nuevo impuesto sobre todas las tierras, cualquiera que fuese la categoría del propietario. Para estimular la productividad habían de ser abolidas las aduanas interiores y autorizar la formación de nuevas asambleas locales que aportaran sus recomendaciones sobre la tributación, que se basaría en la propiedad y no en el *status* local. La riqueza, y no la cuna o el rango, sería el patrón de medida. Además, estos impuestos estarían bajo el control del agente real, el intendente.

La nueva tributación daría un respiro a las finanzas reales, al aportar un impuesto permanente y de amplia base sobre todas las tierras. La composición de las nuevas asambleas frenaría las exclusividades locales y las pretensiones políticas de la nobleza privilegiada, y además ofrecería mayores oportunidades a las clases medias locales y adineradas para que desempeñaran su función. Ellas aumentarían la eficiencia y la uniformidad de la administración y, bajo la dirección de los intendentes, actuarían como agentes de la corona. Al mismo tiempo, la eliminación de las barreras aduaneras promovería inmediatamente una mayor unidad en el seno del reino y aportaría mayores incentivos a la actividad económica.

El repliegue del absolutismo

Por las mismas razones, esta política podía esperar una firme oposición. Calonne esperaba evitar estas reacciones convocando a una selecta Asamblea de Notables provenientes de la alta nobleza, de los Parlamentos y del clero dirigente.

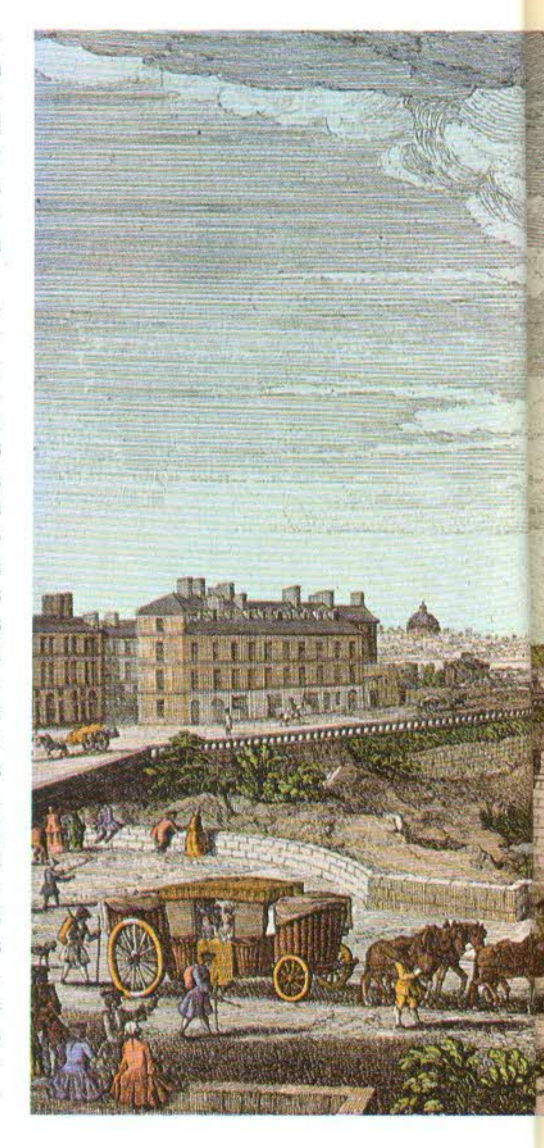
Sin embargo, los notables truncaron tales esperanzas. Algunos estaban dispuestos a ceder en lo referente a sus privilegios en la tributación, pero no estaban convencidos de la necesidad de nuevos impuestos, ni tampoco aceptaban unas asambleas que obviaban las distinciones entre los tres estados. Cuando Calonne trató de apelar a un público más amplio, perdió la influencia entre los notables, y a éstos les fue fácil persuadir a Luis XVI para que le cesara.

El sucesor de Calonne, Loménie de Brienne, un clérigo ambicioso y uno de los críticos más encarnizados de Calonne en la Asamblea de Notables, no consiguió mayor éxito. Pese a todas sus críticas contra Calonne, las propuestas de Brienne eran una versión ligeramente modificada de las de su predecesor. A pesar de la buena relación de Brienne con los notables, la Iglesia y la reina, sus proposiciones fueron rechazadas. Los notables nada habían hecho para aliviar la situación financiera y, al defender los privilegios y el *status quo*, habían soliviantado al Tercer Estado. Una reforma auténtica sólo podía provenir de un organismo superior, preferiblemente de los Estados Generales, cuya última reunión se remontaba a 1614.

Bloqueado en sus primeras tentativas, Brienne recurrió entonces al método tradicional y sometió sus decretos a la aprobación y registro del Parlamento de París. El resultado de esta medida fue la rebelión de la nobleza. Las dos fuerzas motoras del Parlamento, orientada una de ellas a mantener los privilegios y la otra animada por la aspiración de frenar al despotismo por medios constitucionales, pasaron a la ofensiva, alentadas por los notables. Los Parlamentos se negaron al registro de las propuestas de impuestos y exigieron al rey la convocatoria de los Estados Generales, único organismo competente para acordar un impuesto sobre las tierras. En mayo de 1788 alcanzaron su apogeo los conflictos acumulados a lo largo de meses. El Parlamento publicó un manifiesto en el que se denunciaban las arbitrariedades del gobierno en materia de arrestos y de imposición de tributos, y se afirmaban los derechos de los Estados Generales en las cuestiones de imposición tributaria. Brienne envió tropas, hizo detener a los dirigentes, declaró la suspensión de todos los Parlamentos y propuso la transferencia de sus poderes a unos nuevos tribunales.

Lejos de zanjar la cuestión, estas medidas provocaron una viva reacción, ya que los Parlamentos eran considerados —erróneamente por cierto— como un dique contra la tiranía. En París y en las provincias fue denunciado el despotismo de los ministros y aparecieron centenares de panfletos que ensalzaban al Parlamento parisiense. En varias ciudades provinciales se produjeron disturbios. En Bretaña, donde el sentimiento particularista estuvo siempre muy arraigado, la maquinaria de la resistencia alcanzó un elevado grado de organización. En otros lugares, como en el Delfinado, se iniciaron campañas de agitación. En Grenoble, las algaradas populares impidieron que las tropas cerraran el Parlamento local, y un Estado Provincial, presurosamente convocado, se negó a pagar los nuevos impuestos hasta que éstos obtuvieran la sanción de los Estados Generales.

Frente a tan amplias protestas, el gobierno cedió. Brienne dimitió y fue sustituido por Necker. Su última acción fue declarar la bancarrota de la nación. El rey accedió a convocar, en mayo de 1789, los Estados Generales, y en septiembre de



1788 el Parlamento de París había sido convocado de nuevo en medio del júbilo popular. Las clases privilegiadas, con el apoyo popular, habían obligado al absolutismo a replegarse. Aceptar los Estados Generales era admitir el derecho de un cuerpo representativo a compartir el poder; ello equivalía a una limitación permanente en la autoridad de la corona, pero el éxito de la rebelión aristocrática destinada a poner fin al poder autocrático del monarca abrió el camino para una revolución que acabaría con el poder de la propia aristocracia. Como diría más tarde el escritor François de Chateaubriand: «Los patricios iniciaron la Revolución y los plebeyos la completaron».

El frente común de la nobleza y el pueblo llano contra el absolutismo comenzó a desintegrarse en agosto de 1788. El motivo fue el descubrimiento, por parte del Tercer Estado, de que las intenciones de la nobleza eran muy diferentes de las suyas. Clarificada la idea de que los nobles buscaban sostener su predominio y perpetuar el sistema de desigualdad, el Tercer Estado denunció a sus ex aliados y

atacó por su cuenta. «Despotismo y constitución –escribió un observador– son ahora cuestiones menores. La guerra es entre el Tercer Estado y los otros dos estamentos.»

La gran revelación sobre la estrechez de las aspiraciones de la aristocracia se produjo al anunciar el Parlamento de París, poco después de su restauración, que los Estados Generales debían reunirse de acuerdo con su antigua norma. Cada estado había de aportar el mismo número de representantes y cada uno había de reunirse y votar por separado.

Esto condenaba al Tercer Estado a la impotencia permanente. Puesto que dos de los tres estamentos eran privilegiados, votar por orden significaba que el Tercer Estado siempre quedaría derrotado por dos a uno en todo lo que afectara al *status* privilegiado de los otros dos estados. El absolutismo real sería sustituido por una constitución dominada por los órdenes privilegiados. Al secundar las demandas de la nobleza en pos de una constitución, las clases medias no habían pretendido resucitar una reliquia medieval que



Vista de la plaza de la Bastilla y de la puerta y el arrabal de San Antonio. (Grabado de una pintura de Hyacinthe Rigaud.)

Izquierda, Jacques Necker, financiero francés que intentó introducir reformas para restablecer la economía, pero no pudo ponerlas en práctica por la oposición de la Corte. Su destitución, en julio de 1789, provocó el asalto a la Bastilla.

perpetuase el concepto de los estados estratificados y rubricase su propia inferioridad. Por tanto, agregaron a la protesta contra el absolutismo su clamor contra el *status* de privilegio. La Revolución iba a ser en pro de la igualdad, además de en favor de la libertad.

La indignación ante la decisión del Parlamento de París fue inmediata y general. Los Parlamentos perdieron su tradicional popularidad y los estamentos privilegiados se convirtieron en el blanco principal de las denuncias. Con gran alarde de panfletos y peticiones, el Tercer Estado proclamó sus ideas y sus exigencias: el Tercer Estado debía tener tantos representantes como el clero y la nobleza juntos («doblar el Tercero»), todos los estamentos debían reunirse en una sola asamblea y las votaciones debían efectuarse individualmente, con decisiones tomadas por mayoría. En esta asamblea mixta, el Tercer Estado había de ser poderoso, pues sus representantes esperaban el apoyo de los nobles más liberales y del clero más pobre.

El talante general queda bien ilustrado por el más conocido de aquellos folletos propagandísticos, *¿Qué es el Tercer Estado?* escrito por el abate Siéyes. Era inútil, explicaba éste, que el Tercer Estado estuviera representado bajo el antiguo sistema, pues «su presencia no haría sino consagrar la opresión de la que él sería víctima eterna». Prolongaría la «odiosa injusticia» por la que, cualesquiera que fueran el talento o la laboriosidad de una persona, el camino hacia una posición elevada permanecería cerrado para él y abierto únicamente para los estamentos privilegiados. Y proseguía calificando a la aristocracia de «reducida e inútil minoría». El Tercer Estado «representaba a la nación», ya que 24 millones de personas del pueblo común pesaban más que 400.000 privilegiados. El Tercer Estado lo era «todo». Hasta el momento había sido tratado en la práctica como si no fuese «nada», y exigía que se contara con él en el futuro.

En diciembre de 1788, el rey accedió a la petición de que se doblara la representación del Tercer Estado. No indicó si los estamentos debían reunirse y votar conjuntamente, pero pareció que la corona apoyaba las demandas de aquél.

Los Estados Generales

Los preparativos para la próxima asamblea de los Estados Generales contribuyeron a generar grandes y tensas expectativas. En millares de reuniones celebradas en toda Francia fueron elegidos los representantes de cada estamento para sus respectivos distritos y se redactaron las listas de peticiones que habían de llevar consigo a Versalles. La nobleza, al igual que el clero, eligió directamente a sus representantes, pero los diputados del Tercer Estado fueron elegidos indirectamente. Una gran mayoría de los franceses de más de 25 años de edad podía votar en asambleas locales, pero lo que generalmente se hizo fue nombrar electores que pudieran asistir a una asamblea más amplia que eligiera a los diputados.

Este proceso benefició a los hombres elocuentes, con cultura y posición. Favoreció, por tanto, a la clase media urbana y profesional, a hombres como Maximilien Robespierre en Artois, y a Antoine Barnave y Jean Mounier en el Delfinado. De los 610 diputados, unos dos tercios eran pequeños funcionarios o abogados. Un 5% fue aportado por otras profesiones y alrededor de un 13% provenía del comercio, la industria o las finanzas, con el 10% restante formado por agricultores.

La lista general de peticiones del Tercer Estado fue obra, principalmente, de los representantes de las clases medias. Algunas de las demandas del campesinado y de los sectores más pobres fueron marginadas o pasadas por alto, pero revelaron la divergencia existente entre las clases medias y los estamentos privilegiados. Las quejas presentadas por todos los estamentos coincidían generalmente en denunciar la arbitrariedad del gobierno, exigir una constitución y pedir un organismo representativo que controlase los impuestos, así como libertad individual y de prensa, y la abolición de las barreras aduaneras interiores. Sin embargo, la nobleza, aunque a veces dispuesta a ceder sus exenciones en materia tributaria, todavía insistía en sus privilegios honoríficos y en su *status* especial, con la conservación del sistema de estamentos separados. Por su parte, el Tercer Estado exigía una total igualdad civil: los nobles debían perder todos sus privilegios y su categoría especial.

Ello daba otra oportunidad al rey. La alianza entre el pueblo y la nobleza se había roto y los grupos que tan a menudo habían saboteado los planes ministeriales para una reforma eran impopulares entre los portavoces del Tercer Estado. Con su asentimiento para dialogar con un ente representativo a fin de discutir la reforma, y con su concesión que permitió doblar la representación del Tercer Estado, Luis XVI había ganado popularidad y suscitado confianza. Una alianza de la monarquía y el pueblo basada en una reforma moderada era factible, pero era esperar demasiado de un monarca —cuya formación y cuyas opiniones se habían forjado en un molde tradicional— que decidiera abandonar a la nobleza y unirse a un grupo de abogados y burócratas provinciales. Esto resultaba excesivo para un rey tan indeciso como Luis XVI.

Al reunirse los Estados Generales en mayo de 1789 los diputados del Tercer Estado se desilusionaron rápidamente. Las ceremonias tradicionales subrayaron especialmente su categoría «inferior», ya que debían vestir de negro, entrar por la puerta lateral y quitarse el sombrero, en tanto que los demás podían permanecer con la cabeza cubierta. Además, se les recibió en una sala aparte. Cuando Necker anunció que los Estados debían reunirse separadamente, la decepción fue completa. En este punto vital, el rey había cedido a la demanda de los estamentos privilegiados.

Reconociendo que admitir esta situación equivalía a aceptar la derrota de sus esperanzas, los diputados del Tercer Estado resolvieron ignorarla, para lo cual adoptaron una táctica de resistencia pasiva e iniciaron una guerra de nervios. Se negaron a aceptar cualquier medida, por ínfima que fuese, hasta que los demás estamentos se unieran a ellos, y el 17 de junio dieron un paso más, que fue ya claramente revolucionario, al proclamarse Asamblea Nacional superando la estructura del Tercer Estado. El 20 de junio, al encontrar cerrada la sala donde normalmente se reunían, se congregaron en un local cercano, destinado al juego de pelota, y allí juraron no levantar la sesión hasta que finalmente se hubiera establecido una constitución.

El 23 de junio llevaron su desafío más lejos. Al dirigirse a todos los estamentos en una sesión especial, Luis XVI anunció importantes reformas, pero dijo que la antigua distinción de los tres estamentos se conservaría en su totalidad y ordenó que los tres se reunieran en sus respectivas salas separadas el día siguiente. Los diputados del Tercer Estado se mantuvieron firmes. «Cuando está reunida en asamblea —declaró Jean Bailly, presidente del Tercer Estado—, a la nación no se le pueden dar órdenes.» «No abandonaremos nuestros puestos —dijo Mirabeau— si no es a punta de bayoneta.» Muchos clérigos, entre ellos el arzobispo de París (por temor) y Talleyrand, obispo de Autun (con calculado entusiasmo), habían respondido ya a las exhortaciones para que se unieran al Tercer Estado, y lo mismo hicieron unos cuarenta nobles, entre ellos el duque de Orléans.

Luis XVI, tal vez alarmado por la sensación de inquietud que se había apoderado de París, cedió, y el 27 de junio dio instrucciones al Primer y al Segundo Estados para que se fusionaran con la Asamblea Nacional.



Camille Desmoulins, abogado y político que tuvo una intervención importante en el levantamiento popular de julio de 1789. Al apoyar a Danton, fue ejecutado en 1794 por orden de Robespierre.

El Tercer Estado había ganado su guerra de nervios frente al rey y los nobles. A partir de entonces no habría representantes de los Estados de Francia, sino tan sólo representantes de la nación francesa.

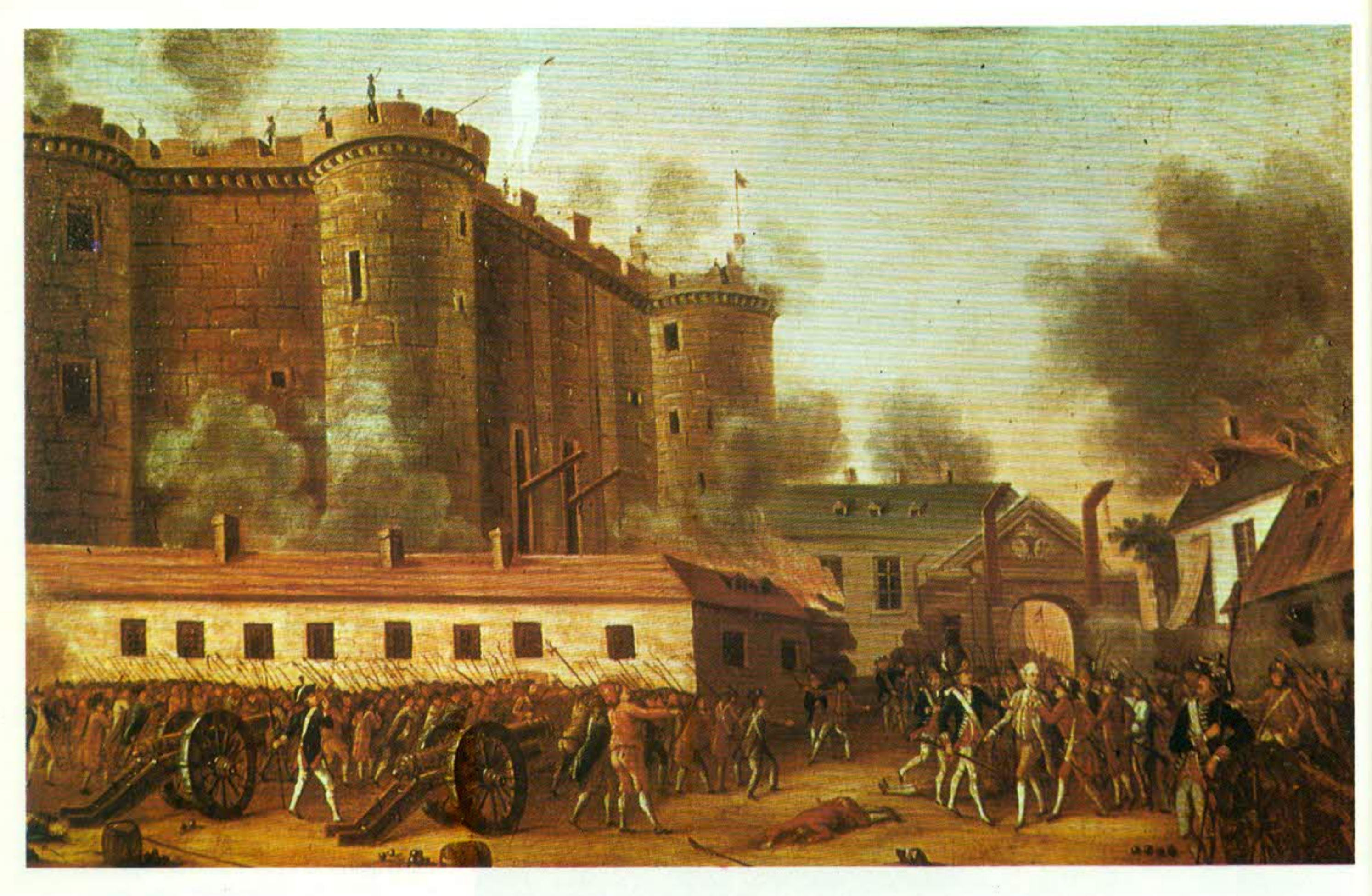
Sin embargo, a pesar de su eficaz desafío la posición de los diputados de la burguesía era precaria. Las reales órdenes del 27 de junio fueron tan sólo un expediente temporal. Los nobles recalcitrantes y los círculos cortesanos apremiaban al rey para que utilizara la fuerza, y éste concentró regimientos en París y Versalles. Despidió a Necker y le sustituyó por uno de sus cortesanos favoritos, el barón de Breteuil. Todo parecía indicar que sería empleado un argumento extremo contra los diputados advenedizos.

El inicio de la Revolución

Fue la intervención del pueblo de París la que anuló el plan real de utilizar la fuerza. No se trató meramente de un gesto de solidaridad. El trastorno económico causado por los altos precios y la escasez de alimentos era agobiante. En París, el precio del pan era doble de lo normal y la indignación popular se había traducido ya en ruidosas manifestaciones; así, cuando se produjo la crisis política en julio, el pueblo parisiense se encontraba ya en la calle en actitud ofensiva. Una y otra vez durante la Revolución, la escasez de víveres y los precios en alza aparecerían como la gran fuerza motora del descontento popular. No obstante, aunque los altos precios pudieran provocar disturbios, éstos no hubieran tenido mayor significado que en el pasado de no haber intervenido la situación política.

El gran centro distribuidor de información era el Palais Royal, punto favorito de reunión del público, donde cada noche oradores y agitadores, en particular Camille Desmoulins, se dirigían a la multitud para explicar los planes de los aristócratas, dispuestos a lanzar tropas contra París, y para aconsejar al pueblo que se armase. Excitada y alarmada, la muchedumbre acabó por recorrer las calles en busca de armas, que encontró finalmente en el Ayuntamiento y en Los Inválidos.

El 14 de julio, las masas se concentraron ante la Bastilla, en el Faubourg Saint-Antoine. Se sospechaba que en esta forta-



leza había armas y que era el baluarte de donde partiría el ataque de las tropas reales. La multitud se apoderó de sus cañones y los sacó a la calle. Presa del pánico, la reducida guarnición de la Bastilla abrió fuego, pero la airada multitud, apoyada por soldados sublevados y provistos de artillería, obligó al gobernador De Launay a rendirse y le dio muerte. «Esto es una rebelión», dijo el rey al saber el hecho. «Señor –replicó un cortesano–, esto no es una rebelión. Es una revolución.»

La caída de la Bastilla tuvo importantes consecuencias. El rey había perdido todo control sobre París, y al mismo tiempo los hombres elegidos como diputados por la capital, y que habían seguido reuniéndose desde entonces, despojaron de su mando a las autoridades de la ciudad y se erigieron en consejo municipal, la Comuna. Crearon una milicia, la Guardia Nacional, con la doble finalidad de resistir cualquier contragolpe de los aristócratas y poner coto a los excesivos alborotos populares, y se dio el mando de la misma a Lafayette. Su enseña era tricolor.

En todas las poblaciones francesas, nuevos organismos de carácter similar sustituyeron a las antiguas autoridades y constituyeron unidades similares a la Guardia Nacional. Mientras, el 17 de julio el rey llamó a Necker y visitó París, donde en el Ayuntamiento aceptó la escarapela nacional, con el rojo y el azul de la ciudad y el blanco de los Borbones en medio. Los nobles más intransigentes empezaron a huir de Francia.

Aquel mismo mes, otra fuerza popular dejaba sentir su peso en la Revolución. En los años anteriores a 1789 la situación de las masas campesinas había empeorado por la creciente presión fiscal. Con la recesión económica y las malas cosechas de 1788 el campesinado había pasado un año pésimo y las listas de agravios recogían su aversión por el cercado de tierras, los diezmos, los impuestos y, sobre todo, por los tributos exigidos por los nobles.

Desde principios de 1789 el malestar se generalizó y se produjeron asaltos a los almacenes y a los transportes de grano. Los campesinos esperaban buenas noticias de Versalles, y cuando se vieron defraudados comenzaron a circular rumores según los cuales, los aristócratas no sólo conspiraban para impedir toda mejora, sino que además planeaban vengarse de los campesinos utilizando bandidos y salteadores. Tales rumores sembraron el pánico entre el campesinado de extensas zonas, un pánico que dio como resultado una serie de levantamientos, en el curso de los cuales los campesinos atacaron los castillos, destruyeron los registros de las detestadas tributaciones y derribaron las cercas.

La burguesía urbana de la Asamblea se alarmó, pues ni los radicales disturbios, ni los ataques contra la propiedad formaban parte de su programa. Sin embargo, carecían de fuerzas con las que sofocar un movimiento de tanta envergadura y comprendieron que el único modo de restablecer la paz en los campos consistía en hacer rápidas concesiones. Esta fue la razón subyacente en la destrucción del régimen feudal por la Asamblea Nacional el 4 de agosto. Un diputado propuso la anulación de los derechos feudales y a ello siguió una orgía de sacrificios, en la que, unos tras otros, privilegios fiscales, diezmos, derechos señoriales y privilegios de provincias y ciudades, gremios y corporaciones, fueron ofrendados. Fue un acto impresionante. Al igual que la acción de las poblaciones urbanas había derrocado a las autoridades municipales del antiguo régimen, la acción del campesinado destruyó gran parte de la estructura tradicional agraria.

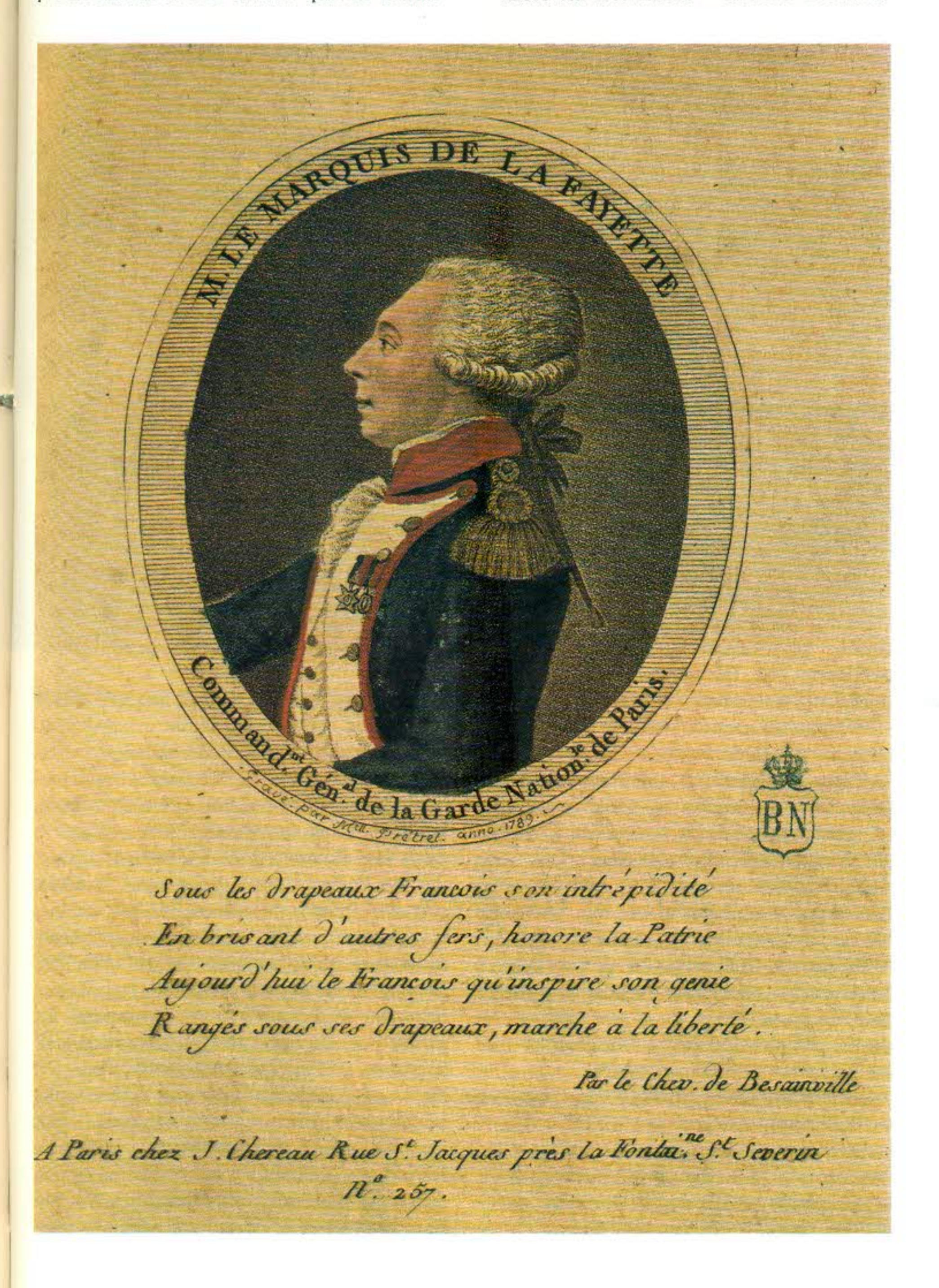
En el mes de octubre, otro movimiento popular en París selló los triunfos revolucionarios de 1789. Una vez más fue ocasionado por una combinación de inquietud económica y excitación política. Esta última brotó de nuevas sospechas acerca de las intenciones del monarca. Luis XVI se había negado obstinadamente a dar su asentimiento a los decretos en los que la

Asamblea había condensado su abolición del feudalismo el 4 de agosto, y algunos diputados juzgaron que el monarca necesitaba otro empujón. Su impaciencia se incrementó con la alarma que causó la noticia, recibida a primeros de octubre, de que se había trasladado un regimiento a Versalles y que en un banquete de bienvenida se había brindado por el rey y pisoteado la bandera tricolor. Los oradores del Palais Royal se apresuraron a transmitir esta noticia a sus excitables oyentes y a sugerir que se acabara con esos complots aristocráticos, sacando al rey de la «putrefacta atmósfera de Versalles» y trasladándolo a los «aires puros y patrióticos de París».

La escasez de alimentos no cesó y se producían alborotos en los que se denunciaba airadamente a las autoridades. Fue durante una manifestación protagonizada por mujeres ante el Ayuntamiento cuando alguien sugirió marchar sobre Versalles para pedir pan al rey y a la Asamblea Nacional. Varios millares de mujeres efectuaron un viaje de 20 kilómetros; la Asamblea Nacional prometió que su petición de pan llegaría al rey.

Otro factor hizo su aparición, personificado por 20.000 miembros de la Guardia Nacional bajo el mando de Lafayette, que presentaron, en nombre de la Comuna de París, la petición de que el rey regresara a la capital. El 6 de octubre, acompañado por una multitud que lo vitoreaba, Luis XVI llegó a París, y pocos días después le siguió la Asamblea Nacional.

«Esto ha terminado —escribió Desmou-



Izquierda, el marqués de Lafayette, (1757-1834), general y político francés. Grabado coloreado. (Biblioteca Nacional, Madrid.)

Página anterior, detención del gobernador de la Bastilla, tras el asalto del 14 de julio de 1789. Este acontecimiento adquirió una importancia psicológica por ser el primer acto de violencia revolucionaria contra el Gobierno. (Musée Carnavalet, París.)

lins–. Los aristócratas inician su agonía; los patriotas han triunfado». Sin embargo, no todo había terminado, y el propio Desmoulins no viviría para ver el final. La alianza entre la Asamblea Nacional burguesa y el pueblo llano de París era inestable. De hecho, ya en París, la Asamblea Nacional había tomado medidas severas, entre las que figuraba la imposición de la ley marcial.

La Asamblea Nacional

Entre 1789 y 1791 la Asamblea Constituyente llevó a cabo una gran reconstrucción de las instituciones políticas francesas. No todas sus medidas fueron permanentes o satisfactorias, pues algunas funcionaron precariamente y otras fueron abandonadas de inmediato. Quienes tomaban las decisiones eran, esencialmente, hombres de la burguesía, que dominaban la Asamblea junto con algunos nobles y clérigos «patrióticos», y por esta razón su punto de vista quedaba a menudo enmarcado en los límites de un confortable liberalismo. Sin embargo, gran parte de lo que finalmente subsistiría de la Revolución fue obra de esos años, y representó un cambio radical en la vida en Francia.

En su Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (agosto de 1789), la Asamblea proclamó los principios sobre los cuales debía basarse el nuevo orden y rechazó los del Antiguo Régimen. Libertad e igualdad –«los hombres nacen y viven libres e iguales en sus derechos»– eran la negación del gobierno arbitrario y del privilegio aristocrático. Las distinciones sociales habrían de basarse tan sólo en la utilidad pública, no en el linaje. Los cargos públicos serían asequibles para todos, en función de la inteligencia, en vez de permanecer reservados para unos pocos privilegiados. Debía haber libertad de expresión y de reunión, sin arrestos y encarcelamientos arbitrarios. La soberanía popular –«la fuente de toda soberanía reside en la nación»– singnificaba una inversión total de la anterior teoría de la soberanía real.

Estos principios, aunque mortales para el antiguo orden, no implicaban aún una democracia radical. «Igualdad» significaba «igualdad ante la ley», y no una nivelación de las desigualdades económicas. El hecho de que el hombre tuviera un «derecho natural a la propiedad» no hacía prever ninguna gran redistribución; significaba tan sólo que el dueño de una propiedad individual tenía derecho a no verse privado de ella. Cuando la Asamblea Nacional contravenía este «derecho sagrado e inviolable», lo hacía siempre dando excusas y generalmente con una compensación para la persona afectada. Tampoco la soberanía popular representaba el sufragio universal. La Asamblea Nacional deseaba mantener el poder en la capacidad responsable y culta de la burguesía, y por consiguiente, si bien todos los ciudadanos disfrutaban de derechos civiles, sólo aquellos que pagaban una cierta cantidad impositiva eran clasificados como «ciudadanos activos» y tenían derecho a votar en elecciones nacionales o locales. De hecho, la mayoría de estos ciudadanos «activos» sólo podían votar en las asambleas primarias, ya que la elección de diputados se producía en una fase posterior y quedaba limitada a votantes con una calificación más alta en su tributación. Algunos diputados, en especial Robespierre, protestaron contra la creación de esta «aristocracia del dinero» y consiguieron obtener algunas modificaciones, pero se mantuvieron las principales distinciones.

A través de diversas medidas, la Asamblea Constituyente destruyó el Antiguo Régimen. Decretos como el de agosto de 1789 anularon los privilegios. A pesar de todo fueron definidos ciertos derechos señoriales como «derechos de propiedad legítimos», que los campesinos debían adquirir al propietario, pero dado que el campesinado nunca reconoció esta sutil distinción, en la práctica quedaron abolidos los derechos feudales y señoriales, así como las correspondientes obligaciones y pagos. La servidumbre fue suprimida allí donde aún subsistía. Fueron anulados los títulos y la nobleza hereditarios, pues todos los individuos eran ahora ciudadanos. Los antiguos cargos suntuarios quedaron suspendidos (un gesto generoso por parte de una Asamblea en la que casi la mitad de sus miembros los detentaban), aunque sus titulares habrían de ser compensados por tal pérdida. Los antiguos Parlamentos fueron abolidos y los jueces indemnizados por la pérdida de los derechos de propiedad sobre sus puestos.

Entre los cambios institucionales más radicales y duraderos, se contó la reforma del gobierno local. La Asamblea Constituyente desmontó las características más desagradables de su antigua estructura, ya que el gobierno local era un confuso retablo de complicadas divisiones, autoridades coincidentes, instituciones divergentes y áreas de jurisdicciones especiales e inmunidades particulares, en el que nobles, clérigos, caciques locales y funcionarios reales actuaban simultáneamente.

La Asamblea Constituyente trató de sustituir este sistema por otro más uniforme y racional, que abarcase igualdad de trato y el principio electivo. Francia estaba dividida en 83 departamentos, subdivididos en 374 cantones, a su vez divididos en comunas. Las 44.000 comunas tenían igual categoría, poderes similares y parecida autoridad.

La reforma no tuvo un éxito inmediato. Las autoridades andaban demasiado escasas de fondos para desempeñar efectivamente sus responsabilidades administrativas. Además, hubo conflictos entre los dirigentes de los departamentos y los de las comunas, ya que en los primeros las elecciones indirectas producían consejos formados por ciudadanos más adinerados y conservadores, en tanto que en las comunas la elección directa daba como resultado unos consejeros más radicales, pertenecientes a la burguesía baja. En su deseo de evitar la detestada centralización anterior, la Asamblea Constituyente no estableció una clara vinculación entre las autoridades locales y el gobierno central, pero con el tiempo, y bajo la presión de los acontecimientos, se forjaron sólidos vínculos y entonces los dirigentes de Francia dispusieron de una máquina administrativa capaz de cumplir sus órdenes en todo el país, y con una eficiencia que ningún monarca absoluto había conocido jamás.

En sus reformas judiciales, la Asamblea consiguió un éxito notable. El antiguo sistema había sido caótico y confuso, con una diversidad de tribunales que iban desde los señoriales y los especiales eclesiásticos, hasta las cortes soberanas o Parlamentos. Todos ellos, incluso estos últimos fueron anulados y sustituidos por un sistema de tribunales, más simple y uniforme, en estrecho contacto con los nuevos organismos gubernamentales. Los nuevos jueces y jueces de paz debían ser electos. Con ello se asestó otro golpe a los privilegios, ya que éstos habían imperado en muchos de los antiguos tribunales. Los cargos judiciales suntuarios fueron suprimidos, aunque con pago de indemnizaciones.

El procedimiento judicial fue reformado siguiendo una normativa humanista. Quedó prohibido el encarcelamiento arbitrario. El acusado era considerado inocente hasta que se demostrara su culpabilidad. Los juicios debían ser públicos y para los casos criminales se instituyó el Jurado. Las prácticas y castigos brutales, como la tortura, la marca y la picota, fueron anulados. Se conservó la pena de muerte, aunque algunos, entre ellos Robespierre, abogaron por su abolición. Pero incluso aquí fueron eliminados los privilegios, ya que hasta entonces los aristócratas habían disfrutado de la distinción de ser decapitados, mientras que los plebeyos eran ahorcados. En el futuro, todos los reos serían decapitados. Un diputado, el doctor Guillotin, recomendó una nueva máquina para esta finalidad, que recibió su nombre.



La Asamblea Nacional francesa, reunida en el Juego de pelota, juró el 20 de junio de 1789 no disolverse antes de haber dado al país una constitución. (Pintura de Louis David.)

Las reformas y la Iglesia

Por más que estas medidas pudieran incrementar, con el tiempo, la riqueza, servían de muy escasa ayuda para solucionar los problemas financieros inmediatos. La Asamblea creó un nuevo sistema tributario para sustituir al del Antiguo Régimen, y propuso hacerlo mediante tres impuestos, el principal de los cuales recaía en todos los bienes inmuebles. Estos impuestos no resultaban muy productivos en el desorden que todavía imperaba en Francia, ni podían liquidar la gran deuda heredada de otros tiempos, pero tampoco se pensaba en repudiar las deudas. Los diputados eran ortodoxos en temas financieros, y entre ellos había numerosos poseedores de obligaciones. En realidad, estos mismos diputados habían incrementado considerablemente la deuda nacional al pagar compensaciones a aquellos individuos cuyos cargos habían sido abolidos.

La solución consistía en confiscar las vastas propiedades de la Iglesia, que, según argumentó la Asamblea Constituyente, podían ser absorbidas, pues no eran de proiedad privada. La venta de las propiedades de la Iglesia sanearía las arcas del Tesoro y respaldaría la emisión del papel moneda, denominado *assignats*. A medida que se procediera a la venta de las tierras eclesiásticas, los *assignats* correspondientes serían retirados y destruidos, a fin de evitar la inflación. Esta medida tuvo consecuencias importantes. Funcionó bien al principio, pero con el tiempo la tentación de imprimir *assignats* por encima de los recursos que los respaldaban, fue excesiva, creando un malestar generalizado por la inflación consecuente. Además, provocó una de las tareas más ar-

duas de la Asamblea: su reorganización de la Iglesia.

Ya que el Estado se había apoderado de las riquezas eclesiásticas, el dinero para mantenerla debía provenir de fondos estatales. En su mayoría, los diputados estaban influenciados por el anticlericalismo de los ilustrados y creían que la Iglesia requería una revisión a fondo, tanto más si había de ser soportada por el erario público. En la Constitución civil del clero, en julio de 1790, la Asamblea Constituyente removió los límites diocesanos y parroquiales, sometió a elección a los obispos y los párrocos, y disolvió muchas órdenes religiosas. Se pidió también que todos los religiosos prestaran un juramento de lealtad a la Constitución, incluidas estas últimas medidas, pero incluso los clérigos de la Asamblea Constituyente, buenos «patriotas» hasta entonces, titubearon en hacerlo antes de que una autoridad religiosa —el Papado— aprobara el programa secular. Tras nueve meses de espera, el papa condenó la Constitución civil en marzo de 1891. Casi todos los obispos y la mayor parte del clero de Francia se habían negado ya a acatar los dictámenes de la Asamblea y a prestar el juramento. La decisión papal avalaba la resistencia. Los «no juramentados» fueron desposeídos de sus cargos, otorgados al clero «constitucional» obediente, pero en muchos distritos, sobre todo en las regiones del norte y el este de Francia, los feligreses hicieron causa común con sus párrocos e ignoraron a los clérigos «constitucionales». Además, los «no juramentados» fueron identificados como contrarrevolucionarios, con un apoyo potencial entre los feligreses devotos, de modo que surgió una nueva causa de desasosiego y alarma en una situación revolucionaria cada vez más precaria.



La amenaza a la monarquía

Mientras, en su tarea principal —la estructuración de una nueva Constitución— los diputados discrepaban radicalmente. La derecha reaccionaria, constituida por la nobleza más hosca, había desaparecido en agosto de 1789, y a partir de entonces todos los miembros de la Asamblea Constituyente pudieron darse el calificativo de «patriotas». Por otra parte, todos ellos acordaron que Francia debía tener una monarquía constitucional, con un ejecutivo leal dirigido por una Asamblea Legislativa Popular. Sin embargo, respecto a los poderes precisos de este ejecutivo y a sus relaciones con la Asamblea, surgieron diferencias. Algunos deseaban un ejecutivo fuerte, pensando que uno débil no podría afrontar el desorden. En particular, éstos pensaban que la corona debía poseer el derecho de veto sobre la legislación y que los ministros reales debían tener su puesto en la Asamblea para asegurar la coordinación entre ambas ramas del gobierno. La mayoría, no obstante, se mostraba desconfiada respecto al ejecutivo para concederle amplios poderes. Temían también que el veto real fuese utilizado para destruir la legislación revolucionaria, amén de sospechar que la presencia de ministros en la Asamblea podía convertirse en un instrumento del rey para dominarla.

En cada cuestión vencieron los adversarios de un ejecutivo fuerte —con Barnave y Robespierre como sus más notorios oradores—. Jean Mounier y Pierre Malouet, líderes de los partidarios de una monarquía «fuerte», habían dimitido en octubre de 1789, como protesta contra la posibilidad de dar al pueblo excesiva participación. Sólo Mirabeau, el noble «desclasado» obstinado e inteligente, permaneció como voz poderosa en favor de un fuerte ejecutivo real. La habilidad y el vigor de

Mirabeau, junto con su papel destacado en los acontecimientos de 1789, le otorgaban una gran influencia personal en la Asamblea, pero no pudo imponerse a la desconfianza que abrigaba ésta respecto a una monarquía poderosa, aparte de que tampoco el rey deseaba seguir los consejos de un revolucionario tan destacado.

Cuando finalmente se llegó a un acuerdo sobre la Constitución, en septiembre de 1791, Luis XVI, ahora «rey de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad de la nación», quedó confirmado como jefe del ejecutivo, pero con unos poderes muy limitados. Podía elegir a sus ministros, pero éstos no podían asistir a la Asamblea. No podía tampoco legislar, ni vetar la legislación emanada de la institución, sino sólo demorarla por algún tiempo. Y por supuesto no podía disolver la Asamblea. Esta última, con sus representantes electos, encarnaba la soberanía del pueblo y la voluntad general de la nación.

Antes incluso de quedar completada la Constitución, se produjeron unos acontecimientos que comprometerían el futuro de la monarquía constitucional. La muerte de Mirabeau, en abril de 1791, hizo desaparecer la única influencia capaz de contrarrestar los insensatos planes de María Antonieta, que proponía que la familia real huyera de París para dirigirse a la frontera del nordeste, cerca de Metz, donde el comandante del ejército simpatizaba con la causa real. Desde allí, Luis XVI podría lanzar un llamamiento al que responderían los nobles emigrados, congregados al otro lado de la frontera, y también –era de esperar– el hermano de la reina, el emperador Leopoldo, con tropas austríacas. En la noche del 20 de junio de 1791, el conde Fersen, admirador de la reina, sacó de París a la familia real, pero el rey fue reconocido en Saint-Ménéhould, detenido en Varennes y conducido de nuevo a París, bajo una fuerte escolta armada.

Durante algún tiempo, en la capital se notaban señales de sentimientos antimonárquicos. Esto no se translucía en la Asamblea Constituyente (donde todos eran monárquicos, cualesquiera que fuesen las diferencias acerca de los poderes de la monarquía), ni tampoco en el seno de los jacobinos, pero otros clubs de menor reputación, con menos afiliaciones y una clientela más popular, en especial el de los cordeliers, difundían ideas más radicales entre el pueblo de París. Muchos de estos radicales estaban disgustados por las restricciones sobre el sufragio, y en estos círculos la huida a Varennes confirmó las peores sospechas sobre el rey y provocó la abierta petición de una república. El club de los Cordeliers exigió que Francia dejara de ser una monarquía.

La Asamblea Constituyente, aunque el gesto de Luis XVI le había indignado, se mostró indecisa ante este brote republicano de corte popular. Deponer al rey podía provocar la intervención de ejércitos extranjeros, y tampoco resultaban atractivas las implicaciones sociales de las ideas republicanas, apoyadas como estaban por radicales y por el pueblo. Barnave habló en favor de liquidar la Revolución antes de que ésta degenerase en un ataque general contra la propiedad. Los miembros de la Asamblea Constituyente se aferraron a la Constitución monárquica y salvaron la faz fingiendo que Luis XVI había sido raptado el 25 de junio.

El resultado fue la manifestación, más clara que nunca, de la profunda escisión existente en las filas del Tercer Estado. La demanda popular parisina de la destitución de Luis XVI no quedó acallada y el 17 de julio se congregó una gran multitud en el Campo de Marte para firmar una petición contra la monarquía. Las autoridades municipales, que compartían el punto de vista de la Asamblea Constituyente, llamaron a la Guardia Nacional y ésta abrió fuego y dio muerte a medio centenar de personas. Después hubo una drástica represión, en el curso de la cual fueron detenidos cabecillas y suprimidos periódicos populares. El Campo de Marte señala el fin de un sólido Tercer Estado en París. Fue la chispa que encendió el conflicto entre los cómodos gobernantes y las clases bajas parisinas.

Tras levantar sus sesiones en septiembre de 1791, la mayoría de los miembros de la Asamblea bien pudieron pensar que con los cambios realizados desde 1789, la obra de la Revolución estaba completada. Los males tan abiertamente denunciados en 1789 –el despotismo y los privilegios legalizados– habían sido extirpados. Francia podía proceder ya a buscar un régimen más normal y mucho más satisfactorio con sus nuevas instituciones y un nuevo orden social. Y sin embargo, doce meses después, su obra principal, la Constitución quedó abolida. Muchos de los que le habían dado forma, héroes revolucionarios en 1790, fueron considerados renegados, y la Revolución entró en una nueva etapa.

La propia Constitución tenía puntos débiles que sólo la mejor voluntad y la cooperación podían superar, y difícilmente cabía contar con estos factores por parte de un monarca que con tanto desagrado había contemplado su misión y que seguía esperando una ayuda del extranjero que volviera a situarle en su verdadera posición. La huida a Varennes había alentado las suspicacias populares frente a la Constitución y estimulado los anhelos republicanos que aumentaban las dificultades en

Página anterior, primeras víctimas de la Revolución Francesa: De Launay, gobernador de la Bastilla, y Foullon, intendente de Finanzas.



aplicarla. Además, la Constitución había establecido que ninguno de los miembros de la actual Asamblea podía ser electo para el nuevo organismo, y por tanto los nuevos diputados no contaban con colegas de experiencia.

La Asamblea Legislativa

Las principales fuerzas que impulsaban la Revolución no salieron a la luz hasta que empezó a funcionar la nueva Asamblea Legislativa, a partir de octubre de 1791. Estas fuerzas eran: primero, la lucha por el poder en las filas de los políticos revolucionarios de la clase media; segundo, la creciente presión del pueblo llano de París, intensificada por el malestar económico y el descontento popular respecto a los gobernantes burgueses; y en tercer lugar, el estallido de la guerra en 1792. El efecto de estos factores se incrementó por la interacción entre ellos.

La guerra transformó la situación. Estimuló las esperanzas de quienes aborrecían la Revolución e intensificó el radicalismo de los revolucionarios. Asimismo, contribuyó a la inflación y a las carestías que acosaban a los parisinos, aumentando la tensión en una atmósfera llena de rumores sobre conspiraciones y traiciones. En cuanto a la monarquía, aunque desacreditada y repudiada, tal vez hubiera podido sobrevivir en tiempo de paz, pero en las desesperadas jornadas de la guerra fue una de las primeras víctimas.

La Asamblea Legislativa, al igual que su predecesora, la Constituyente, no estaba dividida en partidos organizados, con unas políticas coherentes. No había divisiones de clase sociales o económicas, puesto que la gran mayoría estaba formada, como antes, por las clases medias acomodadas. Políticamente, los más no estaban relacionados con ningún grupo en especial, aunque todos deseaban conservar las conquistas de la Revolución y estaban dispuestos a apoyar a quienes parecieran más capacitados para lograrlo. Entre los que tenían algún compromiso, el grupo mayoritario estaba constituido por monárquicos constitucionales, defensores de la Constitución de 1791.

Éstos, en la Asamblea Nacional Constituyente, habían formado el elemento más «popular» con miembros del club jacobino, partidarios de un ejecutivo débil contra los portavoces derechistas de una monarquía fuerte. Pero en la nueva Asamblea Legislativa los monárquicos constitucionales se convirtieron en el ala derecha, y resultaba significativo que se hubieran separado de los jacobinos para crear su propio club. El otro sector político importante, al principio minoritario, seguía frecuentando a los jacobinos (o a los cordeliers) y atacaba a los ministros moderados desde un nivel más popular y vagamente republicano.

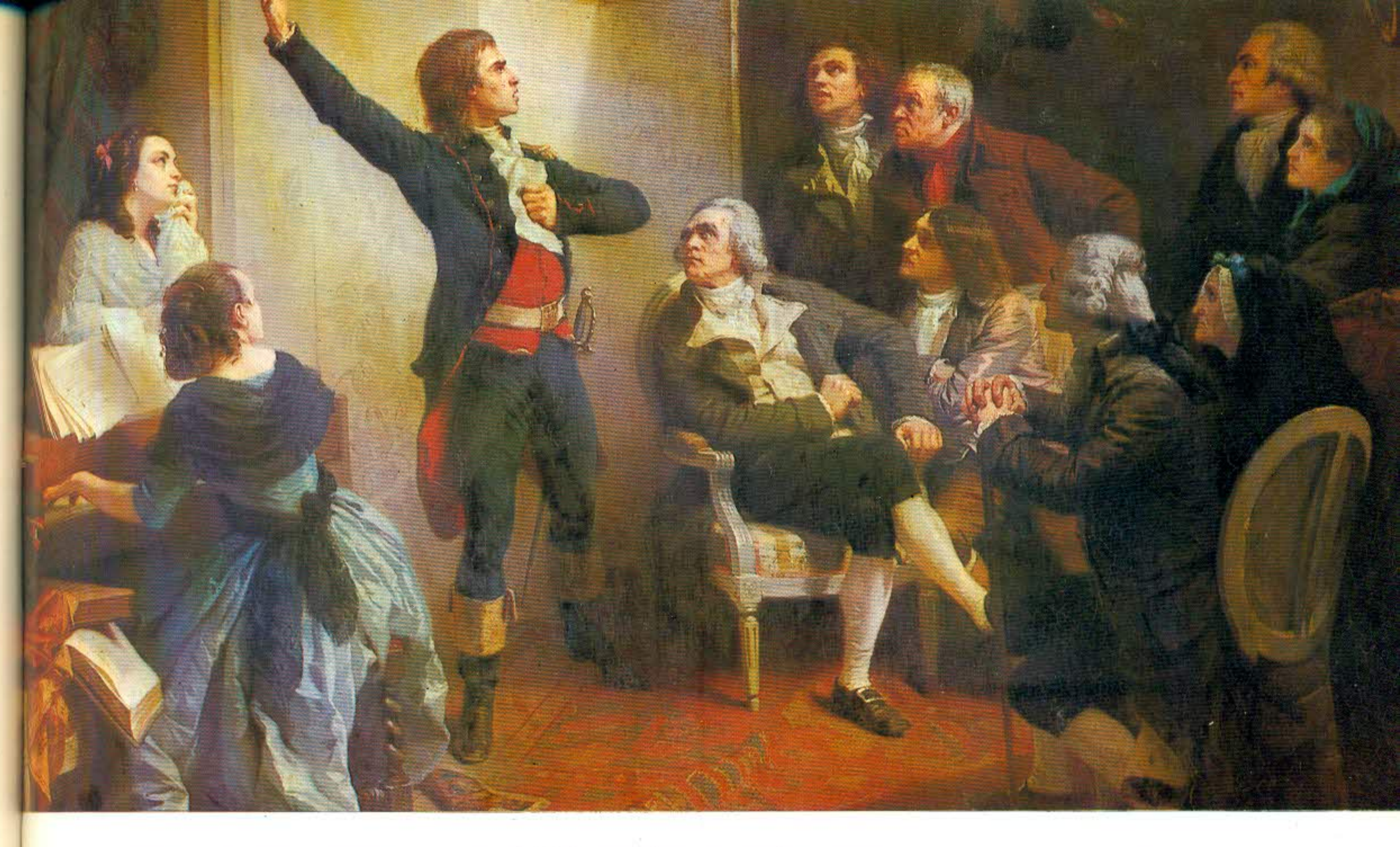
Los oradores más destacados de la izquierda eran los girondinos, un círculo agrupado alrededor de J.P. Brissot. Las principales actividades de éste antes de 1789 habían tenido lugar en el oscuro mundo de la agitación popular y del periodismo sensacionalista. Había frecuentado el Palais Royal, dirigido un periódico extremista desde 1789 y había desempeñado un cierto papel en la organización de la manifestación en el Campo de Marte. Orador fluido y retórico, era ambicioso, ingenuo e idealista. Entre sus partidarios figuraban algunos de los oradores más elocuentes de la Revolución, como Pierre Vergniaud, Armand Gensonné y Gaudet, todos ellos diputados de la Gironda. En su pugna por alcanzar el poder, Brissot estaba dispuesto a explotar los temores y pasiones populares.

Desde un principio, los seguidores de Brissot exigieron una acción implacable contra los enemigos internos de la Revolución, tales como los clérigos refractarios, y también contra los peligros exteriores. En 1792, el número de exiliados concentrados en la frontera, especialmente en Coblenza, motivó alarma en París. Tanto Austria como Prusia habían expresado simpatía por el rey de Francia, lo cual fue mal acogido en la capital. Las palabras de Brissot —«si queréis destruir la aristocracia, los curas refractarios y los descontentos de un solo golpe, destruid Coblenza»— suscitaron entusiasmo. Estos hombres contemplaban el conflicto como «una guerra de pueblos contra reyes», como una cruzada triunfal en la que las fuerzas de la libertad barrerían a los débiles ejércitos mercenarios de Europa y serían acogidas con júbilo por los pueblos oprimidos. Además, la guerra consolidaría internamente la Revolución. «Necesitamos la guerra —declaró Bissot— para consolidar la libertad y para acabar con el despotismo.»

Los girondinos se hicieron con la Asamblea y consiguieron la mayoría en el club de los jacobinos, pese a las críticas de un pequeño grupo encabezado por Robespierre, temeroso de que la guerra pudiera reforzar la posición de la corona y generase en el extranjero más enemigos que amigos. También el rey confiaba en que la guerra trabajase a su favor, y por tanto estaba dispuesto a apoyar una política belicista. Los diputados moderados fueron destituidos y sustituidos por simpatizantes de los *brissotins*, y en abril de 1792 se declaró la guerra a Austria.

La Revolución cobra impulso

Los efectos inmediatos demostraron cuán erróneo era el fácil optimismo de los seguidores de Brissot. Las fuerzas francesas estaban faltas de oficiales, ya que más de la mitad de ellos habían abandonado sus mandos. Además, se carecía de equi-



pos y suministros. Al primer contacto con las fuerzas prusianas y austríacas, rompieron filas y se dispersaron, y sólo la excesiva cautela del comandante en jefe prusiano, el anciano duque de Brunswick, impidió que sus ejércitos llegaran a París.

El temor y la indignación populares ante el peligro militar fueron exacerbados por una zozobra económica: el papel moneda empezó a depreciarse rápidamente y en junio de 1792 había bajado a la mitad de su valor. Los precios del pan aumentaron y se sospechó que los comerciantes de comestibles acaparaban los víveres en espera de que los precios subieran más. Los radicales acusaron a la corte de traición y conspiración, tanto más cuando Luis XVI destituyó a los ministros más populistas del gobierno. Esta maniobra suscitó una nueva oleada de indignación popular que en su primera fase tomó la forma de una manifestación en las Tullerías y obligó al rey a restablecer en sus cargos a los ministros pupulistas.

La alarma y la excitación fueron en aumento con el avance de los invasores, circulando rumores sobre intrigas contrarrevolucionarias. Y sobre todo al anunciar Brunswick una «venganza memorable» contra París si la familia real sufría algún daño. Las peticiones de que el rey fuese depuesto aumentaron.

En el club de los jacobinos, Robespierre apoyaba la causa popular pidiendo una Convención Nacional elegida por sufragio universal para elaborar una nueva Constitución. En aquellos momentos, los populistas de París contaban con una base organizativa propia, formada por asambleas en las 48 secciones electorales de París. En julio, estas secciones se reunieron en sesión permanente, a fin de tomar decisiones en cualquier momento, y empezaron a admitir opiniones de los ciudadanos «pasivos» (es decir, los carentes de voto). De este modo, los pequeños comerciantes y tenderos, los maestros y oficiales artesanos, y la población más modesta de París pudieron explicitar sus demandas y aportar líderes locales. En agosto, 47 de las 48 secciones pidieron que la Asamblea Legislativa depusiera al rey.

El 9 de agosto, se pasó a la acción, cuando representantes de unas 30 secciones fueron al Ayuntamiento, donde las autoridades municipales estaban reunidas, y se proclamaron a sí mismos como la nueva Comuna Revolucionaria. Bajo su dirección, al día siguiente una gran muchedumbre, y contingentes de soldados, marcharon hacia las Tullerías.

Tras un sangriento enfrentamiento, que costó a los atacantes 400 bajas y a los defensores, en su mayor parte pertenecientes a la Guardia Suiza, alrededor de 800, fueron ocupadas las Tullerías. La familia real se había refugiado en el edificio de la Asamblea, la cual les ofreció protección personal. Sin embargo, la presión popular había derrocado a la monarquía constitucional. Se suspendieron las prerrogativas del rey, se creó un Consejo Ejecutivo provisional en el que figuraba Danton que gozaba de gran popularidad, y se dis-

Rouget de Lisle canta el Canto de guerra del ejército del Rhin, *creado por él en 1792, que se hizo popular y se convirtió en la* Marsellesa. *(Pintura de Pils, 1849.)*

Página anterior, el asalto a las Tullerías, en París, el 10 de agosto de 1792, en el que fue hecha prisionera la familia real. Cuadro de Bertaux. (Palacio de Versalles.)

pusieron elecciones para una Convención Nacional que redactaría una nueva Constitución.

Todo esto tuvo lugar en plena crisis, exterior e interior. Longwy, el 22 de agosto, y Verdún el 2 de septiembre, cayeron en poder del duque de Brunswick, y Lafayette se pasó al enemigo. El camino hacia la capital estaba abierto. El 2 de septiembre la Comuna, presa del pánico, efectuó un llamamiento: «¡A las armas! ¡El enemigo está ante las puertas!» Entre el 2 y el 10 de septiembre fueron ejecutados 1.400 clérigos y prisioneros realistas.

La Convención

Los primeros meses de la nueva asamblea quedaron marcados por una feroz lucha por el poder entre los políticos revolucionarios. Dos pequeñas pero activas facciones pugnaban por lograr el apoyo de la mayoría de diputados —la «Llanura»— decididos a conservar las conquistas de la Revolución, pero sin comprometerse con ningún grupo político en particular. La primera de las facciones activas la formaban los girondinos. Al principio, éstos constituyeron el grupo hegemónico, con un dominio sobre el Comité Ejecutivo y con mayoría en la Covención. Sus antiguos antagonistas «derechistas» de la Asamblea Legislativa, los monárquicos constitucionales, habían desaparecido, pero les acosaba el pequeño grupo radical conocido como la «Montaña», llamado así por la altura de los escaños qe ocupaba en la Convención. Sus principales portavoces eran Robespierre, Marat, Billaud-Varennes y, más tarde, Danton.

No es fácil constatar acusadas divergencias políticas o sociales entre estos dos grupos antagónicos. Socialmente, ambos presentaban el mismo tipo de diputado perteneciente a la burguesía media: abogados, funcionarios, médicos, hombres de negocios y comerciantes. Ambos eran firmes defensores de los derechos de la propiedad privada y seguían las nociones ilustradas del liberalismo económico y del *laissez-faire*. Políticamente, eran republicanos: la primera medida de la Convención fue acordar la abolición de la monarquía, declarando la República. Unos y otros estaban dispuestos a salvar la Revolución y a dirigir la guerra con energía. Las principales diferencias radicaban en sus actitudes frente al movimiento popular en París y en las suspicacias mutuas.

Los *sans-culottes*

El movimiento popular parisiense fue, en esta fase, un elemento importante en el equilibrio del poder. Había demostrado su fuerza en el verano y se mantuvo influyente en la Comuna, así como activo en las secciones. Los *sans-culottes,* espina dorsal del movimiento popular, incluían a los pequeños artesanos y sus jornaleros, modestos tenderos, comerciantes y empleados, y asalariados de toda clase. No eran un proletariado, y en realidad no constituían siquiera un grupo social o económico bien definido. Sus huestes las formaban principalmente pobres gentes que sufrían cuando los precios aumentaban y la comida escaseaba, y que en consecuencia exigían controles de precios y suministros, y el castigo de los acaparadores y traficantes. Eran personas crédulas, susceptibles a los rumores de conspiraciones y traiciones, y se informaban a través de periódicos populares como *L'Ami du Peuple*, de Marat, o *Père Duchesne*, de





Ejecución de Luis XVI, *por P. A. de Machy. (Musée Carnavalet, París.)*

Página anterior, Muerte de Marat, *por Louis David. (Musée Royal des Beaux-Arts, Bruselas.)*

Hébert. Eran explotados, pero no eran un instrumento pasivo. Y por encima de todo, los *sans-culottes* eran patriotas, republicanos y revolucionarios, aunque su actitud frente a la democracia fuese tosca y simple en comparación con la postura más sofisticada del hombre de la burguesía más educado pero a menudo más ambicioso. Utilizaban tratamientos más democráticos, como el de «ciudadano». No ocultaban su suspicacia frente a la riqueza, la elegancia y los caballeros de finos modales, e incluso sostenían que la Convención sólo contenía «charlatanes que hablan y comen bien». Esta gente modesta practicaba una especie de democracia directa en sus asambleas de sección, y creía firmemente en sus derechos como «pueblo soberano» para controlar a sus representantes, dar a conocer sus deseos de modo contundente y pasar a la insurrección si ello era necesario.

Los jacobinos eran lo bastante inteligentes como para comprender que se trataba de una fuerza social a la que había que tener en cuenta. Algunos, como Robespierre y Marat simpatizaron con muchas de las ideas de los *sans-culottes.* Y esto fue decisivo.

En cambio, la Gironda, se mostraba más hostil y menos flexible en su actitud. Sus componentes estaban alarmados ante las manifestaciones populares, exentas ya en aquel verano de todo control. Su disgusto aumentó al ver que los jacobinos, sus rivales en la lucha por el poder, hacían causa común con el pueblo. Su electorado reforzaba esta postura, ya que, como diputados elegidos por las provincias moderadas, tenían evidente interés en resistir a las pretensiones de París en lo tocante a dominar la Revolución, y también en oponerse a un movimiento que planteaba una amenaza al orden y la propiedad.

La lucha entre las dos facciones fue enconada. Acusaciones y contraacusaciones sobre las actividades del verano anterior, la conducta de la Comuna y las matanzas de septiembre servían a los fines de cada grupo, dedicados ambos a procurar, por todos los medios, desacreditar al otro bando. Los girondinos denunciaron a los jacobinos por tratar de establecer la dictadura de París sobre toda Francia, y los jacobinos interpretaron las referencias girondinas a los derechos de los otros 82 departamentos como un plan federalista para quebrantar la unidad de la República, y sus ataques contra el movimiento popular como la prueba de su deseo de destinar los beneficios de la Revolución a la gente adinerada.

Respecto al destino del rey depuesto, los jacobinos adoptaron la postura popu-

lar e insistían en que muriese, en tanto que la Gironda demostraba mayor moderación, y soslayaba y demoraba la cuestión. Esto no logró más que atizar las sospechas del pueblo, especialmente cuando el descubrimiento de la correspondencia sostenida por Luis XVI con los austríacos disipó toda duda acerca de su traición. Indecisos y divididos, los girondinos perdieron. La Convención votó en favor de la ejecución, y el 21 de enero de 1793 Luis XVI fue guillotinado.

El enemigo a las puertas de la ciudad

Esta pugna incesante producía desorden y confusión, pero había un factor de consuelo: la guerra transcurría favorablemente. A causa de este éxito, y sobre todo después de haber frenado el avance enemigo en Valmy, el mes de septiembre, la Gironda consiguió mantener una mayoría en la Convención. El mismo mes, los ejércitos franceses ocuparon Saboya y Niza, y en octubre las fuerzas francesas cruzaron el Rhin y tomaron Frankfurt. El mes siguiente, Dumouriez, el general favorito de los girondinos, derrotó a los austríacos en Jemappes y entró en Bruselas.

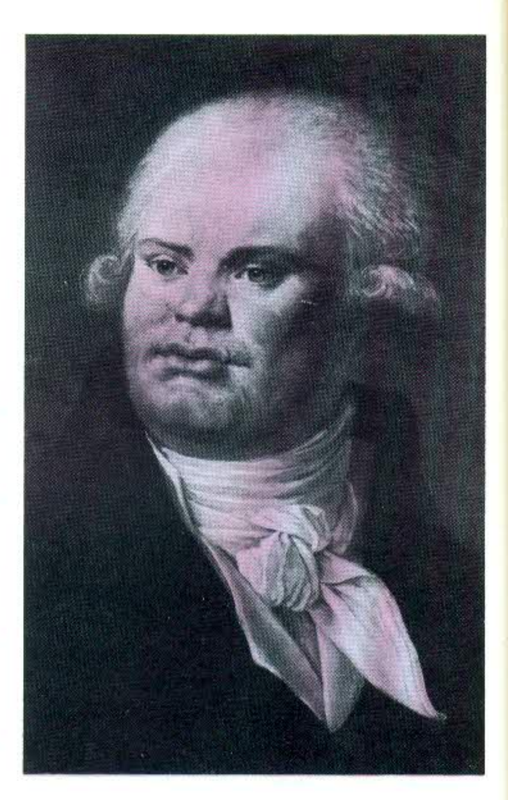
En noviembre y diciembre, la Convención lanzó un reto provocador al orden aristocrático en Europa. Ofreció ayuda a todos los pueblos que desearan obtener su libertad; en todos los territorios ocupados por los franceses ordenó la abolición de los diezmos y los tributos feudales, y estableció que las autoridades existentes debían ser sustituidas por organismos electos y que las propiedades reales debían ser confiscadas.

En enero de 1793, Danton proclamó su doctrina de «las fronteras naturales»: Francia debía de extenderse hasta los Alpes, los Pirineos y el Rhin. Los acuerdos internacionales, meros papeles firmados por monarquías no representativas, no podían cerrar el paso a los derechos de una nación. En febrero, la Convención aplaudió la propuesta de Brissot para declarar la guerra a Gran Bretaña y Holanda, y en marzo a España. Al poco tiempo, Francia estaba en guerra con casi todas las potencias de Europa, con «todos los tiranos de Europa» como dijo Brissot, excepto Suiza y Escandinavia.

Sin embargo, desde los comienzos de 1793 la situación se deterioró y surgió una nueva crisis todavía más alarmante que la del verano anterior. Dumouriez fue derrotado en Neerwinden, y achacando a los políticos la culpa de su derrota, trató de marchar con sus ejércitos sobre París, pero al no conseguirlo se pasó al enemigo con gran parte de sus oficiales. Las fuerzas austríacas atravesaron la frontera y penetraron en territorio francés, y tras ellas marcharon los realistas exiliados. Más al sur, otros ejércitos franceses fueron obligados a retroceder desde el Rhin. Al mismo tiempo, estalló la guerra civil en Francia. Una disposición de la Convención, destinada a reclutar un contingente de 300.000 hombres, topó con una obstinada resistencia en varias regiones, especialmente en la Vandea. Allí, las medidas antirreligiosas de 1791 habían creado malestar, y el intento de reclutar el campesinado produjo una rebelión abierta que los nobles locales se apresuraron a explotar. Como era de esperar, las fuerzas rebeldes, aprovechando la ventaja que les conferían unos terrenos difíciles que ellas conocían a fondo, pronto impusieron su dominio en aquella región.

Un alud de noticias referentes a derrotas, traiciones, invasión y contrarrevolución se esparció por París. Los girondinos se convirtieron en blanco de ataques virulentos cuando los reveses militares agregaron la alarma al descontento, y les causó grave daño la defección de Dumouriez, ya que este general había estado íntimamente asociado a ellos. Por otra parte, parecían poco dispuestos a responder a la demanda popular de medidas drásticas en aquella situación de emergencia. No obstante, en el mes de marzo la Asamblea tomó medidas muy importantes: se reforzó el poder ejecutivo estableciendo un Comité de Salud Pública; se creó un Tribunal Revolucionario, y se centralizó la administración.

En todas estas medidas, fueron los jacobinos quienes tomaron la iniciativa, especialmente Danton. Los girondinos desaprobaban un ejecutivo vigoroso, tanto más desde que éste venía presionado por las peticiones populares y era defendido por los jacobinos. Estos últimos se alineaban abiertamente junto a los *sans-culottes*, y no sólo intensificaron sus persistentes críticas contra los girondinos, sino que además declararon que la Revolución sólo podía ser salvada con la ayuda del pueblo. En mayo, se erigieron en defensores de las exigencias económicas populares ante las cuales antes habían guardado silencio. Al propio tiempo, las secciones denunciaron a los girondinos como obstáculo frente a la acción decidida que se necesitaba para salvar la Revolución, y pidieron que la Asamblea depurase a esos culpables. En mayo, tres cuartas partes de las secciones habían presentado esta petición y amenazaban con actuar por su cuenta si la Convención se negaba. Se estaba forjando nuevamente otra revolución popular.



Revolución e insurrección

El nuevo viraje revolucionario tuvo lugar entre el 31 de mayo y el 2 de junio. Los girondinos, desesperados por las constantes críticas, actuaron de modo que se confirmó la desconfianza popular, y se aceleró la insurrección. Trataron, sin éxito, de que Marat fuese condenado por el Tribunal Revolucionario, crearon una Comisión para investigar la reciente conducta de las secciones, y arrestaron a agitadores populares como Hébert, a los que más tarde tuvieron que dejar en libertad. Los girondinos hablaron también de disolver la Comuna y de convocar una nueva Asamblea en las provincias. Además, apelaron a sus distritos electorales para actuar contra París, amenazando con someter la capital si la insurrección continuaba.

El efecto de estas medidas radicalizó la situación. A finales de mayo, delegados de las secciones crearon un comité central revolucionario que pasó a dirigir las operaciones, y el 2 de junio la Asamblea fue rodeada por *sans-culottes* y guardias nacionales: «Hemos venido a pedir, por última vez, justicia contra los culpables». Los diputados, a los que se les impidió incluso que abandonaran la Asamblea, tuvieron que someterse ante la fuerza y aceptar la propuesta jacobina de expulsar a una treintena de miembros destacados de la Gironda.

La expulsión de estos girondinos, seguida por la defección de numerosos diputados temerosos, otorgó a los jacobinos el

control de la Convención. Sin embargo, también ellos se encontraban en una situación desesperada, ya que la amenaza de la invasión extranjera aumentó. Los austríacos desde el norte y los prusianos desde el Rhin continuaban su avance y se habían apoderado ya de tres importantes fortalezas en Italia. En el sur, fuerzas españolas atravesaron la frontera de los Pirineos, y en el sudeste los piamonteses presionaban en Saboya.

En el interior de Francia, la rebelión de la Vandea predominaba todavía en el oeste y era probable un movimiento de sus fuerzas hacia París. A ello se añadía ahora un amplio movimiento de protesta de las provincias contra los hechos del 2 de junio. Más de 60 de los 83 departamentos denunciaron el abuso de poder de los parisienses al osar interferir la gestión de los representantes electos de la nación.

Ciudades tan importantes como Burdeos, Lyon, Marsella y Toulouse fueron más allá de la mera protesta, destituyendo a los jacobinos locales y alentando la resistencia armada. Esto estimuló en otras partes a las fuerzas hostiles a la Revolución. En Toulon, una facción realista se adueñó del puerto y lo entregó, junto con gran parte de la flota francesa, a los británicos. En París, Marat, el héroe popular, fue asesinado en julio por Carlota Corday, una simpatizante de la Gironda. En tales circunstancias, tanto moderados como jacobinos llegaron a la conclusión de que sólo una acción resuelta e implacable podía resultar efectiva.

Al propio tiempo, los jacobinos se encontraban sometidos a una presión constante desde abajo, por parte de los *sans-culottes*, que los habían instalado en el poder. Los jacobinos se habían apresurado a redactar una Constitución democrática en junio, que, junto con el sufragio universal, las elecciones directas y el referéndum, reconocía la obligación de la sociedad en cuanto a facilitar trabajo a todos los capacitados para el mismo, ayuda a los necesitados y educación a todo el pueblo. Pero estos puntos no podrían ser puestos en práctica de inmediato.

Con las noticias de derrotas y traiciones, la inflación galopante y los trastornos en los suministros de alimentos, la tensión popular aumentó. Durante los meses de julio y agosto, la Asamblea fue bombardeada con las peticiones de las secciones en lo referente a legislación sobre precios, leyes más duras contra aristócratas y acaparadores, y castigos severos contra los transgresores de la ley.

El clamor llegó a su apogeo a principios de septiembre, con manifestaciones y una marcha masiva hacia la Asamblea. Los jacobinos, sintieran o no simpatía por la revolución más «popular», reconocieron la crucial importancia de la situación. Estas manifestaciones representaban un peligro porque, en un exceso de furiosa impaciencia, podían destruir la Convención, incluidos los jacobinos, pero también representaban, pese a sus inconvenientes, la fuerza más fiel con la que la Revolución contaba en aquellos momentos desesperados. Con la exclusiva finalidad de mantener su apoyo, la Convención creó controles de precio en los víveres y en una amplia gama de bienes de consumo, impuso a los ricos un préstamo forzoso y sancionó la formación de «ejércitos revolucionarios» destinados a buscar alimentos. Los manifestantes querían también unas leyes estrictas contra los sospechosos y los acaparadores de vituallas, y la justicia revolucionaria entró en acción contra los culpables. Bajo la doble presión de la alarma nacional y del clamor popular, empezó a cobrar forma una nueva clase de gobierno revolucionario, y a partir de entonces cada etapa sucesiva provocaría una nueva alineación de fuerzas.



El 21 de enero de 1793, Luis XVI, tras ser procesado por la Convención, subió al patíbulo. Cuadro de Charles Benazech. (Versalles.)

Página anterior, Jacques Danton, político francés partidario de la lucha revolucionaria contra la monarquía. Criticó al gobierno de Robespierre y fue juzgado y ejecutado por conspiración en 1794. (Musée Carnavalet, París.)

El momento álgido de la Revolución

El año transcurrido desde julio de 1793 hasta julio de 1794 representó la

fase más dramática de la Revolución. Los líderes jacobinos reconocieron que sólo la acción más resuelta podía ser efectiva. Además, no tenían la intención de poner en práctica su nueva constitución democrática (su función era para el futuro, pero no de articulación inmediata). Su suspensión adquirió carácter oficial a primeros de octubre, cuando la Convención decidió que el gobierno había de ser revolucionario, hasta la consolidación de la paz.

Los instrumentos principales del gobierno revolucionario existían ya desde la primavera: los Comités Ejecutivos de Salud Pública y Seguridad General, y los Tribunales y Comités Revolucionarios. Lo que los jacobinos hicieron fue imprimirles una mayor determinación y habilidad. La Convención permaneció como autoridad legislativa y nombraba el principal Comité Ejecutivo de Salud Pública mediante elección mensual. Sin embargo, las anteriores nociones de un ejecutivo débil y la separación de poderes quedaron descartadas, ya que los jacobinos dominaban la Convención y ésta devolvía, mes tras mes, los mismos doce jacobinos al Comité, con lo que el debate se extinguió.

En anteriores regímenes, las asambleas habían sido los centros de la actividad, donde se libraban grandes pugnas con enfrentamientos verbales. Los ministros eran meras sombras. Ahora, convertido el Comité Ejecutivo en centro de la verdadera actividad, la Asamblea tenía que escuchar las explicaciones de la Convención y aprobar los decretos por ella requeridos. El Comité poseía poderes ilimitados en política interior y exterior, aunque la cuestión de la policía quedaba en manos de otro departamento, el Comité de Seguridad General. Los primitivos ideales descentralizadores fueron abandonados a medida que el Comité reforzó gradualmente el mando del gobierno central sobre todas las instituciones locales. Éstas y los departamentos fueron soslayados, con los cantones y comunas convertidos en grandes unidades. En cada uno de ellos el gobierno central nombró agentes nacionales que habían de informarle cada diez días. La Comuna de París vio restringidos sus poderes. Los ejércitos «revolucionarios» de los *sans-culottes* fueron dispersados, los comités de las secciones quedaron bajo las órdenes del gobierno central y sus jefes recibieron una compensación o fueron convertidos de portavoces populares en agentes del gobierno. Y junto con el poder ejecutivo llegó la represión. En septiembre, el «Terror» se impuso a medida que los procesos de la justicia revolucionaria adquirían un carácter más expeditivo y sumario, y sus instrumentos —tribunales y comités revolucionarios— eran utilizados con mayor efectividad.



El Comité de Salud Pública

La dirección y la fuerza motriz del gobierno revolucionario provenían del Comité de Salud Pública, un equipo de 12 hombres que, con muy pocos cambios, rigió Francia durante un año crucial. Todos los jacobinos, y también los diputados, pertenecían en su gran mayoría a aquella clase media profesional, provincial y urbana que desempeñó un papel principal en todas las asambleas revolucionarias. Hérault de Sechelles, artífice principal de la constitución jacobina de 1793, fue una excepción, ya que era un ex aristócrata. También Lazare Carnot, primer responsable de la organización de los ejércitos de la Revolución, había sido capitán de ingenieros, y Claude Prieur de la Côte d'Or, otro ingeniero militar que trabajó en colaboración con Carnot.

Robert Lindet, un abogado normando, tenía como misión supervisar los suministros y provisiones. Jeanbon Saint-André, un clérigo protestante y antiguo capitán de marina, se dedicaba a la reorganización de la flota. Bertrand Barère, de Toulouse, otro abogado, actuaba como hombre de relaciones públicas para el Comité, y exponía y defendía la política de éste ante la Convención. Billaud-Varennes, que había desempeñado numerosos oficios entre ellos tipógrafo y maestro, y Collot d'Herbois, actor y autor teatral, eran dos extremistas con una fuerte influencia en la Comuna. Ambos fueron nombrados tras las agitaciones de septiembre para tranquilizar a las fuerzas populares.

Georges Couthon, un abogado tullido de Auvernia, y Antoine Saint-Just, un joven letrado de veinticinco años, dedicaron largo tiempo a las misiones especiales. Couthon, hombre más apacible de lo que algunos de sus discursos sugerían, y Saint-Just, frío, inteligente y arrogante, eran también íntimos colaboradores y admiradores de la figura dominante en el Comité, Maximilien Robespierre.

Fue Robespierre, el abogado de Arras, quien encarnó el gobierno revolucionario. Tenía poco más de 30 años de edad y era bajo, con un rostro enjuto y pálido, y voz áspera. Vestía con extrema pulcritud, tenía gustos refinados y en su trato era reservado y más bien retraído. Era soltero, vivía en un apartamento modesto, frecuentaba rara vez la vida social y tenía pocos amigos. No era un demagogo y no presentaba la menor similitud con un *sans-culotte,* pero, a causa de su incorruptibilidad, inspiraba confianza al pueblo.

Con su adhesión a los principios y constante defensa de las clases populares, se había forjado una gran reputación como revolucionario, formidable parlamentario y héroe popular. Al propio tiempo, sus críticas a la Constitución en 1791, su oposición a Brissot en el club de los Jacobinos en 1792, y su defensa de la «Montaña» y de la causa del pueblo en la Convención, le habían conferido una posición destacada en la opinión popular. A pesar de ello, no dominó oficialmente el Comité. Los hombres de este organismo trabajaban en armonía y se reunían a diario, desde primera hora de la mañana hasta muy entrada la noche. Todos los que se encontraban en París acudían allí a tomar parte en las discusiones y, si estaban de acuerdo con las políticas a seguir, firmaban los documentos correspondientes. Los disconformes se abstenían. Eran hombres decididos, empeñados en salvar la República de la contrarrevolución en el interior y de los enemigos en el exterior, y todos estaban dispuestos a asumir la responsabilidad de cualquier medida necesaria para conseguir este objetivo.

Era aquí, en el Comité y en la Convención, donde Robespierre tenía una influencia mayor que cualquier otro político. En el Comité no tenía a su cargo ningún «departamento» especial y nunca emprendía misiones para visitar los ejércitos o las provincias. Su presencia era, pues, constante, y se dedicaba a estudiar a fondo las políticas generales y a pronunciar discursos en los que exponía los principios y el carácter de la verdadera República. Era el orador más conspicuo del Comité en la Asamblea y en el club jacobino, y su integridad y dedicación jamás eran cuestionadas. «Llegará lejos —había profetizado Mirabeau—: cree en lo que dice.»

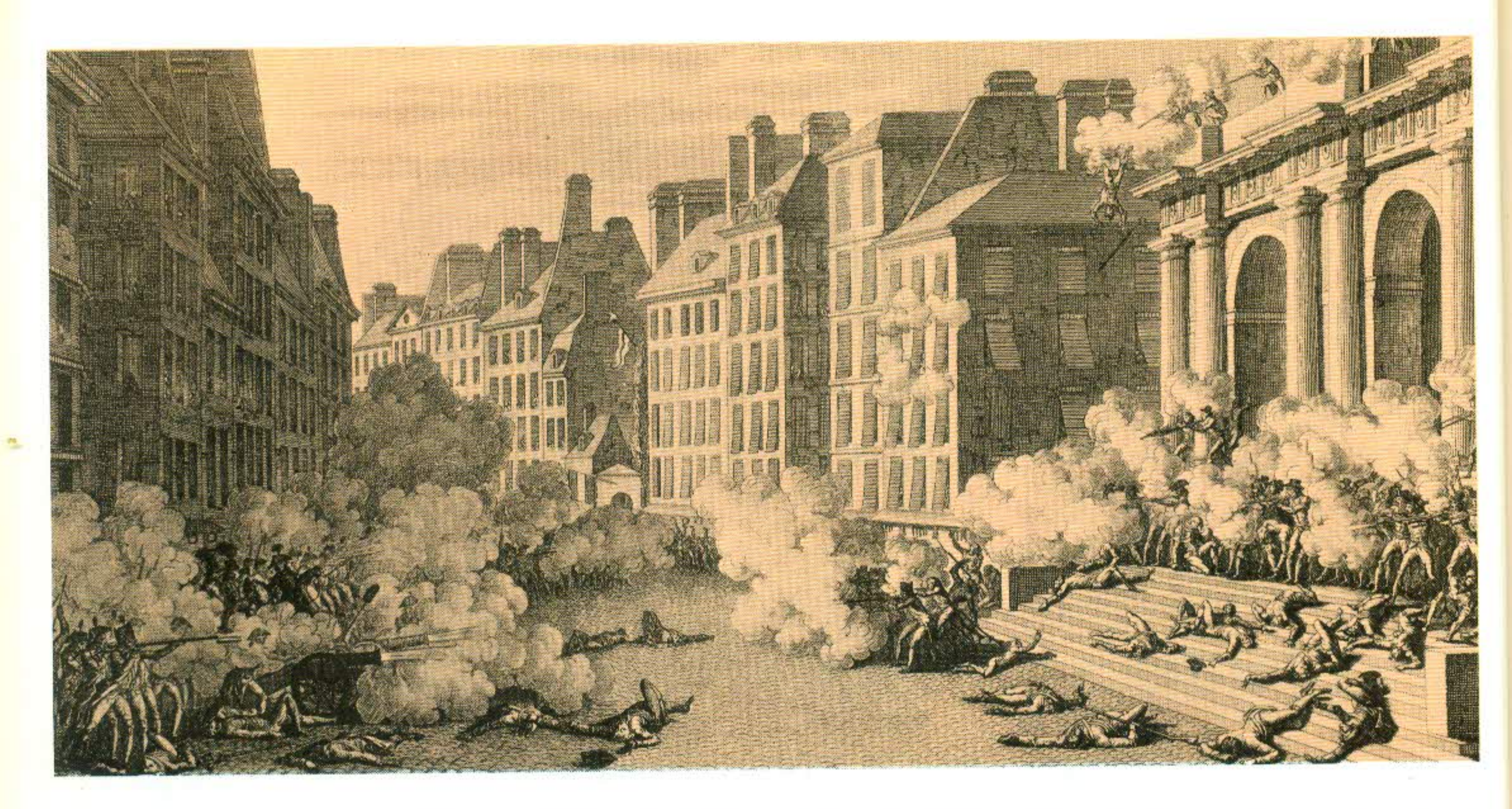
El Terror

El nuevo régimen demostró su determinación en sus vigorosos ataques contra las fuerzas contrarrevolucionarias existentes en la propia Francia. Su arma principal era el terror. Hasta entonces, el terrorismo había hecho esporádicas apariciones en forma de linchamientos, como ocurrió en las matanzas de 1792 en la prisión, pero a partir de septiembre de 1793, cuando la Convención decretó que «el terror está a la orden del día», se convirtió en política oficial del gobierno. No debía haber restricción al respecto, dijo Saint-Just, ya que «entre el pueblo y sus enemigos sólo hay la espada». Aquel mismo mes, la Ley de Sospechosos decretó el arresto inmediato de todas las personas a las que cupiera imputar deslealtad, un delito que se definía en térmi-



Cartel revolucionario que proclama la libertad, la igualdad y la fraternidad; las figuras indican la unidad de objetivos entre el pueblo y el ejército.

Página anterior, Maximilien Robespierre (1758-1794), jefe jacobino que instauró el régimen del Terror. Derribado por la Convención, fue asimismo guillotinado. (Musée Carnavalet, París.)



nos tan amplios como vagos, y el Tribunal Revolucionario fue reorganizado para hacer frente con mayor efectividad al número creciente de los acusados de traición.

Durante el «Terror», unas 40.000 personas fueron ejecutadas y muchísimas más encarceladas. La represión se centraba en la deslealtad allí donde ésta apareciera, no en una clase social determinada, y las víctimas pertenecían a todos los estamentos. Alrededor de un 10% eran nobles, un 6% clérigos, un 15% burgueses y el resto, la gran mayoría, elementos de las clases más modestas y del campesinado. Algunos eran ejecutados por acusaciones de acaparamiento y especulación, pero la mayoría lo era por una amplia gama de razones políticas: rebelión armada, votación contra la recluta, y defensa de opiniones contrarrevolucionarias.

El peso del nuevo régimen también se hizo sentir en aquellos distritos donde se habían producido rebeliones. Durante el otoño, los ejércitos gubernamentales redujeron uno tras otro los centros rebeldes. Marsella se rindió en agosto, Burdeos y Lyon en octubre, y Tolón fue reconquistado en octubre, tras un bombardeo de la artillería dirigido por un «oficial de singulares méritos», el joven Napoleón Bonaparte. En la Vandea, la insurrección se mantuvo durante varios años, pero las principales fuerzas indómitas fueron dispersadas en octubre y diciembre por las tropas republicanas. Detrás de los ejércitos llegaron los delegados con la misión de castigar a los rebeldes. En Lyon, la guillotina no funcionaba con la suficiente rapidez, en opinión de Collot d'Herbois, quien pidió la ayuda de pelotones de fusilamiento y después de la artillería. Las víctimas eran congregadas en grandes grupos, segadas por el fuego de los cañones y seguidamente lanzadas a fosas comunes. Las casas de los ricos fueron destruidas y el nombre de Lyon borrado del mapa: «Lyon declaró la guerra a la libertad; Lyon ya no existe». En Tolón, Barras y Fréron emplearon pelotones de fusileros para las ejecuciones en masa: «Cada día, desde que llegamos, han sido fusilados 200 toloneses». En la Vandea, Carrier ejecutó la venganza republicana ahogando a 2.000 rebeldes en el Loira y fusilando a otros 3.000. Los jacobinos de los Comités Revolucionarios locales en toda Francia actuaron como agentes, investigando y denunciando a los sospechosos.

En estos mismos meses, mientras suprimían a los enemigos internos de la República, los jacobinos tuvieron que dirigir también la guerra contra los ejércitos invasores en varios frentes. Sus éxitos fueron asombrosos y representaron un nuevo y poderoso impulso para movilizar el potencial humano y los recursos de la nación para el esfuerzo bélico. «La República —declaró la Convención en agosto— es una gran ciudad en estado de sitio, por lo que Francia debe convertirse en un vasto campamento militar.» Y proclamó la movilización masiva: los hombres jóvenes debían ir al frente, los casados ocuparse del armamento y la intendencia, y las mujeres confeccionar ropas y trabajar en los hospitales. En realidad, los primeros cinco grupos de edades reclutados, de los 18 a los 25 años, apenas aportaron medio millón de combatientes.

Para alimentar y equipar a las nuevas fuerzas, el gobierno se vio obligado a asumir un peso todavía mayor en la dirección de la economía. Bajo las órdenes de Lindet, una comisión central se encargó del suministro y distribución de víveres de acuerdo con las necesidades de los ejércitos y las diferentes regiones del país. Bajo Claude Prieur, la industria de municiones quedó sometida al control directo del gobierno. Se crearon factorías estatales, se ordenó la construcción de edificios y la mano de obra y los materiales quedaron bajo requisa. Carnot creó con rapidez un nuevo ejército y cada unidad de bisoños fue reforzada con unos cuantos veteranos. Se introdujeron nuevas tácticas para sacar la mayor ventaja del número y promover el mayor celo entre los combatientes. Nuevos y jóvenes militares alcanzaron el generalato y empezaron a sonar nombres célebres, como los de Jourdan, Hoche, Pichegru y Bonaparte. A principios de 1794, Francia tenía un millón de hombres bajo las armas y una docena de ejércitos en los campos de batalla. El avance austríaco desde el norte había sido atajado en Wattignies, los españoles se habían visto obligados a cruzar de nuevo su frontera, los piamonteses habían sido expulsados de Saboya y los prusianos habían sido rechazados al otro lado del Rhin.

En la primavera de 1794, el peligro para la nación había disminuido, pero el régimen adquirió un carácter más dictatorial. El terror, instituido como arma frente a los enemigos contrarrevolucionarios de



la República, se dirigió ahora contra los críticos revolucionarios del gobierno. Entre éstos destacaban los extremistas de izquierda, vinculados al popular agitador Jacques Hébert, que dirigía un notorio periódico, el *Père Duchesne*, muy influyente en la Comuna, las secciones y las sociedades populares de París. Para los hebertistas, la Revolución no era todavía suficientemente radical. Ellos querían más medidas para suavizar las penurias sociales y económicas de los *sans-culottes* y una represión más dura de quienes los explotaban, pues aunque la inflación estaba controlada, los precios seguían siendo altos, los salarios nunca alcanzaban un nivel suficiente y los controles jamás conseguían pleno resultado. Los hebertistas propugnaban una acción más directa por parte del pueblo y más poder para los ejércitos revolucionarios.

La respuesta del Comité a estas propuestas era cada vez más fría. Los jacobinos eran más radicales que otros políticos de la clase media, simpatizaban más a fondo con el movimiento popular y estaban dispuestos a hacer concesiones, y por otra parte habían implantado controles económicos, abolido sin compensaciones los vestigios de los derechos señoriales, facilitado la adquisición de tierras y presentado programas para la enseñanza gratuita. Robespierre y Saint-Just habían propugnado un amplio plan para la distribución de las propiedades de los sospechosos entre patriotas necesitados, pero no estaban dispuestos a defender exclusivamente los intereses de los *sans-culottes*, y mucho menos a permitir que el control de la revolución pasara a manos de éstos.

Los jacobinos

Los ideales económicos de los jacobinos eran básicamente diferentes de los que defendían los *sans culottes*, ya que ellos propugnaban una economía de libre empresa, no una economía que, como la del Antiguo Régimen, estuviera atosigada por controles y restricciones. Estaban dispuestos a introducir ciertos controles, pero se trataba meramente de medidas temporales para satisfacer las exigencias de una «economía de guerra». No representaban el deseo de patrocinar los intereses exclusivos de una clase en particular, por el hecho de tener que limitar salarios y pre-

Montaña elevada en el campo de reunión de la fiesta del Ser Supremo, en junio de 1794. Robespierre, siguiendo a Rousseau, intentó crear una especie de Estado ético fundado en la virtud.

Página anterior, Bonaparte atacando a los insurrectos realistas de Quiberon, en 1795.

cios y disciplinar estrictamente la mano de obra.

Los jacobinos preferían subrayar el interclasismo. Para ellos, lo básico era la calidad de las ideas patrióticas y republicanas de cada hombre, más que la ocupación o los ingresos de éste. Miraban con suspicacia la riqueza y preferían al modesto propietario, pero no propiciaban una amplia redistribución de la propiedad, ya que ésta era para ellos, al igual que para los hombres de 1789, un derecho inviolable. Las antipatías de los jacobinos se dirigían más hacia el mal republicano que hacia el próspero propietario. Además, observaban la realidad desde el poder. La presión popular contra anteriores regímenes a los que los jacobinos habían tildado de incompetentes, egoístas y reaccionarios, era una presión meritoria; contra su propio régimen, que era efectivo, ilustrado y defendía con prudencia los mejores intereses de todos los franceses, era innecesaria e indeseable. La democracia, explicaba Robespierre, no significaba que todas las personas de una gran comunidad pudieran participar directamente en las decisiones o que un millar de grupúsculos descontentos pudieran perseguir ciegamente sus objetivos sin tener en cuenta a los demás. Significaba que éstos enviaran delegados a una asamblea que tomase decisiones por cuenta de ellos. En la práctica, el avance del gobierno revolucionario hacia un control más centralizado, seguía una directriz muy contraria a la democracia más directa que propugnaban los *sans-culottes*. Las actividades independientes de las secciones, de los «ejércitos revolucionarios» y del terrorismo no oficial, llegaron a ser objeto de desaprobación por parte de un régimen autoritario que deseaba inmediata obediencia y se negaba a admitir rivales. Era una ironía, ya que nadie había pedido con voz más recia que la de los *sans-culottes* un gobierno efectivo, ni había hecho tanto como ellos para instalarlo en el poder, pero lo cierto era que ese gobierno efectivo significaba sin lugar a dudas un retroceso y un recorte en la libertad de los *sans-culottes*.

El movimiento hebertista tuvo otro motivo para ser mal acogido, al añadir a sus actividades usuales una nueva campaña de descristianización. Es cierto que, en general, los jacobinos tenían pocos miramientos respecto a la religión, ya que eran racionalistas ilustrados y anticlericales acérrimos. La Convención había adoptado sin obstáculos, en octubre de 1793, un nuevo calendario republicano, con nombres sacados de la naturaleza para los meses y una semana de diez días, con lo que se rompió la pauta religiosa del año, eliminando domingos, fiestas del santoral y festividades religiosas. Pero, de manera extraoficial, el movimiento llegó más lejos. En París, activado por Hébert y la Comuna, el clero fue atacado, obligándose a muchos de sus miembros a cesar en sus funciones. Fueron saqueadas iglesias, se prohibieron ceremonias, se procedió a destruir estatuas y se celebraron procesiones sacrílegas.

La Comuna cerró iglesias y conventos o los utilizó para celebraciones de índole secular y, en lugar de las estatuas de los santos, se colocaron bustos de Voltaire y Rousseau.

El gobierno temió que este «terror religioso» suprimiera gran parte de sus apoyos y diera a los contrarrevolucionarios nuevos argumentos para avivar su hostilidad. En noviembre de 1793, se celebró en Notre-Dame la Fiesta de la Razón, representada ésta por una mujer tocada con un gorro frigio.

Robespierre, en particular, desaprobaba estas actividades, ya que él creía en Dios e insistía en que en la Revolución había un lugar importante para la religión.

Llegó a deplorar la impiedad con el epíteto más fuerte que pudiera utilizar un revolucionario: «¡El ateísmo es aristocrático!».

La caída de Robespierre

Para detener el descenso hacia el ateísmo y la ruptura social, se ideó una religión deísta, el «culto al Ser Supremo». Pero había otros peligros, ya que los hebertistas, con sus especulaciones, habían vaciado el Tesoro público y debilitado el Estado. En *Le Vieux Cordelier*, Desmoulins instigó un contraataque. Por otra parte, el Comité de Salud Pública temía ahora perder su popularidad ante la Comuna y el club de los Cordeliers que los hebertistas dominaban. Por su parte, Danton quería que la maquinaria del Terror fuese desmantelada, así como eliminar los controles y realizar negociaciones para la paz. Por tanto, cuando en el mes de marzo los hebertistas amenazaron con una insurrección al estilo de las de junio o septiembre de 1793, Robespierre y Danton dispusieron su arresto y ejecución. Seis días después, Danton, Desmoulins y Hérault subían a su vez a la guillotina (abril de 1794), acusados de conspirar con financieros extranjeros. Fue una decisión de fácil realización, pero resultó significativa, ya que marcó el apogeo del Terror, la cumbre de la dominación de Robespierre. Duraría solamente tres meses y medio.

El 22 de Pradial (10 de junio de 1794), Robespierre persuadió a la Convención para que aprobase una ley que privaba a los prisioneros de abogado defensor y que hacía de la muerte el único castigo. También trató de controlar los salarios en un esfuerzo supremo destinado a dominar la economía. Sin embargo, la necesidad de este terror y de tanta disciplina empezó a parecer cada vez más inútil a medida que los ejércitos extranjeros se retiraban y las fronteras de Francia parecían más seguras. En mayo, Pichegru batió a los austríacos y en junio Jourdan derrotó a Coburg en Fleurus. Los británicos se replegaron hacia Holanda y los austríacos hacia el Rhin.

El temor a Robespierre aumentó, aunque también se acentuó el resentimiento y el odio hacia su persona. El culto del Ser Supremo era tan impopular como el de la Razón, y la gran procesión en su honor desde las Tullerías hasta el Campo de Marte, organizada por el pintor David el día 8 de junio, indignó a mucha gente.

La crisis sobrevino cuando Robespierre llamó de nuevo a numerosos representantes en misión, produciéndose la «explosión» el 8 de Thermidor (26 de julio de 1794) cuando habló temerariamente en la Convención y expuso su intención de defenderse eliminando a un grupo de enemigos cuyos nombres no especificó. Al día siguiente fue abucheado y detenido, y el 10 de Thermidor (28 de julio) fue guillotinado. No tardarían en seguir el mismo camino 87 miembros de la Comuna.

Los hombres de Thermidor

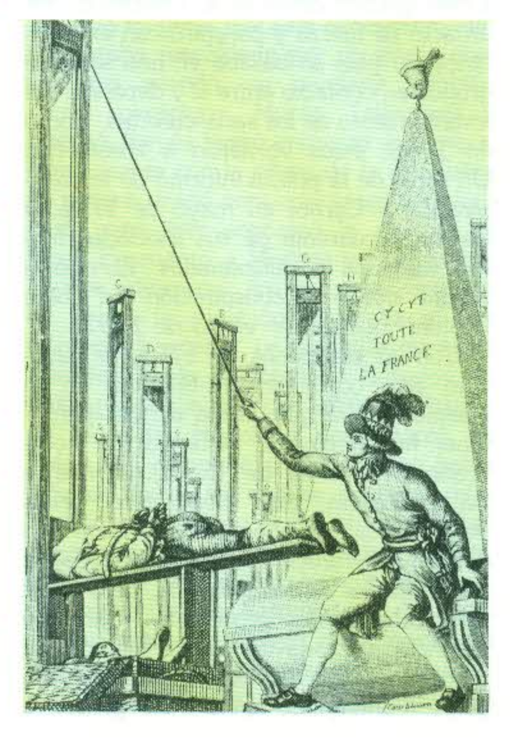
Es erróneo describir la reacción thermidoriana como el fin de la Revolución, pero fue sin duda su clímax. Barère y Barras dieron por supuesto que el gobierno seguiría intacto, ya que el 10 de Thermidor sólo fue para ellos una «conmoción parcial». Pasado un mes, sin embargo, el aparato del Terror fue abandonado y la ley del 22 de Pradial anulada; la regulación de precios y salarios fue enmendada a los seis meses; a los nueve, regresaron los girondinos supervivientes, y pasado un año, Barère y sus colegas navegaban rumbo a la isla del Diablo. A los thermidorianos se sumaron los girondinos ya libres, y unos cuantos realistas surgieron para formar la «República de Propietarios», dirigidos por Barras y Fréron, Cambon y Sieyès. Dijeron que buscaban un retorno a «los principios de 1789», pero

fueron barridos por la marea, al tiempo que los jacobinos eran perseguidos y su club clausurado. Comenzaba un nuevo terror, pero esta vez de diferente esencia política. Sin embargo, la prensa y el teatro volvían a ser libres, y en los salones el estilo era impuesto por Thérèse Tallien y por la viuda Josephine Beauharnais. No obstante, con la subida de los precios aumentaba también el desempleo, y en marzo y mayo de 1795 se produjeron insurrecciones populares, con peticiones de nueva aplicación de la Ley del Máximo y de la Constitución de 1793: «Pan y la Constitución de 1793». Por unos momentos, reaparecieron las «furias de la guillotina», pero fueron suprimidas sin contemplaciones y en junio de 1795 los *sans-culottes* de París dejaron de ser un factor de peso en la política revolucionaria. Lo que los generales Pichegru, en abril, y Menou, en mayo, hicieron a la muchedumbre en los *faubourgs* de París, hizo el general Bonaparte, «ametrallándolos», a los realistas parisinos cuando éstos se alzaron en octubre.

Dominada por los thermidorianos, la Convención completó una nueva Constitución, la del Año III, en agosto de 1795. Había sido confeccionada a la medida de las clases propietarias y era, en gran parte, obra de Boissy d'Anglas. Una asamblea de una sola cámara fue considerada peligrosa, por tanto, el poder legislativo consistiría ahora en dos cámaras: un Consejo de los Quinientos –hombres de más de 30 años– que había de iniciar la legislación, y un Consejo de Ancianos que, en número de 250, cuyos miembros habían de tener más de 40 años y ser casados, presumiblemente porque esto les confería mayor responsabilidad. Tenían derecho al veto. La autoridad ejecutiva reposaba en cinco directores elegidos por los consejos legislativos, cada uno de ellos con mandato por cinco años. No podían tomar parte en los Consejos ni legislar, pero controlaban el ejército y la policía, el servicio civil y los asuntos extranjeros. Los departamentos quedaron tal como estaban, pero cada uno fue sometido al control de un comisario nombrado por el Directorio. Los diputados eran elegidos mediante un complicado sistema indirecto, y se necesitaban títulos de propietario para formar parte de las asambleas primaria y secundaria. Y aunque se calificaba de sacrosantas a las libertades de palabra y de culto, la prensa estaba estrechamente vigilada y los clubs políticos y el derecho a la insurrección fueron prohibidos. La intención era clara: crear un gobierno equilibrado a fin de impedir la dictadura de una asamblea, un comité o un hombre solo. Su misma rigidez frustraría su propósito.

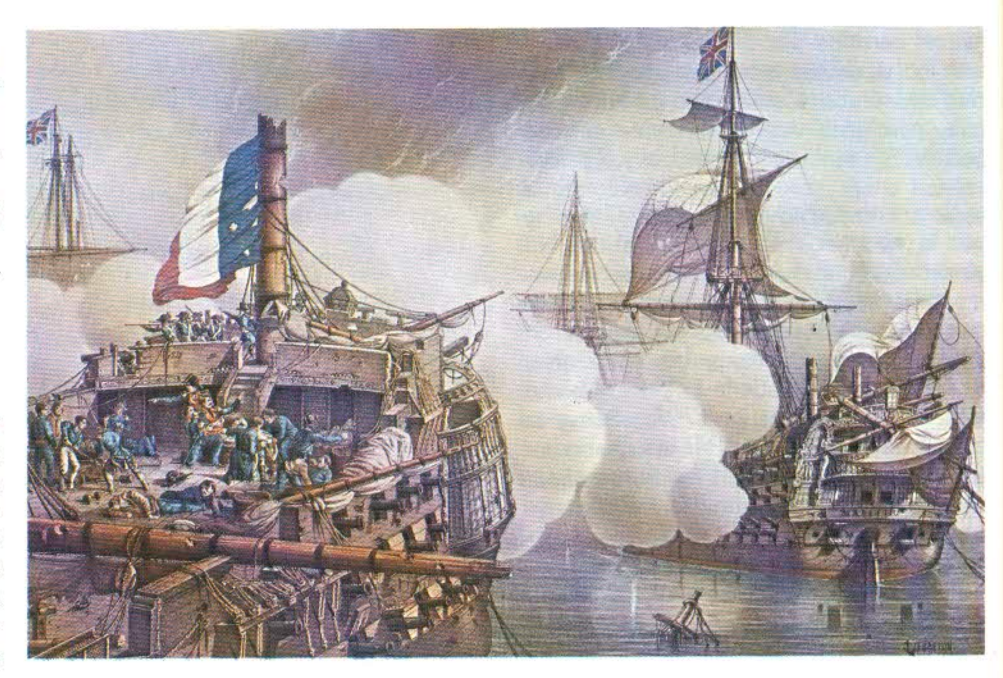
LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA EN FRANCIA

Año	Política interna	Política exterior	Acontecimientos en Europa
1789	Reunión de los Estados Generales (5 de mayo) Juramento del «Jeu de Paume» (20 de junio) Toma de la Bastilla (14 de julio) Abolición de los privilegios (3-4 de agosto) Declaración de los Derechos del Hombre (26 de agosto)		Unificación de Suecia Sublevación de los Países Bajos austríacos Proclamación de la República en Bélgica
1790	Constitución civil del clero Los sacerdotes son requeridos para jurar lealtad a la Constitución civil		Fuerzas austríacas derriban la República en Bélgica El papa condena la Constitución civil del clero Fin de la guerra ruso-sueca Ascensión de Leopoldo II de Austria
1791	Huida del rey Aprobada la Constitución por la Asamblea Constituyente y ratificada por el rey Reunión de la Asamblea Legislativa	Aviñón es anexionada a Francia	Austria y Turquía firman un tratado de paz Declaración de Pillnitz Turquía es derrotada por Rusia
1792	Asalto a las Tullerías (10 de agosto) «Masacres de Septiembre» (2-5 septiembre) Primera reunión de La Convención (20 de septiembre) Abolición de la Monarquía (21 de septiembre) Juicio al rey (11 de diciembre)	Guerra con Austria (20 de abril) Manifiesto de Brunswick (25 de julio) Batalla de Valmy (20 de septiembre) Batalla de Jémappes (6 de noviembre) Conquista de Bélgica	Tratado de Berlín entre Austria y Prusia Francisco II rey de Austria Asesinato de Gustavo II de Suecia Fin de la guerra ruso-turca
1793	Ejecución del rey (21 de enero) Sublevación de la Vandea Comité de Salud Pública Constitución del Año I	Anexión de Niza (31 de enero) Guerra con Bretaña (1 de febrero) Batalla de Wattignies (16 de octubre) Bonaparte reconquista Tolón a los británicos (19 de diciembre)	Formación de la Primera Coalición contra Francia Asamblea de la Dieta Polaca Segunda división de Polonia



Grabado que representa a Robespierre ejecutando al verdugo. Durante el reinado del Terror (abril de 1793 a julio de 1794) fueron guillotinadas más de 1.300 personas.

De la Revolución al Imperio



Retrospectivamente, es inevitable que el Directorio sea visto como un interludio entre la Revolución y la Dictadura. La prensa bonapartista posterior a 1799 destruyó lo poco que pudiera quedar de su reputación. Por su parte, él mismo se veía de modo muy distinto, como el final de un mal camino. Aunque Barras era un individuo perezoso, carente de escrúpulos, los demás eran hombres de cierto mérito. Por temor a la dictadura, de un hombre o de un grupo, instauraron un gobierno mixto, y para garantizar continuidad y estabilidad, estipularon que 500 de los 700 legisladores procedieran de la propia Convención. Los que eran reelegidos eran conocidos como «perpetuos» y encarnaban la Revolución contra la monarquía y la continuación de la guerra, y también defendían los decretos de 1795 contra el clero y los emigrados. Prescribieron elecciones anuales, pero éstas sólo sirvieron para fomentar la inquietud, la disensión y el desorden.

Los nuevos dirigentes eran moderados que deseaban poner fin a la guerra y contar con un gobierno constitucional. Unos pocos entre ellos eran monárquicos y muchos más se hubieran conformado con un gobierno de corte constitucional limitado. Los generales Menou y Pichegru no ocultaban sus ideas monárquicas.

Tal vez el Directorio hubiera podido sobrevivir a esta división política, pero lo que no podía era sobrevivir al caos económico y a la corrupción. Había una inflación galopante porque los *mandats*, puestos en circulación en abril de 1796 para sustituir a los *assignats*, pronto llegaron a valer una centésima parte de su valor inicial. El Estado pudo considerarse en bancarrota interna en septiembre de 1797, y todas las clases padecieron las consecuencias. El Directorio fue inducido, en parte, a continuar la guerra no para defender sus fronteras, sino para obtener botín de otros países. Así, Napoleón se apropió de 750.000 francos y parte de la galería de retratos del duque de Módena, de 21 millones de francos del reino de Nápoles, y de 20 millones del papa. De haber cesado la guerra, el ejército francés, integrado por 250.000 hombres, habría tenido que ser pagado con fondos del Estado, cosa que la situación no permitía. Para entonces, el Estado dependía totalmente del grano y del oro extranjeros.

Al caos financiero se añadía la corrupción. Muchos de los suministros que París pedía a las provincias no llegaban a la capital a causa del contrabando y de la ineficaz administración. Puentes y caminos necesitaban urgentes reparaciones y el pueblo de París vivía prácticamente de limosna.

En aquel contexto, la conspiración de Babeuf es comprensible. Ya desde 1798, «Gracchus» Babeuf había apoyado una ley agraria para la posesión común de los productos. Fue el primer socialista revolucionario francés. En el invierno de 1795 a 1796, planeó derrocar al Directorio con un acto de fuerza y conspiró con ex jacobinos; su plan se basaba en una serie de grupos en contacto entre sí y dependía del levantamiento de los *sans-culottes*. Como en 1795, éstos volvieron a abstenerse. Un espía de la policía informó de la conspiración a Carnot en mayo de 1796, y Babeuf y cuarenta de sus asociados fueron fusilados o guillotinados. El mismo destino corrió la conspiración del abate Brottier, realista, en enero de 1797.

Con las elecciones de 1797, se introdujo una corriente de realistas en la Asamblea y la gran masa de los «perpetuos» fue eliminada. Pichegru fue nombrado presidente de los Quinientos y Barbe-Marbois, otro monárquico, presidente de los Ancianos. Se aprobaron medidas que favorecían a los eclesiásticos y a los familiares de los exiliados, pero en el Directorio los dos prorealistas, Carnot y Barthélemy, todavía tenían inferioridad numérica y el Triunvirato, temiendo un golpe monárquico, apeló a los generales para salvar la Revolución. Napoleón, que había invadido el norte de Italia en 1796 y que procedió a enviar a Francia los tesoros de esta zona, estaba expulsando a los austríacos hacia el norte desde el Piave y el Isonzo cuando, en la primavera de 1797, recibió la llamada. Lo mismo le ocurrió a Hoche, al frente del ejército de Sambre-et-Meuse. Augereau, lugarteniente de Napoleón, marchó sobre París, Barthélemy y Pichegru fueron detenidos, los Consejos depurados con la expulsión de más de 200 diputados, y 65 de ellos fueron enviados a la «guillotina seca» de la Guayana. Carnot, el único afortunado, huyó a Suiza. La fecha fue el 18 de Fructidor (7 de septiembre).

El ascenso de Napoleón

A partir de entonces, el Directorio se impuso al poder legislativo y se tomaron severas medidas contra los clérigos y contra los *émigrés* que habían regresado. En el golpe de Estado del 22 de Floreal (11 de mayo de 1798), los directores anularon las elecciones de sus adversarios y nombraron a sus propios diputados. Gracias a unas magníficas cosechas, el precio del grano bajó por primera vez en una década. Pero de hecho, el Directorio, con una legislatura sin poder, se enfrentó a una impopularidad creciente debido a la persecución religiosa, a la Ley de Rehenes, que permitía la detención de familiares de exiliados, y a la guerra marítima con Gran Bretaña, que había elevado los precios y mantenido un alto nivel arancelario. La Ley de Reclutamiento de septiembre de 1798 sometía al servicio de las armas a todos los hombres solteros



entre los 20 y los 25 años, pero tuvo una pésima acogida y todos procuraron evadirla. A ello vinieron a añadirse las derrotas que en 1799 sufrió el ejército francés en Stockach, Magnano y Novi.

Mientras, la fortuna favorecía a Napoleón. En 1797, éste había constituido las Repúblicas de Liguria (Génova) y Cisalpina (Lombardía). En Campo Formio obtuvo de Austria la garantía del Rhin como frontera con Francia, asegurándose con ello Bélgica y una cabeza de puente en Maguncia. Venecia fue cedida a Austria y, en junio de 1797, una flota veneciana al servicio de Francia se apoderó de las islas del mar Jónico. Ello despertó las ambiciones de Napoleón respecto a Oriente. Al aumentar peligrosamente el poderío británico y estimarse que una invasión de Gran Bretaña era empresa sumamente arriesgada, el Directorio resolvió atacar a este país a través de Oriente y consideró las islas Jónicas como posible base contra Egipto. En mayo de 1798, Bonaparte zarpó desde Tolón con 35.000 hombres, tomó Malta en junio y en el mes de julio desembarcó en Alejandría.

Esto no hizo sino aumentar la alarma del Directorio y, para empeorar todavía más las cosas, las Provincias Belgas se sublevaron inesperadamente. En las elecciones de abril de 1799, dos tercios de los candidatos gubernamentales fueron derrotados y Sieyès sustituyó al anterior director, Reubell. Sieyès quería una nueva Constitución y, con el apoyo de Barras, llevó a cabo un golpe parlamentario, ofreciendo como justificación las derrotas en las fronteras al grito unificador de la «patria en peligro». Se persuadió a los otros tres directores para que dimitieran y el nuevo director, Ducos, se unió a Sieyès y le dio la mayoría que éste necesitaba. Sieyès estaba respaldado por un grupo que, en otro sentido, se revelaría también como «perpetuo»: Murat, Talleyrand y Fouché. Sieyès buscó entonces un general simpatizante con la causa de la República en peligro. Inició conversaciones con Joubert, pero éste encontró la muerte en Novi. En cuanto a Moreau y Bernadotte, ambos rehusaron. Así las cosas, cuando de hecho la situación mejoraba en las fronteras francesas, ya que en septiembre Masséna había derrotado a Suvorov en Italia y el duque de York había sido batido en Holanda, Napoleón desembarcó en Fréjus. Su campaña en Oriente no había sido un éxito, ya que se encontró bloqueado por Sydney Smith en Acre y había abandonado en el Nilo a sus fuerzas, que ahora le consideraban un desertor. Sin embargo, su desembarco en aquel preciso momento resultó providencial, ya que le acompañaba el aura de otras victorias y un pasado jacobino. Era, como a él

Un episodio de la expedición de Napoleón a Egipto en 1798-1799. La victoria de las Pirámides y otras batallas no proporcionaron ningún beneficio a Francia, pero unieron a las potencias europeas en una coalición antifrancesa.

Página anterior, batalla de Abukir o del Nilo (agosto de 1798). Importante victoria de Nelson sobre la flota de Napoleón, que acabó con la amenaza francesa de cortar el paso a los británicos hacia la India.

le gustaba decir, un «hijo de la Revolución». Iba a ser también su destructor.

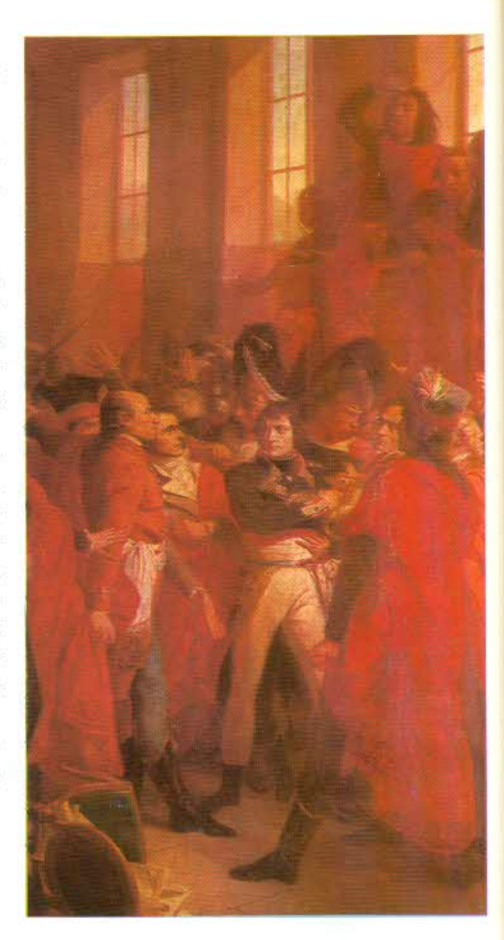
El Consulado

Los planes de Napoleón se desarrollaron de modo accidentado. Se persuadió al cuerpo legislativo para que se reuniera en Saint-Cloud, alegándose que la reacción de la multitud en París no era fiable. Sin embargo, cuando Napoleón apareció en persona, formados sus granaderos frente al edificio, se produjeron numerosas protestas contra la dictadura militar y el general fue abucheado. Fue su hermano Luciano, presidente de los Quinientos, el que salvó la situación al llamar a las tropas para que expulsaran de la sala a los legisladores. Los que permanecieron en ella declararon abolido el Directorio y establecieron un Consulado provisional formado por Ducos, Sieyès y Napoleón, hasta que fuese posible redactar una nueva Constitución. Era el 18 de Brumario del Año VIII (9 de noviembre de 1799).

Pero Sieyès había cometido un error. Había esperado que Napoleón seleccionara sus mandatarios siguiendo la pauta de Georges Washington y que él desempeñara el papel de un presidente «por encima de la política». En realidad, Bonaparte se constituyó en Primer Cónsul y en jefe del Estado. En diciembre de 1899, apareció otra Constitución, la del Año VIII. Sieyès y Ducos fueron persuadidos para que dejaran libres sus cargos y los reemplazaron unos aliados silenciosos, Lebrun y Cambacères. Los tres habían de mantener el mandato diez años con posibilidad de reelección, pero sólo el Primer Cónsul podía nombrar y destituir funcionarios y promulgar leyes; el segundo y el tercer cónsul poseían únicamente poderes consultivos.

El Consejo de Estado era la clave del sistema, y lo constituía un grupo de expertos y de funcionarios que preparaba las leyes y desempeñaba las tareas de gobierno. Ocurría con Napoleón lo mismo que con cualquiera de los anteriores grandes monarcas, ya que el Consejo era la burocracia interna, dependiente, concienzuda, leal y eficiente. Él nombraba prefectos y alcaldes, y a través de éstos, París gobernaba Francia. Los gobiernos locales quedaron privados de sus poderes y se extinguieron. En el Consejo y alrededor del mismo se encontraban los lugartenientes del Jefe: Talleyrand, ministro de Asuntos Extranjeros (1799-1807); Berthier, ministro de la Guerra (1800-1807), y Fouché, jefe de Policía (1799-1802 y 1804-1810). Ninguna otra institución podía parangonarse con el Consejo. El Cuerpo Legislativo, con sus 300 miembros, no tenía facultades de debate. Es cierto que el Senado, de 80 miembros, todos ellos de más de 40 años, y con cargo vitalicio, tenía poderes para anular leyes, pero se fue debilitando y en el Año XII el Senado fue nombrado por Napoléon. Teóricamente había sufragio universal, pero de hecho el Senado nombraba los miembros de las asambleas a partir de una «lista nacional», a su vez seleccionada en unas «listas departamentales» y en listas comunales, en un complicado sistema de elección indirecta.

La prensa estaba estrechamente controlada y la enseñanza se convirtió en departamento estatal. Incluso los salones estaban sometidos a una disciplina y Madame de Stael fue expulsada de París. Era un absolutismo tan centralizado y completo como pudiera haber deseado Luis XIV, quien lo habría juzgado familiar y aceptable. Los prefectos equivalían a los antiguos intendentes, pero con más poderes. Napoleón no era tan sólo el «hijo de la Revolución», sino también el «heredero de los Borbones».



El *condottiere*

Napoleón Bonaparte no era un nacionalista ni un revolucionario, sino un *condottiere* genial, un conductor de hombres. Sus métodos fueron siempre más italianos que franceses, y sus inclinaciones siempre maquiavélicas.

Tenía 30 años de edad el 18 de Brumario. Había nacido en 1769 en Ajaccio, Córcega, un año después de que Génova hubiera vendido la isla a Francia. Pocos meses antes de nacer él, las tropas francesas habían aplastado la rebelión corsa acaudillada por Pasquale Paoli. Bonaparte era el segundo hijo en una familia numerosa perteneciente a la pequeña nobleza, con cuatro hermanos y tres hermanas, todos ellos dominados por una madre formidable, Letizia Ramolino, después conocida como Madame Mère. Su padre advirtió en él, desde un buen principio, al hombre genial. Napoleón era más bien bajo y delgado, con una mirada penetrante de halcón, que denotaba una voluntad de hierro. Una beca le permitió cursar estudios en la Escuela Militar de Brienne y más tarde en la Escuela Militar de París, y fue allí con un propósito: el de liberar a Córcega. Con esta intención estudió de firme, en contraste con sus compañeros de clase, jóvenes pertenecientes a una nobleza adinerada y llegados allí por caminos fáciles. En 1785 ascendió a subteniente de artillería, mientras leía, entre otros, a Rousseau y a los ilustrados.

El ejército era su instrumento y su pasión. Escribió un par de folletos, pero su mejor arma era la espada y no la pluma. Explotó la Revolución, la consideró como su causa y en seguida le dio un carácter a la vez corso y francés. En 1792 y 1793, trató de incorporar Ajaccio a la Revolución, pero fue derrotado por un Paoli que luchaba por la independencia corsa y estaba dispuesto a recurrir a monárquicos y anglófilos como aliados. En 1793, la familia Bonaparte fue expulsada de Córcega, y la Francia de la Revolución pasó a ser definitivamente su causa, aparte, naturalmente, de aquella otra causa que era él mismo. Sus baterías ayudaron a expulsar a los británicos de Tolón en 1793, y su comandante, Du Teil, le otorgó casi todo el mérito por esta hazaña. A los 24 años era general de brigada. Al morir Robespierre, perdió a su mentor, por lo que se unió a Barras, el hombre menos respetable del Directorio. Vendimiario y la «descarga de metralla» le valieron el mando del Ejército del Interior, el rango de general en jefe y la mano de Josephine de Beauharnais, una de las amantes desechadas de Barras. Cabe suponer que él la hubiese amado durante algún tiempo, de haber tenido tiempo para otras pasiones aparte de la guerra, y en cuanto a ella, es posible que a su modo le hubiese querido, pues había en él una personalidad incandescente y un inmenso magnetismo físico.

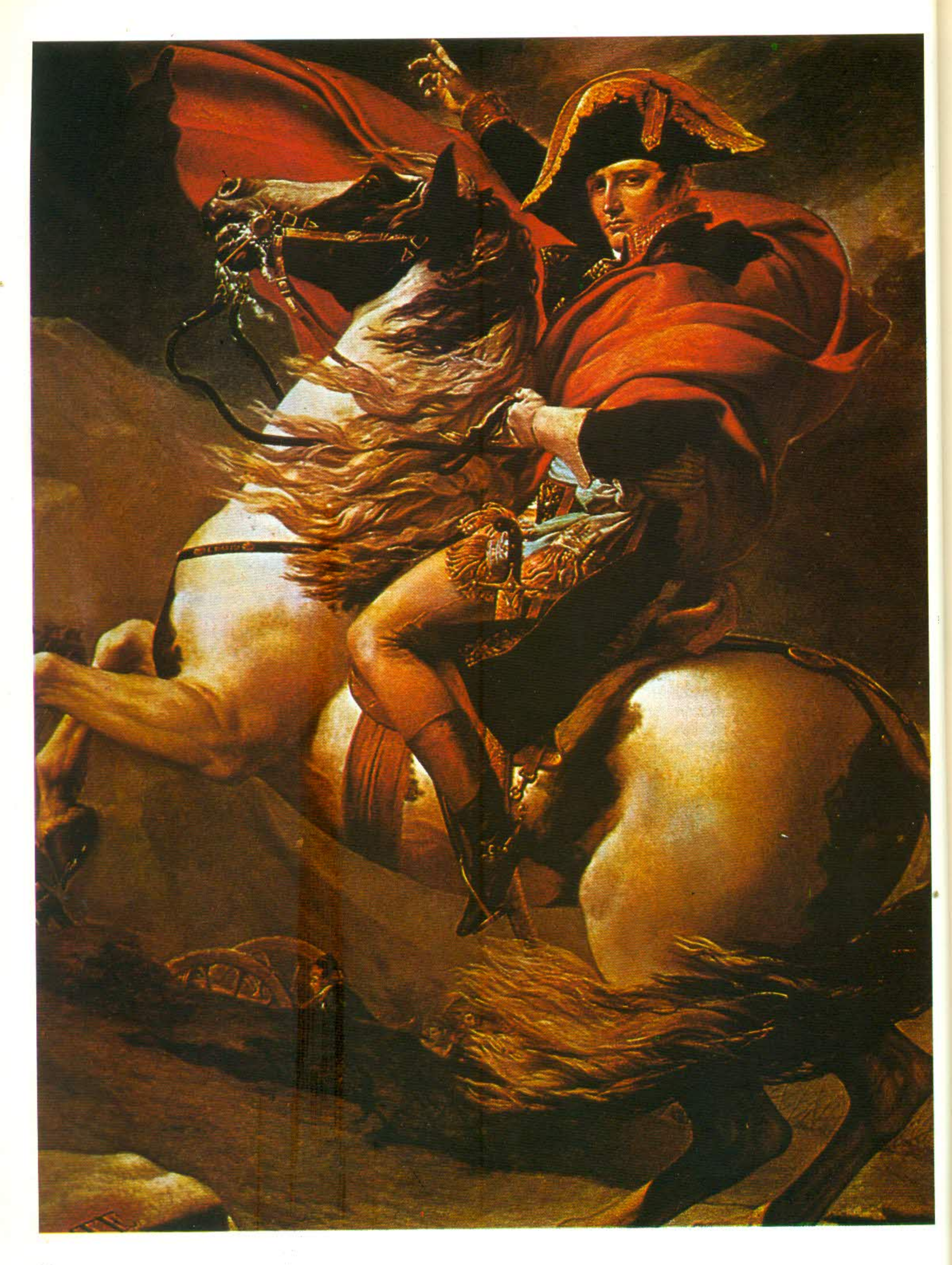


Batalla de Marengo (junio de 1800). Esta victoria francesa eliminó la amenaza austríaca sobre el norte de Italia y provocó la desaparición del Sacro Imperio Romano Germánico. (Versalles.)

Página anterior, golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799), mediante el cual Napoleón se erigió en primer cónsul. (Cuadro de François Bouchot.)

Sin embargo, cuatro días después de su boda, Napoleón estaba ya en camino de Italia. Las victorias de 1796 –Lodi, Castiglione y Arcole– y de 1797 –Rivoli–, para nombrar sólo las más importantes de las veintiséis batallas ganadas en doce meses, le convirtieron en un héroe revolucionario en unos momentos de descontento económico y frustración política, y, en el aspecto militar, contituyeron sus mejores éxitos. Dominó el norte de Italia hasta Rimini, ocupó Florencia y Leghorn, obligó a los británicos a evacuar Córcega, e incorporó Milán, Módena y Bolonia a la República Cisalpina. En Campo Formio surgió el lector de Maquiavelo, ya que cedió gran parte de la República de Venecia a Austria, a cambio de las islas Jónicas, una base avanzada para una campaña en Oriente. Para el corso, los venecianos, como cualesquiera otros, eran materia propia para el trueque. A continuación sobrevino la campaña de Egipto.

Al ascender a Primer Cónsul ofreció condiciones de paz a Gran Bretaña y Austria, los miembros restantes de la Segunda Coalición, sólo para verlas rechazadas con desprecio, ya que los austríacos dominaban entonces en el norte de Italia, excepto en Génova, ciudad que estaban asediando. Napoleón envió a Moreau al otro lado del Rhin y obligó al ejército mandado por Kray a replegarse hacia Ulm. Por su parte, él mismo cruzó el paso de San Bernardo, entró en Milán y atacó al ejército de Melas por la retaguardia. Génova se había rendido ya, con sus muertos por hambre y epidemia amontonados en las calles, pero en Marengo (junio de 1800) la situación varió por completo. Ayudado por las fuerzas de Desaix –que murió en plena acción– Napoleón recuperó el norte de Italia en un solo día y los austríacos volvieron a abandonar Génova, el Piamonte y Milán. En julio, Moreau ocupó Minden y en diciembre ganó la batalla de Hohenlinden, batiendo al ejército conjunto de Brune y MacDonald y avanzando hacia Viena. El 9 de febrero de 1801, el emperador se vio obligado a firmar la paz en Lunéville. Esta firma destruyó todo lo que quedaba del Sacro Imperio romano-germánico, que, según palabras de Voltaire, no era ni «sacro», ni «romano» ni «imperio». Austria cedió a Francia todos los territorios al oeste del Rhin, incluida Bélgica, y también reconoció la independencia de las nuevas repúblicas, Cisalpina y Liguria en Italia, la de Batavia (Holanda) y la Helvética (Suiza), todas las cuales fueron organizados en base al modelo francés. El Adigio se convirtió en la frontera entre Francia y Austria, en el norte de Italia, y Austria aceptó el derecho de Francia a intervenir en Alemania en los asuntos de los príncipes. Los estados menores de Alemania quedaron a merced de Napoleón. Para salvarse a sí misma, Viena abandonó a Alemania. El zar Pablo se convirtió en amigo de Francia y reactualizó la Neutralidad Armada de Rusia, Suecia y Dinamarca contra Gran Bretaña. En marzo de 1801, España cedió la Luisiana norteamericana a Francia y Napoleón elaboró un proyecto de crear un gran imperio en el Caribe. Sin embargo, el asesinato del zar Pablo, en marzo, permitió a Alejandro I firmar la paz con Gran Bretaña, y la victoria de Nelson en Copenhague destruyó el intento de Napoleón para acabar con el comercio británico en el Báltico y en el Norte.



En 1802, Gran Bretaña había perdido casi todos sus aliados. Si bien había evitado una invasión directa de los franceses e inmovilizado a Napoleón en Egipto, su deuda nacional se había duplicado y en el país amenazaba el hambre. Controlaba el mar, pero parecia incapaz de frenar a Francia en tierra; era como una guerra entre una ballena y un elefante. Por consiguiente, en marzo de 1802 se estableció una tregua en Amiens. Francia se había retirado de Egipto en 1801 y accedía a devolver Malta a los Caballeros y a evacuar Nápoles.

Gran Bretaña cedía sus conquistas, excepto Trinidad, que había sido de España, y Ceilán, que había pertenecido a Holanda. «Una paz de la que todos los hombres se alegran –dijo Sheridan–, pero de la que nadie puede enorgullecerse.» Para Napoleón, fue un triunfo a la vez que un respiro y aunque duró poco tiempo, Francia pudo disfrutar de la paz. También marcó una cumbre para el bonapartismo. En agosto, Napoleón se instituyó como Cónsul a título vitalicio, en un plebiscito que le otorgó 3.500.000 votos, contra sólo 8.300 de quienes tuvieron el valor de pronunciarse negativamente. La nueva Constitución le daba el derecho de elegir su sucesor, de firmar tratados, de disolver las Asambleas y enmendar la misma Constitución.

Así reforzado, dirigió su atención hacia el oeste. Un ejército francés fue enviado a Santo Domingo y el revolucionario negro Toussaint l'Ouverture fue capturado y devuelto a Francia para ser ejecutado, pero sus seguidores libraron una sangrienta guerra contra el nuevo imperialismo y lo que ellos no lograron lo completó la fiebre amarilla. Al cabo de un año había más de 20.000 muertos franceses. Estos hechos y el temor a una reanudación de la guerra con Gran Bretaña obligaron a abandonar el sueño de un imperio de ultramar y a vender Luisiana a los emisarios de Jefferson. Paralizado en el oeste, Napoleón volvió a centrar su atención en Europa. Se erigió personalmente en presidente de la República Cisalpina y dueño de Lombardía, región que recibió el nuevo nombre de República italiana. Se anexionó el Piamonte, Elba y Parma, y reforzó sus tropas en Holanda y en Italia, quebrantando con ello las cláusulas de Lunéville. En abril trató de cerrar al comercio británico todos los puertos que él dominaba. Gran Bretaña protestó y en mayo de 1803 se reanudaron las hostilidades en la Guerra de la Tercera Coalición. Más que nunca, volvió a ser el enfrentamiento del gigante de tierra con la dueña de los mares.

La guerra trajo consigo la amenaza de sabotajes, traiciones y conspiraciones en el interior de Francia, y Napoleón aseguró que el conde de Artois «por sí solo» mantenía sesenta asesinos en París. En febrero de 1804, fue descubierta la conspiración de Georges Cadoudal y el general Pichegru para asesinar a Napoleón y entronizar a Artois (el que más tarde sería Carlos X). Un mes después, el joven duque de Enghein fue secuestrado por tropas francesas en el territorio neutral de Baden, conducido a París y ejecutado bajo la falsa acusación de haber estado implicado en la conspiración de Cadoudal y Pichegru. Y así en mayo de 1804, en interés del Estado, Napoleón se erigió en emperador, y esta vez 3.500.000 electores se declararon partidarios y sólo 2.500 votaron en contra. El 2 de diciembre de 1804, aquel corso heredero del trono Borbón tomó la corona de Carlomagno de manos del papa Pío VII y él mismo se la ciñó. La Legión de Honor había sido establecida en mayo de 1802. Se crearon títulos grandilocuentes y todos los Bonaparte fueron ennoblecidos; José fue nombrado Gran Elector y Luis, Gran Condestable. Aunque esto fue sólo un preludio pues todos los hermanos de Napoleón, salvo Luciano, llegaron más tarde a ser reyes. Dieciséis generales se convirtieron en mariscales de Francia, y Murat, el aliado de Vendimiario, en Gran Almirante. Napoleón creó y dotó príncipes y senadores, así como una gran jerarquía de 31 duques, 388 condes, 1.090 barones y 1.500 caballeros, destinada a constituir un instrumento de pompa y fasto en su Estado. Esta corte separaría hasta cierto punto a Napoleón de la nación, pero alrededor de este trono particular había hombres leales y de gran capacidad.



Entrada de los franceses, a las órdenes del general Championnet, en Nápoles, *el 23 de enero de 1799. Grabado del siglo XVIII. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)*

Página anterior, Napoleón Bonaparte en el Gran San Bernardo, *por Louis David. (Versalles.)*



El Primer Cónsul

Sin embargo, detrás del general y del esplendor del Imperio, estaban las leyes, la Iglesia y la enseñanza. Estos eran los «bloques de granito» en los que, según creía él, se apoyaba su poder. En el período entre 1800 y 1803, sus años de París, llevó a cabo la mayor parte de sus reformas, aconsejado por Talleyrand, Cambacères, Lebrun, Gaudin, Portalis y Thibaudeau.

En los códigos de leyes redactados por sus Comités entre 1804 y 1810, Napoleón insistió particularmente en las Asambleas Constituyente y Legislativa. Un Código civil uniforme había sido un sueño desde los tiempos de Luis XIV, pues había nada menos que 360 códigos locales en existencia, pero hasta Napoleón habían fracasado todos los intentos para crear uno. El propio Napoleón participó directamente en las discusiones, y su influencia y su vigor fueron vitales. De hecho, llegaría a enorgullecerse más del Código civil que de sus cuarenta batallas. El Código napoleónico fue promulgado en marzo de 1804 y expresó en leyes los primeros principios de la Revolución: igualdad ante la ley, incluida la distribución equitativa de la propiedad entre hijos e hijas, aunque con la posibilidad de dejar algo más a un hijo si había varios; libertad de trabajo y de culto; libertad de conciencia, y carácter secular del Estado. Definía una ley moderna de la propiedad, libre de todo rasgo feudal o señorial, y procuraba presentar una ley uniforme, comprensible, racional y lúcida, en contraste con las leyes hasta entonces vigentes en Francia y en Gran Bretaña. En ciertos aspectos era marcadamente conservador, ya que situaba matrimonio y familia (y no sólo el divorcio) sobre la base civil del Antiguo Régimen, y alentaba la autoridad paterna tanto en la familia como en el Estado, pues la cohesión del grupo familiar era en sí la pauta para la cohesión estatal. El control del padre en la familia adquiría carácter absoluto y la esposa era considerada supeditada a su marido, y no podía adquirir ni vender propiedades sin el consentimiento de éste. El principio del divorcio era admitido —por causa de adulterio, crueldad y delitos criminales graves—, pero por una sola vez.

El Código civil demostró ser la obra más duradera realizada por Napoleón, y sus ejércitos lo introdujeron en todos los países de Europa. En Francia y fuera de ella, resistiría el paso del tiempo. Fue complementado por un Código de procedimiento civil, por un Código comercial (que fue el menos duradero), y por los Códigos criminal y penal. Los Códigos quedaron a medio camino entre el Anti-

guo Régimen y la Revolución, entre el autoritarismo y el liberalismo. Aunque proclamaran la igualdad, las cláusulas del Código civil estaban dedicadas en su mayoría a la protección de la propiedad. En el Código criminal, aunque las sanciones estuvieran cuidadosamente detalladas, distaban de ser liberales, y la pena capital, la prisión y la deportación perpetuas, y el marcado y la esclavitud en las colonias quedaban firmemente establecidos. El sistema de jurado fue restringido y había de ser utilizado para el juicio pero no para la acusación, y los miembros del jurado habían de ser elegidos por los prefectos. Si bien se permitía a los acusados ser juzgados en público, hacer uso de la palabra y tener la asistencia de un letrado, no se les consentía oír la acusación que contra ellos se elaboraba en la investigación preliminar. No había sistema de *habeas corpus* y los Códigos eran autoritarios en su espíritu y muy distantes del ideario de los filósofos. Estaban bien montados para detectar el delito y asegurar un juicio rápido y expeditivo, pero no se reflejaba en ellos el intento de contemplar la ley como una barrera contra el poder ejecutivo arbitrario. Económicamente, poco decían acerca de los salarios y condiciones de trabajo, ya que lo fundamental era la propiedad y no el trabajo. A los patrones se les otorgaba libertad con tal de que la economía prosperase, y en las disputas salariales las razones del patrono prevalecían sobre las del asalariado. En el Código penal fue restablecida la Ley Le Chapelier de 1791, y quedaron prohibidas todas las asociaciones, tanto de empresarios como de trabajadores, castigándose las huelgas.

Sin embargo, pese a su falta de liberalismo, los Códigos revistieron un valor inmenso. En ellos quedó patente una impronta de la Revolución: la consolidación de un Estado secular basado en una clase agraria propietaria. La protección de la propiedad privada pesaba tanto como la igualdad ante la ley, y, puesto que todos los hombres tenían derechos iguales, los más inteligentes podían obtener la oportunidad de abrirse camino en pos de la propiedad, la fama y la fortuna.

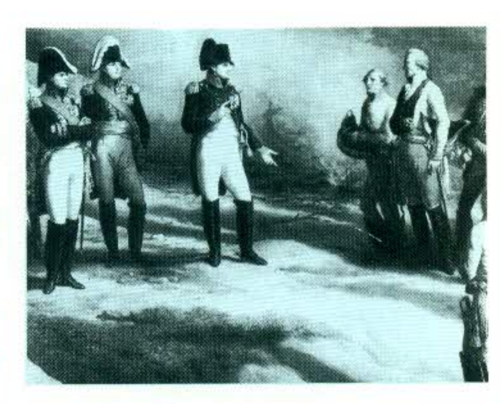
Las predilecciones de Napoleón se reflejaban también nítidamente en ellos, en especial su pasión por el orden y por los «hombres de talento», no por el hombre común. Asimismo, siguiendo los pasos de Jefferson, la democracia que él buscaba era aquella en la que los hombres capacitados pudieran escalar rápidamente la cumbre. Era «igualitarismo» permitir el florecimiento de inteligencias desiguales en hombres también desiguales. Y lo que los Códigos hicieron en las leyes, Fouché lo hizo en la práctica como jefe de policía, pues aquel régimen ofrecía amplias oportunidades, pero también posibilitaba la censura y la represión. En 1810, cada departamento tenía un solo periódico, estrechamente controlado por los prefectos. En 1811 todos los periódicos de París habían sido confiscados.

El mismo espíritu invadió el sistema educativo. La educación primaria seguía teniendo un carácter local y quedaba gravemente obstaculizada por falta de medios. Las escuelas secundarias del Directorio fueron sustituidas por Liceos, centros de enseñanza secundaria avanzados, en los que un estilo y una disciplina de corte militar se unían curiosamente a una pedagogía clásica. En 1814 estos centros docentes se habían convertido en uno de los grandes logros napoleónicos, y seguirían siéndolo, pero eran, desde luego, exclusivos para varones. Como él mismo escribió en 1807, «lo que le pedimos a la educación no es que las jóvenes piensen, sino que crean».

En 1808 fue fundada una Universidad Imperial. Un título obtenido en ella pasó a ser un prerrequisito para los enseñantes. Hubo incluso, por un tiempo, un Catecismo Imperial que servía para enseñar lealtad al emperador. Napoleón infundió también nueva vida a aquellas creaciones de la Convención que fueron su legado más valioso: la Escuela Politécnica, fundada en 1795 para formar ingenieros; la Escuela Normal Superior, para la formación de maestros, y el Instituto de Francia. Mucho se hizo para estimular a la industria y a la ciencia aplicada con escuelas técnicas, recompensas a los inventos y exposiciones industriales, pero también aquí la intención era clara: la enseñanza era incumbencia del Estado y sus consignas eran adiestramiento, disciplina y centralización.

Esenciales en la estrategia de Napoleón fueron las buenas relaciones con la Iglesia. Con ello, de un solo golpe debilitaba a la vez a realistas y revolucionarios, y conseguía el apoyo de gran número de católicos. «En la religión —comentó—, yo no veo el misterio de la Encarnación, sino el misterio del orden social... Si yo gobernase a los judíos, restauraría el Templo de Salomón.»

El Concordato, firmado con el papa en 1801 y sancionado en 1802, fue también, primordialmente, obra suya personal. Se obligó a todos los obispos a cesar en sus sedes y los episcopados fueron reagrupados de modo que hubiese diez arzobispados y cincuenta obispados. Napoleón los nombró y fueron consagrados por el papa. El clero prestó un juramento de obediencia al gobierno y obtuvo a cambio, como buen servidor del emperador así como de Dios, un salario fijo. Se otorgó a los obispos autoridad absoluta sobre los





Arriba, Napoleón recibiendo la rendición de Ulm, en septiembre de 1805. (Palacio de Versalles.)

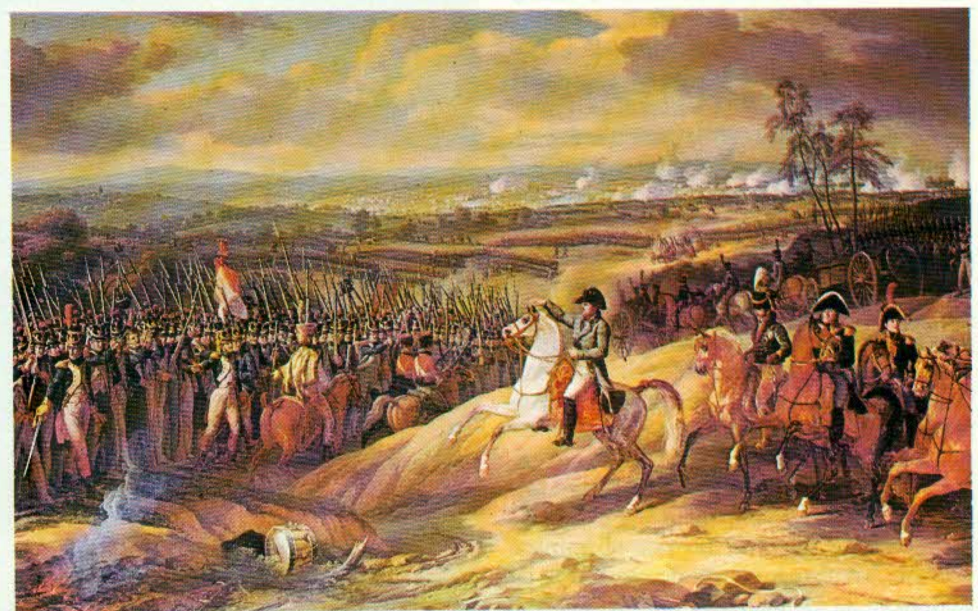
Abajo, Napoleón y María Luisa, *medallón en cobre de J.B. Andrieu. (Museo Napoleonico, Roma.)*

Página anterior, Napoleón Bonaparte (1769-1821), por François Gérard. La genialidad de Napoleón consistió en encauzar la energía revolucionaria.

clérigos, pero la propiedad eclesiástica, confiscada en el apogeo de la Revolución y adquirida por la burguesía, siguió en poder de sus compradores. El catolicismo fue reconocido como «religión de la gran mayoría de los franceses», pero se concedieron derechos equitativos a otras religiones, principio básico del Estado secular que antes de la Revolución no se había impuesto en ningún lugar.

En otras palabras, tanto el espíritu como la mente fueron disciplinados al servicio de Napoleón, y la Iglesia, al igual que las escuelas, se convirtió en parte del Estado. *Le Journal des Curés*, único periódico clerical publicado después de 1806, ostentaba su imprimátur, los sermones fueron sometidos a una estricta censura y se precindió por completo de bulas pontificias. Aunque las compensaciones fuesen mínimas para Pío VII, consiguió que regresaran en su mayoría las órdenes religiosas, así como el restablecimiento del domingo y del calendario gregoriano. Y al mismo tiempo, el Concordato acabó con el galicanismo.

Sin embargo, cuando surgió la disputa con Roma, no se basó en estas cuestiones. El espíritu vigorosamente galicanista



de Francia databa de mucho tiempo antes de Napoleón, y los intentos de éste para explotarlo en beneficio propio tuvieron como efecto que sus adversarios clericales adoptaran el ultramontanismo, es decir, el reconocimiento del papa como jefe supremo de la Iglesia. Pío VII no veía con buenos ojos la aplicación del Código napoleónico en Italia, puesto que autorizaba el divorcio, y por su parte Napoleón despojó a Roma de Bolonia y Ferrara, que agregó al reino de Italia, y entregó Ponte Corvo y Benevento a Bernadotte y Talleyrand respectivamente. Pío VII protestó

contra el acceso de José Bonaparte al trono de Nápoles, y en 1806 se negó a expulsar a los enemigos de Francia de los Estados pontificios. En mayo de 1809 Francia se anexionó Roma; en junio, el papa excomulgó a Napoleón, pero el mes siguiente fue detenido y confinado en Fontainebleau. Finalmente, el papa regresó a Roma como consecuencia del triunfo de los aliados en Leipzig.

Ley, Iglesia y educación fueron, por tanto, los instrumentos de aquel déspota ilustrado, mucho más duraderos y estables que los de sus precursores del siglo XVIII, sobre todo por la capacidad del propio Napoleón. Sin embargo, es justo agregar que el éxito de las reformas napoleónicas no sólo se debió a su talento, sino también al hecho de que la Revolución había ya eliminado los intereses, privilegios y hábitos, del Antiguo Régimen. El absolutismo aseguró el orden y estuvo a punto de garantizar la prosperidad.

De hecho, el régimen de Napoleón se basó en el apoyo de dos clases: los trabajadores, a los que Napoleón temía, a pesar de que le profesaban una irracional devoción, y la burguesía campesina. Ésta era la gran beneficiaria de la Revolución. Tras haberse aprovechado de ella, se alegraba ahora de ver restringidos sus excesos. En 1810 había siete millones de propietarios rurales en Francia. Era también, después de Rusia, el estado más poblado de Europa, con 26 millones de habitantes, frente a los 17 de la dividida Italia, los 15 de Gran Bretaña y los 11 de España. Los ejércitos franceses poseían gran experiencia guerrera y, al menos hasta la desastrosa campaña de Rusia, en 1812, el número de sus soldados parecía no tener fin. El ejército preparado para cruzar el canal de la Mancha en 1805 contaba con 200.000 hombres, la mitad de los cuales eran combatientes ya curtidos en la batalla. Era Francia un estado fuerte, unido y disciplinado. En los años del Consulado, Napoleón le había imprimido el sello de su propia autoridad y de su energía, de su realismo y su minuciosidad en los detalles, así como el respeto al orden y el desdén ante los derechos abstractos. El alumno de Rousseau había progresado mucho en el curso de una década, y lo mismo cabe decir acerca de la Revolución.

El Imperio hasta Tilsit

Los años del Consulado revelaron a un gobernante de extraordinaria capacidad que había convertido la guerra en paz. Sin embargo, tras el colapso del Tratado de Amiens, volvió a surgir la antigua imagen: Napoleón como Atila, el destructor. El Estado que él regía era tan poderoso y la causa que decía apadrinar tan explosiva y popular, que durante una década recorrió Europa como los godos doce siglos antes. Como resultado de ello, la guerra de la Tercera Coalición fue una contienda total, de unas características desconocidas hasta entonces.

Comenzó con el intento de invasión de Gran Bretaña. El bloqueo impuesto por Nelson a la flota de Villeneuve en Tolón y el de Collingwood contra la flota de Ganteaume en Brest impidieron reunir los buques de transporte. Villeneuve huyó a las Antillas y regresó para ser batido en Finisterre. Puso proa hacia Cádiz, pero Nelson, que recorría el Atlántico en una persecución incesante, le salió al paso en Trafalgar, en octubre de 1805, y con esta victoria puso fin al peligro de invasión, proporcionando a Gran Bretaña una hegemonía marítima que perduraría un siglo. Fueron tan sólo estos buques el muro que se interpuso entre Napoleón y un posible dominio mundial. Mientras, Pitt había creado una Tercera Coalición formada por Gran Bretaña, Alejandro de Rusia, Austria, Suecia, Sicilia y Nápoles, con la ambigua participación de Prusia.

Para enfrentarse al peligro austríaco, Napoleón levantó el campamento y los 200.000 veteranos del ejército fueron enviados al este en siete divisiones mandadas por los jefes más dotados de la historia moderna: Ney, Marmont, Davoust, Augereau, Soult, Lannes y Bernadotte. Con ellos se trasladaron Murat, con la caballería, y Bessières, con los 10.000 hom-

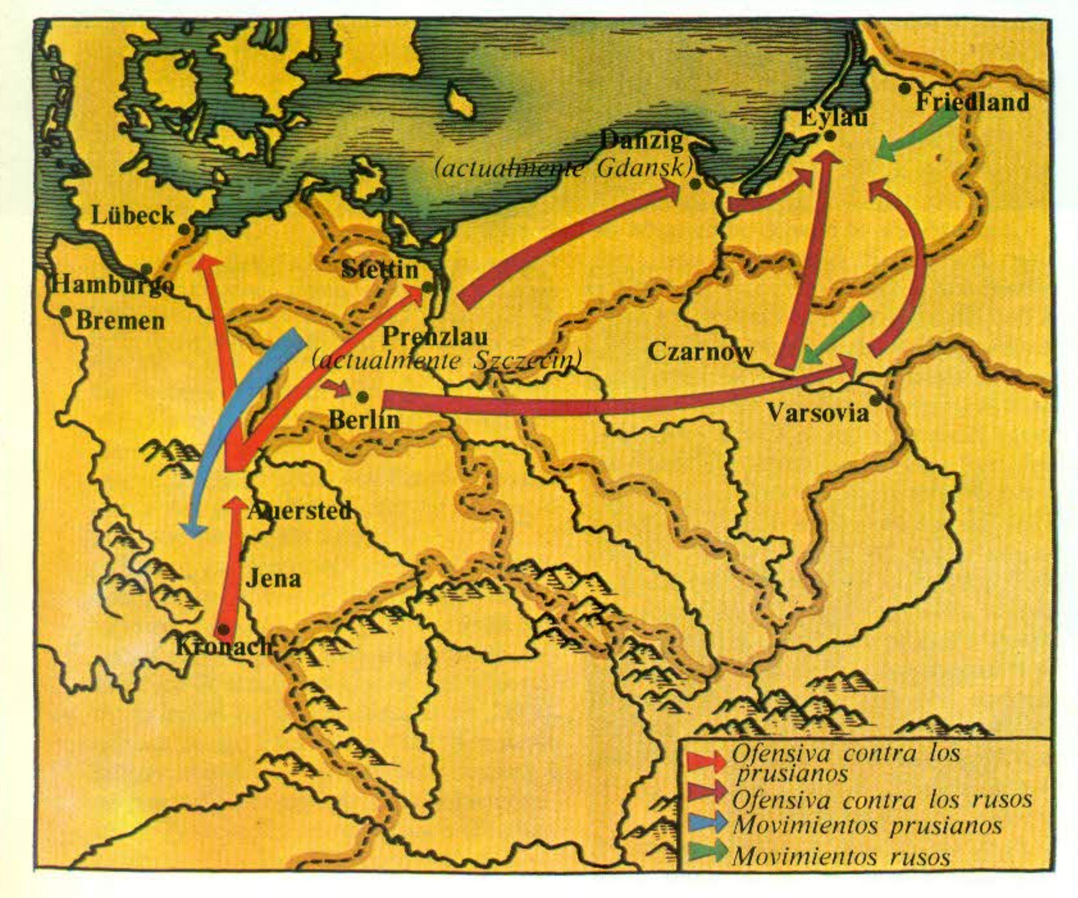


La batalla de Trafalgar, obra de J.M.W. Turner en 1824, por encargo de Jorge IV y según los dibujos que había hecho al regresar del buque de Nelson, Victory, *después de la batalla. (Greenwich Hospital Collection.)*

Página anterior, arriba, La consagración de Napoleón, *por Louis David. (Louvre, París.)*

Página anterior, abajo, La batalla de Jena, *según el cuadro del pintor contemporáneo de Napoleón, Charles Thévenin. (Colección de la princesa de la Tour-d'Auvergne.)*





bres de la Guardia Imperial. Cubrieron 320 kilómetros en quince días, en menos tiempo del que Austria o Rusia creían posible, y antes de que estas potencias tuvieran tiempo para planear su defensa. El resultado fue que Mack se encontró cercado y tuvo que rendirse en Ulm, con sus 25.000 hombres, en octubre. El mes siguiente Napoleón entró en Viena.

Las líneas de comunicación napoleónicas eran ahora muy amplias y, por tanto, los aliados, y muy en especial el impetuoso zar, resolvieron atacar. El desenlace fue la mayor victoria de Napoleón: Austerlitz, al norte de Viena, en el aniversario de su coronación. Perdió 9.000 de sus 70.000 hombres, pero austríacos y rusos sufrieron 30.000 bajas en un ejército de 80.000 combatientes. La victoria se debió en parte a la rapidez de movimiento y en parte a una gran habilidad táctica, en especial un mando brillante que comunicó de antemano sus planes a todos sus hombres. «Hablando a su alma, los hombres se sienten electrizados.» Austria pidió la paz y Rusia se retiró apresuradamente hacia sus territorios. Fernando se replegó hasta Sicilia, amparado por la flota británica, y en enero de 1806 Pitt falleció, agotado por trece años de guerra. Por el Tratado de Presburgo, Austria entregó todas sus posesiones italianas, algunas de ellas propiedad ancestral de los Habsburgo. El Sacro Imperio romano-germánico quedó formalmente abolido.

Napoleón organizó entonces una serie de estados satélites; su hermano José fue nombrado rey de Nápoles y Luis rey de Holanda. La Confederación del Rhin fue creada como una barrera profrancesa en Europa y estableció una alianza defensiva con Francia, hasta el punto de que 63.000 renanos lucharon al lado de los ejércitos franceses.

Finalmente, Prusia decidió atacar por su cuenta, pero fue derrotada en Jena y Auerstedt, en octubre de 1806. Luego, Napoleón marchó hacia Berlín, en cuya ciudad proclamó los famosos Decretos, respaldando el Sistema Continental y el bloqueo de Gran Bretaña por parte de toda Europa. Exigió, además, la rendición de todo el territorio prusiano, primero al oeste del Elba y después al oeste del Vístula. Federico Guillermo III se retiró a la Prusia Oriental, buscando la ayuda de Rusia, y en diciembre de 1806 Napoleón se encontraba en Varsovia.

Fue entonces cuando Rusia actuó de nuevo. La batalla de Eylau, en febrero de 1807, terminó en tablas y con numerosas bajas por ambos bandos, pero aunque cada miembro de la Coalición hablaba de reanudar la acción, nada se hizo en común. En el mes de junio los rusos fueron batidos en Friedland y se vieron obligados a pasar al otro lado del río Niemen. El emperador francés y el zar se reunieron en julio del mismo año, a bordo de una balsa atracada en la orilla del río, y firmaron el Tratado de Tilsit.

Tilsit señaló el apogeo de la historia napoleónica y la cumbre de su Imperio. Los dos estadistas se repartieron Europa. Napoleón dominaba el oeste, desde el Niemen hasta el canal de la Mancha. Prusia fue despojada sin contemplaciones y sus territorios de Polonia se convirtieron

Página anterior, arriba, una escena de la batalla de Friedland (junio de 1807) en la que Napoleón venció a los rusos, que se habían coaligado con otros países europeos contra los franceses.

Página anterior, abajo, la espectacular campaña de Napoleón (1806-1807) en el curso de la cual derrotó a los prusianos y obligó a Rusia a un tratado favorable para Francia.

FRANCIA: DEL TERROR AL IMPERIO

Año	Política interior	Política exterior	Acontecimientos en Europa
1794	Fin de los dantonistas Culto al ser supremo Caída de Robespierre	Invasión de Cataluña Toma de Colonia Invasión de Holanda	Suspendido el *Habeas Corpus* en Gran Bretaña Aplastada la rebelión polaca Los británicos invaden Córcega
1795	Formación del Directorio	Tratados con Prusia, Holanda y España Formación de la República de Batavia bajo la protección de Francia	Fracaso de la expedición a la bahía de Quiberón
1796	Conspiración de Babeuf	Campaña italiana de Bonaparte Campaña de Moreau en Alemania	Fracasa el intento de invasión de Irlanda por parte de Francia Córcega devuelta a Francia
1797	Triunfo de los realistas en las elecciones Golpe de Estado del 18 Fructidor	Batallas de Rivoli y Mantua Proclamación de la República Cisalpina Tratado de Campo Formio	Federico Guillermo III rey de Prusia Motines en la Armada Británica
1798	Éxito electoral de los jacobinos Golpe de Estado del 22 Floreal	Campaña de Egipto	Reprimida la rebelión en Irlanda Victoria de Nelson en la bahía de Abukir
1799	Regreso de Bonaparte Golpe de Estado del 18 Brumario El Consulado y la Constitución del Año VIII	Rechazada la penetración francesa en Siria Fin de las Repúblicas Cisalpina, Romana y Helvética	Prohibición, mediante leyes, del sindicalismo, en Gran Bretaña Segunda Coalición contra Francia
1800	Aprobada la Constitución mediante plebiscito Atentado contra Bonaparte	Austríacos derrotados en Marengo y Hohenlinden	Unión de Gran Bretaña e Irlanda
1801	Medidas gubernamentales contra los jacobinos Francia restablece el Concordato con la Iglesia católica de Roma	Paz de Lunéville Tratado con Rusia	Victoria en Copenhague de la Armada Británica Pablo I de Rusia es asesinado
1802	Amnistía para los emigrados aristocráticos Bonaparte «Cónsul Vitalicio» Constitución del Año X	Paz de Amiens Paz con Turquía Anexión de Piamonte	
1803	Limitación de las libertades del trabajador	Intervención en la guerra civil Suiza La armada estacionada en Boulogne para invadir Gran Bretaña	Gran Bretaña en guerra con Francia
1804	Ejecución del duque de Enghien Napoleón coronado emperador	Francia y Rusia rompen relaciones diplomáticas	William Pitt, primer ministro de Gran Bretaña
1805	Napoleón rey de Italia	Rusos y austríacos derrotados en Austerlitz	Victoria naval británica sobre Francia y España en Trafalgar
1806	Napoleón rompe relaciones con el papa	Fin del Sacro Imperio Romano Los prusianos derrotados en Jena y Auerstedt Decretos de Berlín	Muerte de William Pitt
1807	Caída en desgracia de Talleyrand	Batallas de Eylau y Friedland Tratado de Tilsit	La flota británica bombardea Copenhague

en el Gran Ducado de Varsovia, que Napoleón entregó al rey de Sajonia. Sus territorios al este del Elba pasaron a formar el nuevo reino de Westfalia, que fue entregado a Jerónimo, hermano de Napoleón; además, su ejército había de quedar limitado en sus efectivos y sus puertos cerrados al comercio británico. Por su parte, Alejandro reconoció las adquisiciones de Francia y cedió las islas Jónicas. Se le apremió para que arrebatase Moldavia y Valaquia al Imperio otomano y se le prometió ayuda francesa para esta campaña. Después de la destrucción del Sacro Imperio romano-germánico, el otomano había de correr el mismo destino. Ambos gobernantes acordaron reforzar los pilares del Sistema Continental en Europa, impedir que los buques británicos y neutrales comerciaran con Europa, y aislar, bloquear y por último destruir irremediablemente a Gran Bretaña.

La caída de Napoleón

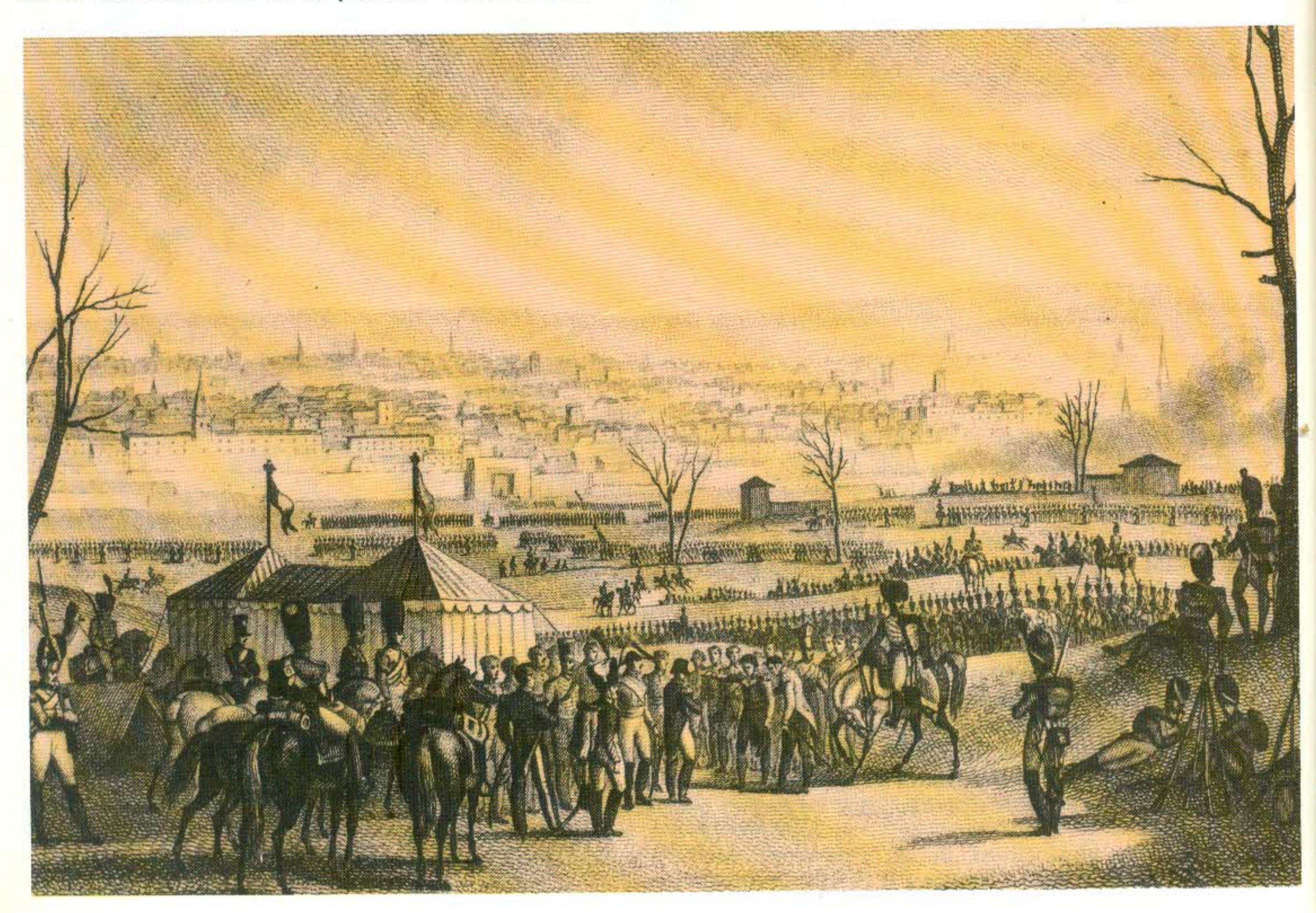
Al finalizar 1807, todavía no eran claras las debilidades del Sistema Continental. Napoleón reinaba con autoridad suprema. Europa estaba postrada a sus pies y nadie hubiera podido profetizar que siete años después su gran Imperio se habría derrumbado. Sus intentos encaminados a provocar el colapso de la prosperidad comercial y financiera de Gran Bretaña suscitarían el antagonismo de opiniones influyentes en las zonas por él dominadas y contribuirían a provocar su ruina.

A pesar de tres derrotas en manos de los franceses en poco más de diez años y de la gran expansión del poderío napoleónico, en 1808 los austríacos se sintieron dispuestos de nuevo a tratar de vencer al dueño de Europa. Su natural deseo de venganza se vio estimulado por el curso de los acontecimientos en la península Ibérica. En noviembre de 1807, tropas francesas conquistaron Portugal y la familia real portuguesa huyó a Brasil, y en marzo de 1808, cuando un ejército francés marchó sobre Madrid, una insurrección interna obligó a Carlos IV, el rey Borbón, a abdicar, y al poco tiempo Napoleón otorgó el trono de España a su hermano José. Los Habsburgo tenían buenos motivos para temer a un gobernante capaz de tratar de modo tan sumario a las familias reales de la península Ibérica. Por otra parte, el pueblo español estaba demostrando que era posible ofrecer resistencia a los franceses. En mayo de 1808, la población de Madrid se rebeló contra las nuevas autoridades francesas y las fuerzas napoleónicas no tardaron en verse envueltas en una serie de combates de guerrillas.

Si Austria conseguía éxitos iniciales, podría compensar sus pérdidas anteriores; se tenía además una confianza creciente en que el ejército austríaco era ahora mucho más poderoso y perfectamente capaz de derrotar a Napoleón. Desde los desastres de 1805, había tomado la dirección de la reforma del ejército austríaco el archiduque Carlos, hermano del emperador Francisco, ayudado por el nuevo canciller, el conde Johann Philip von Stadion. Las reformas habían producido mejoras notorias en el ejército regular, el cual fue reforzado por la creación de un entusiasta ejército de reserva, en 1808. Estimulados por la marcha de los acontecimientos en España, los austríacos se aprestaron a presentar otra vez combate a los franceses.

Napoleón estaba descubriendo para entonces que crear un Imperio era más fácil que mantenerlo. En el verano de 1808 condenó el rearme austríaco y una vez más concertó un encuentro con el zar Alejandro, en un esfuerzo por consolidar la amistad franco-rusa antes de emprender una expedición que, según él esperaba, había de aplastar la resistencia española. Su encuentro con el zar en Erfurt fue infructuoso. Alejandro se abstuvo de hacer promesas importantes a Napoleón y le demostró una admiración menor que la que le profesara en Tilsit en 1807, pues había conseguido un aliado especial en el estadista francés Talleyrand, que ahora se mostraba dispuesto a trabajar en secreto contra Napoleón. Tanto éste como Alejandro estaban acostumbrados a verse halagados a diario y les resultaba difícil comprometer su dignidad cediendo parte de su supremacía.

Aunque Napoleón asumió personalmente el mando en España a finales de



1808, sus esfuerzos no produjeron un resultado conclusivo y a principios de 1809 regresó a París para preparar una campaña contra los austríacos.

En los primeros meses de 1809, Napoleón esperó que Francisco I efectuara el primer movimiento. En Austria, las tropas se agrupaban bajo sus banderas con un entusiasmo considerable, pero los austríacos no podían esperar gran ayuda del exterior. Los demás estados alemanes o bien se mantenían neutrales o combatían junto a los franceses, y Gran Bretaña no podía ofrecer un apoyo directo.

La campaña comenzó a principios de abril de 1809, cuando el archiduque Carlos avanzó hacia Baviera. Napoleón reaccionó con rapidez y aplomo. A mediados de abril había llegado cerca de su adversario y en las batallas de Abensberg y Eckmuhl obligó a los austríacos a retirarse. El 12 de mayo los franceses entraron en Viena y una semana más tarde cruzaron el Danubio y se situaron en su orilla norte para atacar al ejército austríaco. En la batalla de Aspern y Essling, que duró dos días, los austríacos lograron rechazar a las fuerzas francesas, que se retiraron a la isla de Lobau. Las bajas fueron cuantiosas en ambos bandos: los franceses perdieron casi 200.000 hombres y los austríacos varios millares más.

Tras este encuentro sangriento, hubo una pausa en la campaña mientras los dos bandos procuraban reforzar sus ejércitos. A principios de julio, tras recibir el refuerzo de Eugène Beauharnais, Napoleón pasó de nuevo a la orilla norte del Danubio. Mandaba un ejército de unos 170.000 hombres, para enfrentarse a unas fuerzas austríacas que no llegaban a los 140.000. El 6 de julio, los franceses pasaron al ataque en Wagram, pero, aunque Napoleón aventajó a su adversario, no consiguió un nuevo Austerlitz, pues los austríacos opusieron una tenaz resistencia y ambos bandos sufrieron numerosas bajas. El 12 de julio se firmó un armisticio como preparativo para la paz. En vez de satisfacer sus deseos de venganza, Austria corría el peligro de experimentar nuevas pérdidas.

Mientras los grandes ejércitos chocaban cerca de Viena, la población del Tirol se levantó en armas contra los bávaros, que se habían apoderado de esta región por el Tratado de Presburgo de 1805. Mandados por Andreas Hofer, los tiroleses lucharon con coraje; Innsbruck fue tomada en la primavera, e incluso después de la derrota austríaca en Wagram, la insurrección continuó hasta finalizar aquel año. Finalmente, Hofer fue capturado, juzgado por los franceses y ejecutado.

Otros síntomas de la creciente resistencia frente al designio napoleónico de adueñarse de toda Europa, provenían de Alemania. El duque de Brunswick reclutó voluntarios para luchar contra los franceses, tomó Dresde y, después del revés austríaco en Wagram, consiguió huir con su ejército hacia el norte, a través de Alemania, para embarcar en buques británicos. Estas fuerzas, cuyo distintivo de la calavera sería famoso, combatieron más tarde en la península Ibérica. En Prusia, el alcalde Friedrich von Schill trató de organizar una insurrección armada contra los franceses y tomó Stralsund en el mes de mayo, pero murió al ser asaltada la ciudad por las fuerzas francesas y danesas. Sin embargo, era evidente que gran parte de Europa juzgaba a Napoleón como un tirano que había de ser derrocado.

Con todo, a pesar de los actos heroicos y del entusiasmo demostrado por los austríacos, Napoleón había vencido, y en octubre de 1809 obligó a los austríacos a firmar el Tratado de Schönbrunn. Fue una paz dura, ya que Napoleón nunca aprendió el valor de la moderación en la victoria. Francisco I quedó anonadado ante la pérdida de más de tres millones y medio de súbditos. Salzburgo fue entregado a Baviera, la Galitzia occidental al Gran Ducado de Varsovia, y las posesiones austríacas entre el río Save y el mar Adriático pasaron a Francia y fueron convertidas en parte de las Provincias Ilirias. Era evidente que Austria no podía resignarse y que no descansaría hasta recuperar parte de estos territorios, y este humillante tratado sembró las semillas de futuras guerras. No cabía duda de que Metternich, el nuevo canciller austríaco, esperaría una oportunidad para debilitar a Francia y restablecer la anterior posición de Austria, aunque para ayudar a su país estaba dispuesto a colaborar con Napoleón hasta que llegara el momento oportuno para el desquite.

Tras haber consolidado de nuevo su poderío gracias a la victoria militar, Napoleón proyectó entonces un matrimonio destinado a la vez a asegurar el futuro de su dinastía y también la futura cooperación de Austria. Su primera esposa, Josefina, tenía una edad demasiado avanzada para darle un hijo, y Napoleón anhelaba no sólo el poder inmediato, sino también la creación de una dinastía legítima. Pensaba en un enlace matrimonial que lo aproximara a Rusia o bien a Austria, y al regresar, después de obtener su triunfo sobre este último país, decidió firmemente divorciarse de Josefina. Ésta no tuvo más remedio que resignarse y en diciembre de 1809 dio su consentimiento al deseo de Napoleón. El Senado de Francia se vio obligado también a acatarlo.

Mientras Napoleón buscaba una futura emperatriz, Metternich vio la oportunidad

Página anterior, entrada de Napoleón en Madrid, en diciembre de 1808. Hacía un año que José Bonaparte había accedido al trono español y no había podido expulsar a los británicos que ayudaban a los españoles en la Guerra de Independencia contra los franceses.



de conseguir una seguridad temporal para Austria, pues se encontraba disponible María Luisa, hija del emperador austríaco Francisco I. Las posibles objeciones religiosas fueron superadas por la presión de Napoleón sobre la jerarquía de la Iglesia católica francesa, y se acordó que el matrimonio con Josefina podía ser anulado. El matrimonio con María Luisa se celebró por poderes en Viena, en el mes de marzo, y las ceremonias civiles y religiosas en Francia, a principios de abril. A los pocos meses María Luisa quedó encinta. El nacimiento de un hijo, el «rey de Roma», en marzo de 1811, justificó por un tiempo aquel divorcio y aquel nuevo matrimonio tan apresurados. La alegría sería efímera.

Prusia

Mientras los autríacos trataban nuevamente de derrotar a Napoleón, Prusia se mantuvo quieta bajo el peso de la humillación de su derrota en 1806. Los tropas francesas que ocuparon Prusia después de su victoria en Jena, no partieron hasta haber accedido los prusianos a pagar una cuantiosa indemnización y a mantener su ejército a un nivel inferior a los 42.000 hombres. Todavía más que su dureza con Austria, la negativa de Napoleón para establecer una negociación más benigna con sus contrincantes vencidos, ayudó a producir unos cambios internos que contribuirían a su eventual caída. Los prusianos, poco amigos de reformas, se convencieron finalmente de que aceptarlas era el único medio por el que cabía lograr un renacimiento de su nación que contribuyera a derrotar al odiado Napoleón.

Las figuras clave en este restablecimiento de Prusia fueron el rey, Federico Guillermo III, y sus ministros Hardenberg y Stein. Después de los acontecimientos de 1806, el rey tuvo que reconocer que el gran ejército y el sistema creados por Federico el Grande no bastaban para enfrentarse a una Francia revigorizada y mandada por un genio militar. Inspirado por Hardenberg y Stein, el rey estaba decidido a imponer medidas reformistas a unos aristócratas poco dispuestos a admitirlas.

Como en Austria, la reforma más práctica y tangible radicó en el ejército y las mejoras aplicadas dependieron de dos militares, Scharnhorst y Gneisenau. Se intentó modificar un sistema en el que la disciplina se fundaba sobre el castigo, y la cuna aristocrática dejó de ser el único atributo para la promoción. Asimismo, a base de adiestrar y después licenciar contingentes de soldados, resultó posible soslayar los límites impuestos por Napoleón a la fuerza numérica del ejército prusiano.

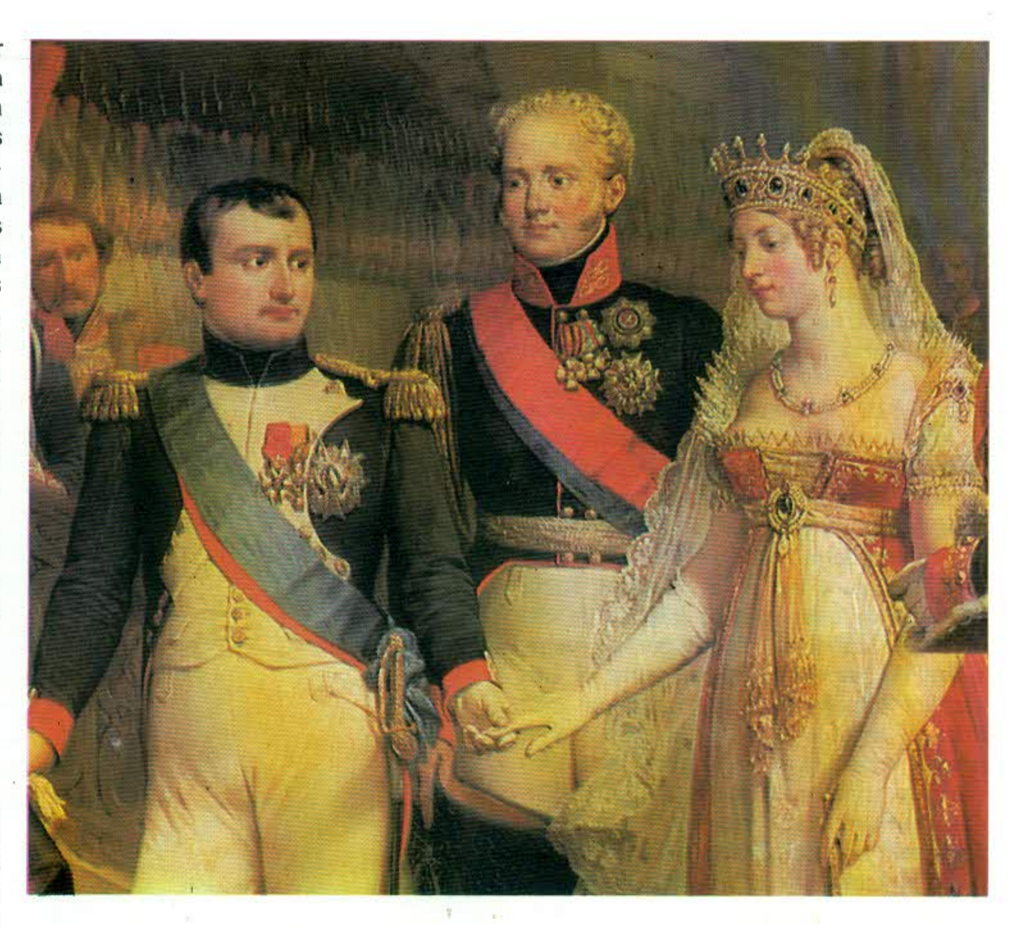
En octubre de 1807, el edicto por el que se abolía la servidumbre puso en marcha una reforma interna de gran alcance. La subsiguiente reforma agraria otorgó a los campesinos prusianos un papel mucho más importante en sus tierras, cosa que difícilmente hubiera podido ocurrir en aquella época de no haber sido por la crisis ocasionada por las aplastantes victorias de Napoleón. Sin tener ni mucho menos el alcance de una reforma, revistió también notable importancia el establecimiento de una medida de independencia municipal, al permitirse la elección local de funcionarios de los ayuntamientos.

Una característica distintiva del renacimiento prusiano después de 1807 fue el brote de nacionalismo cultural e intelectual, que sería probablemente más importante para la futura historia alemana que para la época napoleónica. La figura más importante en este resurgir nacionalista fue Johann Gottlieb Fichte, que en sus famosas conferencias en Berlín, en esos años, predicó la necesidad de un renacimiento alemán, basado en la virtud del patriotismo y en el espíritu de un místico pasado germánico. No era tema apto para enardecer a los campesinos, pero creó un fermento entre los intelectuales prusianos, grupo que también estuvo influenciado por las actividades de la *Tugendbund* («Liga de la virtud») formada por profesores de Koenigsberg. Estos hombres esperaban conseguir una regeneración moral de la nación.

Más práctica en sus resultados fue la reforma del sistema de enseñanza, iniciada por Vilhelm von Humboldt. El núcleo de la reforma era la intención de crear un sistema nacional de educación, y con este fin se estableció una estructura que culminó con la fundación de una nueva Universidad de Berlín.

Aunque los estados alemanes de esa época estaban fragmentados y sometidos a los caprichos políticos y militares de Napoleón, tenían una vida intelectual y cultu-

ral notables. En Prusia se daba la mayor importancia a la regeneración moral y a la creación de una vaga idea acerca de un espíritu prusiano y alemán, pero en los demás lugares la próspera actividad cultural estaba menos vinculada a la reforma nacionalista. En Weimar, el duque Carlos Augusto había reunido a su alrededor a los filósofos y escritores más distinguidos de Alemania, y Goethe hizo que esta ciudad fuese famosa en toda Europa. En el sur, Beethoven hacía vibrar a Viena. Para muchos, las primeras victorias de Napoleón en Alemania habían parecido una liberación, un golpe definitivo asestado al privilegio feudal y a las leyes arcaicas. Sin embargo, con el paso de los años la acentuación de la tiranía y las constantes demandas de hombres y dinero alienaron incluso a los que habían sido amigos suyos.



Napoleón recibe en 1807 a Luisa, reina de Prusia, en Tilsit. (Detalle de un cuadro de Nicolas Gosse.)

Página anterior, la emperatriz Josefina, primera esposa de Napoleón I. (Pintura de Appiani.)

Europa bajo Napoleón

Aunque Austria y Prusia conservaron su identidad e incluso experimentaron un rebrote de entusiasmo nacional después de las aplastantes derrotas infligidas por los franceses, gran parte de Europa aceptó con cierta satisfacción el dominio francés o bien se encontró sin el poder y los aliados que pudieran permitir una resistencia. Las zonas más cercanas a Francia quedaron bajo el dominio del sistema francés.

Holanda había sido entregada en 1806 a Luis Bonaparte, hermano de Napoleón, y la administración francesa no había sido particularmente onerosa para los holandeses; de hecho, las leyes y el gobierno de la nueva administración representaron una mejora respecto al antiguo sistema holandés y contribuyeron a unificar el país. La principal posibilidad de conflicto, como ocurría en tantos puntos del Imperio francés, era el intento de exclusión del comercio británico mediante la introducción del Sistema Continental. Como pueblo eminentemente comerciante, los holandeses consideraron intolerables las medidas que restringían sus actividades. Luis se mostró dispuesto a buscar soluciones de compromiso y, para aplacar a sus súbditos, permitió ciertas filtraciones en el Sistema Continental, pero en 1810 Napoleón lo depuso y se anexionó Holanda, así como el Ducado de Oldenburgo y las ciudades hanseáticas de Bremen, Hamburgo y Lübeck, para extender su dominio a lo largo del litoral alemán. Dinamarca no fue anexionada, pero tuvo que obedecer al Sistema Continental.

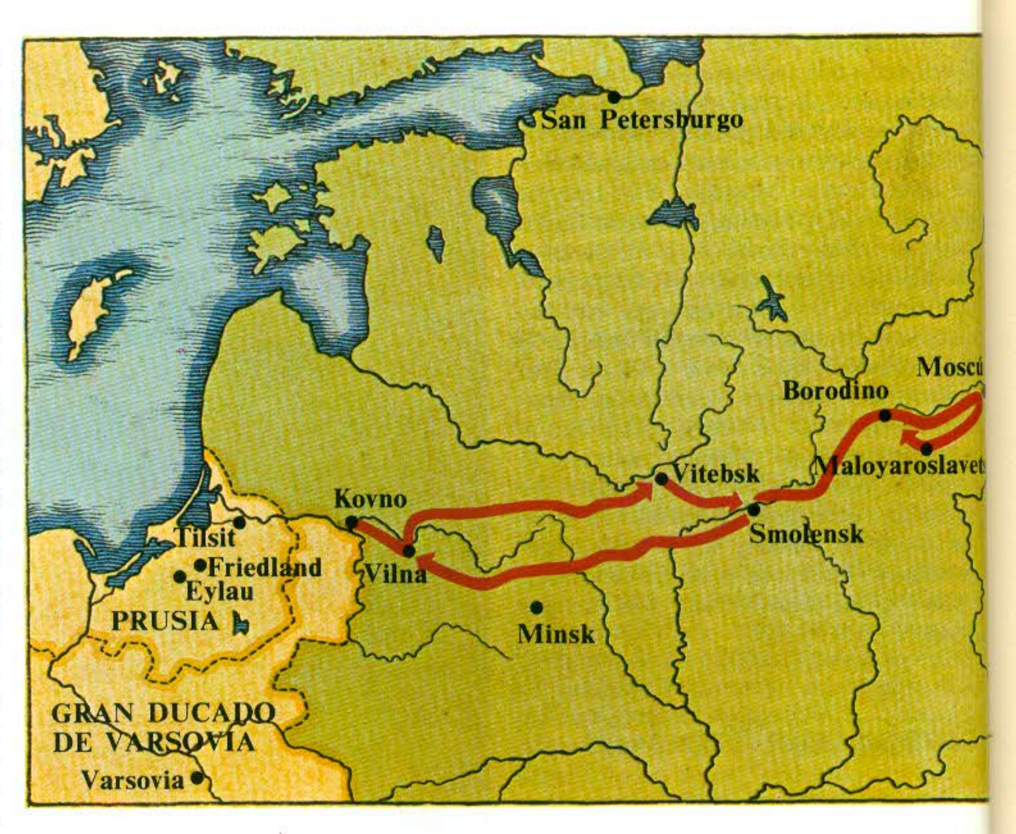
En el período que siguió al acuerdo franco-ruso en Tilsit, Suecia experimentó conmociones internas. Después de Tilsit, los rusos ocuparon Finlandia y, frente a nuevas dificultades, el rey sueco Gustavo IV fue depuesto, sustituyéndolo su tío, con el nombre de Carlos XIII. Puesto que no tenía herederos, un grupo de oficiales suecos sugirió que se ofreciera el trono a Bernadotte, mariscal de Napoleón, quien lo aceptó en 1810. No tardó en abrazar la causa de los suecos y el emperador francés pronto advirtió que la entronización de su mariscal no convertiría a Suecia en un satélite, sino todo lo contrario.

Napoleón tuvo más suerte con su intervención en los asuntos de Suiza. Con la Ley de Mediación de 1803, había procurado unificar Suiza y garantizar las reformas introducidas en este país por la Revolución francesa, y al mismo tiempo se reservó la posición de Mediador de la Confederación Suiza. Los suizos mantendrían su neutralidad a lo largo de todo el declive del poderío napoleónico, aunque su territorio fue violado por un ejército austríaco que atravesó sus fronteras buscando una ruta conveniente para la invasión de Francia.

El sueño de Napoleón —la reconstitución de todo el mapa de Europa— se manifestó claramente en su actitud respecto a los polacos; postura que se vio complicada por su intento de establecer amistad con Rusia después de Tilsit. Los rusos se mostraban extremadamente cautos en lo referente a aceptar cualquier medida que pu-

diera resucitar el nacionalismo polaco. Sin embargo, a pesar de los temores de Rusia, en 1807 Napoleón estableció el Gran Ducado de Varsovia a expensas de la Polonia prusiana. El rey de Sajonia fue nombrado gran duque de Varsovia, y en 1809 su ducado fue ampliado con territorio austríaco. Napoleón había emprendido una tarea imposible al tratar de alentar las aspiraciones nacionales de Polonia y, al mismo tiempo, conservar la amistad del zar Alejandro.

En 1810 Napoleón gobernaba todavía un gran Imperio, pero empezaban a manifestarse sus debilidades. En la península Ibérica proseguía una guerra que costaba vidas francesas y facilitaba a los británicos una cabeza de puente en el continente. En toda Europa, e incluso en Francia, había descontento tanto por la imposición del Sistema Continental como por las exacciones de Napoleón. Por su parte, el emperador francés se volvía cada vez más tiránico, se mostraba menos dispuesto a aceptar consejos, tomaba decisiones arbitrarias y no parecía inclinado al apaciguamiento. Si esperaba establecer una dinastía y crear una Europa bajo dirección francesa, el momento aconsejaba consolidación y acomodación, no nuevas aventuras, más requisas, más lucha y más muertes. Sin embargo, Napoleón no se consideraba satisfecho y las grietas de su Imperio, que aparecían en España y en la aplicación forzosa del Sistema Continental, no tardarían en agrandarse y socavar los fundamentos de la precaria estructura que había construido a partir de sus victorias militares.



Rusia

En los cinco años que siguieron a la Paz de Tilsit, franceses y rusos mantuvieron una tregua inquieta a la que difícilmente se podía llamar amistad. El encuentro de Alejandro y Napoleón en Erfurt, en el otoño de 1808, nada hizo para asegurar una firme alianza entre las dos naciones. A través de su acuerdo con Napoleón en Tilsit, el zar había esperado asestar un golpe a Gran Bretaña y, al mismo tiempo, satisfacer las ambiciones rusas en Europa oriental, pero no tardó en recelar del poderío avasallador del emperador francés.

Un motivo de continua irritación fue la promoción del Gran Ducado de Varsovia por parte de Napoleón. Alejandro se enojó especialmente cuando la Galitzia austríaca fue agregada al ducado después de la derrota de Austria en 1809. Aunque Napoleón aseguraba que no tenía la intención de crear una Polonia independiente, Rusia tenía sobrados motivos para desconfiar de las aseveraciones francesas. El propio Napoleón no se molestó en aplacar al zar, y en diciembre de 1810 se anexionó el Ducado de Oldenburgo, a pesar de que el presunto heredero del mismo estaba casado con Catalina, hermana de Alejandro.

El zar Alejandro se sentía cada vez más irritado por la arrogancia de Napoleón y le resultaba difícil aceptarlo como árbitro de Europa. Su amor propio le inducía a contemplar con satisfacción cualquier merma en la gloria napoleónica.

Sin embargo, en el terreno práctico el principal punto de fricción entre Francia y Rusia fue el desinterés de esta última respecto a aplicar el Sistema Continental napoleónico. A lo largo del año 1810, Napoleón siguió esperando que sus restricciones sobre el comercio británico llevaran a Gran Bretaña a la ruina, pero Alejandro mostró su oposición en convertir su país en satélite de los franceses, y en diciembre de 1810 promulgó una ley que restringía la importación de artículos de lujo franceses y abría los puertos rusos al comercio con otros países. Era evidente que Alejandro estaba dispuesto a separarse de Francia apenas surgiera la oportunidad, y en 1811 ambas potencias empezaron a prepararse para la guerra.

Napoleón conocía perfectamente las dificultades y los peligros de una campaña en las inmensidades de Rusia y decidió que el ejército que lanzara a esta empresa fuese el mayor que jamás hubiera reunido. En la primavera de 1812 había concentrado en Polonia más de medio millón de hombres, menos de la mitad de los cuales eran franceses, ya que las fuerzas napoleónicas estaban reforzadas por tropas provenientes de países aliados o conquistados de toda Europa. Incluso Austria y Prusia no tuvieron más opción que aportar hombres para la gran campaña. Estimulado por la perspectiva de una gran victoria, a medida que pasaban los meses Napoleón se mostraba menos inclinado a tener en cuenta los peligros que habían de acechar a un ejército que se aventurase en el interior de Rusia. Las ideas racionales consistentes en reforzar el Sistema Continental o procurar que Rusia no se aliara con los británicos fueron relegadas por ensueños grandiosos de gloria e imperio.

Al comenzar el conflicto, el zar sólo disponía de 150.000 hombres para hacer frente al avance inicial francés. Sin embargo, antes de que comenzara la guerra había conseguido dos éxitos diplomáticos, ya que en abril, Bernadotte, el ex subordinado de Napoleón y ahora heredero del trono sueco, había firmado un acuerdo con Rusia, y en mayo los turcos habían pactado la paz con Alejandro.

La noche del 23 de junio, el ejército de Napoleón inició la travesía del río Niemen para adentrarse en Rusia. El emperador tenía la firme esperanza de entablar prontamente batalla con los rusos, derrotarlos y obligar al zar a pedir la paz. Aparte del grueso del ejército napoleónico, otras alas del mismo se lanzaron hacia Riga y San Petersburgo, y en el sur los austríacos avanzaron bajo el mando del príncipe Karl von Schwarzenberg.



Izquierda, la batalla de Borodino en 1812. Napoleón venció, pero tuvo grandes pérdidas. (Detalle de un cuadro de Lejeune.)

Página anterior, invasión y retirada de las tropas de Napoleón durante la campaña de Rusia en 1812. Las grandes distancias en una invasión de este tipo pusieron de manifiesto los problemas de abastecimiento.

La esperanza de Napoleón –atraer a los rusos y obligarles a presentar batalla– se vio frustrada en los primeros días de la campaña. El avance francés suscitó un inesperado espíritu de resistencia. Las clases dirigentes, temerosas de los cambios y las reformas radicales instituidos por Napoleón en todas partes, no estaban dispuestas a aceptar una rápida victoria francesa. Además, incluso el pueblo ruso, del que lógicamente cabía esperar que considerase favorablemente las posibilidades de cambios generales en su situación, respondió a la amenaza dirigida contra su zar y la madre Rusia. Con un fervor religioso primitivo y siguiendo el ejemplo de sus jefes, se dispuso a sufrir las mayores penalidades para resistir al emperador francés.

Las dificultades que representaban el mantenimiento de la disciplina y el suministro del abigarrado ejército de Napoleón no pudieron ser superadas. No hubo una gran victoria que levantara la moral y en el transcurso de la campaña el índice de deserciones superó lo esperado. Al cabo de una semana, los franceses estaban en Vilna, pero había ya dificultades para mantener el suministro. Con un retraso de más de dos semanas, los franceses prosiguieron su avance y llegaron a Vitebsk a finales de julio. No se había producido todavía ninguna batalla importante, aunque los franceses habían topado con una vigorosa resistencia de la retaguardia rusa. De nuevo, Napoleón sufrió una demora de dos semanas.

La retirada rusa y la destrucción de cuanto pudiera ser de utilidad para los franceses produjeron gran consternación entre los generales de Napoleón. Al alejarse cada vez más el ejército francés de su base, se hacía necesario destacar un número creciente de tropas para proteger las líneas de comunicación, y la tarea de aprovisionar al ejército principal se hizo extremadamente compleja. Los generales franceses aconsejaban ya la retirada y el propio Napoleón parecía incapaz de decidir la mejor opción. Aunque ignoró las recomendaciones de sus generales, su avance en Rusia carecía de la inspiración que había caracterizado sus anteriores campañas.

El deseo de asegurarse un ejército lo bastante numeroso como para impedir una derrota, había puesto en sus manos una fuerza incapaz de emprender una rápida acción.

La esperanza principal de Napoleón consistía ahora en poder derrotar a los rusos en Smolensko, pues pensaba que le esperarían allí a pie firme y que al vencerlos obligaría al zar a firmar la paz. Du-

rante dos días su artillería bombardeó la ciudad, pero en la noche del 17 de agosto el general ruso Barclay de Tolly se retiró a lo largo de la carretera de Moscú con su ejército. Junot, que había descrito un rodeo alrededor de Smolensko para impedir la retirada, no llegó a tiempo y los rusos escaparon del cerco.

En realidad, los rusos no disponían de un ejército suficiente para hacer frente en Smolensko, pero, a pesar de tal escasez de fuerzas, a Barclay le resultaba cada vez más difícil mantener su actitud de retirada. Aunque Napoleón temía más que cualquier otra cosa no conseguir entablar batalla con los rusos, los políticos zaristas insistían en que se presentara combate para salvar a Moscú, y Alejandro fue persuadido para que retirase el mando a Barclay y lo sustituyera por Kutuzov, que se había forjado una brillante reputación contra los turcos. Se daba por descontado que Kutuzov pelearía para detener el avance francés.

Una semana después de entrar en Smolensko, el ejército de Napoleón volvió a presionar hacia Moscú. Kutuzov había decidido situarse junto al río Moskova, con su ejérito atrincherado cerca del pueblo de Borodino. El 5 de septiembre, los franceses chocaron con los rusos. Pensando que no disponía de suficientes recursos para arriesgarse a dividir su ejército a fin de flanquear la posición rusa, Napoleón decidió que ésta había de ser tomada mediante un ataque frontal, que fue desencadenado el día 7.

A pesar de los desvelos de Napoleón por disponer de un ejército enorme en Rusia, sus fuerzas de choque constaban solamente de unos 120.000 hombres, algo menos que los efectivos que los rusos tenían en el campo de batalla. Durante todo el día se sucedieron los ataques franceses contra las posiciones rusas. Por parte de Napoleón, no fue una brillante victoria estratégica, sino una sangrienta batalla de desgaste. Al finalizar la jornada, los franceses eran dueños del terreno pero habían sufrido cerca de 30.000 bajas, contra 50.000 de los rusos. Toda la retórica sobre la gloria francesa y los deseos de justicia y unidad para Europa se reveló bajo su verdadera luz en la realidad de decenas de millares de muertos y moribundos, sacrificados en aras de la vanidad y el orgullo del ambicioso general corso. Borodino no era la victoria que éste necesitaba. Aunque los rusos habían perdido prácticamente la mitad de sus hombres, no habían sido derrotados ni aniquilados. Todavía existía un ejército ruso.

Sin embargo, el camino de Moscú quedaba expedito para los franceses y Napoleón todavía esperaba la llegada de emisarios rusos que le anunciaran los deseos de paz de Alejandro. Pero esto no ocurrió. Kutuzov se retiró más allá de Moscú y Napoleón entró en la ciudad el 14 de septiembre, donde se encontró con una extraña situación. Muchos civiles habían seguido al ejército ruso, y las tropas francesas desfilaron por unas calles desiertas. Aquella misma noche estalló un incendio —nunca se supo con seguridad si fue fortuito o intencionado— y en los días siguientes el fuego asoló la ciudad, mientras los soldados franceses registraban las casas desiertas y se apoderaban de los objetos valiosos, que pronto eran destruidos o abandonados. Napoleón necesitaba desesperadamente una petición rusa de paz. Había llegado al corazón de Rusia, pero estaba ya muy avanzado el mes de septiembre y se acercaba el invierno. No tardarían en caer las primeras nieves.

La retirada de Moscú

Durante más de un mes Napoleón esperó la embajada de paz del zar, pero no recibió noticia alguna. No llegaron cartas ni emisarios. No habría paz con los saqueadores franceses. Cuando, a mediados de octubre, Napoleón decidió por fin que debía retirarse, era ya demasiado tarde. Todavía tenía más de 100.000 hombres, pero era indispensable que encontrase víveres y cobijo antes del invierno. Sin embargo, esta maniobra parecía prácticamente inútil. La moral era muy baja, los alimentos escaseaban, las ropas eran inadecuadas para un ejército que se retiraba al comenzar un invierno gélido, y los rusos acechaban sobre los desmoralizados franceses.

El problema inmediato al que se enfrentaba Napoleón consistía en que la ruta que había recorrido desde Smolensko hasta Moscú había sido devastada por el paso de los ejércitos, y en ella no cabía encontrar víveres y apenas albergue. El ejército francés hubiera tenido mayores posibilidades de supervivencia a lo largo de la carretera más al sur, que llevaba a Kaluga, pero el ejército de Kutuzov bloqueaba esta ruta alternativa. Napoleón decidió tratar de abrirse camino en esta carretera y el 19 de octubre los 100.000 hombres del ejército francés salieron de Moscú en dirección sur. El emperador había dejado hombres con la misión de volar el Kremlin, pero su ineficacia hizo que se salvaran todos los edificios importantes. El ejército en retirada avanzó con lentitud, cargado como iba, no con pertrechos esenciales, sino con el botín reunido en la capital de Rusia. Cuando los rusos rechazaron a los franceses en Yaroslavetz, el 24 de octubre, Napoleón decidió que no podía correr el riesgo de atacar y se desvió hacia el norte para regresar por la ruta por la que había avanzado antes.

La primera y dura prueba impuesta al ejército francés fue la larga marcha por los terrenos devastados hasta Smolensko. Era ya evidente que los franceses se enfrentaban a un desastre terrible. Aunque el frío era todavía soportable y había poca nieve en el camino, las tropas francesas estaban exhaustas y hambrientas. El 8 de noviembre entraron en Smolensko. Había pocos víveres, desde luego insuficientes para aquel ejército que se transformaba rápidamente en un tropel indisciplinado. Tras unos días de descanso en Smolensko, prosiguieron la marcha. La retaguardia francesa, mandada por Ney, quedó separada del grueso de las fuerzas y, tras una lucha desesperada, consiguió reunirse con Napoleón, no sin perder más de 7.000 hombres de los 8.000 que tenía bajo sus órdenes.

Parecía ahora muy posible que la campaña finalizara en el río Beresina. Tres ejércitos rusos, con unos efectivos superiores a los 120.000 hombres convergían en el punto de paso de este río. El único puente había sido destruido, pero los ingenieros franceses avanzaron hacia el norte y lograron construir dos puentes provisionales sobre las aguas heladas. Todo hacía pensar que el ejército francés sería aniquilado. El 26 y el 27 de noviembre, este ejército empezó a cruzar el río, pero el 28 las tropas de ambas orillas y las que estaban atravesando las aguas recibieron el fuego de los rusos. Entre escenas de horror, cientos de hombres fueron lanzados al agua, y al día siguiente los franceses volaron los puentes, dejando tras de sí miles de rezagados en la orilla este. No obstante, 60.000 hombres habían cruzado el Beresina, lo cual hubiera parecido imposible unos días antes.

En las dos semanas siguientes, muchos pensaron que habría sido mejor ahogarse en el río. La temperatura descendió muy por debajo de cero y las tropas francesas, ya exhaustas por la marcha, los combates y la falta de alimentos y ropas, dejaron un reguero de caídos en el camino. Desesperadamente, los supervivientes caminaron hasta llegar a Vilna, con la esperanza de encontrar comida y cobijo. Algo pudieron conseguir, pero no lo suficiente, y para entonces el ejército francés se había convertido en una muchedumbre harapienta. A mediados de diciembre, el mariscal Ney cruzó el río Niemen con los restos de la retaguardia. Más de 500.000 hombres habían iniciado la campaña de Rusia, y menos de 50.000 pudieron reunirse en territorio polaco.

Napoleón no se encontraba ya con los restos de su ejército cuando éste pasó el





Arriba, batalla de Salamanca en julio de 1812. Victoria de las fuerzas combinadas de españoles y británicos a las órdenes de Wellington. (National Army Museum, Londres.)

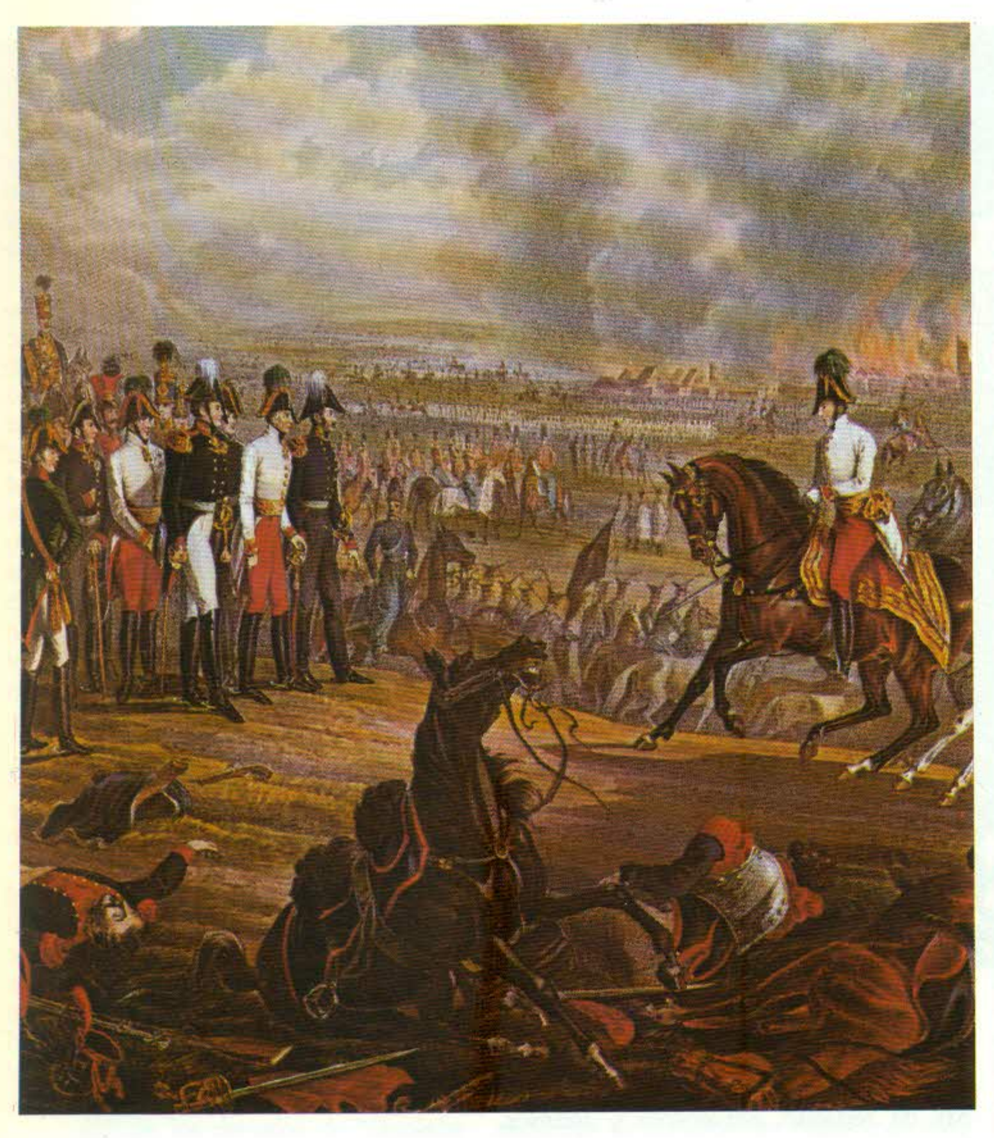
Izquierda, batalla de Badajoz (1812). Triunfo del ejército al mando de Wellington en el inicio de la gran ofensiva para expulsar a los franceses de la península Ibérica.

Niemen y abandonó Rusia. El 5 de diciembre, después de dictar un boletín en el que anunciaba su derrota, partió hacia París con la máxima rapidez. El motivo de esta prisa era su intento para restablecer su posición en Francia y demostrar que no había perecido en la campaña de Rusia. Tuvo noticias de la conspiración del general Claude François de Malet, que por breve tiempo se adueño de París con el simple argumento de que Napoleón había muerto. Aunque Malet no tardó en ser detenido y fusilado, Napoleón se estremeció al descubrir que nadie había apoyado a María Luisa y su hijo, el «rey de Roma». Viajó pues, rápidamente, hasta París para asegurar su posición y la de su dinastía, y el 18 de diciembre llegó a la capital francesa.

En 1808, cuando Napoleón se encontraba en su apogeo, parecía como si las únicas brechas de la trama tejida en Europa por el poderío francés fuesen la resistencia española y la desazón promovida por la idea de aplastar a los británicos mediante el Sistema Continental. En 1812, esos dos pequeños focos se convirtieron en dos profundos abismos. La aplicación del Sistema Continental causó indignación en gran parte de Europa, e incluso en la propia Francia. Por su parte, el levantamiento de los españoles, al principio poco alarmante, en cuatro años se había transformado en un serio conflicto que requería una aportación constante de tropas de repuesto, armamento y recursos franceses.

En 1812, mientras Napoleón avanzaba en Rusia, Wellington había derrotado a los franceses en Salamanca, en julio, y durante un tiempo llegó a ocupar Madrid. Los franceses juzgaban ya imposible sofocar la insurrección española y expulsar a los británicos de la península, y con la pérdida de su enorme ejército en Rusia, Napoleón se encontró en un callejón sin salida.

Es difícil apiadarse del emperador francés en 1812. Los miles y miles de hombres que habían muerto o sufrido graves heridas en los campos de batalla denunciaban su irrefrenable ambición y su negativa a fijar unos límites razonables a su poder. En Rusia, el ejército francés había reunido unos efectivos exagerados y carecido de la necesaria cohesión; sus suministros habían sido inadecuados, y no se habían tomado las debidas precauciones contra los peligros de una campaña bajo el invierno ruso. El emperador regresó ileso —no había padecido el peor frío ni el hambre—, pero hombres de toda Europa perecieron congelados en las nieves de Rusia.



El inicio del cambio

Tal fue el efecto de las aplastantes victorias de Napoleón desde 1805, que incluso después de los desastres de 1812 las potencias europeas que habían padecido las consecuencias de su acción militar se mostraron poco dispuestas a enviar sus ejércitos para combatir de nuevo contra él. Sin embargo, muchas aprovecharon la oportunidad para anular las alianzas con Francia, firmadas por la fuerza.

Los prusianos, que habían formado parte del flanco norte en el avance hacia Rusia, odiaban a los franceses por las humillaciones que antes les habían infligido, y el 30 de diciembre el general Yorck, que había mandado el contingente prusiano en la invasión rusa, firmó la Convención de Tauroggen con el zar. Federico Guillermo de Prusia dudaba acerca de la posibilidad de iniciar un nuevo conflicto abierto contra Napoleón, pero una vez tuvo la seguridad de que los rusos pretendían atravesar Alemania para atacar a los franceses, accedió a firmar un acuerdo con Alejandro. Tal fue el Tratado de Kalish, el 27 de febrero. A mediados de marzo, Federico Guillermo declaró formalmente la guerra a Francia.

Mientras varias potencias europeas trataban de llegar a una decisión, en los primeros meses de 1813 los rusos avanzaron hacia el Elba. Los franceses, al mando de Eugène Beauharnais, dejaron guarniciones en los puntos defensivos clave de Prusia, pero el grueso de las fuerzas no tuvo más opción que la de retirarse mientras los rusos avanzaban a través de Alemania.

Este decidido avance de los rusos contribuyó a alistar otro país en el bando de los adversarios de Napoleón. Desde que asumiera el mando en Suecia, Bernadotte había demostrado que no tenía el menor deseo de actuar como un satélite de Napoleón y, a pesar de que éste lo deseaba, los suecos no tomaron parte en la invasión de Rusia en 1812. A principios de marzo de 1813, Bernadotte accedió a unirse a los aliados y sus tropas no tardaron en entrar en Alemania para reforzar las huestes de los enemigos de Francia. Con los rusos y los prusianos aliados en Alemania, con los suecos en marcha para unirse a los primeros, y con los británicos firmemente establecidos en España y Portugal, Napoleón se vio obligado a reclutar fuerzas con la mayor rapidez posible y, al mismo tiempo, a intentar aplacar a sus aliados y a los neutrales.

En los primeros meses de 1813 Napoleón organizó otro ejército. Dada la urgencia de la situación, utilizó medidas extremas para reclutar hombres, incluida la de llamar a filas a los reclutas de 1814. Inevitablemente, esta demanda constante de hombres causó malestar. Sería muy difícil crear el entusiasmo de los primeros tiempos de la Revolución para salvar ahora el Imperio.

A mediados de abril de 1813, Napoleón abandonó París para unirse a Eugène en Alemania. Conservaba esperanzas y aún tenía aliados. Aunque Prusia y Suecia se hubieses unido a Rusia y Gran Bretaña, Austria dudaba. No se trataba de que el suegro de Napoleón sintiera por éste el menor aprecio, sino de que Metternich no estaba dispuesto a correr el riesgo de una nueva derrota, pues temía a los rusos tanto como a los franceses, y, a pesar de que británicos y rusos le presionaban, Austria optaba por dar tiempo al tiempo. Los diversos estados de la Confederación del Rhin también temían abandonar a Napoleón y Dinamarca optó por alinearse junto al emperador francés. Puesto que había también tropas italianas y polacas en el ejército francés, las luchas de 1813 no pueden explicarse simplemente en base al intento de unos nacionalistas patriotas para librarse del yugo francés. En realidad, los gobernantes de los diversos estados europeos, grandes y pequeños, buscaban cristalizar sus ambiciones personales y políticas. Había expresiones de sentimientos nacionalistas, particularmente en prusia entre los intelectuales, pero para Napoleón lo más importante era convencer de su poderío a los gobernantes tradicionales de Europa. Si podía demostrar que poseía la capacidad militar y los recursos necesarios para ganar batallas con el carácter decisivo de otros tiempos, estos gobernantes tendrían que pactar de nuevo con él.

Cuando Napoleón tomó el mando en Erfurt, a finales de abril, disponía de unos 200.000 hombres, número superior al de las fuerzas rusas y prusianas combinadas. El primer encuentro tuvo lugar en Lützen (Gross Görschen), cerca de Leipzig, a principios de mayo, cuando las fuerzas del general ruso Wittgenstein chocaron con las de Ney.

Ambos bandos sufrieron numerosas bajas y los aliados se retiraron, pero sin que ello significara una rotunda victoria francesa.

Nuevamente, los franceses trataron de modificar la situación en Bautzen, el 20 de mayo, esta vez bajo el mando directo de Napoleón, y una vez más la lucha fue encarnizada y de nuevo vencieron los franceses, pero la victoria no fue decisiva. El 4 de junio, Napoleón accedió a firmar un armisticio, esperando que éste redundara en su favor al darle tiempo para recibir nuevos refuerzos, mermando el entusiasmo de los aliados. Su cálculo resultó erróneo, pues si bien él aprovechó el armisticio (que duraba hasta agosto) para incrementar sus fuerzas en Alemania hasta reunir más de 400.000 hombres y reforzar su caballería con la intención de extraer el mayor provecho de sus victorias, también los aliados se beneficiaron, y no poco, de la pausa.

El golpe más duro asestado a Napoleón durante el armisticio fue la adhesión de Austria a la causa aliada. En junio, Gran Bretaña accedió en Reichenbach a apoyar económicamente a Prusia y Rusia, y estas dos potencias, junto con Austria, firmaron un acuerdo por el que se decidió que presentarían las tres una lista de exigencias a Napoleón: el Ducado de Varsovia había de disolverse, Prusia recuperaría sus fronteras de 1806, las Provincias Ilirias volverían a quedar bajo control austríaco, y las ciudades hanseáticas obtendrían de nuevo su independencia. Metternich era el espíritu rector de tales propuestas. Aunque Napoleón no aceptara estas condiciones –y ello parecía ser lo más probable– Metternich esperaba que su rechazo contribuiría a unir las opiniones contra el emperador francés.

Metternich se reunió con Napoleón en Dresde y, aunque aquél no prometió nada, se acordó que se celebraría una conferencia en Praga. Esta conferencia duró desde mediados de julio hasta entrado el mes de agosto, pero en ningún momento se tuvo la impresión de que era un éxito. Napoleón no quiso ceder al ultimátum de los aliados de Reichenbach, y el 12 de agosto, Austria, que había recibido promesas de ayuda económica de Gran Bretaña, declaró la guerra a Francia. Dos días más tarde, Napoleón aceptó en esencia las propuestas de Metternich, pero queda la duda de si en realidad las habría cumplido, y de todos modos los aliados estaban dispuestos ya a realizar su jaque mate.

Para que Napoleón mantuviera su poder, era esencial que pudiera moverse con rapidez para derrotar a los ejércitos aliados separados antes de que éstos consiguieran actuar coordinadamente para avanzar hacia el oeste a través de Alemania. Había en el frente alemán tres ejércitos aliados principales: el mariscal prusiano Blücher mandaba a más de 100.000 prusianos y rusos en Silesia; Bernadotte tenía bajo sus órdenes a más de 120.000 suecos, prusianos y rusos en el norte, que avanzaban desde Prusia, y en el sur, el mariscal austríaco Schwarzenberg mandaba a casi 250.000 hombres. Cuando empezó la campaña, Napoleón concentró sus fuerzas en la región de Dresde, con la esperanza de poder vencer a los aliados por separado, pero se mostró indeciso en cuanto a emplear o no el grueso de su ejército a fin de conseguir una victoria decisiva. El desastre de Rusia le hacía dudar en cuanto a la calidad de sus tropas y, por otra parte, es posible que no estuviera dispuesto a correr los riesgos que en otro tiempo le hubieran parecido naturales.

En vez de realizar un movimiento decisivo, Napoleón destacó fuerzas reducidas contra los ejércitos aliados y los franceses sufrieron reveses en Grossbeeren, frente al ejército de Bernadotte, y en Katzbach, ante las fuerzas de Blücher. Cuando Schwarzenberg atacó Dresde a finales de agosto, Napoleón consiguió una victoria los días 26 y 27, pero sufrió un número excesivo de bajas y perdió la ventaja conseguida cuando tres días más tarde el ejército de Vandamme, formado por 10.000 hombres, capituló en Kulm.

En septiembre de 1813 Napoleón se encontraba ante una grave situación. No había conseguido ninguna victoria decisiva y había perdido muchos hombres. Los aliados recibían refuerzos y los franceses podían ser cercados a medida que los ejércitos aliados, cada vez más numerosos, se combinasen contra ellos. Bajo esta presión, Napoleón se retiró a Leipzig, decidiendo que desde allí organizaría la resistencia. Al estrecharse el cerco, los objetivos bélicos de los aliados se endurecieron progresivamente. Mediante el Tratado de Teplitz, el 9 de septiembre, Prusia, Rusia y Austria acordaron luchar por el restablecimiento de las fronteras de 1805 en Prusia y Austria, así como por la independencia de los estados del sur y del oeste de Alemania. Un mes después, Baviera accedió a unirse a los aliados.

Cuando comenzó la batalla de Leipzig el día 16 de octubre, Napoleón tenía 160.000 hombres y los aliados doblaban ese número. Los combates duraron tres jornadas. El primer día, Napoleón intentó infructuosamente derrotar a las fuerzas de Schwarzenberg. El 17, los dos bandos procuraron desesperadamente reorganizarse, y durante esa jornada el ejército aliado se renovó con la llegada de numerosos refuerzos. El 18, se decidió la batalla. Las tropas sajonas abandonaron a Napoleón para unirse a los aliados, y llegaron las fuerzas de Bernadotte. Aquella no-

Página anterior, el príncipe de Schwarzenberg comunica la victoria a los monarcas aliados, tras la batalla de las naciones, en Leipzig (1813), en que vencieron los enemigos de Napoleón.



che empezó la desbandada francesa. Hubo escenas de caos. Napoleón y gran parte de sus fuerzas cruzaron el río Elster por el puente, pero éste fue volado prematuramente y muchos soldados se quedaron cercados en la ciudad. Los franceses, derrotados, huyeron en dirección oeste a través de Alemania.

El derrumbe del Imperio de Napoleón

Después de Leipzig, el Imperio napoleónico estaba en ruinas. A finales de octubre, unos 60.000 soldados franceses se abrieron paso en Hanau, a través de las fuerzas bávaras, para cruzar el Rhin. Toda Europa se apresuraba a unirse a los aliados. Los estados alemanes abandonaron a Napoleón; a mediados de noviembre Holanda se alzó en armas, y los italianos hicieron lo mismo. En España, la victoria anglo-española en Vitoria, el 21 de junio, obligó a las fuerzas napoleónicas a retirarse hacia Francia.

Con todo, los aliados prefirieron presentar condiciones de paz en vez de avanzar a través del Rhin y adentrarse en Francia. Otra vez fue Metternich el instigador de las propuestas y, como en el caso de las anteriores ofertas de Praga, hubo anbigüedades. A juzgar por la Declaración de Frankfurt, acordada por los aliados en noviembre, éstos parecían dispuestos a ofrecer a los franceses sus «fronteras naturales» de los Alpes y el Rhin, y dejar a Bélgica en poder de Francia, si bien ello no quedaba especificado con claridad.

En el verano, Metternich tenía ya sus dudas. Desde luego, esperaba que los acuerdos no abrumasen a Francia hasta el punto de trastornar por completo el equilibrio del poder en Europa, puesto que Austria temía a Rusia casi tanto como a Napoleón. Sin embargo, si Napoleón aceptaba negociaciones bajo los términos de Metternich, tenía buenos motivos para creer que le sería muy difícil conseguir cuanto quería a base de tratados, pues Inglaterra no estaba dispuesta a hacer concesiones generosas. Y si Napoleón rechazaba la oferta de negociar, siempre cabría afirmar que su avasalladora ambición había impedido a Francia aceptar la paz sobre la base de sus anteriores victorias revolucionarias.

Como tantas veces en 1813, Napoleón se mostraba inseguro en cuanto al camino que había de tomar. En diciembre respondió que accedía a las negociaciones en base a la oferta aliada. Sin embargo, para entonces esto ya no bastaba. El gobierno británico había manifestado con claridad que no pensaba aceptar una paz que legitimara la presencia de Francia en los Países Bajos. Además, el zar Alejandro ambicionaba invadir Francia.

La invasión de Francia

A finales de diciembre de 1813, los aliados iniciaron la travesía del Rhin para invadir Francia. Napoleón intentó desesperadamente organizar un ejército con el que hacerles frente, reclutando a todos los hombres que se hubieran evadido de las levas anteriores y llamando a los reclutas de 1815. En dieciocho meses había perdido cientos de miles de combatientes, y muchos de los veteranos que todavía empuñaban las armas estaban aislados en fortalezas diseminadas a lo largo de Alemania. Parecía que lo único que podía salvar a Napoleón en aquellos momentos

fuese el entusiasmo popular y una explosión de fervor nacionalista como los que se produjeron al iniciarse las guerras revolucionarias. Pero el pueblo francés había sufrido demasiado en los últimos cinco años para defender con pasión a un gobernante cada vez más arbitrario. En enero de 1814, a pesar de sus esfuerzos, Napoleón sólo pudo reunir a 60.000 hombres para hacer frente a los invasores.

La invasión aliada se realizó con un despliegue impresionante de fuerza. En primer lugar, los prusianos mandados por Blücher cruzaron el Rhin para penetrar por el noreste de Francia; el segundo ejército, a las órdenes de Schwarzenberg, violó la neutralidad de Suiza para invadir Francia más al sur; las fuerzas de Bernadotte avanzaban desde los Países Bajos, y en el sur, el ejército de Wellington proseguía su ofensiva.

Napoleón concentró primero sus esfuerzos contra el ejército de Blücher y después se revolvió contra Schwarzenberg. Por las causas ya apuntadas, Napoleón mandaba un ejército maniobrable, y en estos momentos críticos su capacidad militar rayó a la máxima altura. El 29 de junio atacó a los prusianos de Blücher en Brienne y los derrotó, pero tres días más tarde, el 1 de febrero, sufrió un revés en La Rothière y perdió muchos hombres. Resultó que en aquella localidad los aliados disponían de fuerzas excesivas, pues el ejército de Blücher se había unido a otras fuerzas provenientes del sur.

Después de esta batalla, Blücher avanzó rápidamente en territorio francés, pero cometió el error de distribuir su ejército a lo largo del valle del Marne. Napoleón aprovechó plenamente esta circunstancia y, en una serie de encuentros en las dos primeras semanas de febrero, infligió varias derrotas a las fuerzas prusianas. Seguidamente, atacó sin perder tiempo a Schwarzenberg y obligó al ejército enemigo a retirarse, tras diversos combates que culminaron en el del 18 de febrero. En menos de tres semanas, y con fuerzas muy inferiores en número, Napoleón había logrado asestar un golpe tras otro a los ejércitos aliados. Schwarzenberg estaba dispuesto a ordenar una retirada general, pero los británicos y los rusos no se amedrentaron por los reveses militares.

Mientras los ejércitos chocaban en suelo francés en el mes de febrero, en Châtillon tenían lugar negociaciones entre Francia y los aliados, aunque nunca se entrevió alguna posibilidad de éxito. Al principio, Napoleón había otorgado a su emisario Caulaincourt poderes para pactar cualquier paz posible, pero sus victorias a principios de febrero le impidieron aceptar incluso las mejores condiciones que los aliados estaban entonces dispuestos a ofrecer. En realidad, con sus ejércitos ya en Francia, los aliados estaban decididos a conceder pocas ventajas al emperador, y pretendían ahora que Francia se limitase a sus fronteras anteriores a la Revolución. La dirección de la negociación aliada fue asumida por lord Castlereagh, el ministro británico de Asuntos Exteriores. El 1 de marzo de 1814 los aliados firmaron el Tratado de Chaumont, por el que Gran Bretaña, Austria, Rusia y Prusia se comprometían a luchar para imponer a Francia sus fronteras anteriores a la Revolución, y a no firmar ninguna paz por separado mientras Napoleón se negase a aceptar tal condición. Gran Bretaña accedía a apoyar económicamente a las demás potencias mientras continuara la guerra y, aparte de compartir la carga de las operaciones militares, prometió añadir una cantidad adicional de cinco millones de libras anuales a dividir entre las otras tres potencias. Los aliados establecieron otros acuerdos referentes a la distribución territorial de la posguerra: Holanda y Bélgica deberían unirse bajo una monarquía,



Gebhard Leberecht von Blücher, general prusiano que ayudó a derrotar a Napoleón en Leipzig y condujo sus tropas hasta París, en 1814. Su intervención en la batalla de Waterloo fue decisiva para la derrota de las fuerzas francesas. (Wellington Museum, Apsley House, Londres.)

Página anterior, Napoleón cruzando el Rhin en 1812, perseguido por los aliados.



Italia sería dividida, y la independencia y la neutralidad de Suiza garantizadas.

Después de Chaumont, quedó bien claro que no habría retrocesos. El 7 y el 9 de marzo, el incansable Blücher, que en ningún momento había tenido las dudas de Schwarzenberg en cuanto a la necesidad de aplastar a Napoleón en Francia, entabló violentas batallas con el ejército francés en Craonne y Laon, y aunque no pudo apuntarse ninguna victoria rotunda, la superioriddad numérica de los aliados era tal que Napoleón poco podía hacer. Tomó Reims, pero en la batalla de Arcis-sur-Aube, el 20 y el 21 de marzo, se encontró con un enemigo cuyos efectivos triplicaban los suyos. No obstante, seguía pensando en el ataque y planeó un movimiento contra las líneas aliadas de comunicación, pero los aliados se apoderaron de una carta en la que se hablaba de este plan y decidieron marchar sobre París e ignorar al ejército napoleónico. El 17 de marzo Napoleón había hecho un último esfuerzo para conseguir una paz negociada, enviando nuevas instrucciones a Caulaincourt. Aunque se mostraba mucho más dispuesto a aceptar las exigencias de los aliados, éstos se encontraban ya en condiciones de imponer su paz. No juzgaban ya necesario dar la menor satisfacción a Napoleón, y por tanto el gesto de éste fue ignorado.

Al acercarse los aliados rápidamente a París, la emperatriz María Luisa y el hijo de Napoleón abandonaron la capital. El día 30 hubo combates en las afueras, ya que los mariscales Marmont y Mortier trataban de defender la capital con menos de 30.000 hombres contra una fuerza asaltante rayana en los 200.000. Aunque también Napoleón avanzaba a marchas forzadas hacia París, nada podía hacerse ya para salvar la capital y el 31 de marzo el zar Alejandro y el rey Federico Guillermo de Prusia hicieron su entrada en París.

Abdicación y exilio de Napoleón

Napoleón había estado dispuesto a promover más muertes y destrucciones con tal de salvar su posición, pero prevaleció la opinión de hombres más razonables. Talleyrand deseaba proteger a Francia, no a Napoleón, y convenció al zar Alejandro de que la política más recomendable sería la de proceder a la restauración de los Borbones. El Senado francés se reunió a principios de abril y en seguida estableció un gobierno provisional y anunció la destitución del emperador. El 6 de abril, tras rogárselo varios de sus mariscales, Napoleón firmó su acta de abdicación. Sus esfuerzos para que se reconociera a su hijo como emperador no dieron resultado.

El destino de Napoleón fue decidido formalmente por el Tratado de Fontainebleau, firmado el 11 de abril. Por él, Napoleón renunciaba al trono de Francia. En adelante, sería únicamente «emperador de la isla de Elba» y se le otorgarían dos millones de francos anuales. A la emperatriz María Luisa le fueron concedidas Parma y Piacenza, en Italia, y a Josefina una anualidad de un millón de francos. La decisión no puede calificarse de dura, aunque para Napoleón la caída fue vertiginosa y el 12 de abril intentó vanamente suicidarse ingiriendo un veneno.





El día 20, el gobernador de Elba partió hacia la isla, tras recibir la emocionada despedida de su Guardia. Su viaje fue ignominioso y en algún momento el temible emperador tuvo que disfrazarse con un uniforme austríaco. Llegó a Elba a bordo de una fragata británica, el 4 de mayo, un día después de la llegada de Luis XVIII a París.

Luis XVIII

El nuevo monarca se encontró con los problemas inmediatos derivados de la firma de un tratado de paz con los aliados y el establecimiento de un nuevo gobierno con él como rey. El Tratado de París fue firmado el 30 de mayo de 1814. A Francia le fueron restablecidas sus fronteras de 1792 y devueltas la mayor parte de sus colonias. Por su parte, reconoció la independencia de los estados alemanes e italianos, la de los Países Bajos y la de Suiza. Aunque los aliados habían acordado otros principios, se resolvió que los detalles definitivos serían decididos en un congreso, en Viena.

En un esfuerzo encaminado a restablecer un gobierno aceptable para un país que había pasado por la Revolución y por el mando de Napoleón, Luis XVIII introdujo características liberales en su régimen real. La Carta que promulgó en junio prometía en principio un gobierno representativo (con dos cámaras, una hereditaria y la otra electa), libertad de prensa y mantenimiento de las reformas agrarias de la Revolución. Sin embargo, en la práctica muchos consideraron que Luis XVIII había aprendido muy poco de la Revolución y de la muerte de su hermano, Luis XVI. El pueblo francés temía que las libertades conseguidas se erosionasen gradualmente, y por otra parte, como gesto de importancia para el poder inmediato de Luis, éste también disgustó al ejército al prodigar más favores a los antiguos cortesanos que a los veteranos napoleónicos. Difícilmente cabía esperar que una Francia que había presenciado las impresionantes reformas de la Revolución y la gloria imperial de Napoleón acogiera con entusiasmo el mediocre gobierno de Luis XVIII.

El Congreso de Viena

Mientras Francia trataba de acostumbrarse a las reducciones que le habían sido impuestas, los victoriosos aliados se reunieron en Viena para decidir el futuro de Europa. En este famoso Congreso, que duró desde el otoño de 1814 hasta junio de 1815, hubo representantes de toda Europa, pero la dirección la ejercieron Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. El zar Alejandro acudió en persona para representar a Rusia, Castlereagh actuó en nombre de Gran Bretaña, Hardenberg y Wilhelm von Humboldt en el de Prusia, y Metternich en el de Austria. Dados los

Arriba, Congreso de Viena, en septiembre de 1814, donde se restableció el statu quo *de Europa. (Kungl Bibliothek, Estocolmo.)*

Izquierda, Luis XVIII, rey de Francia (de 1814 a 1824), hermano de Luis XVI. Fue restituido en el trono por los aliados en 1814, pero tuvo que abdicar en 1915, al fugarse Napoleón de su exilio en Elba. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Página anterior, entrada de las tropas aliadas en París, en marzo de 1814.





motivos del Congreso, fue notable el hecho de que Talleyrand, que fue a Viena en representación de Francia, ejerciera una influencia considerable en la marcha de las discusiones. Ello se explica en parte por las disensiones existentes entre las potencias victoriosas. El acuerdo territorial definitivo, firmado en junio de 1815, siguió las líneas ya trazadas previamente en los pactos de las potencias aliadas mientras sus ejércitos avanzaban contra Napoleón.

Prusia obtuvo gran parte de Sajonia junto con territorios junto al Rhin. El hecho de que otra parte de Sajonia sobreviviera, aunque precariamente, de debió a los vigorosos esfuerzos de Gran Bretaña, Austria y Talleyrand. Alemania, aparte de Austria y Prusia, fue organizada como Confederación Germánica de 39 estados y ciudades, los cuales gobernaban sus asuntos interiores pero cedían a la Confederación ciertos poderes para los asuntos exteriores. Aunque el zar Alejandro no obtuvo cuanto pedía, gran parte de Polonia quedó bajo control ruso. Holanda y Bélgica se unieron como reino de los Países Bajos, con la Casa de Orange en el trono, y Suiza permaneció como Confederación de cantones. Italia se mantuvo como un mosaico de estados independientes, y Venecia y Lombardía fueron entregadas a Austria.

Napoleón había sido derrotado, pero su acción sobre Europa se dejó sentir en la paz de 1815.

A finales de 1814 y principios de 1815, la situación en Francia y en Europa se presentó extremadamente favorable para el exiliado Napoleón. En Francia, Luis XVIII poco había hecho para granjearse la estimación del pueblo francés y eran muchos los que pensaban con nostalgia en los tiempos pasados. En Viena, los aliados disentían, y el espectro de la guerra se dibujaba en el horizonte. Las mayores discusiones habían tenido lugar sobre la cuestión de Sajonia, pero también el caso de Polonia había cavado un profundo foso entre las potencias victoriosas. Prusia esperaba anexionarse toda Sajonia, en tanto que Rusia codiciaba Polonia, y a finales de 1814 sus esfuerzos por imponer al Congreso sus exigencias territoriales unieron a Gran Bretaña y Austria e inclinaron a estos dos países a establecer unas relaciones más estrechas con los vencidos franceses. En los primeros días de enero de 1815, Gran Bretaña, Austria y Francia firmaron un tratado secreto por el que se comprometían a resistir las demandas prusianas y rusas. Los síntomas de descontento en Francia y de tensión en Europa eran atentamente observados por Napoleón desde su reducto en la isla de Elba.

En el Congreso de Viena de 1814-1815 debía conseguirse una reorganización de la situación europea. El emperador Francisco I recibe en Viena al zar Alejandro I y al rey de Prusia.

Los Cien Días

Desde su llegada a Elba, Napoleón se había mostrado poco amigo de sumirse en un apacible retiro y recorría la pequeña isla como si fuese un imperio en miniatura, aunque no tenía emperatriz. María Luisa no volvería a reunirse con él junto con su hijo. En Elba, Napoleón recibía información proveniente del continente europeo y estaba al corriente de las dificultades existentes en Francia y en Viena. Por otra parte, le asistía la razón al quejarse de que Luis XVIII no había pagado la anualidad acordada, aunque desde luego no iba a ser éste el motivo que le impulsara a la dramática reaparición.

El 26 de febrero de 1815, Napoleón zarpó rumbo a Francia. Tenía junto a él menos de un millar de hombres, pero poseía la confianza de quien había gobernado a Europa. El 1 de marzo, después de burlar la vigilancia británica, desembarcó en el continente. El éxito de su empresa fue dudoso hasta que llegó a Grenoble, donde fue recibido con entusiasmo. A partir de entonces, encontró apoyo por doquier y renació en él su deseo de medirse de nuevo con las potencias europeas combinadas. El 20 de marzo entró en París y tomó el mando de la capital. El rey había huido.

Las noticias del desembarco de Napoleón habían llegado a Viena el 7 de marzo y los aliados actuaron con presteza. Napoleón fue declarado «fuera de la ley» y el 25 de marzo las cuatro grandes potencias firmaron una alianza por la que se comprometían a luchar hasta que su antiguo enemigo fuese totalmente destruido. Con esta rápida movilización aliada en su contra, Napoleón comprendió que su principal esperanza radicaba en presentarse como el «liberador del pueblo francés», y para reunir la nación francesa tras de sí, trató de crear una fachada liberal que nunca juzgó necesaria cuando dominaba Europa.

Así pues, más tarde, en abril, proclamó la llamada Ley Adicional, que anunciaba la introducción de reformas liberales, entre ellas dos cámaras, libertad de prensa y promesas de una época de libertad para los ciudadanos franceses. El plan estaba tan claramente dictado por la necesidad, que no suscitó entusiasmo popular alguno. En general, los intentos de Napoleón para estimular al pueblo francés durante los Cien Días, consiguieron escaso éxito. La realidad no eran las libertades prometidas, sino más bien la certeza de más guerra y más muertes. La ventaja de Napoleón consistía en que sus veteranos se encontraban ahora en Francia y no diseminados en guarniciones a través de Europa. Reunió un ejército de casi 250.000 hombres, y cuando maniobró para atacar a los aliados, utilizó la mitad de ellos como fuerzas de choque.

Un grave problema al que se enfrentaba Napoleón en la primavera de 1815 era la falta de aliados. Una posibilidad era Murat, rey de Nápoles, que anteriormente le había abandonado, pero Murat jugó su carta precipitadamente, en marzo, al tratar de alzar a los italianos contra los austríacos y, cuando Napoleón estuvo en condiciones de actuar, él ya había sido derrotado. Napoleón dependía únicamente del ejército que pudiese organizar en Francia y tenía la seguridad de que el enemigo le aventajaría considerablemente en número.

En Viena, los aliados planeaban la invasión de Francia, con tres ejércitos. Más de 250.000 austríacos, bávaros y rusos, mandados por Schwarzenberg, cruzarían el alto Rhin; más de 150.000 prusianos, bajo las órdenes de Blücher, atacarían a través del bajo Rhin, y Wellington mandaría a más de 100.000 británicos, hannoverianos, holandeses y belgas en los Países Bajos. Wellington había sustituido, a principios de año, a Castlereagh como representante británico en Viena, pero ahora desempeñaría un papel mucho más activo.

La batalla de Waterloo

Antes de que empezara a desarrollarse el plan general de ataque contra Francia, el curso de los acontecimientos fue precipitado por Napoleón, dispuesto a asestar sus golpes antes de que los aliados pudieran concentrarse y avanzar contra él. Su intención era tomar la ofensiva, derrotar a Wellington y a Blücher, y después presentar combate al principal ejército mandado por Schwarzenberg. Para conseguir el máximo efecto, tenía que atacar antes de que Wellington y Blücher combinaran sus fuerzas.

Napoleón salió de París el 12 de junio. Mandaba unos 125.000 hombres y sabía perfectamente que debía actuar con celeridad. Wellington tenía bajo sus órdenes 90.000 combatientes, entre británicos, alemanes, belgas y holandeses. Blücher mandaba alrededor de 125.000 prusianos, distribuidos a lo largo de los ríos Sambre y Mosa, con el flanco derecho centrado en Charleroi. Las fuerzas de Wellington se encontraban a la derecha de los prusianos, aunque también se concentraban tropas tan al norte como Bruselas. Se proponían combinar estas fuerzas para invadir Francia nuevamente, pero los franceses se les anticiparon. Los aliados

EL COLAPSO DEL IMPERIO FRANCÉS

Año	Política interior	Política exterior	Batallas
1808		Conferencia franco-rusa en Erfurt Invasión de España	Francia derrotada en Vimeiro
1809	El papa Pío VII apresado Napoleón es excomulgado	Tratado de Schönbrunn	Batallas de La Coruña y Talavera Los austríacos son derrotados en Wagram
1810	Medidas para fortalecer la dictadura del emperador Napoleón se casa con María Luisa Caída en desgracia de Fouché Publicación del Código penal	Paz con Suecia Anexión de Holanda Decreto de Trianon	
1811	Nacimiento del «Rey de Roma», heredero de Napoleón	Anexión de territorios alemanes del mar del Norte	Derrota del mariscal Masséna en Torres Vedras (Portugal)
1812	Anulación del Concordato El papa en Fontainebleau Segunda conspiración de Malet	Campaña rusa Retirada de Rusia	Smolensko, Borodino Incendio de Moscú Cruce del Beresina
1813	Concordato de Fontainebleau	Coalición general contra Francia José Bonaparte expulsado de España	Lützen y Bautzen Derrota francesa en Leipzig
1814	Caída y abdicación de Napoleón Luis XVIII, rey Declaración de Saint-Ouen	Campaña de Francia Congreso de Chatillon Tratado de Chaumont Congreso de Viena	Brienne, la Rothière, Monterau, Laôn, Arcis Rendición de París
1815	Napoleón regresa a Francia Luis XVIII huye y vuelve después de la abdicación de Napoleón y su posterior confinamiento en Santa Elena	Napoleón escapa de Elba Las tropas aliadas derrotan al ejército francés	Victorias francesas en Ligny y Quatre Bras Napoleón derrotado definitivamente en Waterloo

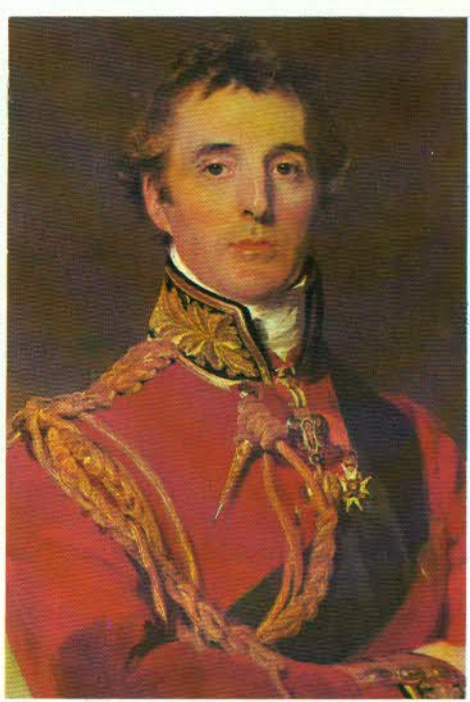
no se encontraban con líneas defensivas preparadas y en su intento de agruparse presentaban un frente muy vulnerable.

Los franceses cruzaron la frontera el 15 de junio. La primera fase prevista por Napoleón consistía en dividir a los aliados, derrotarlos y avanzar hacia Bruselas. Rápidamente, los franceses expulsaron a los prusianos de Charleroi y ocuparon la ciudad. Seguidamente, Napoleón avanzó con el grueso de su ejército a fin de embestir a los prusianos, mientras se ordenaba a Ney que maniobrase en dirección a las fuerzas de Wellington. Este último se movió con lentitud y sólo logró reunir parte de su ejército en Quatre Bras, pero Napoleón no consiguió la victoria total que esperaba. Los prusianos se habían concentrado en Ligny y Napoleón les obligó a abandonar este sector la tarde del día 16, tras encarnizada lucha. Por su parte, Ney consiguió también la retirada del ejército aliado en Quatre Bras, pero ni aquí ni en Ligny fueron los aliados perseguidos y aniquilados. Los prusianos se replegaron en suficiente buen orden como para mantener el contacto con las fuerzas de Wellington, dispuestos en todo momento a apoyarlo en caso necesario.

El ejército de Wellington se retiró hacia Bruselas y Napoleón, convencido de que había puesto fuera de combate a los prusianos, envió a Grouchy con 33.000 hombres para que los persiguiera en su retirada, mientras él se disponía a atacar a Wellington con 74.000 hombres. Había dividido su ejército, llevado por la errónea impresión de que los prusianos se estaban enemistando con los británicos.

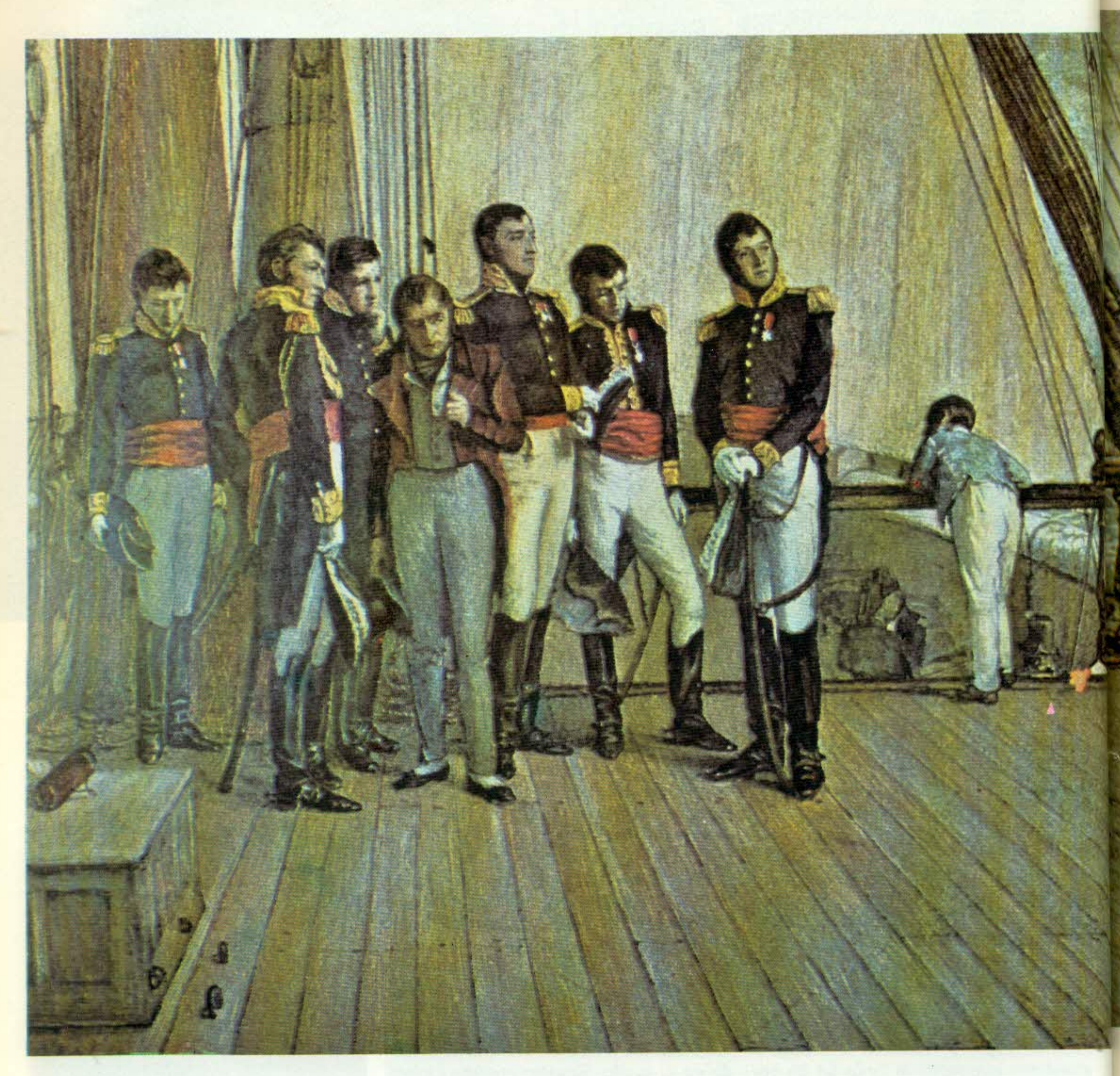
Napoleón estableció contacto con las tropas de Wellington la tarde del 17 de junio; estaban apostadas en Mont Saint-Jean, cerca de la aldea de Waterloo. Wellington contaba con la promesa de Blücher de que, si era necesario, los prusianos acudirían en su ayuda, y por su parte Napoleón confiaba en triunfar. Tenía 74.000 veteranos franceses contra el ejército políglota de Wellington, algo más reducido en número y notablemente inferior en caballería y artillería, y Napoleón creía que los prusianos no estaban ya en condiciones de tomar parte en la batalla. De hecho, esperaba que Grouchy, con sus 30.000 hombres, pudiera romper el contacto con los prusianos derrotados y acudir en su ayuda. Su único problema inmediato era el de que las copiosas lluvias habían dejado un terreno encharcado y fangoso, pero esperaba soslayar esta dificultad aplazando su ataque para la mañana del 18 de junio. Esta demora resultaría mucho más importante de lo que Napoleón pudo suponer.

Napoleón creía poder derrotar a Wellington con un ataque frontal directo, y finalmente hizo que sus tropas entraran en acción a las 11 de la mañana. Durante las cinco horas siguientes, su infantería atacó con extraordinaria bravura las líneas aliadas, pero con igual coraje las tropas aliadas mantuvieron sus posiciones. A las 4 de la tarde, Napoleón decidió emplear su caballería y las tropas británicas



Arriba, batalla de Waterloo, en junio de 1815. A pesar del agotamiento de Francia, después de veinte años de guerra, subsistía la popularidad de Napoleón, que aún pudo reunir un ejército de 75.000 hombres al volver de su exilio.

Abajo, El duque de Wellington *(1769-1852), pintado por sir Thomas Lawrence en 1814. (Wellington Museum, Apsley House, Londres.)*



asistieron al pavoroso espectáculo de las masas de jinetes franceses lanzados al galope contra ellas. Los cuadros de las fuerzas británicas resistieron y, aunque Ney reorganizó a sus hombres y añadió más caballería al ataque, no fue posible romper la resistencia.

De las 4 a las 6 de la tarde, se sucedieron ininterrumpidamente las cargas de los 15.000 hombres de la caballería francesa, pero en ningún momento logró ésta barrer a la infantería británica. A las 6 de la tarde, Napoleón se encontraba al borde del fracaso, pues los prusianos llegaban ya al campo de batalla (Grouchy, en cambio, no llegaría a hacer acto de presencia en él), y por último decidió lanzar la Guardia al ataque. La tradición y la bravura de estos veteranos no bastaron, y también fracasaron en sus intentos. Cuando las fuerzas de Wellington comenzaron sus avances, mientras los prusianos se incorporaban a la batalla, los franceses cedieron y emprendieron la huida. Entró entonces en acción la caballería aliada, que se lanzó en persecución de los fugitivos y la batalla terminó con la derrota completa de Napoleón. Las bajas fueron cuantiosas. Wellington perdió cerca de 15.000 hombres y los prusianos 7.000. Los franceses, en su desbandada, no pudieron calcular las bajas de su ejército, pero no cabe duda de que superaron en mucho a las de los aliados.

El último acto

Napoleón huyó del campo de batalla y llegó a París el día 21. Después de tantas muertes y de tanta tragedia, todavía habló de organizar un nuevo ejército y de proseguir ciegamente la lucha, como si los franceses no desearan otra cosa que verter su sangre en un intento desesperado para mantenerle a él y a su familia en la cumbre. Aleccionadas por Fouché, jefe de la policía, las Cámaras mantuvieron con firmeza sus derechos frente a la sugerencia napoleónica de que sólo una dictadura podía salvar al país. El 22 de junio, Napoleón abdicó nuevamente y proclamó emperador de Francia a su hijo, pero de



Napoleón a bordo del Bellerophon, *barco que le condujo a su exilio en la isla de Santa Elena, al sur del Atlántico.*

nada le sirvió, pues los prusianos entraron en París el 7 de julio y Luis XVIII llegó de nuevo a la capital al día siguiente.

Napoleón tenía la esperanza de refugiarse en América, pero el gobierno británico decidió confinarlo en Santa Elena, una isla lejana en el Atlántico Sur. En ella moriría el 5 de mayo de 1821. Su completo revés de fortuna contribuyó a forjar su leyenda, y en sus escritos y conversaciones él mismo trató de ofrecer explicaciones razonables de los innumerables avatares de su carrera.

Debido a Napoleón, Europa había experimentado cambios profundos. Algunos de ellos eran necesarios, pero las transformaciones tuvieron que pagar el precio de incalculables sufrimientos humanos. El aventurero corso halló su gloria en la guerra. Fue un genio militar, pero parte de su fuerza consistió en su propia obstinación y en el hecho de que la muerte no le repugnaba. De todos modos, Europa salió de su estática anterior. Los ejércitos franceses habían introducido numerosas reformas legales y gubernamentales, y otras muchas fueron inducidas por el propio deseo de unos estados europeos dispuestos a organizarse para resistir a Napoleón. En 1815, Europa trató de recuperar su estabilidad y restaurar formas de gobierno que estaban ya sentenciadas, aunque lo estaban debido mucho más a la Revolución francesa que a Napoleón.



EUROPA EN EL SIGLO XIX

Introducción



Cuando en 1815 Luis XVIII recuperó por segunda vez el trono para los Borbones, pareció que se cerraba un capítulo violento de la historia de Europa. Los franceses habían demostrado, una vez más, su orientación política con el entusiasmo hacia Napoleón Bonaparte con motivo de su fuga de Elba, en el mes de marzo de 1815, pero ahora éste se hallaba desterrado en Santa Elena, rodeado de la inmensidad del Atlántico Sur, de donde ya no podría escapar de nuevo. Por otra parte, los términos, muy moderados, de la paz que se firmó, parecieron promover una gran oportunidad para que el buen sentido prevaleciera tras veinte años de conflicto. Tales esperanzas se reforzaron con la disposición conciliatoria de Luis XVIII. Declarado rey «por la gracia de Dios», presentó a su pueblo una Carta real muy prudente, pues incluía los derechos civiles y el concepto de propiedad resultantes de la Revolución. El gobierno constitucional al estilo británico era ahora, en Francia, el objetivo a conseguir.

Con todo, los hechos eran de una claridad meridiana: el lema del Congreso de Viena fue la «legitimidad» y la necesidad de que ésta fuera asumida y respaldada por el pueblo. «El principio de legitimidad —escribió Talleyrand a Luis XVIII— tiene que ser interiorizado en el pueblo como algo sagrado, pues los gobiernos legítimos pueden por sí solos ser robustos y duraderos, mientras que los gobiernos ilegítimos, basados únicamente en la fuerza, se derrumban en el momento en que ésta les falla, y abren al pueblo unas expectativas revolucionarias, cuyo final es imprevisible.»

Fue sobre aquellas bases que nació el nuevo *status* de Europa. El ministro francés para Asuntos Exteriores, Talleyrand, deseaba restaurar el mapa de la Europa prerrevolucionaria y conseguir, para Francia, las condiciones más favorables: Metternich temía una nueva ola de revoluciones que en el futuro pudieran debilitar aún más el heterogéneo Imperio Habsburgo. Hardenberg, en Prusia, compartía esos temores. Alejandro I de Rusia, que alternaba medidas represivas con cierto liberalismo, buscaba una unión con sus colegas gobernantes «como miembros de una única nación cristiana», y se oponía a todo aquello que pudiera impedirlo. El objetivo prioritario de Castlereagh era restablecer un equilibrio de poder en una Europa desgarrada y destruida por la guerra, con el fin de que su imperio insular pudiera controlar las conquistas territoriales, muy dispersas, y evitar cualquier posible competencia a nivel europeo. Junto a la «legitimidad» estaban las «compensaciones» y en este asunto los británicos actuaron realmente bien. Dominaban los puntos geográficos estratégicos y los centros carboníferos, lo cual era esencial en vísperas de la era del vapor. Tanto en el plano industrial como en el político fue Gran Bretaña el país que, durante dos generaciones, asumió el pulso de Europa y del resto del mundo.

Desde la actualidad resulta fácil valorar lo falso de algunas de aquellas suposicioes y lo precario que fue el equilibrio surgido en 1815. Sin embargo, la Santa Alianza y las conferencias de los años posteriores a 1815 constituyeron un intento de crear un nuevo orden europeo. Esta tentativa tenía un propósito: la aniquilación en su raíz de los primeros síntomas de desorden. Las revoluciones fueron reprimidas por la fuerza, con rapidez y mediante intervención extranjera: en 1819 en Alemania, en 1821 en Italia, en 1823 en España; en Polonia y en muchos otros países en los años 1848-1849. En 1830, en 1848 y en 1870 se levantaron barricadas en París; y desde el principio hasta el final del período, el desorden y la violencia fueron endémicos en Rusia. Cuando Metternich abandonó Schwartzenberg, en 1848, su política aún siguió gobernando y de hecho, a excepción de 1827 en aguas griegas y en 1854 en Crimea, no hubo guerra en Europa. Los diplomáticos confiaban en el agotamiento del Viejo Continente, en el conservadurismo de una sociedad profundamente rural y en la fuerza militar. Y es que, a partir de las experiencias vividas, difícilmente podían pensar de otra manera. Su error fue ignorar las nuevas fuerzas sociales y económicas, el hecho de que el movimiento militar despertaba a nuevas ideas y se auspiciaba el desarrollo de los ferrocarriles, del telégrafo y de los servicios postales, la aparición en cada país de una clase media producto de la vida urbana, el comercio y las escuelas, factores que convergerían en la ruptura del modelo aristócratico. Se iniciaba la era de la internacionalización del comercio. Metternich era inteligente, astuto y realista, y carecía del misticismo de Alejandro. Hizo bien en reconocer el carácter frágil de la sociedad humana. Su ideal era limitado, pero a su manera noble. Trabajó arduamente para mantener el equilibrio de Europa y en 1824 escribió: «Europa ha adquirido la calidad de una nación».

Fue extraordinariamente afortunado en conseguir sostener su fortín restaurador hasta 1848, pero ignoró los tres elementos nuevos y subversivos que harían excitante y tenso el período comprendido entre la caída de Napoleón I y el auge de Bismarck: la revolución industrial y las fuerzas del nacionalismo y del socialismo.

Evidentemente, el impacto de la revolución industrial fue muy desigual. Europa, considerada en su totalidad, era aún rural: la servidumbre fue abolida en Francia en 1789 y en Prusia en 1807. Los efectos de la abolición fueron variados. Mientras en Europa occidental fueron características las pequeñas explotaciones agrícolas, en las tierras al este del río Elba apareció una clase agraria numerosa pero desprovista de tierras. Y en Rusia, en 1815, había todavía 16.000.000 de siervos, sólo en las propiedades de la corona. La servidumbre trajo agudos problemas a los zares, que tuvieron enormes dificultades para hallar una solución.

La revolución industrial nació en un mundo abrumadoramente rural. Alumbró primero en Gran Bretaña y se propagó luego por el oeste de Europa; pero tanto el capital como las compañías que utilizaban el vapor para el transporte terrestre o marítimo, en Francia o en Gran Bretaña, eran británicos. Entre 1830 y 1870 hubo en el mapa europeo una proliferación tal de vías férreas, que se asemejaba a una tela de araña; el carbón y la producción fabril experimentaron un gran auge debido al uso de la máquina de vapor. Gante y Bruselas, Lieja y Lille, Namur y el Ruhr, Manchester y Glasgow, se convirtieron en centros industriales productores de manufacturas textiles, metalurgia, carbón y acero.

Los resultados incidieron en el «boom» demográfico; la población británica se quintuplicó entre 1814 y 1914 y Londres creció de 875.000 habitantes a 2.000.000 desde 1800 a 1850, y a 5.000.000 en 1900; Colonia y París se duplicaron demográficamente en el mismo período; en 1800 habían 22 ciudades europeas con una población superior a los 100.000 habitantes; en 1850 eran 47. Se desarrollaron asimismo una serie de epidemias de cólera y de tifus que motivaron una campaña en pro de servicios de sanidad pública. El interés comercial creció apoyado en mercados mayores y más extensos (de aquí el énfasis en el Imperio británico y en la Unión de los Estados Germanos), incidiendo en la educación estatal y en la investigación científica, y fundamentando la proliferación de sociedades anónimas. En nada había sido Napoleón tan clarividente como con su código comercial, el cual fue adoptado en la mayor parte del occidente europeo. Indudablemente tuvo una mentalidad mucho más moderna que Metternich o Castlereagh.

Industrialmente, Gran Bretaña llevaba medio siglo de adelanto a Europa. Producía 10.000.000 de toneladas de carbón en 1800 y 56.000.000 de toneladas anuales hacia 1850. Esta realidad no tuvo lugar en Francia hasta los años del Segundo Imperio: la producción de carbón y de hierro se triplicó entre 1850 y 1870. Y es en 1871 cuando Alemania, ayudada por su victoria bélica, se distanció de Francia. A pesar de algunas apariencias, en 1871 el dominio británico ya había pasado de su punto álgido. Entre 1850 y 1910 la producción de hierro se triplicó en Gran Bretaña, aumentó seis veces en Francia, pero lo hizo veintiséis veces en Alemania.

En la agricultura operaban fuerzas similares, con el mejoramiento de las técnicas agrícolas, el abandono del sistema de barbecho, el uso de fertilizantes, la especialización de los cultivos y la mejora del ganado.

Tras todo aquel desarrollo habían capitales e inversiones, y no sólo en Londres, París y Amsterdam. Krupp constituye el caso típico de uno de los aspectos del crecimiento industrial. Lo que en 1826 era una firma de negocios casi en bancarrota, se convirtió en 1870 en un imperio enorme, monopolizador del acero, del bronce y de las armas, con un programa social con jubilaciones y despensas, creado sin presión sindical. Los cinco hermanos Rotschild, que procedían de los suburbios de Frankfurt, dirigían las casas bancarias de esta ciudad y también de Viena, Londres, París y Nápoles. En una época en que las transferencias de fondos a distancias tan largas eran peligrosas, ellos actuaban con unidad, rápidamente y sin interferencias. Invirtieron especialmente en ferrocarriles y en navieras, y llegaron a ser nombrados barones del Imperio austríaco, ayudando a Disraeli en el asunto de Suez, pero, a pesar de todo esto, jamás consiguieron hacer olvidar sus orígenes judíos.

Metternich tenía una visión aristocrática de Europa —visto al menos desde la perspectiva de los problemas actuales—. Pero su fracaso, así como el de la familia de los Habsburgo a la que servía, no se debió únicamente a la indiferencia hacia los asuntos económicos, sino también a la ignorancia de la fuerza emocional del nacionalismo. Lo mismo le ocurrió a la causa de la aristocracia. El inicio del siglo XIX presentaba el internacionalismo de ciertas costumbres debido a la existencia de una clase social cuyas maneras eran elegantes, cuya lengua era el francés y cuyas fideli-



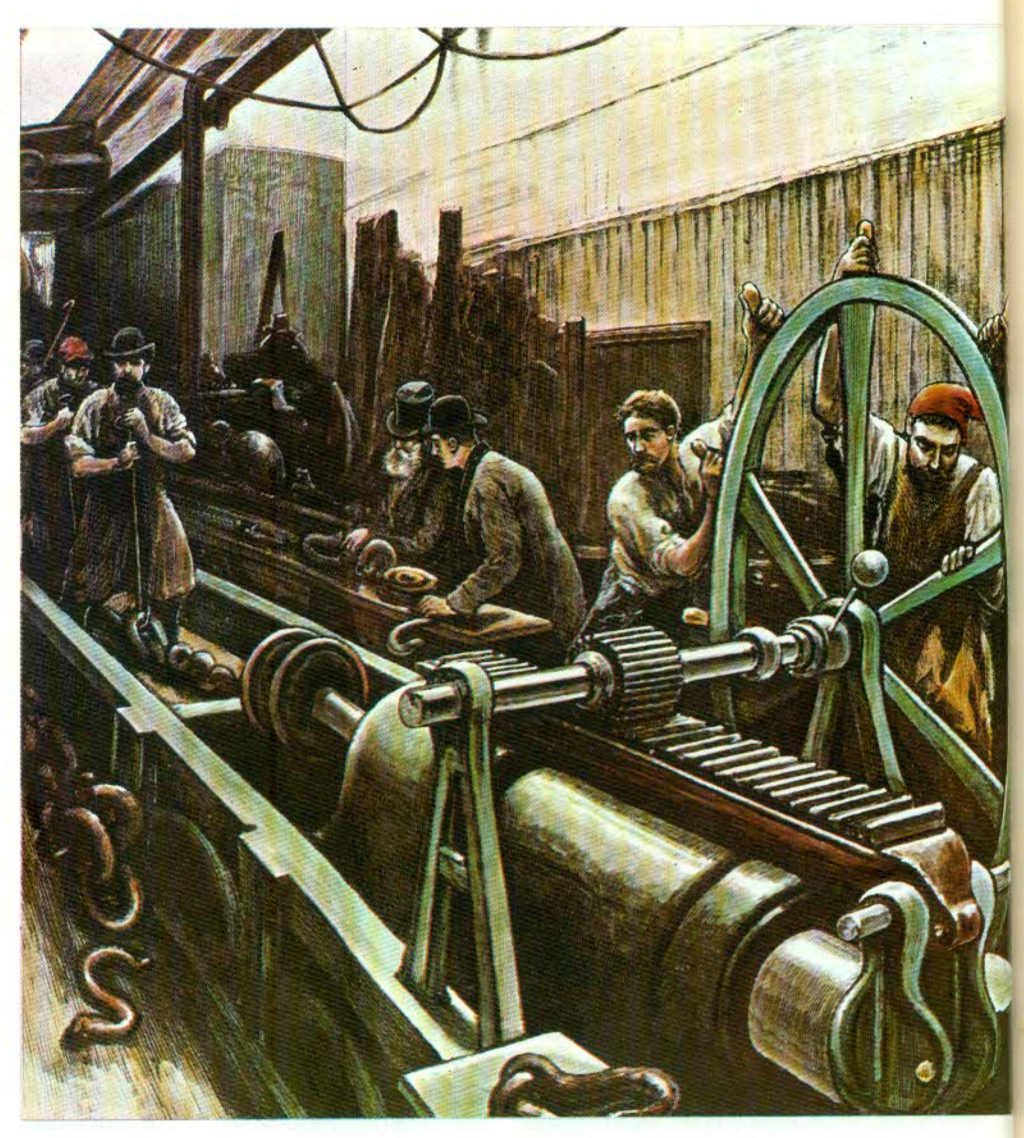
Almacenes londinenses; grabado de Gustavo Doré. A principios del siglo XIX la economía se basaba en la agricultura, pero al final, en Estados Unidos y Europa occidental, la industrialización había pasado a un primer plano, atrayendo a gran número de campesinos a las ciudades.

Página anterior, encuentro entre Alejandro I, Francisco I y Federico Guillermo III, los tres grandes enemigos de Napoleón, en una acuarela de Monsfeld y Klein.

dades se referían más a un soberano que al territorio o a la nación. El canciller del Imperio germano, Hohenlohe, tenía en 1894 un hermano que era oficial del emperador José de Austria, otro en servicio en Prusia, e incluso uno en la corte papal, en Roma. Predominaban las fidelidades de carácter personal. El surgimiento de la burguesía significó la aparición del nacionalismo. El honor adquirió naturaleza nacional y las naciones comenzaron a considerar las ofensas como motivos para satisfacer unos retos que, hasta entonces, se habían considerado puramente personales. Más adelante el nacionalismo pasó, de ser una fuerza romántica y cultural, a la manera de Chateaubriand y Mazzini, a convertirse en duro, violento y militar –influenciado por el darwinismo social–. En 1870, con la guerra francoprusiana, el concepto nacional se devaluó y radicalizó. Los símbolos nacionales cobraron auge, incluso en Gran Bretaña y Estados Unidos, pero no había dudas acerca de su poder emocional. La fidelidad ya no se dirigía al rey o al señor, a la clase o al credo, sino a la República, una e indivisible. Ésta se convirtió en sinónimo de nociones tales como «derechos del hombre» y «éxito en la vida». Asimismo, tenía que ser defendida por todos los ciudadanos, no sólo por una clase de soldados especializados. Tal conjunto de ideas se expandieron por doquier. Bélgica conquistó su independencia en 1830; Italia luchaba por ser algo más que una «expresión geográfica». Cada parte constitutiva del Imperio austríaco luchaba por su autodeterminación, y los poetas y los historiadores mantenían encendidas las chispas de la independencia en Praga y Budapest, Belgrado y Atenas. Con la independencia de Grecia el mapa de los Balcanes se convirtió en un rompecabezas de fronteras cambiantes. Y más allá del nacionalismo estaba el imperialismo y la realidad del Imperio británico. En 1870, con el canal de Suez abierto, en vía expedita hacia la India, se iniciaba una etapa imperial. Sin embargo, al menos en Europa, la fuerza más importante que emergió fue el socialismo. Antes de que pasara mucho tiempo una nueva clase social competiría con la burguesía por la fidelidad y la lealtad a la nación.

A casi 4.000 kilómetros de distancia, en la otra orilla del Atlántico, acontecían hechos similares. Estados Unidos tardó sesenta años del siglo XIX en establecer su propio carácter nacional, definiendo así sus propias y particulares características nacionales, que le distinguían de aquellas naciones europeas que lo poblaron en sus orígenes.

Consolidada por la doctrina Monroe (1823) su pretensión de poseer una esfera de influencia propia, Estados Unidos ignoró los acontecimientos de Europa, centrándose en la idea de establecer sus posesiones agresivamente, cada vez más al oeste.

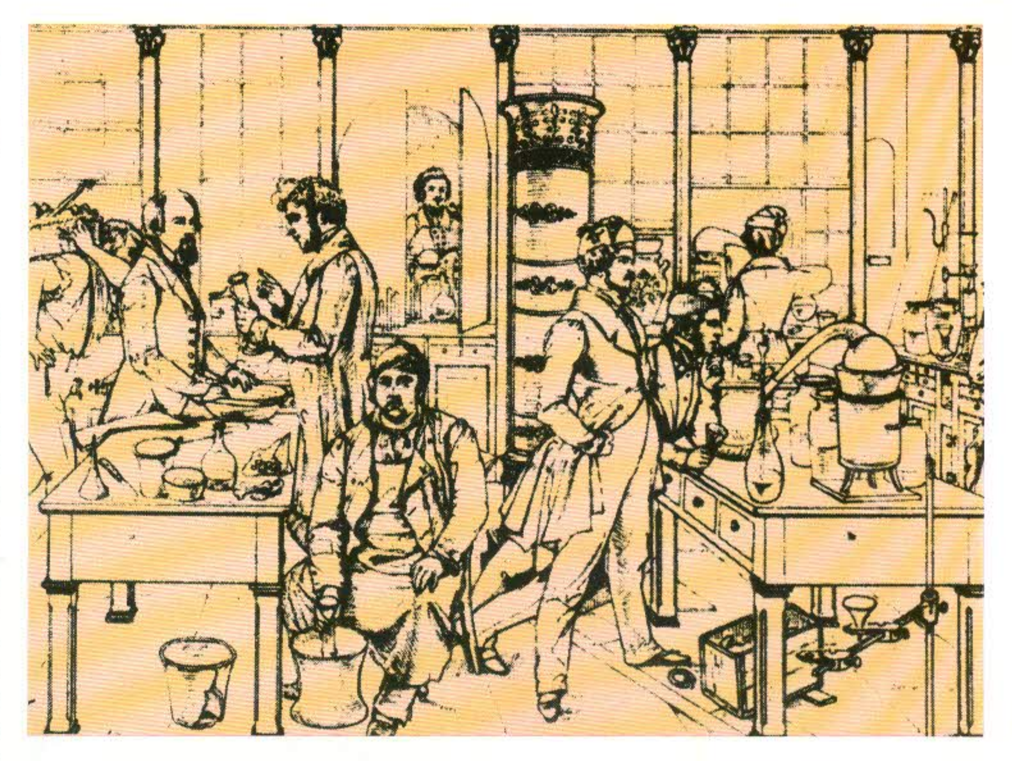


El segundo gran problema geopolítico inherente a la consolidación de Estado Unidos quedó también resuelto en el último tercio del siglo. Fue el conflicto de la esclavitud, entre el Norte, rápidamente industrializado y densamente poblado, y el Sur, agrícola y con escasa población. La guerra civil fue amarga y sangrienta, pero una vez que los ejércitos se retiraron del campo de batalla, la reconciliación de la nación fue rápida, exceptuando ciertas actitudes nostálgicas.

Estados Unidos perfilaba lentamente su realidad de nuevo poder mundial, cuya capacidad política y económica, en ascenso, no podía ser ignorada por más tiempo por la mayor parte de las naciones europeas. Éstas alcanzaron aún la cima de su poder, entre 1870 y 1914, pero poco después, casi sigilosamente, Estados Unidos las iría desplazando hacia un segundo plano mundial.



La nueva Europa



Una persona nacida en 1815 podía confiar razonablemente en vivir hasta 1870. Quienes vivieron ese ciclo, presenciaron más cambios políticos, económicos y sociales que en cualquier otro período histórico. Mientras la Europa de 1870 era en general moderna, la de de 1815 era todavía medieval en muchos aspectos. Después de más de veinte años de guerra, revolución y destrucción, el viejo orden fue restaurado por la victoria de Waterloo, aplazándose temporalmente la culminación de los cambios que impactaron la estructura de la sociedad europea en 1789. Excepto en Francia, las estructuras de las propiedades agrícolas apenas habían variado, y el suelo se cultivaba aún con tantas dificultades como hacía siglos. Pero la continuidad con el pasado era sólo superficial. Desde 1830 en adelante el progreso científico y el cambio social se aceleraron espectacularmente. El desarrollo de la industria, del comercio y de los negocios trajo una nueva gran riqueza a Europa occidental, pero simultáneamente produjo la aparición de una clase obrera con expectativas de cambio y una radical protesta intelectual que, a la larga, romperían el viejo orden tan cuidadosamente reconstruido en 1815. La revolución duradera sería de tipo económico, y no político; y su lugar de origen Inglaterra y no Francia.

En los inicios del siglo XIX Europa era esencialmente agraria y, como en todas las sociedades agrícolas, la vida social estaba directamente vinculada al éxito de las cosechas. La falta de excedentes dificultaba seriamente el desarrollo económico: las crisis ocasionadas por las condiciones atmosféricas y por unos inadecuados sistemas de transporte y organización comercial, fueron seguidas, al finalizar las guerras, por un largo período de descenso en los precios, todo lo cual no proporcionó estímulo para el progreso. Salvo excepciones, las técnicas agrícolas permacecieron atrasadas. Los grandes terratenientes aristocráticos, que no se interesaban por los procesos agrícolas, se contentaban con extraer las rentas de sus arrendatarios y con valorar sus propiedades según el *status* social y el poder político que aquéllas conferían. Los pequeños propietarios agrícolas, aun en el caso de que hubieran deseado experimentar cambios, raramente disponían del capital necesario para hacerlo.

En la mayor parte de Europa se seguían utilizando los métodos de cultivo de la Edad Media. A causa de la escasez de fertilizantes cada tres años la tierra tenía que dejarse en barbecho durante un año, y parte de ella permanecía sin cultivar: la simiente era esparcida a mano; la siega se realizaba con guadaña y la trilla mediante mayal. Las producciones de los cultivos eran bajas, y los animales desnutridos, abandonados a su suerte en abruptos prados. La ausencia de vías de comunicación desarrolladas y de medios para almacenar alimentos obligaba a cada país –y, a menudo, a cada localidad– a autoabastecerse en todo lo posible. Sólo existía un importante tráfico exterior con unos cuantos alimentos de lujo: especias, azúcar, café y té.

Con todo, la primera mitad del siglo XIX contemplaría progresos agrícolas imprevistos, estimulados por unas poblaciones demográficamente crecientes y por la progresiva demanda de alimentos. El cambio empezó en Inglaterra en el siglo anterior, en donde algunos terratenientes habían cercado propiedades dispersas, convirtiéndolas en compactas granjas agrícolas, introduciendo nuevos sistemas rotativos basados en el empleo de cultivos esenciales, e incrementado el tamaño y el peso de los animales mediante una cría selectiva. Estas prácticas se extendieron durante las guerras napoleónicas y permitieron a Gran Bretaña no sólo sobrevivir al bloqueo francés, sino también alimentar a una población que se había triplicado, de 6.000.000 a 18.000.000, entre 1750 y 1850.

Justus von Liebig (1803-1873), investigador alemán, inventor de los abonos químicos y de los extractos de carne.

Página anterior, arriba, cadena de montaje de los astilleros de Chatham, en la Inglaterra del siglo XIX.

Página anterior, abajo, horno de cerámica en la Universidad Industrial de Barcelona, según un dibujo de Josep Aragay.



En la década de 1840-1850 los arados y las trilladoras reemplazaron la labor del hombre; el estiércol y los fertilizantes artificiales (descubiertos por el químico alemán Liebig) enriquecieron el suelo aumentando las cosechas, mientras que el drenaje de abundantes terrenos arcillosos, posibilitado por la producción masiva de canales impermeables, permitió ampliar la extensión de los cultivos. Estos cambios supusieron una ruptura fundamental con el pasado y un concepto nuevo del terrateniente, interesado ahora más por el beneficio que por el placer.

Fuera de Inglaterra, había en Europa dos tipos de agricultura. En Francia, Países Bajos, Suiza y norte de Italia, la supresión de la servidumbre feudal emancipó a los campesinos, pero surgió un modelo de pequeña y mediana propiedad agrícola, económicamente incapaz de incorporar los adelantos de las nuevas y costosas técnicas agrícolas. En otras partes de Europa permanecían las enormes propiedades señoriales. En el sur de Italia, la aristocracia terrateniente practicaba el absentismo, dejando la dirección de sus propiedades a administradores que las arrendaban a campesinos que tenían que pagar unas rentas a menudo exorbitantes. Los señores feudales españoles también arrendaron sus tierras, aunque siempre coaccionados por la Mesta, la poderosa asociación castellana de ovejeros que monopolizaba extensas áreas territoriales para el pastoreo, y que se oponía al desarrollo de la agricultura.

En Prusia y en Europa oriental, las reformas napoleónicas fueron abolidas después de Waterloo, y los campesinos que habían adquirido tierras fueron obligados a devolver parte de ellas. Sin embargo, en algunas zonas prusianas se desarrollaron técnicas agrícolas, en contraste con las condiciones medievales que prevalecían aún en Rusia. Aquí, la tierra la poseían en su totalidad la corona y la nobleza. Los terratenientes se reservaban una parte para su uso personal y cedían el resto a los siervos, en pequeñas parcelas, a cambio de pagos y de obligaciones de muy

variada índole. Si Rusia era el mayor exportador de trigo de Europa, ello era a expensas de una población que vivía permanentemente a un nivel de miseria. Este contraste entre la Europa oriental y la occidental, resultante de los diversos sistemas de propiedad de la tierra, desembocó en unas nítidas divisiones económicas que estuvieron perviviendo hasta tiempos recientes.

La Europa industrial

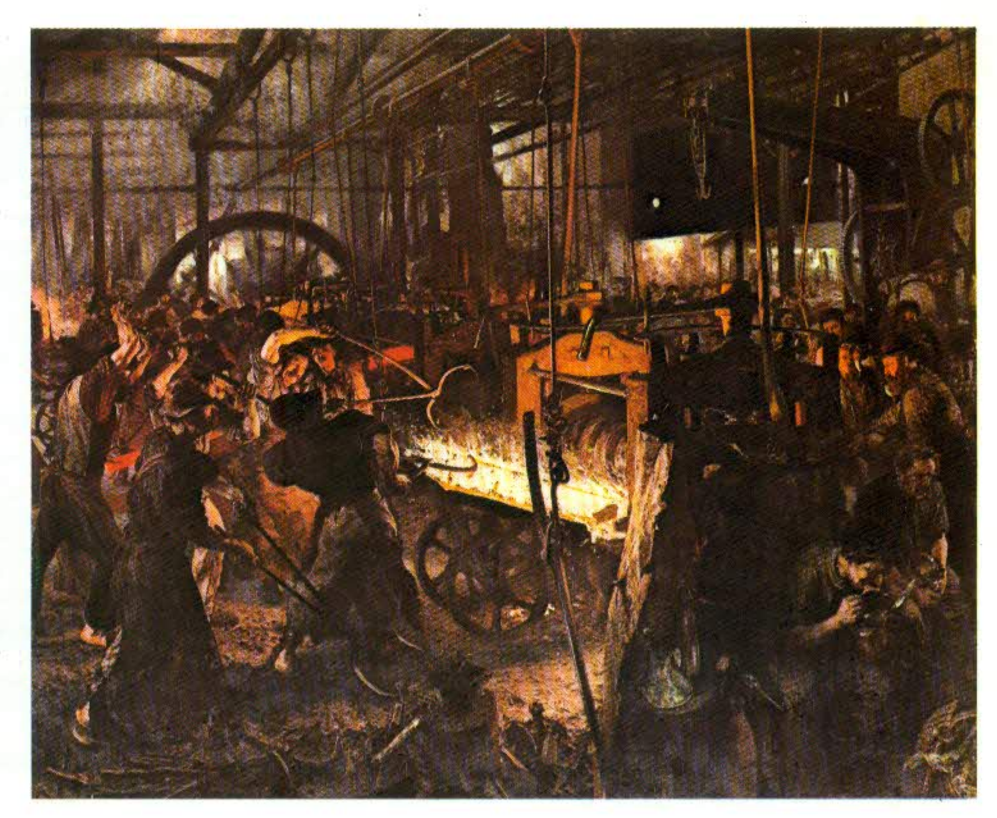
La Europa nueva —la Europa del maquinismo y de las fábricas, de los ferrocarriles y de los motores a vapor— era apenas intuible en 1815. Los cambios eran visibles claramente sólo en Gran Bretaña, en donde la industrialización creció con ritmo incesante desde mediados del siglo XVIII. En ese país, una pequeña parte de la población respondió a la enorme demanda de ultramar con la mecanización textil, luego con la de la producción de hierro y acero, y finalmente con el desarrollo del motor en sus diversas aplicaciones. La revolución industrial comenzó en Gran Bretaña a causa de una particular combinación de circunstancias —económicas, sociales y políticas— que no se dieron entonces en otros lugares. Los hechos concretos fueron los descubrimientos de Hargreaves (la tejedora «Jenny») y de Arkwright (el primer telar mecánico), de Watt (el motor a vapor), de Cort (un proceso para purificar el hierro) y otros que no sólo convirtieron a Inglaterra en la nación más poderosa del mundo, sino que sirvieron fundamentalmente para iniciar una revolución tecnológica cuyas consecuencias todavía persisten.

Gran Bretaña poseía también ciertos elementos naturales que favorecieron su temprana industrialización: hierro y carbón en grandes cantidades y de fácil extracción, una industria textil firmemente establecida, un amplio mercado colonial para sus mercancías, un desarrollado sistema bancario y una estructura política que fomentaba la iniciativa individual. En los años anteriores a 1830, la industrialización francesa hizo lentos progresos, frenada por unas comunicaciones pobres, por unas arcaicas instituciones bancarias y por la persistencia de unas políticas proteccionistas que impedían el progreso. La velocidad del cambio se aceleró notablemente tras la ascensión al trono de Luis Felipe: la industria del hierro se desarrolló con las ideas de expertos como Schneider, en Creusot, y Wendel, los «patrones» del hierro, en la Lorena; el número de motores a vapor en funcionamiento se duplicó en el transcurso de seis años, mientras que los telares mecánicos aumentaron su número siete veces en Alsacia y Normandía, entre 1830 y 1848.

En Alemania, el despegue, o *take-off*, de la industrialización fue más lento. En 1830 el Ruhr era todavía una región predominantemente agrícola, y Krupp, el futuro gran fabricante de armas, empleaba únicamente nueve obreros; centros industriales similares se encontraban en las cercanías de las tierras férricas de Sajonia, El Sarre, Silesia septentrional y Bohemia. Hacia 1840 se intensificó la explotación de los terrenos carboníferos, y el uso de la fuerza del vapor indica, en estas zonas, cuáles fueron los verdaderos comienzos del avance tecnológico en aquella nación. En Bélgica el dinero de la aristocracia comenzó entonces a estimular las industrias pesadas en los valles del Mosa y del Sambre.

En otras partes de Europa había aún escasos signos de progreso industrial. Algunas ciudades italianas eran famosas, como en los siglos anteriores, por su artesanía de la seda, de la piel y de los metales preciosos, pero estas eran empresas como en tiempos medievales. Aquí, al igual que en Alemania y en otros estados europeos, el desarrollo del tráfico comercial fue dificultado por las divisiones políticas y por la pervivencia de monopolios locales controlados por los gremios y corporaciones municipales.

A pesar de tales impedimentos, es probable que el volumen total de la producción industrial europea se duplicara entre 1815 y 1848. Sin embargo, el desarrollo

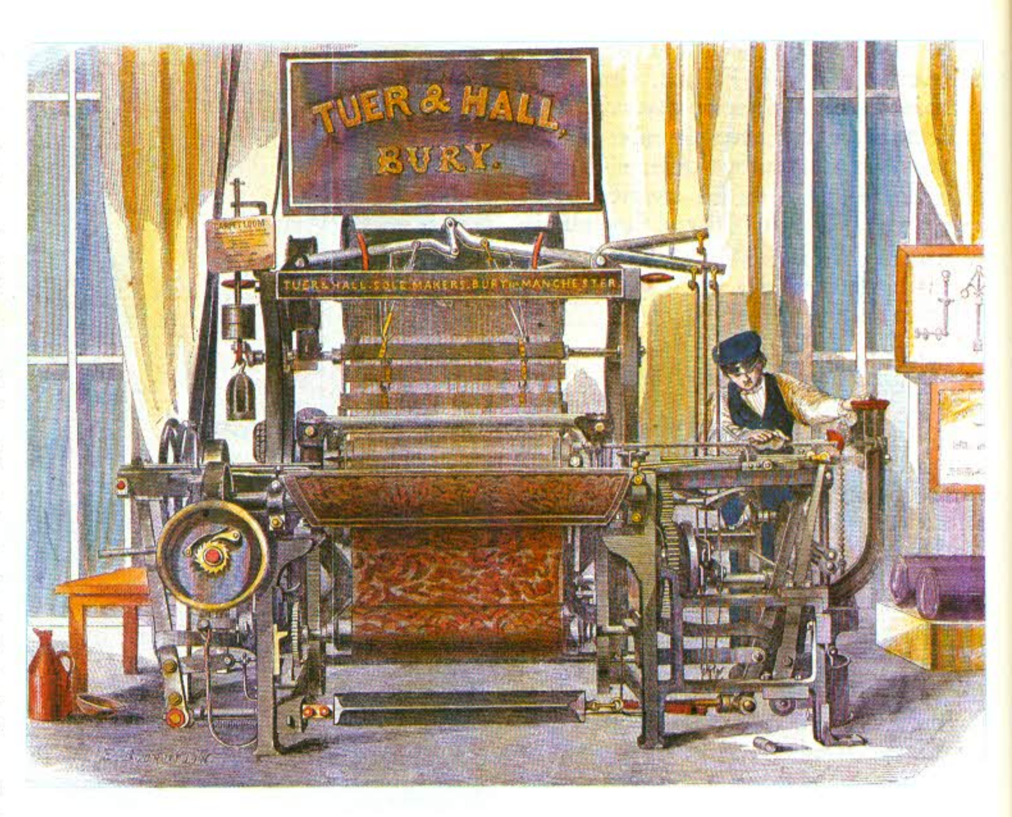


La revolución industrial produjo la explotación de los obreros, que vivían y trabajaban en condiciones miserables. El cuadro La laminación, *de Adolf Menzel (1875), refleja el procedimiento de producción en una fábrica de la época.*

Página anterior, catedral de San Esteban, en Viena, según un grabado del siglo XIX. (Kunsthistorisches Museum, Viena.)

inicial del capitalismo fue desigual, y se caracterizó por alzas y depresiones repentinas, resultado de una adaptación inadecuada al mercado de las fuerzas de la oferta y de la demanda. La mayoría de las naciones intentaron proyectar sus respectivas economías mediante complicados sistemas de precios y de restricciones en la importación, lo cual sólo sirvió para que el nivel general del tráfico internacional permaneciera constreñido. Tales ideas comenzaron a ser progresivamente atacadas por economistas como Ricardo, Say y Mill, los cuales, desarrollaron sus teorías a partir de *La riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith. Argumentaban que la riqueza aumentaría incesantemente si cada país se concentraba en producir aquello para lo que estuviera naturalmente capacitado (alimentos o manufacturas), para luego intercambiarlo libremente con las otras naciones. Sin controles artificiales, la producción se adaptaría siempre a la demanda a través del mecanismo de los precios.

El libre comercio encontró su primera expresión en Gran Bretaña, donde se inició un proceso gradual de reducción de las tarifas o de derechos de aduana en la década de 1820 por parte de Huskisson, continuado por Peel en los años cuarenta. Su éxito más espectacular aconteció en 1846 con la abrogación de los aranceles proteccionistas agrícolas –*Corn Laws*–, y con la revocación del proteccionismo sobre las importaciones del trigo, del que durante mucho tiempo se habían beneficiado los agricultores: Gran Bretaña compraría, a partir de entonces, sus alimentos en los mercados más baratos y viviría de los beneficios de sus manufacturas.



La revolución del transporte

La industrialización necesitaba un sistema rápido y eficaz de comunicaciones para el desplazamiento de personas, materiales y mercancías. Durante la última mitad del siglo XVIII, Gran Bretaña ya había hecho grandes progresos en lo referente a la locomoción mediante la construcción de canales para transportar mercancías pesadas y el perfeccionamiento de los medios de superficie para trasladar personas. En los caminos trazados por Brindley, Telford y MacAdam, las diligencias podían transportar veinte pasajeros a velocidades superiores a los 25 km por hora.

El cambio decisivo vino con la locomotora a vapor, desarrollada por primera vez con éxito por George Stephenson en 1814. En su origen, fue concebida simplemente como un medio para acelerar el transporte de carbón desde las minas, y los primeros ferrocarriles, como el de Stockton a Darlington, en Gran Bretaña, y el de Saint-Étienne a Andrezième, en Francia, fueron ideados únicamente para fines industriales.

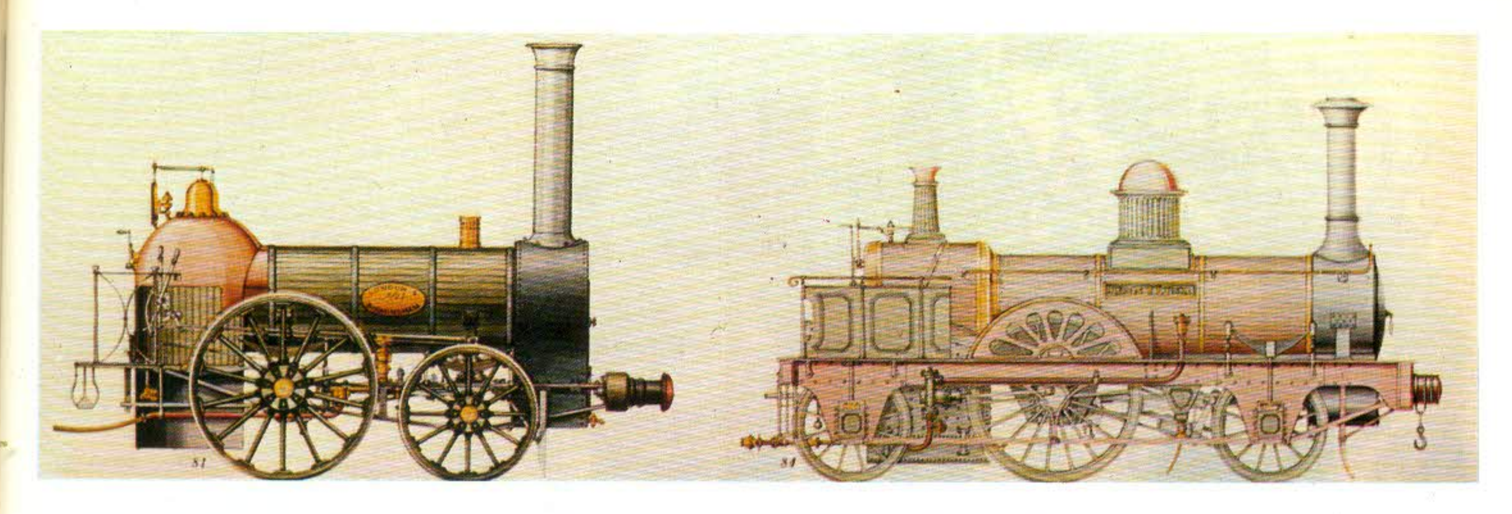
Pero en 1830 Stephenson había producido una locomotora capaz de desplazarse a más de 40 kilómetros por hora, y el empleo de raíles de hierro, frenos automáticos y vagones mejorados hizo que la gente descubriera el gran potencial del ferrocarril como transporte de pasajeros. Una verdadera «fiebre ferroviaria» desembocó en Gran Bretaña con la creación de cientos de compañías privadas, algunas de ellas deficitarias, pero la mayoría pagando generosos dividendos a los accionistas. Alrededor de 1850, casi todas las ciudades más importantes estaban enlazadas por unos 7.500 kilómetros de vía férrea.

En otros países, el desarrollo fue retardado por la desconfianza y por la oposición de intereses creados. La hostilidad provino de los terratenientes, de los negocios de diligencias y de los posaderos. Pero sobre todo se debió a la falta de capital suficiente, pues los inversores prefirieron invertir su dinero en la tierra o en seguras obligaciones estatales. A pesar de las campañas dirigidas por el banquero Pereyre y el economista Chevalier, el tendido en Francia no comenzó hasta después de 1837 con la primera línea de París a Saint-Germain, financiada por el barón Rostchild. Aunque tuvo un éxito inmediato, en 1848 sólo habían 2.500 kilómetros de ferrocarril francés.

La construcción del ferrocarril prosiguió en Bélgica, Alemania, Italia y en muchos países del mundo, a menudo dirigida por ingenieros británicos. En Alemania el ferrocarril tuvo una importancia particular en el desarrollo del Zollverein, la unión aduanera a través de la cual Prusia forjó progresivamente una nación a partir de una serie de estados independientes: en 1850 Alemania tenía una red férrea de unos 4.000 kilómetros y una gran línea ferroviaria continental desde Aquisgrán hasta Hannover y Berlín.

Los efectos económicos y sociales del ferrocarril fueron revolucionarios. Los viajes se acortaron de días a horas; el coste de las mercancías transportadas se redujo a la mitad, y el mercado de éstas se ensanchó enormemente; los alimentos perecederos obtuvieron una nueva funcionalidad, pues ahora podían ser llevados rápidamente a los centros urbanos en buenas condiciones. El ferrocarril quebró el aislamiento de siglos y obligó a las personas, cuyos horizontes habían estado hasta entonces limitados por la aldea, a pensar en términos de nación.

Pero nadie discute que la locomoción a vapor –ya fuera por tierra o a través de los nuevos barcos a vapor que en ese momento cruzaban el Atlántico en 17 días, y ya no en 40 jornadas– fue una de las fuerzas más poderosas que configuraron la moderna civilización. Allí donde la vía era extendida se construyeron paralelamente sistemas telegráficos; las noticias y las cartas eran trasladadas económica y velozmente, y llegaron a ser posibles los diarios nacionales. La aceleración en la



circulación de ideas fue, a la postre, tan importante como la conferida a las personas y a las mercancías.

La burguesía avasalladora

Siempre hubieron ricos y pobres, pero la industrialización tendió a exagerar las diferencias entre abundancia e indigencia. En los países que no experimentaron el impacto del cambio industrial persistió el sistema dual de terratenientes y campesinos sin tierra, como en el sur de Italia, de España y en partes de Prusia y de Rusia, en donde la influencia social y política estaba todavía en manos de una pequeña aristocracia terrateniente.

Sin embargo, en las zonas industrialmente desarrolladas de Europa emergió rápidamente una burguesía más interesada por las inversiones de capital que por la propiedad de tierras. Eran los banqueros y los empresarios de las nuevas profesiones que comenzaban a surgir gracias a las complejas empresas financieras y a las relaciones comerciales. Lo que les caracterizaba y distinguía de quienes socialmente eran inferiores a ellos, era su tenencia de capital o de medios de producción –con los que pudieron emplear a otras personas–, o la posesión de unas especiales capacidades profesionales derivadas de algún tipo de educación avanzada.

En la cumbre de las clases medias, sin apenas distinción económica con la aristocracia del campo, estaba la élite financiera, de hecho una pocas familias cuyos negocios se basaban en el uso (para algunos el abuso) de dinero. Eran los bancos y las organizaciones financieras que operaban con préstamos monetarios a gran escala, con créditos gubernamentales, con el descuento de letras de cambio y con la especulación en la minería y en los metales preciosos.

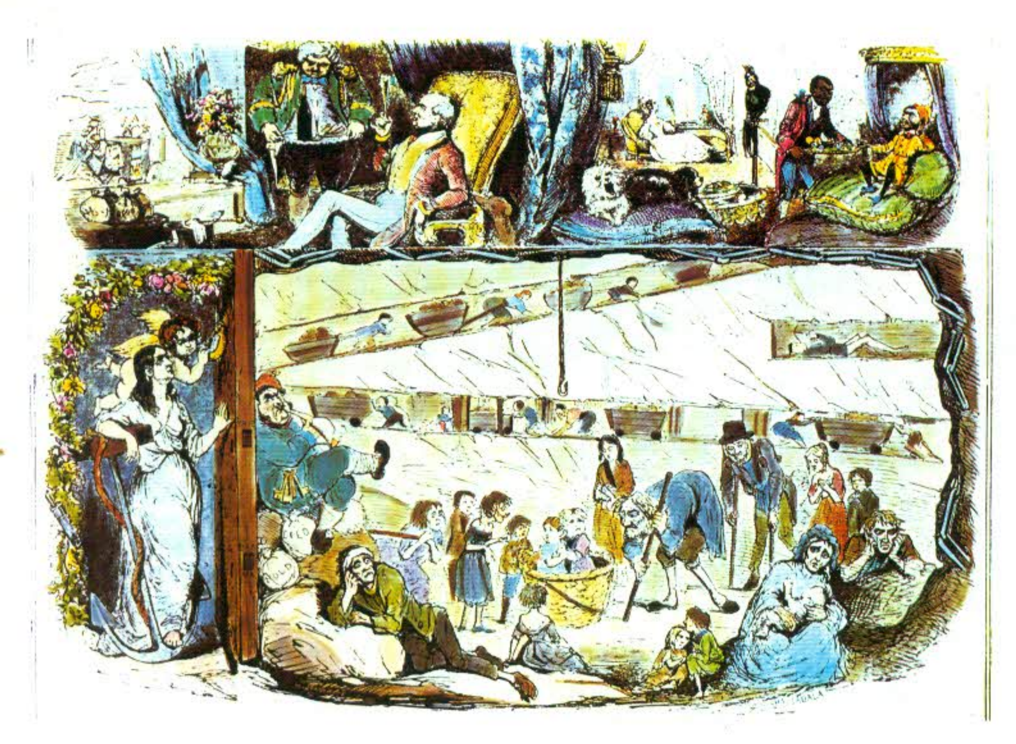
Una escasez general de moneda (basada ésta todavía en el oro o en la plata) en una época de expansión comercial, así como el inadecuado desarrollo de las facilidades bancarias, favorecieron aquellas actividades prestamistas y su concentración en pocas manos. Bancas como la de los Baring en Inglaterra, la de los Hope en Amsterdam y la de los Rostchild, con un negocio familiar extendido a través de cinco capitales europeas, rivalizaron en influencia y riqueza con duques y príncipes. El origen judío de algunos de ellos impidió su total aceptación social, si bien otros fueron ennoblecidos y llegaron a ser destacados mecenas artísticos.

Por debajo de aquellos financieros se situaban otras capas burguesas: los propietarios de fábricas textiles y de acerías, los elementos más inteligentes de las nuevas profesiones y de la administración pública, los oficiales del ejército y de la diplomacia. Sus orígenes eran socialmente variados. Los miembros de ejércitos y de los servicios gubernamentales eran aún reclutados en su mayoría entre los hijos más jóvenes de la nobleza, pues por el dominio de la primogenitura no podían aspirar a las propiedades paternas: el patrocinio paterno les aseguraba generosas sinecuras, un tipo de trabajo que hasta entonces había sido desempeñado por empleados mal retribuidos. Entre los industriales se encontraban hombres de origen frecuentemente humilde que habían labrado su camino hacia la fortuna con trabajo duro, ahorro y una excepcional inteligencia o buena suerte.

Tan heterogéneos elementos tenían en común la posesión de un grado tal de riqueza que les permitía educar y velar por sus hijos, proveerse de hermosas casas en los barrios elegantes de las ciudades y de ejércitos de servidores domésticos que relevaban a sus esposas de las obligaciones caseras. Por encima de todo, compartían un ansia por el poderío político, el desagrado por la aristocracia y una desconfianza para con la clase obrera, y una fe

Vagones de ferrocarril y tranvías franceses de finales del siglo XIX y principios del XX.

Página anterior, telar para tejer alfombras en la Gran Exposición de Londres, en 1851. En aquella época Gran Bretaña era la primera potencia industrial del mundo.



en el libre comercio y en la libre empresa como la clave del éxito económico de su clase y de la nación.

En los países más evolucionados de Europa occidental ya intentaban el acceso al poder, resquebrajando el dominio de la aristocracia de la tierra. En Gran Bretaña las clases medias se emanciparon por la reforma electoral de 1832 *–Reform Act–*, y a través del naciente Partido Conservador de Robert Peel consiguieron un éxito notable con la abolición, en 1846, de las leyes de granos *–Corn Laws–*. Igualmente, la ascensión en Francia, en 1830, de Luis Felipe, el «rey burgués», fue el inicio de un período de creciente poder e influencia de las clases medias francesas.

No hubo revoluciones abruptas. El poder aristocrático permaneció profundamente atrincherado; e incluso en Gran Bretaña hasta 1880 los miembros de la burguesía no constituyeron la mayoría en la Cámara de los Comunes. El cambio económico promovió gradualmente el cambio político.

Los desheredados

En su famosa obra *El Capital («Das Kapital»)*, publicada por primera vez en 1867, Karl Marx expresó su creencia de que la industrialización tendía inevitablemente a dividir la sociedad en dos grupos opuestos de patronos y obreros, los que poseyeran capital y los que no, y consideró que esta cuestión sólo podía resolverse mediante la revolución. Para muchos observadores de la primera mitad del siglo XIX su tenebrosa predicción parecía justificada. Incluso en los países occidentales más ricos de Europa, los trabajadores agrícolas, que constituían la mayor parte de la población en 1815, vivían en la miseria, alimentándose a base de pan, queso y hortalizas. Los bajos salarios eran complementados con los ingresos de las esposas e hijos, tan pronto como éstos tenían edad para trabajar en las labores agrícolas o en ocupaciones domésticas como la tejedura o el hilado.

En Gran Bretaña el cercado de tierras había creado una clase de campesinos sin tierras que dependían totalmente de los salarios pagados por los propietarios. En otras partes de Europa las pequeñas propiedades agrarias habían permanecido, pero bajo tales condiciones que los pequeños propietarios libraron una lucha constante para escapar de las extorsiones de los terratenientes y prestamistas. Los tumultos y las revueltas campesinas fueron fenómenos corrientes en Rusia, sur de Alemania e Irlanda, e incluso en el «pacífico» campo británico.

En Europa se produjo un constante flujo migratorio hacia las ciudades. Es difícil afirmar si las personas se sintieron desposeídas de la tierra o atraídas por las mayores oportunidades de la vida urbana, y es imposible aún hacer un balance preciso de las ventajas y perjuicios que supuso semejante transformación. Los salarios en las minas y en las fábricas eran dos o tres veces más elevados que los que podían conseguir los trabajadores agrícolas. En contrapartida, los obreros tenían que someterse a la disciplina impersonal de la fábrica, aceptar una jornada laboral de catorce o quince horas, frecuentemente en condiciones insalubres e insoportables, y vivir en superpoblados arrabales, perdiendo la tranquilidad familiar y el contacto con la naturaleza.

El trabajo de niños de edades superiores sólo a los 5 ó 6 años de edad fue una realidad ignominiosa que finalmente provocó la preocupación e intervención estatal, aunque las condiciones inhumanas bajo las que tuvieron que trabajar y vivir miles de hombres y mujeres –la tiranía y brutalidad de insignificantes capataces, la muerte prematura y por enfermedades adquiridas en la fábrica, el alcoholismo, la inmoralidad y la prostitución– pasaron casi desapercibidas.

En Gran Bretaña, Francia y Bélgica, la reacción espontánea de los obreros contra semejantes condiciones se tradujo frecuentemente en la rotura de las máquinas, que aparecían como las causantes de la falta de trabajo. Las sublevaciones «luditas», así como las esporádicas huelgas, fenómeno usual en los comienzos de la sociedad industrial, fueron reprimidas con gran violencia, pero ninguna tanto como la de los obreros de la seda de Lyon, que finalizó con un millar de muertos. El único tipo de asociaciones obreras que tuvieron algún éxito en ese período fueron las pacíficas hermandades constituidas por artesanos cualificados para proteger a sus familias y evitar las enfermedades y el desempleo.

Desde sus inicios, el nacimiento de la industrialización produjo sus críticos. En las décadas de 1820 y 1830 el profundo contraste entre riqueza y pobreza llevó a algunos intelectuales a cuestionar los propios fundamentos de la nueva sociedad y a proponer, en nombre de la caridad cristiana o de la justicia social, reformas fundamentales y nuevos sistemas políticos.

Reformistas y utópicos

Una de las más significativas protestas desarrolladas desde dentro de la propia Iglesia fue el Movimiento Católico Liberal que se inició en Francia, en 1829, bajo el liderazgo de los clérigos Lamennais y Lacordaire, con el apoyo del conde de Montalembert. Totalmente opuestos al Antiguo Régimen y al control de la Iglesia por parte del Estado, recomendaron, a través de su periódico *L'Avenir*, la libertad de conciencia, de prensa y de educación, la soberanía del pueblo, el sufragio universal y la libertad de asociación. Considerado peligroso para la autoridad, el movimiento fue condenado por el gobierno francés y por el papa en una encíclica de 1832.

Fuera del orden establecido, y con la perspectiva de combatir al sistema capita-



lista, comenzaron a aparecer oleadas de escritos socialistas. Muchas de estas primeras obras eran utópicas e irreales, producto de la imaginación de filósofos e intelectuales que se encontraban alejados de la práctica política, aunque sus ideas contribuyeron a asentar los futuros fundamentos del socialismo.

Uno de los primeros fue el conde de Saint-Simon (1760-1825), un noble arruinado que se convirtió en un violento crítico del orden social basado en la competividad y en la explotación de la clase social más numerosa por una minúscula minoría de propietarios privilegiados. Su conclusión fue que era necesaria la desaparición de esta clase, cuyas posesiones y capital revertirían consecuentemente al Estado, el único propietario legítimo. La sociedad podría ser entonces reorganizada, y las nuevas clases se desarrollarían en base a la inteligencia y no a la riqueza. El progreso debía ser el resultado equitativo de esfuerzos conjuntos, y los beneficios del mismo también basados en la equidad.

La influencia de Saint-Simon fue mayor tras su muerte que durante su vida. Sus *Memorias* no fueron publicadas hasta 1829. Dos de sus discípulos, Enfantin y Bazard, intentaron establecer una pequeña comunidad en concordancia con los principios del maestro: «A cada uno según su inteligencia». Sin embargo, el proyecto fracasó a consecuencia de las disputas internas y por el acoso del Estado. La significación de Saint-Simon se tradujo en su desafío contra un sistema que parecía a casi todos los hombres «otorgado por Dios» y natural. Su filosofía ejerció una poderosa influencia sobre sus contemporáneos y sucesores.

Entre aquéllos estaba el socialista británico Robert Owen (1771-1858), que concibió una sociedad en la que todo el poder pertenecía a las clases trabajadoras, organizadas en sociedades cooperativas que poseerían y controlarían los instrumentos de producción. Owen, hijo de un pañero, tuvo una exitosa carrera como patrón en la industria algodonera y, posteriormente, como director de las algodonerías más importantes de Escocia, en New Lanark. Fue durante su estancia allí cuando desarrolló sus principios socialistas básicos: el individuo no es bueno o malo por naturaleza, sino que en gran medida es el resultado del entorno que le rodea; la máquina no es un ente temible merecedor de destrucción, sino que hay que alentar su desarrollo, pues puede facilitar el trabajo humano y crear nuevas y enormes fuentes de riqueza. Sin embargo, para asegurar que esta riqueza sea repartida equitativa-



Arriba, André Ampère (1775-1836), científico y matemático francés que estudió los efectos del electromagnetismo.

Abajo, el conde de Saint-Simon (1760-1825), uno de los primeros socialistas franceses. Recibió poco apoyo durante su vida, pero sus ideas tuvieron gran repercusión después de su muerte.

Izquierda, arriba, enfrentamiento laboral: mientras los obreros están de pie, exigentes, los hombres de la magistratura, bien nutridos, están sentados. Pintura del artista romántico burgués Johann Peter Hasenclever.

Izquierda, abajo, Louis Blanc (1811-1882), socialista utópico francés. Sus ideas influyeron en la revolución de 1848 en París, pero después del fracaso tuvo que huir a Gran Bretaña. Pintura de Gustave Courbet. (Louvre, París.)

Página anterior, caricatura del Punch *de 1843 titulada «Capital y Trabajo», una descripción ácida de la estructura social de la época.*

mente entre los que la crean, Owen sostenía que la máquina (incluyendo todos los instrumentos de producción) debería ser de propiedad y control públicos, y por tanto expropiada a los capitalistas privados. Estas opiniones demoledoras fueron publicadas por primera vez en 1813 en su *Nueva concepción moral de la sociedad.*

Aunque tuvo efectos importantes sobre el desarrollo de la administración, educación y cooperación, como socialista práctico Owen no fue más afortunado que los discípulos de Saint-Simon. Una comunidad socialista establecida en Estados Unidos, llamada impropiamente «Nueva Armonía», se colapsó a los pocos años, y el sindicato oweniano Grand National Consolidated Trade Union (1834), que tenía que haberse apropiado de la industria británica tras una huelga nacional, fue derrotado por la acción combinada del gobierno y de los patronos.

Ideas similares fueron desarrolladas por otro socialista francés, Charles Fourier. El Estado tenía que desaparecer y ser sustituido por comunidades socialistas autogestionadas, cada una con unos dos mil componentes, serían asociaciones libres en las que todos podrían dedicarse a las labores por ellos elegidas. De esta manera, cada uno encontraría la felicidad y la realización personal. Del mismo modo, en la teoría de Louis Blanc (1811-1882), todas las industrias privadas se incorporarían a centros sociales de trabajo, en donde los obreros elegirían sus jefes y compartirían los beneficios. Proudhon (1809-1865) atacó la existencia de la propiedad privada (la «propiedad es un robo»), de las instituciones legales y del Estado, incluso la soberanía del pueblo (el «sufragio universal es una tiranía»). En su filosofía no tenía que haber ningún sistema de gobierno: fue el apóstol de la anarquía.

La gran diversidad de estos criterios indica que el socialismo no era, y no podía ser aún en esa época, un movimiento político con un programa claramente definido. Sus principales teóricos habían sido intelectuales y filósofos, a menudo de origen aristocrático o mesocrático, alejados de las aspiraciones y anhelos de las personas corrientes. Sin embargo, hacia el final de este período el socialismo dejó de ser un tema exclusivo de intelectuales y pasó a las fábricas y minas cuando los reformadores comenzaron a organizar a las clases trabajadoras en la opción de una acción política más efectiva.

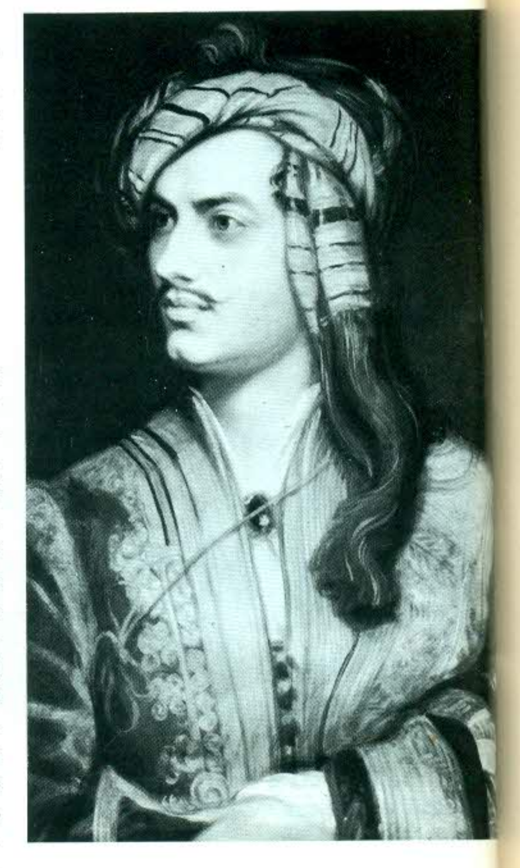
En 1836 fue fundada en París la Liga de los Justos por un grupo de revolucionarios alemanes emigrados, de los que un sastre, Weitling, fue la figura rectora. En 1847, en el congreso anual de la Liga en Londres, adoptó el nombre de Liga de los Comunistas. Fue en esta ocasión cuando Karl Marx y Frederich Engels redactaron el *Manifiesto Comunista,* publicado en 1848, y que se convirtió en el documento social más influyente de los tiempos modernos.

El triunfo de la ciencia

Para muchos contemporáneos lo que caracterizó esa época no fue tanto el desarrollo de nuevas ideas políticas o los logros artísticos del movimiento romántico, sino los adelantos espectaculares en los conocimientos y aplicaciones científicas. Los orígenes de la revolución científica hay que buscarlos más atrás, en el siglo XVII, cuando los hombres comenzaron por primera vez a observar, medir, analizar y deducir las leyes del mundo natural que les rodeaba; pero en aquella época la ciencia era todavía una parte de la filosofía, aún era la búsqueda intelectual de los eruditos sin otro objetivo que su propio interés. En el siglo XIX el conocimiento científico proporcionó las bases del progreso industrial y tecnológico, esto es, el impulso vital de la nueva era. En lugar de entretenimiento de aficionados con talento, se convirtió en la actividad de investigadores y científicos profesionales.

La nueva ciencia descansaba fundamentalmente en la lógica matemática, desarrollada por especialistas de diversos países. Una de las características del nuevo conocimiento era que prescindía de las fronteras nacionales, pues fueron muchos los investigadores de origen dispar que trabajarían estrechamente vinculados a través del intercambio de ideas en congresos y publicaciones. Así, Gauss, un profesor de la Universidad de Gotinga, realizó el primer trabajo sobre la aplicación de la teoría matemática a la electricidad y al magnetismo; el francés Monge abordó la sistematización de la geometría descriptiva, mientras que Laplace demostró el equilibrio del sistema solar. El noruego Abel trabajó en la astronomía matemática y Le Verrier, en base a puros cálculos abstractos, dedujo la existencia del planeta Neptuno, que fue observado telescópicamente bastantes años más tarde.

Investigaciones similares se desarrollaron en el campo de la física, materia poco evolucionada desde el impulso magistral de Newton. Biot y Arago realizaron las primeras mediciones exactas de la densidad del aire. Gay-Lussac descubrió las leyes de la expansión de los gases y Carnot definió las leyes de la termodinámica



(ciencia que estudia las relaciones entre el calor y el trabajo mecánico), en las que James Joule basó posteriormente sus trabajos.

Aunque estos descubrimientos fueron el fundamento necesario para multitud de nuevas aplicaciones, su inmediata contribución a la esfera productiva y su incidencia en la vida humana aparecía lejana. No ocurrió así con el desarrollo de la electricidad, que, ya desde comienzos de siglo comenzó a ser aplicada a objetivos diversos. En 1800 los italianos Volta y Galvani construyeron la primera batería eléctrica: en el transcurso de unos pocos años los descubrimientos del danés Oersted, del francés Ampère, del británico Faraday y del alemán Ohm habían definido las leyes del electromagnetismo, estableciendo la idea de la inducción. En la década de 1840 el telégrafo eléctrico, inventado por Morse y Steinheil, funcionó en varios países.

Los descubrimientos en una rama de la ciencia condujeron frecuentemente al desarrollo de otras. La electrólisis fue empleada para aislar sustancias químicas nuevas, como el potasio, el magnesio, el sodio, el cromo y el aluminio, muchas de las cuales eran de importantísimas aplicaciones industriales. De la misma manera, los descubrimientos de Chevreul y Liebig en la química orgánica condujeron al desarrollo de los fertilizantes artificiales y a un mayor conocimiento de la química de los alimentos. Ya en los comienzos del

siglo XIX, Dalton y Avogadro perfilaron las primeras teorías de la estructura atómica.

Los biólogos, mientras tanto, investigaban la naturaleza de la célula, el elemento fundamental en los tejidos humanos, descubierta en 1830. Los adelantos en medicina, y particularmente el descubrimiento de los anestésicos, permitieron desarrollar la cirugía, aunque hasta pasada la mitad del siglo los hospitales continuaron siendo lugares en donde los pacientes fallecían frecuentemente de enfermedades distintas de las que provocaran sus ingresos.

Una investigación fundamental fue la que abordó el tema de la naturaleza de la Tierra. Detallados estudios de las rocas permitieron a los geólogos reconstruir las principales etapas de la evolución de la corteza terrestre, mientras que el examen de fósiles realizado por Cuvier supuso el fundamento de la paleontología. De aquí había un corto paso a la formulación de preguntas acerca de los orígenes del hombre. Algunos de los alumnos de Cuvier persistieron en considerar, aristotélicamente que la naturaleza de las especies animales era inmutable desde su creación original; para otros, los descubrimientos de restos fósiles, algunos de ellos muy similares al *Homo sapiens,* avalaban algún tipo de proceso evolutivo. ¿Por qué algunos animales prehistóricos desaparecieron de la Tierra mientras otros sobrevivieron? Lamarck y Saint-Hilaire sugirieron una teoría de la evolución de las especies bajo el impacto de cambios en el medio ambiente y en la herencia, en base de todo lo cual Charles Darwin construiría posteriormente su teoría. Semejantes concepciones eran, evidentemente, irreconciliables con las enseñanzas de la Iglesia cristiana en lo que hacía referencia a la especial creación humana. Se abrió, pues, una larga controversia entre ciencia y religión.

El espíritu de la investigación científica no permaneció confinado a la exploración de la materia. Para mucha gente de la primera mitad de siglo la ciencia era universal y esencial; una herramienta que podía abrir todas las puertas y exponer todos los secretos. El método científico podía ser aplicado a la historia, es decir, a las civilizaciones del pasado, de la misma manera que a la química o a la física. Fue en aquel ambiente que Champollion descifró el significado de los jeroglíficos egipcios, mientras que las excavaciones en Grecia y Mesopotamia fundamentaban la arqueología. Esta profunda fe en el poder de la ciencia fue lo que dio a la época parte de su confianza en sí misma, orientándola en la inevitabilidad del progreso. Pero se identificó progreso con progreso industrial.

La era romántica

El movimiento romántico discurrió paralelamente al movimiento científico, complementándolo en algunos aspectos, pero contradiciéndolo en otros. Sus orígenes se sitúan en las violentas sacudidas de la Francia revolucionaria y de la época napoleónica, que provocaron cambios en los estilos de vida, actitudes, gustos y sentimientos de toda una generación.

Napoleón había sido finalmente derrotado por las monarquías y aristocracias tradicionales de Europa, y el romanticismo encontró su primera expresión en los intelectuales que deseaban afirmar su fe contrarrevolucionaria. El romanticismo fue una ideología de protesta contra las circunstancias imperantes, pero que cambiaba si las circunstancias también lo hacían. De esta manera, los primeros escritos de Chateaubriand en el exilio mostraban una apariencia agresivamente conservadora, y tanto el joven Alfred de Vigny como Victor Hugo se autoproclamaban fervientes monárquicos. Era natural que, entre pueblos subyugados y conquistados por la espada de Francia, los escritores y poetas se autodenominaran defensores del sentimiento nacional. Estaban ansiosos por afirmar sus peculiaridades y su individualidad para demostrar su especificidad literaria, lingüística y cultural.

Sin embargo, después de 1815, el restablecimiento de las monarquías conservadoras en Europa y la política absolutista de la Santa Alianza no satisfacieron a los espíritus románticos ansiosos de libertad personal y colectiva. Algunos buscaron refugio en un mundo natural que nunca había existido, dotado de una belleza sublime, de soledad y melancolía. El principal centro del romanticismo literario fue la Alemania de Goethe y Schiller, y en Gran Bretaña destacaron literatos como Coleridge, Byron, Shelley, Keats y Walter Scott. En Francia, Victor Hugo fue el máximo representante. Sin embargo, en muchos países europeos los románticos constituyeron una minoría sin influencia que buscaba desesperadamente expresar sus ideas contra unas ideas clásicas, fuertemente atrincheradas. En Francia, particularmente, tuvieron que luchar para conseguir que sus obras se publicaran o fuesen representadas, como en el caso de Lermontov. En dichos países, en donde los regímenes absolutistas habían sido restablecidos tras el derrumbe de Napoleón, los románticos tendieron a ser considerados como alborotadores, filorrevolucionarios, proveedores de literaturas antiautoritarias, opuestos al orden y a la religión. Es cierto que algunos no fueron más que jóvenes caprichosos y ambiciosos. Pero la muerte de Byron en Missolonghi, comba-

Página anterior, Lord Byron (1788-1824), poeta inglés, romántico. Sus escritos y su ferviente creencia en la libertad política influyeron en los literatos europeos. Retrato por Thomas Phillips. (National Portrait Gallery, Londres.)

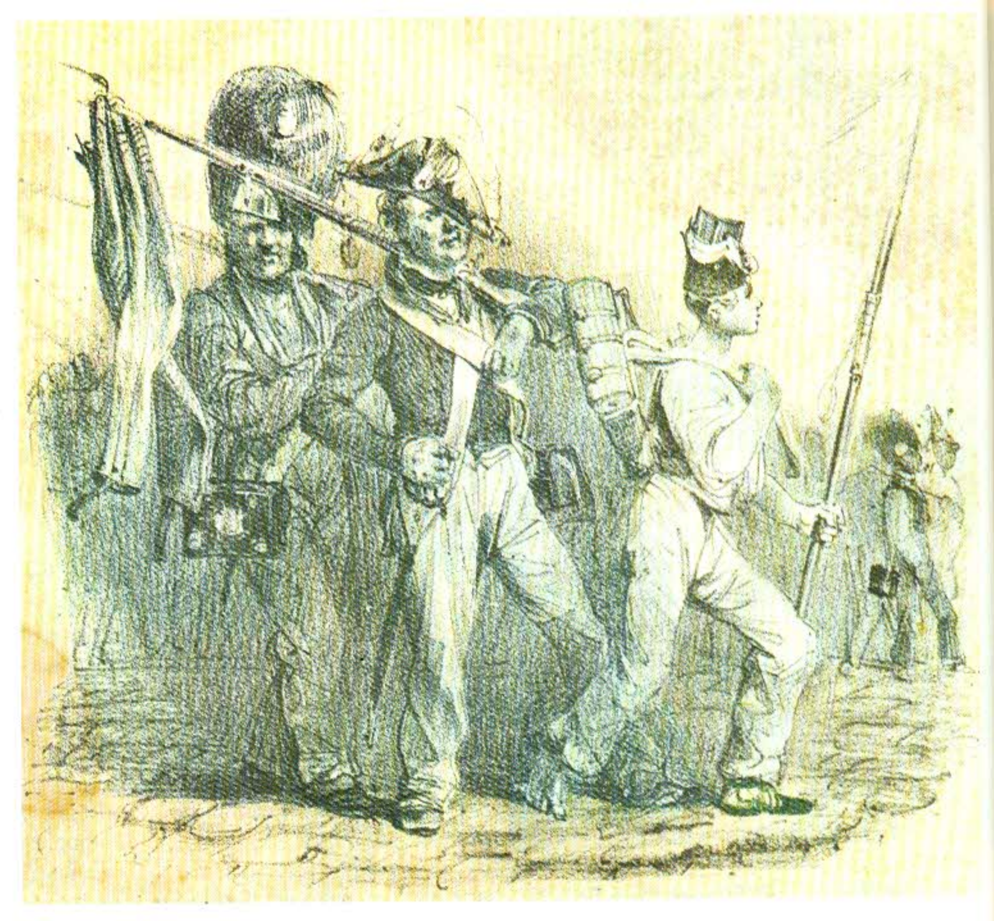
tiendo por la independencia de Grecia contra el despotismo turco, y el final prematuro de Lermontov, muerto en duelo, simbolizaron los ideales generosos, la valentía y el desinterés del espíritu romántico en su más alto grado. Tales ideales hallaron condiciones muy adecuadas en las revoluciones de 1830 y 1848.

Gran Bretaña después de Waterloo

Aunque en Waterloo los ejércitos británicos no hicieron más que contener el enemigo hasta la llegada de Blücher y los prusianos, Gran Bretaña fue siempre el centro de las coaliciones que finalmente derrotaron a Napoleón. Había mantenido aisladas las vías marítimas de la dominación francesa. Pero la victoria no fue fácil. La larga guerra produjo una deuda económica paralizante. En algunos aspectos, las dificultades sociales posbélicas fueron más agudas que las de la propia contienda. En 1815, Gran Bretaña continuaba siendo, en lo político y lo social, la misma nación del siglo XVIII.

A pesar de la revolución industrial, que cambió rápidamente las bases de la riqueza económica británica, el poder permanecía en manos de una aristocracia terrateniente, es decir, unos pocos miles de familias. Representaban la concepción según la cual aquellos que poseían la tierra debían controlar su destino. Desde la Revolución Gloriosa de 1688, el sistema británico de gobierno había sido una monarquía parlamentaria con un control efectivo de la política nacional por parte de las dos cámaras del Parlamento, al margen del pueblo. El poder de la monarquía se había reducido, mientras surgían poderosos líderes parlamentarios como Chatham y Pitt. Los pares del reino habían heredado los escaños en la Cámara de los Lores, en donde, junto a la espiritualidad de los señores, formaron un sólido baluarte, no únicamente contra la revolución, sino también contra la reforma. Si bien la mayor parte de la tarea legislativa se iniciaba en la Cámara Baja, los señores podían siempre rechazar, retrasar o enmendarla hasta hacerla irreconocible. En los asuntos locales poseían una inmensa influencia a través de su nombramiento de la magistratura y la administración de los condados: su control sobre la justicia local y sobre la administración de la beneficiencia les dio confianza para asegurarse una población rural dócil, incluso servil.

En teoría, la Cámara de los Comunes, con miembros elegidos por los condados y municipios de los cuatro reinos, era el



cuerpo más representativo. Pero aquí también los derechos de voto y elección de los miembros dependía del requisito de ser propietarios, lo cual concedía el derecho a votar a no más de 150.000 personas de una población total superior a los 15.000.000 de habitantes. En muchos municipios «comprados» y «corruptos» los electores eran sobornados. Esta fue una práctica común entre los jóvenes adinerados que buscaban una carrera política comprando un escaño parlamentario por el precio de 5.000 o 6.000 libras. De los 658 escaños en los Comunes tan sólo unos cincuenta se conseguían en ese momento mediante la disputa de candidatos rivales. Por tanto, el sistema parlamentario británico de 1815 no era democrático. Los miembros privilegiados de ambas cámaras se dividían a sí mismos entre los dos grades partidos, *whigs* y *tories*, cuyas diferencias aún permanecían. Originariamente, los tories habían luchado por los derechos de la corona y la Iglesia anglicana, y los whigs por el gobierno parlamentario, la libertad de conciencia y las reformas moderadas. Pero ambos partidos estaban integrados por terratenientes.

En 1815 Gran Bretaña presentaba un extraño contraste entre lo viejo y lo nuevo. En lo que hacía referencia al campo, del que todavía vivían más de los dos tercios de la población, los estilos de vida, técnicas agrícolas, alimentación y vivienda eran casi medievales, especialmente en las remotas regiones del norte y oeste. En cambio, en los Midlands, Lancashire y Yorkshire la industrialización realizó grandes progresos durante el período de las guerras, estimulada por la demanda de armas y municiones, navíos, vestimentas y repuestos militares. Grandes centros de población surgieron cuando los campesinos fueron atraídos por las oportunidades y ventajas de la industria. En el transcurso de la primera mitad del siglo, Birmingham triplicó sus dimensiones, Manchester las cuadriplicó, y Bradford aumentó en no menos de ocho veces su cifra orignal. Este rápido y espontáneo crecimiento de las ciudades creó inmensos problemas —de acomodación, sanidad, gobierno local y de esparcimiento— cuyas soluciones se perdían en la lejanía del futuro. Comenzó a observarse con reticencia la inadecuación de un sistema parlamentario que otorgaba dos escaños a un «municipio corrompido» con pocos votantes, pero que negaba representación a una nueva gran ciudad como Manchester.

En un aspecto tuvo Gran Bretaña ventaja sobre el resto de países europeos. Allí, no hubo un abismo infranqueable entre la aristocracia del linaje y la aristocracia del dinero: las dos confluyeron y se mezclaron; sus hijos se educaron juntos; sus familias se entrelazaron. Robert Peel,

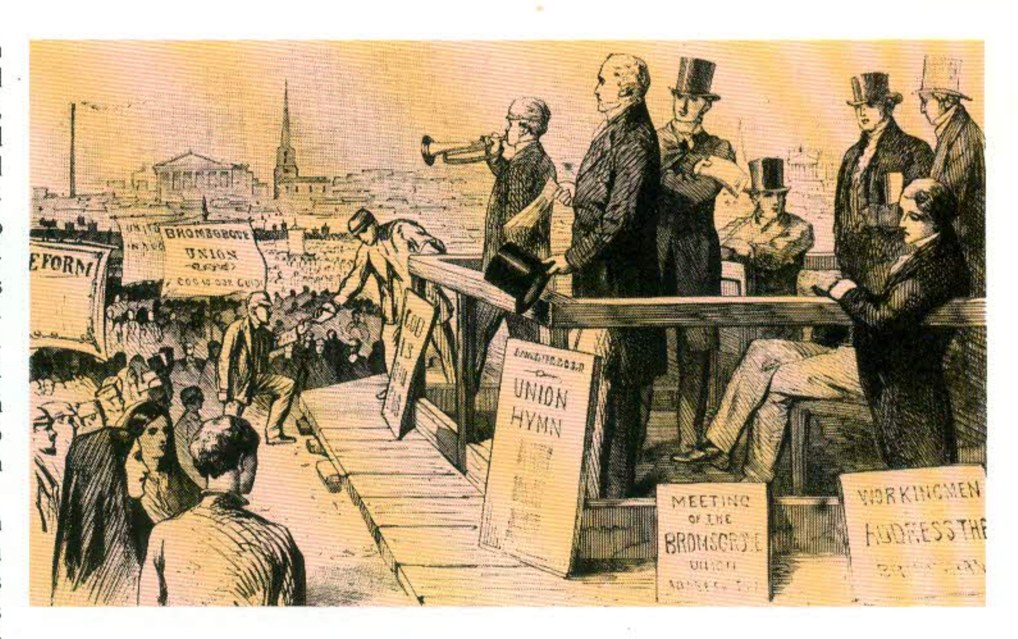
hijo de un rico manufacturero del algodón en Lancashire, llegó a ser miembro del Parlamento a los 21 años y, finalmente, primer ministro; Richard Arkwright, el barbero errante que al parecer inventó el telar mecánico, consiguió ser armado caballero y nombrado «señor» del condado de Nottinghamshire, un cargo que normalmente estaba reservado a los aristócratas terratenientes. La industrialización proporcionó a algunas personas fortunas deslumbrantes y una movilidad social desconocidas en tiempos pasados. Para otros, quizá la mayor parte de la población, significó una miseria realzada por la abundancia que les rodeaba.

Al final de la contienda, Gran Bretaña entró en una larga crisis que supuso para muchos unas privaciones aún mayores que las del período bélico. Las industrias decayeron a causa del cese repentino de las demandas producidas por la guerra; la agricultura ya no se beneficiaba de la protección que había supuesto el bloqueo napoleónico, y comenzó a contraerse. Mientras tanto, los países europeos, agotados tras años de expoliación y conquista, no podían alcanzar los niveles comerciales anteriores. La realidad de medio millón de soldados y marineros desmovilizados, que repentinamente fueron arrojados a un mercado laboral que no podía absorberles, se sumó a los problemas ya existentes de desempleo y bajos salarios. El período entre 1815 y 1820 fue uno de los más sombríos de la historia británica, en el que muchos temieron, con razón, una repetición de los hechos que habían desgarrado Francia en 1789.

El radicalismo —una forma extrema de concebir la política, que abogaba por la reforma profunda del sistema constitucional y financiero— creció hasta adquirir una fugaz notoriedad con líderes tan populares como Cobbet y Hunt. En su odio hacia la industrialización predicaban la ingenua filosofía del «retorno a la tierra», atractiva a los antiguos campesinos expuestos ahora a la adversidad de la vida urbana. Significativamente, la violencia que culminó con la matanza de Peterloo, en Manchester en 1819, donde los escuadrones de caballería cargaron contra una multitud indefensa, fue provocada por un discurso de Hunt que no versaba sobre los problemas de los salarios o del desempleo, sino sobre la reforma agraria. Gran parte de los movimientos laborales en la primera mitad del siglo tuvieron un fuerte trasfondo agrario. La mayoría de los habitantes de las nuevas ciudades eran de origen campesino, gentes desacostumbradas a la intensidad del trabajo fabril y a la masificada existencia en arrabales de chabolas. Ellos dieron su apoyo al radicalismo, no porque entendieran de principios democráticos abstractos, sino porque representaba una protesta contra las condiciones inaceptables de vida. Para sus reducidos partidarios, el radicalismo suponía la exigencia progresista y democrática de un gobierno responsable ante la voluntad popular, y de un sistema administrativo basado más en la eficacia que en el privilegio.

Los gobiernos respondieron a tales sugerencias con una severa represión. El Partido Conservador permaneció en el gobierno desde el final de la guerra hasta 1830, primero con lord Liverpool, después bajo el mandato del héroe de la guerra, el duque de Wellington. Ambos creían que la constitución británica era perfecta y que cualquier intento de alterarla tenía que ser firmemente abortado. Los sindicatos fueron ilegales hasta 1824, e incluso después la huelga continuó siendo una ofensa criminal. Los mitines públicos y los lugares de reunión necesitaban permiso previo y los periódicos eran gravados con duros impuestos. Junto a tales medidas, se creó un tosco sistema de abonos de un exiguo subsidio de paro a los trabajadores cuyos ingresos eran insuficientes para el sustento de su familia.

En 1820, sucedió a Jorge III su hijo, el hasta entonces príncipe regente y hombre de costumbres libertinas. Durante años abandonó a su esposa, Carolina de Brunswick, en favor de una colección de amantes. Carolina marchó finalmente del país en 1814, para vivir en el extranjero, y Jorge, aún regente, nombró una comisión para que investigara su conducta. El informe apareció en 1819 lleno de supuestas revelaciones escandalosas acerca de la vida íntima de la princesa Carolina. Sin embargo, ella rehusó divorciarse y publicó una carta abierta defendiendo su conducta y atacando la de Jorge. En junio de 1820 embarcó con destino a Gran Bretaña para ser coronada junto a su esposo.



Mitin de la Unión Política de Birmingham en 1832. Las «uniones políticas» se constituyeron para presionar sobre la reforma parlamentaria.

Página anterior, Escena de la insurrección popular del 1830 en París; *grabado del siglo XIX. (Civica Raccolta Stampe Bartarelli, Milán.)*

Durante su viaje a Londres, y una vez allí, Carolina fue recibida por multitudes entusiastas que la identificaban como la víctima inocente de un rey degenerado. El proceso de divorcio se inició en Westminster en el mes de julio y las vidas privadas de la monarquía británica quedaron expuestas al chismorreo general. El respeto del pueblo por la corona no estuvo nunca a un nivel tan bajo desde la guerra civil del siglo XVII, y hubo mucha gente que pronosticó un futuro republicano para el país que había inventado precisamente el sistema de la monarquía constitucional. El tribunal fue incapaz de tomar una decisión, pero Carolina, finalmente, fue inducida a ceder a cambio de una generosa pensión: uno de los capítulos más desagradables en la monarquía inglesa se cerraba con un soborno indecoroso.

La depresión posbélica y los desórdenes públicos del período entre 1815 y 1820 habían mostrado la incapacidad de los dos partidos políticos para abordar las necesarias transformaciones de la época. Después de 1824 la política tory, conservadora, fue asumida por un grupo de jóvenes políticos inteligentes y cultos –Canning en el Foreign Office; Peel en el Ministerio del Interior, y Huskisson en el de Comercio–, que captaron la necesidad de una nueva política, acorde con el protagonismo mundial del país.



La reforma de la clase media

El «conservadurismo ilustrado», a partir del cual Robert Peel desarrollaría el nuevo Partido Conservador, proporcionó al gobierno una desconocida vitalidad. Su atractivo caló particularmente en la pujante clase de comerciantes e industriales, favorecidos por las reducciones aduaneras y por las modificaciones en las leyes sobre los cereales, las *Corn Laws*. Bajo la *Corn Law* de 1815 que se creó como medida de presión en favor de los intereses agrarios, se prohibió la importación de cereales extranjeros. Esta medida afectó a los exportadores que deseaban vender a países como Alemania, Hungría y Rusia, quienes no tenían otro producto que el trigo para comerciar. Consecuentemente, las *Corn Laws* supusieron un grave obstáculo para la expansión del comercio mundial en especial el británico. En las postrimerías de la década de 1820, diversos decretos sustituyeron la prohibición total por una escala móvil, de manera que los derechos aduaneros sobre el grano importado permanecían elevados cuando el precio británico era bajo, y viceversa. Finalmente, tales medidas abrieron vías a la definitiva revocación de las *Corn Laws* en 1846.

Otras reformas de los tories ilustrados afectaron a la población en general. Peel, como secretario del Interior, modernizó el sistema penal con la abolición de la pena de muerte para cientos de delitos insignificantes. Al mismo tiempo, su creación de la Policía Metropolitana hizo más efectiva la dentención y el castigo de los delitos. Los *Test Acts*, por los que se excluía a los no anglicanos de todo cargo público, fueron revocados en 1828 y, lo que es aún más significativo, al año siguiente fue permitida la emancipación de los católicos. Esta medida fue forzada por la «elección» del líder católico irlandés, Daniel O'Connell, como cabeza de condado. El primer ministro, Wellington, ante la posibilidad de una guerra civil en Irlanda, aceptó las exigencias de los católicos a ser tratados como el resto de los ciudadanos. Tras más de dos siglos de persecución, se establecía la tolerancia religiosa en Gran Bretaña. La emancipación de los católicos no solucionó el problema de Irlanda. Los irlandeses, arrendatarios de terratenientes ingleses, obligados a pagar diezmos a la Iglesia anglicana y sometidos a la dominación política inglesa por el *Act of Union* de 1800, reclamaron la independencia total.

O'Connoll y su partido Joven Irlanda redoblaron las acciones de agitación. Fueron organizadas manifestaciones monstruo, especialmente entre 1843 y 1847, y hubo incluso un intento revolucionario abortado en 1848. Pero Irlanda estaba aplastada por la miseria y exhausta por el hambre. En 1846, la cosecha patatera, de la que dependía la mayor parte de la población, se arruinó por la acción de la roya y miles de personas murieron de hambre. Entre 1841 y 1851 un millón de irlandeses –muchos de ellos formaban parte de la población más inteligente y activa– emigraron a Inglaterra y a Norteamérica. En esta época, las cuestiones políticas se mezclaban con las calamidades nacionales.

Mientras, en Gran Bretaña aumentó la agitación política con el objetivo de conseguir la reforma parlamentaria. Para ello se aliaron liberales y radicales con algunos sectores de las clases obreras. En 1830 falleció el odiado Jorge IV, sucediéndole Guillermo IV, no muy inteligente pero más responsable. Las revoluciones en Francia y Bélgica ejercieron cierta influencia en Gran Bretaña: en 1830-1831 hubo un gran número de campesinos de los condados meridionales y orientales que exigieron mayores jornales, contratas de arriendo más justas y un sistema mejor de compensaciones. Las necesidades de cambio eran indiscutibles.

En las elecciones generales de 1830 los liberales recuperaron el poder con lord Grey. Su primer acto consistió en introducir una medida en favor de la reforma parlamentaria, que se convirtió en ley en

1832 tras numerosas enmiendas y a pesar del rechazo inicial de la Cámara de los Lores. El contenido de la *Great Reform Bill* era tan modesto, que los radicales la consideraron insuficiente. Abolió los representantes de ciudades con menos de 2.000 habitantes, dejando a las ciudades de 2.000 a 4.000 habitantes con sólo un representante. Por otra parte, 143 escaños quedaron a disposición de las grandes ciudades y de aquellos condados que no estaban representados adecuadamente.

Manchester y Birmingham tuvieron por primera vez sus propios miembros en el Parlamento, aunque después de 1832 un antiguo municipio de 2.000 habitantes podía aún enviar su propio diputado. La otra disposición principal de la reforma fue la extensión del derecho de voto a los cabezas de familia de las ciudades que pudieran pagar una tasa de 10 libras anuales, y de 50 libras anuales para los campesinos arrendatarios –se trataba esencialmente de las clases medias rurales y urbanas–. Con tales medidas el electorado aumentó hasta los 600.000 votantes. La reforma parlamentaria no concedió el derecho de voto a las clases obreras ni tampoco el sufragio secreto. La participación parlamentaria se basaba aún en la posesión de propiedades como indicador de la responsabilidad y valía personal.

La nueva ley de los pobres

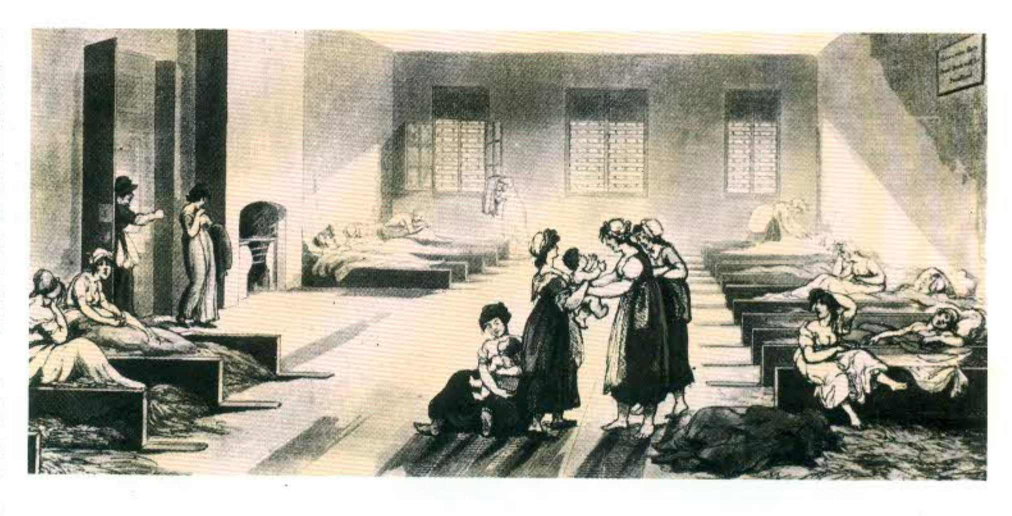
La siguiente tarea del gobierno liberal, whig, tras la reforma del Parlamento, fue la reactualización de la ley de los Pobres, o *Poor Law*, un sistema que alentaba a los desocupados a permanecer como tales, actuaba como freno de la movilidad laboral y que era inaceptable para los principios que inspiraban a los whigs de las clases medias. En 1832 una comisión real, encabezada por el economista Nassau Senior y el abogado Edwin Chadwick, fue nombrada para investigar las circunstancias de la pobreza existente y recomendar una posterior reforma.

Senior adoptó la visión pesimista del reverendo Thomas Malthus, según la cual la población en proceso de crecimiento natural rebasaría inevitablemente los recursos necesarios para la alimentación. La miseria era inherente a la sociedad –decían–, pero la pobreza se podía erradicar con severas medidas de auxilio social. La ley de los Pobres de 1834, *Poor Law Amendment Act,* anuló el pago de subsidios. En el futuro, la única forma de ayuda serían los hospicios, cuyas condiciones de vida serían deliberadamente más incómodas que las de los trabajadores libres peor pagados. Maridos y esposas estarían separados, serían alimentados con una dieta escasa, y trabajarían en las tareas más desagradables. Sin embargo, tras esa crueldad, yacía la esperanza de que tales medidas elevarían el nivel del salario, harían el trabajo más dinámico y reducirían el costo de la beneficencia. En este último apartado se obtuvo un gran éxito. Carlyle comentó sarcásticamente: «Si los pobres son convertidos en miserables, evidentemente disminuirán».

En un sentido amplio esta ley concordaba con la filosofía liberal. El decreto sobre las corporaciones municipales, la *Municipal Corporations Act,* de 1835, reconstituyó el gobierno local de los municipios, estableciendo consejos elegibles en todas las ciudades de más de 25.000 habitantes. Aún más importante fue un decreto de 1833 que abolió la esclavitud en el Imperio británico, con lo que se completó la obra iniciada por Wilberforce, que en 1807 había conseguido paralizar el comercio de esclavos. En 1833 la Compañía de las Indias Orientales fue despojada de su monopolio comercial con Oriente, expandiéndose el comercio británico en la India, China y Japón. Tales medidas promovieron el progreso del librecambismo, convertido en la gran causa del Partido Liberal, bien avanzado ya el siglo XIX.

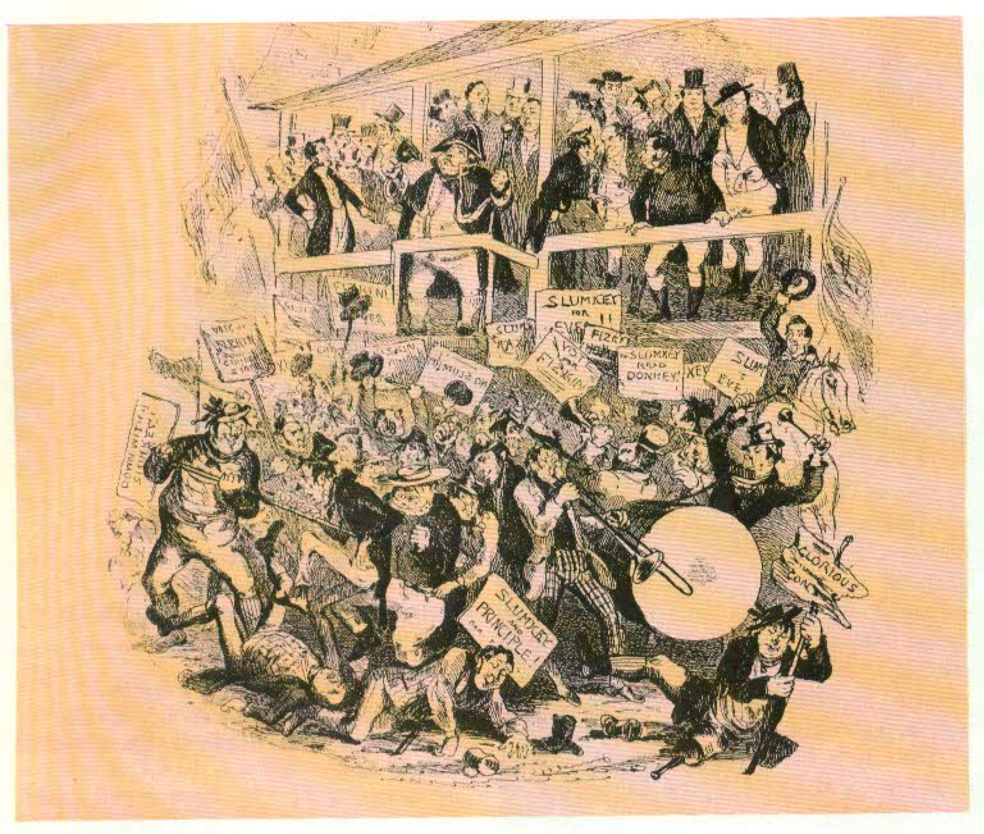
El comienzo de la época victoriana

Guillermo IV murió en 1837 ante la indiferencia general. Gran Bretaña permanecía como monarquía, pero desde hacía más de un siglo la población sentía escaso afecto hacia sus reyes, cuando no desprecio. Una joven de 18 años de edad subió al trono con el deseo de recuperar el afecto y respeto que los reyes habían perdido.



Prisión de Bridewell, de Londres, en 1808. La reforma social, especialmente sobre las ayudas a los pobres y el sistema penitenciario, tuvieron gran prioridad entre los radicales del siglo XIX.

Página anterior, escena de miseria en Londres durante la crisis económica que padecieron las islas Británicas hacia la mitad del siglo XIX.





Entre 1837 y 1901 Victoria unió al pueblo y la monarquía. Desarrolló muy bien su función como monarca constitucional y no intentó, pasados los primeros años, intervenir en los asuntos propios de los partidos políticos, pero consiguió que éstos impulsaran una actividd que recogiera las aspiraciones populares. Ejerció una influencia moral moderadora sobre los políticos, conteniendo a los impetuosos y estimulando a los tímidos.

Victoria había tenido escasas posibilidades de acceder al trono. El problema se planteó en vida de Jorge III, pues la familia real la componían siete princesas, dos de las cuales eran sucesoras de Jorge IV y Guillermo IV. Pero ninguna tuvo descendencia, al menos ningún hijo legítimo capaz de heredar el trono. El duque de Kent accedió, en «interés del reino», a contraer un matrimonio «razonable». Abandonó a su amante para casarse con una princesa alemana, Victoria de Leiningen, miembro de la distinguida familia de Sajonia-Coburgo. De esta unión nació Victoria, en mayo de 1819.

La futura reina fue criada y educada con severidad, incluso de una manera humilde para una persona de su rango. A los 18 años de edad sentía un profundo deseo de elevar la dignidad de la monarquía sumida en la vergüenza y la corrupción. Las intrigas políticas se desataron pronto alrededor de la reina, pero Victoria siguió los consejos de lord Melbourne, primer ministro whig desde 1834. El matrimonio de Victoria con su primo el príncipe Alberto de Sajonia, añadió también firmeza, inteligencia y moralidad a la nueva monarquía.

En diversos aspectos el largo reinado de Victoria instituyó un nuevo tipo de monarquía, ya que ésta estaba asociada históricamente con la aristocracia agraria. A Victoria le hubiera sido difícil reproducir semejante papel, y prefirió identificarse con los intereses urbanos e industriales, con las nuevas fuentes de actividad y riqueza que transformaban Gran Bretaña en una sociedad europea encuadrada dentro de la clase media.

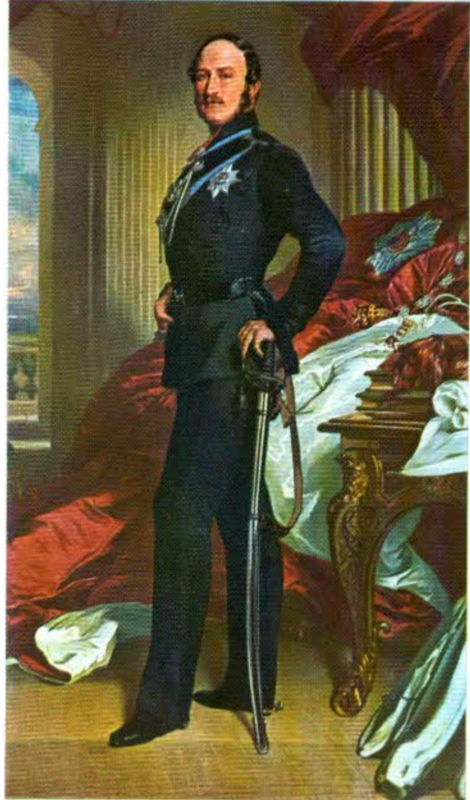
El cambio de rumbo de la monarquía hacia la asimilación de los ideales de la clase media fue una de las muchas adaptaciones de las instituciones británicas a la nueva realidad económica y social. En la década de 1870-1880 se estableció el libre comercio. La contratación del personal de servicios civiles se realizaba ya en base a la capacidad y no al privilegio. El poder de las autoridades locales aumentó, asumiendo la responsabilidad en materia de salud pública y de viviendas. Más importante aún fue el hecho de que en 1870 el Estado aceptara un impuesto para elevar la cultura popular mediante una red de escuelas públicas. Aunque la composición del Parlamento no era aún representativa de los cambios producidos fuera de él, apuntaban ya los primeros indicios de un moderno sistema de partidos, con una disciplina interna más fuerte y una mayor concentración de autoridad en el gabinete de ministros.

Las clases medias consiguieron beneficios sustanciales en los primeros años del reinado de Victoria. Sin embargo, la prosperidad victoriana se apoyó en la enorme infraestructura de la miseria de las clases trabajadoras, a las cuales Gran Bretaña sólo era capaz de ofrecerles un trabajo agotador, una chabola malsana y una sepultura miserable. Después de la *Reform Act* de 1832, la alianza entre los radicales y las clases medias se colapsó: los obreros carecían todavía del derecho de voto y de representantes. Se sintieron traicionados por aquellos a quienes habían apoyado.

La situación más deplorable era la de los niños, obligados a trabajar en las fábricas desde los 6 ó 7 años, y desde las 5 de la mañana hasta las 7 u 8 horas de la noche. La industrialización, en sus primeros años necesitaba trabajo dócil y barato, y las mujeres y los niños podían realizar las tareas rutinarias que se les pedían con una preparación mínima o nula.

Robert Owen había ya demostrado en la fábrica de New Lamark, contrariamente a toda creencia popular, que una gestión humanista en la fábrica podía reducir las horas de trabajo, pagar salarios superiores y obtener aún considerables beneficios. Como empresario capitalista inteligente, Owen obtuvo un gran éxito; como filósofo socialista y teórico de la educación, fue brillante e inspirado; como líder político, un fracaso. Sus esquemas para la producción cooperativa y para su gran central sindical, la Grand National





Consolidated Trade Union (1833-1834), cuyo objetivo era «nacionalizar» la industria británica, se hundió bajo el ataque unitario del gobierno y la patronal.

El desafío cartista

Sin embargo, el fracaso de los planteamientos de Owen para lograr un «milenio socialista», reavivó la agitación tendente a conseguir la representación política directa. La violencia gubernamental contra los intentos sindicalistas, la dureza de la nueva ley de los Pobres y el tímido éxito de la *Factory Act* de 1833 sensibilizaron a las clases obreras de que la política legislativa continuaría realizándose en contra de sus intereses, en tanto que ellos permanecieran excluidos del Parlamento.

En 1836, fue creada la Asociación de Trabajadores de Londres para luchar por la representación parlamentaria. Fue, en sí mismo, un movimiento moderado de la intelectualidad obrera, cuyo programa seguía en gran medida al radicalismo de finales del siglo XVIII, aunque rápidamente incluyó acciones mucho más violentas en el norte y en los Midlands, en particular contra los «hospicios». En 1837 se formuló la *Carta del pueblo*, en la que se pedían seis reformas democráticas, siendo la más importante de ellas la del sufragio masculino, la votación secreta y la retribución de los miembros del Parlamento.

El «cartismo» fue el mayor movimiento obrero de la primera mitad del siglo, dominando la escena política desde 1837 hasta 1848. Aunque externamente fue un movimiento dirigido a persuadir al Parlamento de lo justo de sus demandas, mediante la presentación de enormes memoriales, su causa original fue el descontento económico y social, y su principal apoyo apareció en los períodos más grandes de depresión y desempleo, 1839-1842 y 1847-1848. Joseph Stephens, uno de sus líderes, llegó a decir que «el cartismo es un problema de pan y queso; un problema de cuchillo y tenedor». Su llamamiento, especialmente después de que líderes «de gran presencia física» como Feargus O'Connor tomaran la dirección, se dirigía a los hambrientos y desamparados, a los desempleados, a los obreros mal pagados y a las víctimas de la industrialización.

Las demandas presentadas en 1839 y 1842 fueron desoídas por el Parlamento. El cartismo fracasó por varias razones: fue mal conducido, le faltó profundidad, y fue rechazado firmemente por la burguesía. Sin embargo, fue el primer movimiento masivo de una clase obrera con identidad propia.

A partir de él, surgió gradualmente una conciencia social que encontró su expresión en una legislación que reguló las condiciones y las horas de trabajo en las fábricas y las minas, y estableció medidas higiénicas y sanitarias de largo y revolucionario alcance.

Arriba, Alberto de Sajonia-Coburgo Gotha (1819-1861), príncipe consorte de Inglaterra (1857), por Franz Winterhalter, pintor que gozó de bastante fama como retratista oficial de las cortes europeas en el siglo XIX. (National Portrait Gallery, Londres.)

Izquierda, mitin de la Unión Política de Birmingham, el 16 de mayo de 1832, por Benjamin Haydon. (Birmingham Museum and Art Gallery.)

Página anterior, izquierda, Las elecciones en Eatanswill, *dibujo satírico sobre los sobornos y la corrupción en los comicios anteriores a la Reforma de 1832 (Reform Act) en Gran Bretaña.*

Página anterior, derecha, la reina Victoria (1819-1901), en un cuadro de Franz Winterhalter. Esta soberana elevó el prestigio de la corona con la austeridad de su vida y el impulso dado a la política expansionista del Imperio.

El triunfo del librecambismo

El éxito económico británico de mitad de siglo se debió en gran medida a la adopción de una política de libre comercio. Correspondió irónicamente a Peel, líder del Partido Conservador desde 1841 a 1846, iniciar el proceso de abandono de los aranceles proteccionistas agrícolas, en 1846. Al hacerlo, actuó en contra de los intereses de la pequeña aristocracia terrateniente, la cual le había ayudado a acceder al poder. Ello dividió al partido y le aisló.

Peel fue convenciéndose gradualmente de la necesidad del libre comercio de cereales, entendiéndolo como una reforma social que podía abaratar el precio del pan de las clases trabajadoras, y también como una medida económica que podía capacitar a Gran Bretaña para vender una mayor cantidad de mercancías manufacturadas a los países que podían pagar únicamente con alimentos y materias primas. Estos y otros argumentos habían sido planteados enérgicamente por la Liga contra la legislación del trigo dirigida por Richard Cobden, un industrial manchesteriano de origen humilde que había hecho fortuna en el comercio del algodón.

Parece que Peel estaba ya convencido de la necesidad de anular aquellas leyes en 1842 o 1843, y que únicamente esperaba una ocasión propicia. Ésta se presentó en 1846 en Irlanda, en donde miles de personas hubieran muerto de hambre si no se hubiera permitido la importación libre de trigo. La revocación fue sostenida en el Parlamento por el gobierno con el apoyo de los whigs y contra la oposición encarnizada de los tories terratenientes.

Con su apoyo a la disolución de las *Corn Laws*, Peel dividió su partido y se suicidó políticamente. El joven Disraeli adquirió entonces notoriedad al denunciar a su líder como traidor, poniéndose él mismo al frente de los tories proteccionistas. Gradualmente forjó un nuevo Partido Conservador cuyo objetivo era la reforma social en el interior y la expansión imperial en el exterior. Los partidarios de Peel se amalgamaron finalmente con algunos whigs para formar el nuevo Partido Liberal, y Gladstone se convirtió en su líder. El liberalismo apoyó al librecambismo y la libre empresa, la reforma democrática y la expansión pacífica. Ambos dominarían la política británica hasta finales del siglo XIX.



El Imperio británico

El primer Imperio británico finalizó con la Guerra de Independencia norteamericana (1776-1783), pero durante el siglo XIX se levantó un segundo Imperio más vasto que el primero. Gran parte del mismo provenía de las conquistas realizadas a expensas de Francia y de sus aliados, España y Holanda, durante las guerras revolucionarias y napoleónicas –enormes zonas en la India y Canadá, Ceilán y África del Sur, numerosas islas de las Indias Occidentales, y posesiones estratégicas en el Mediterráneo, como Gibraltar, Malta y las islas Jónicas–. Algunos territorios suministraron materias primas, otros proveyeron a las manufacturas británicas de mercados suficientes, pero, en general, el segundo Imperio británico se convirtió en una realidad a través de un conjunto de factores económicos, militares, e incluso religiosos.



El orgullo especial de este Imperio fue la India. Al final de la guerra napoleónica, Gran Bretaña estaba firmemente establecida en los territorios del Ganges y del Deccan, en el sur, pero aún no poseía todo el subcontinente. La lucha contra los jefes mahratta (1817), la conquista de los territorios de la zona del Indo y la guerra contra los salvajes sikhs del Punjab se desarrollaron en la primera mitad del siglo XIX.

La protección de las rutas marítimas adquirió gran importancia para la conservación de Imperio: Santa Helena, el cabo de Buena Esperanza, la isla Mauricio, Adén, Ceilán y Singapur se convirtieron en bastiones y barreras inexpugnables a las ambiciones coloniales de otras potencias europeas.

Allí donde la conquista total fracasó o pareció demasiado costosa, Gran Bretaña se conformó con establecer un cordón protector alrededor de sus dominios. Tras el fracaso de la conquista de Afganistán en 1842, el ejército británico se dedicó a fortificar los pasos montañosos de la frontera noroccidental. Al norte de la India, la cordillera del Himalaya supuso una barrera natural capaz de repeler a cualquier invasor, mientras que al nordeste Birmania fue ocupada parcialmente después de dos intensas campañas, en 1826 y 1852.

La India sirvió también como base para la dominación del Extremo Oriente. La vieja Compañía de las Indias Orientales había pretendido siempre el monopolio comercial con todos los países al este del cabo de Buena Esperanza, aunque sus éxitos se limitaron al continente indio. Ahora, la búsqueda de mercados siempre mayores la hizo abrirse a los países que, en el Extremo Oriente, habían preferido



aislarse a la influencia de Occidente. La Guerra del Opio de 1840-1842 obligó a China a abrir cinco puertos al comercio británico, incluyendo las grandes ciudades de Cantón y Shanghai, y a ceder la isla de Hong-Kong, centro comercial y puerto estratégico en el Pacífico. En 1857 se abrió el tráfico con Siam, y en 1858 con Japón.

En la India y en Extremo Oriente los motivos del imperialismo fueron sobre todo económicos. No se pretendió nunca que la población británica se asentara permanentemente en las latitudes tropicales y subtropicales, en donde se exponía a un clima adverso, a enfermedades endémicas y a una posible muerte violenta.

Sin embargo, la metrópolis parecía ofrecer pocas perspectivas de salud y prosperidad a muchos de aquellos que trabajaron en los primeros días de la industrialización, y en otras áreas del Imperio, tales como África del Sur, Australia, Nueva Zelanda y Canadá en que el clima era aceptable, se podían conseguir a bajo precio, o gratuitamente, tierras de labor, y un hombre con energía y ambición podía ser el dueño de su propio destino. Ello promovió una corriente constante de emigrantes procedentes de Gran Bretaña que sumaron, a lo largo del siglo, no menos de veinte millones de personas.

Para muchos, la región del cabo de Buena Esperanza, adquirida a Holanda en 1815, ofrecía las perspectivas más atractivas. Los colonizadores holandeses originales, los bóers, fueron empujados progresivamente hacia el interior a medida que llegaban los colonos de Gran Bretaña. Aislados y desprotegidos, fueron incapaces de oponerse a la abolición de la esclavitud en 1833, a pesar de que ello amenazó con desposeerles de la mano de obra negra de la que dependía su economía agraria.

La Gran Emigración de 1833 llevó a los bóers de una orilla del río Vaal a la otra, en Natal. Cuando esta zona fue anexionada por Gran Bretaña en 1844, los bóers emigraron otra vez, y Gran Bretaña reconoció entonces como independientes la República de Transvaal y el Estado Libre de Orange. En ese momento, el problema parecía estar solucionado –las minas de diamantes aún no habían sido descubiertas–.

En el otro confín de la Tierra, Australia, pareció menos atractiva a los colonos, y hasta mitades de siglo fue utilizada como albergue de delincuentes. Pero el éxito de muchos expresidiarios como ganaderos de ovejas, la gran disponibilidad de tierra libre y el descubrimiento de oro,

Arriba, reunión de la reconstituida Cámara de los Comunes en 1835. A pesar de la anunciada reforma, el resultado fue semejante a los parlamentos anteriores, manteniendo los terratenientes una posición dominante. (National Portrait Gallery, Londres.)

Página anterior, arriba, la reina Victoria, abuela del futuro rey Jorge V, tocada con el gorro blanco, símbolo de su viudez. Durante sus últimos años, la reina se convirtió para sus súbditos en el símbolo del poder y de la seguridad del Imperio Británico.

Página anterior, abajo, tropas británicas al ocupar la ciudad de El Cabo en 1806. La colonia, fundada por holandeses en 1652, fue tomada y reconquistada varias veces hasta que pasó a manos británicas en 1815. El conflicto entre colonos holandeses y británicos se prolongó a lo largo de todo el siglo y culminó con la guerra de los bóers (1899-1902).



en 1851, pronto ejercieron un gran impacto sobre los emigrantes. En Nueva Zelanda también había territorios ricos que esperaban colonos. Allí, los autóctonos maoríes fueron perseguidos y relegados en las montañas. En Canadá, especialmente en el estado de Quebec, la situación era diferente. Aquí, los colonos británicos encontraron una población blanca de origen francés, hostil a la dominación británica y muy conscientes de su diferente origen y cultura. Poco a poco los franceses fueron cercados por la oleada migratoria, aunque continuaron preservando celosamente sus propias costumbres y hábitos de vida.

La extensión del «imperio blanco» creó nuevos problemas al gobierno británico. Según la perspectiva de Gran Bretaña, los pueblos de color, colonizados, recibían el beneficio de la legislación británica, del cristianismo, un impulso educativo y protección contra explotadores despiadados. En pago a tales beneficios, la metrópoli se adjudicó el derecho a exigir lealtad y concesiones comerciales e industriales. En las colonias con población europea o europeizada, la situación era distinta, y allí Gran Bretaña tenía que actuar con mayor tacto y prudencia, pues el recuerdo de la pérdida de Estados Unidos estaba siempre presente. Esta nueva política se inició en 1847, cuando le fue concedido a Canadá un importante grado de autonomía con su propio Parlamento y un ministro responsable, mientras que Gran Bretaña se reservaba las responsabilidades en política exterior y defensa. El proceso de autogobierno culminó con el Estatuto de Westminster, en 1931.

Las colonias norteamericanas se perdieron por el intento británico de controlar su comercio y su desarrollo econó-

mico. Ahora, Gran Bretaña abandonaba gradualmente el viejo sistema colonial que obligaba a las colonias a comerciar únicamente con la metrópoli. En 1825 se permitió a Canadá comerciar con países extranjeros, y la derogación de las leyes prohibitivas en 1849 extendió el comercio libre a todas las colonias. En esa época, el «imperio blanco» estaba firmemente unido a Gran Bretaña, sobre todo por una lengua y civilización comunes, y por la lealtad inquebrantable a la corona. La adopción, por la reina Victoria, del título de «Emperatriz de la India», fue un símbolo del nuevo papel de la monarquía británica. El éxito británico era para otros países europeos, en la primera mitad del siglo XIX, un fenómeno digno de ser imitado. Cuando miles de visitantes extranjeros asistieron a la Gran Exposición en Hyde Park, en 1851, se sintieron abrumados por el despegue de la economía británica.

Con todo, es importante recordar que la hegemonía era muy reciente, e históricamente tuvo una vida breve. En 1800, Francia era la «gran potencia», la conquistadora de Europa, dueña de un enorme imperio, patria de una filosofía destinada a inundar el mundo. En 1870 la hegemonía de Gran Bretaña comenzó a ser discutida por nuevas naciones industrializadas, concretamente Alemania y Estados Unidos.

Página anterior, arriba, el Día del Derby *(1858), por William Frith. Representa la exuberancia y la prosperidad de la época victoriana británica. (Tate Gallery, Londres.)*

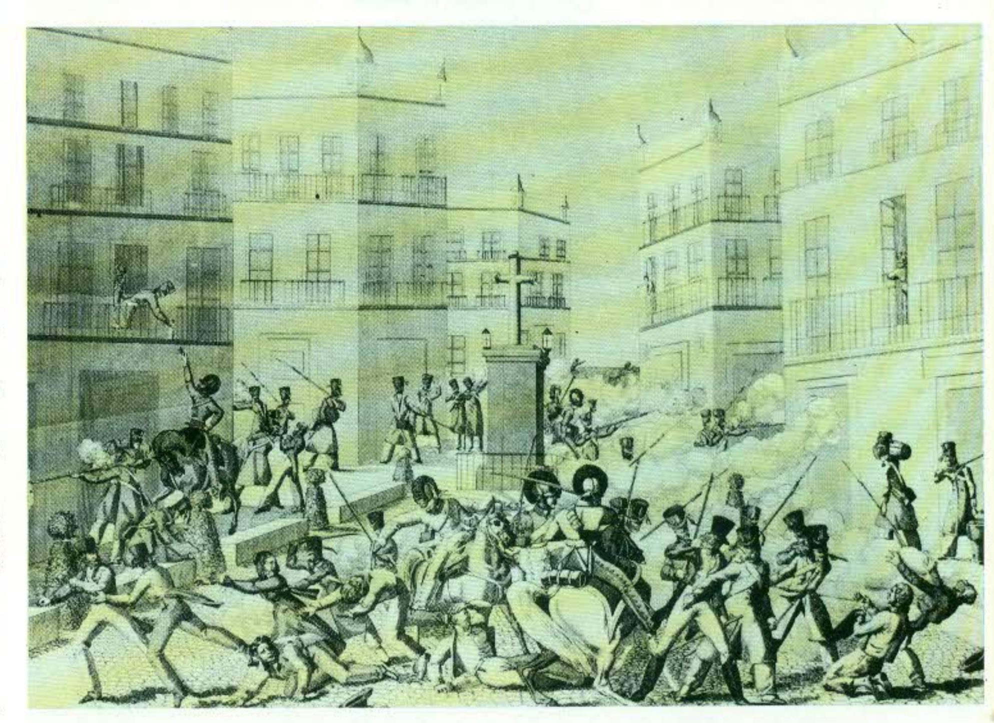
Página anterior, abajo, Exposición Universal de Londres en 1851, inaugurada por el príncipe Alberto, que fue un gran propulsor de la industria y de las artes.

GRAN BRETAÑA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Año	Gran Bretaña	Colonias británicas	Progresos científicos
1815	*Corn Law* (1815) (ley de Cereales) Se extiende la depresión económica Masacre de Peterloo (1819)	Es reprimida la sublevación contra el gobierno británico en Ceilán (1817) Fundación de Singapur (1819)	Primer barco a vapor que cruza el Atlántico (1819)
1820	Muerte de Jorge III; le sucede Jorge IV (1820) Canning ministro de Asuntos Exteriores (1822)	Costa de Oro se convierte en colonia (1821) Malaca es adquirida por Gran Bretaña (1824)	Stephenson construye el primer puente de hierro para el ferrocarril (1823) Inauguración de la vía férrea Stockton-Darlington (1825)
1825	Duque de Wellington primer ministro (1828) Escala móvil para la importación de cereales (1828) Emancipación de los católicos (1829) Muerte de Jorge IV, le sucede Guillermo IV (1830)		Niepce (1827) logra una fotografía de una placa metálica G.S. Ohm define los fundamentos de la corriente eléctrica (potencial y resistencia)
1830	Gobierno *whig* bajo la dirección del conde Grey (1830) Reforma parlamentaria (1832) Abolición de la esclavitud en las colonias británicas (1833) Fundación de las Trade Unions por Robert Owen (1834) Mártires de Tolpuddle (1834)	Sublevación en Jamaica (1831) Las islas Malvinas (Falkland) bajo soberanía británica (1833) Santa Elena colonia británica (1834)	Construcción del primer ferrocarril en Estados Unidos (1832) Leyes de Faraday sobre la electrólisis
1835	Muerte de Guillermo IV; le sucede la reina Victoria (1837) La Carta del Pueblo es rechazada en el Parlamento (1839)	Gran emigración a Sudáfrica Fundación de la República del Estado Libre de Orange (1836) Rebelión en Canadá (1837) Los bóers derrotan a los zulúes en el río Blood (1838)	Samuel Colt patenta su revólver (1835) Samuel Morse desarrolla el telégrafo (1837) Daguerre descubre el proceso del daguerrotipo (1838)
1840	Robert Peel primer ministro (1841) Motines de los «cartistas» en Lancashire. Segunda petición «cartista» rechazada por el Parlamento (1842) Nuevo decreto bancario (1844)	Unificación de Canadá (1840) Nueva Zelanda se separa del Imperio; insurrección maorí (1841) El sur de Australia colonia británica (1841) Natal colonia británica (1843)	Es usada por primera vez la anestesia general en una operación (1842) Primer barco con hélice y a vapor que cruza el Atlántico (1843)
1845	Abolición de la ley de Cereales (1846) Fracaso del movimiento «cartista» (1848) Hambre en Irlanda	Gobierno responsable en Canadá (1846) Instauración de la Soberanía del Río Orange (1848) Anexión de Punjab (1849)	Invención de la máquina de coser (1846) Diseño del barómetro queroide (1847) Invención de la trilladora a vapor (1850)

La primavera de las naciones





La historia política de Europa entre 1850 y 1870 es la historia del fallido intento, de los aliados victoriosos, de reconstruir el Antiguo Régimen en los países conquistados por Francia. Pero la influencia de la Revolución francesa fue sólida. La fortaleza del liberalismo y del nacionalismo demostró que era imposible volver a los gobiernos tradicionalistas, y los pueblos de Europa —en Alemania, Austria, Italia, Grecia y en la propia Francia— se rebelaron en contra de los gobiernos que negaban el principio de la participación política democrática. El auténtico «desafío» del siglo XIX fue el desafío de la revolución: la necesidad de reconciliar la libertad legítima del individuo con el Estado.

Los tratados de paz de 1815 habían sido proyectados, no sólo para reorganizar y asegurar las fronteras de Europa, castigar a Francia y recompensar a sus oponentes, sino también para conservar la sólida posición de la tradición, la religión y el orden en contra de cualquier posible recuperación de la revolución. Se previeron encuentros regulares de las cuatro grandes potencias —Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia— para mantener aquellos principios frente a cualquier elemento perturbador. Pero a partir de 1820 fue el denominado «Sistema de Metternich» el que tuvo que defenderse del creciente acoso del liberalismo y del nacionalismo. Tales corrientes eran distintas en teoría, pero en la práctica se unificaron frecuentemente.

El liberalismo era, en gran parte, la herencia de las ideas expandidas por las conquistas francesas (libertad civil y política, igualdad, soberanía popular y derecho a un gobierno democrático). Tenía el apoyo de la mayor parte de las burguesías, hostiles al gobierno de una minoría y a los privilegios de la aristocracia. Además, encontraron aliados bien dispuestos entre las masas de obreros industriales de las ciudades.

Los sentimientos nacionalistas no tuvieron su origen en la Revolución francesa. Fueron el resultado de la oleada de patriotismo que despertaron las invasiones napoleónicas en muchos pueblos que hasta entonces no se habían destacado por su cohesión nacional. También se debió al hecho de que los tratados de paz de 1815 habían dividido a pueblos sin tener en cuenta sus convicciones, de manera que, por ejemplo, las tierras del Rhin fueron entregadas a Prusia, y muchos italianos fueron obligados a permanecer bajo el dominio austríaco. La política de los aliados de mantener minúsculos principados a lo largo de Europa —inspirada en parte por el temor a estados poderosos— no tuvo en cuenta el creciente sentimiento nacional y el deseo de unidad entre pueblos que compartían una lengua y una cultura comunes.

El primer congreso planeado por los aliados tuvo lugar en Aix-la-Chapelle en 1818 y trató exclusivamente asuntos franceses. Se decidió que las tropas de ocupación podían ser evacuadas y que Francia, bajo la restablecida monarquía de los Borbones, con Luis XVIII, era lo suficientemente estable como para sumarse a la Alianza. Pero en Alemania la agitación revolucionaria había prendido, dirigida por una corporación estudiantil, la *Burschenschaft,* que en el transcurso de una manifestación quemó literatura reaccionaria y otros símbolos del militarismo. Los gobernantes de tres estados alemanes —Baviera, Baden y Wurttemberg— concedieron constituciones democráticas a sus pueblos. Poco después, el asesinato por un estudiante del periodista Kotzebue, un agente ruso que dirigía una campaña antiliberal, determinó a Metternich, el canci-



Europa después del Congreso de Viena (1815), con convocado para fijar nuevos límites nacionales después de la derrota de Napoleón. Se estableció la Confederación Alemana, Polonia pasó a Rusia, Noruega y Suecia se unieron, y las Provincias Unidas y los Países Bajos Austríacos (Bélgica) se unificaron en una sola nación, Países Bajos.

Página anterior, arriba, aguafuerte de Goya, de la serie Los desastres de la guerra *(1810-1820). Anticipo de la violencia que ha rodeado la política española durante los siglos XIX y XX.*

Página anterior, abajo, levantamiento de Cádiz, en 1820. A pesar de la victoria liberal, Fernando VII, ayudado por las tropas francesas, recobró el poder absoluto en 1823. Revocó todas las leyes reformadoras y mandó asesinar, detener o exiliarse a todos los liberales.

ller de Austria, a actuar. En Viena, en 1820, los príncipes alemanes declararon ilegal la *Burschenschaft*, impusieron la censura de prensa y sometieron las universidades a estricto control. Pero Metternich fue incapaz de persuadir a los regidores del sur de Alemania para que disolvieran las constituciones recientemente otorgadas.

En España, la restauración del despótico rey Fernando VII llevó al poder a un partido que representaba la reacción más profunda. El país estaba en esos momentos sumido en uno de los episodios más trágicos de su compleja historia.

Durante la lucha española por la independencia en contra de Francia se comprobó que las Juntas locales, en las que los liberales fueron normalmente mayoría, podían producir una política eficaz, pero tras la restauración de Fernando VII las juntas fueron ignoradas, miles de patriotas liberales fueron calificados de «afrancesados», se impuso una estricta censura de prensa y el gobierno autocrático y la corrupción triunfaron. El único resorte que quedó a los liberales fue el de formar sociedades secretas contrarias al gobierno y preparar conspiraciones, que siempre fracasaron.

En 1820, en Cádiz, sin embargo, se creó una grave situación. Un ejército de 20.000 hombres, reunido para ser enviado a América Latina, donde tenía que acabar con la revolución en las colonias españolas, se rebeló al mando del general Rafael de Riego, exigiendo una Constitución liberal. Triunfante en Andalucía, la insurrección se expandió rápidamente a Galicia y Cataluña, y el rey se vio obligado a adoptar la Constitución y a cesar a sus impopulares ministros.

La aparente victoria de los liberales españoles propagó las ideas revolucionarias a Italia. Este país era, en 1815, según la famosa frase de Metternich, simplemente una «expresión geográfica». Era un conjunto de estados independientes —Piamonte-Cerdeña al norte, Parma, Modena, Toscana y los Estados Pontificios en el centro, y el reino de las Dos Sicilias en el sur—. Austria poseía el reino de Lombardía-Venecia y ejercía gran influencia en los asuntos de la mayor parte de los estados. En todos los lugares había censura de prensa y represión policial de cualquier intento de agitación liberal. Al igual que en España, la burguesía liberal formó sociedades secretas, conocidas localmente como los «Carbonarios», pues sus miem-



bros se tenían que reunir en los bosques, como si fueran carboneros.

Con todo, ante las noticias de la insurrección española, oficiales del ejército en Nápoles condujeron a sus tropas a la revuelta en julio de 1820, y su líder, el general Pepe, obligó a Fernando I de Nápoles a aceptar una constitución democrática similar a la española. Para muchos, estos acontecimientos parecían marcar el comienzo del fin de la autocracia.

El temor de Metternich era que la revolución se extendiera a través de toda Italia. En 1820 los emperadores de Austria y Rusia, el rey de Prusia y los representantes británico y francés se reunieron en el Congreso de Troppau, en Silesia. Metternich consiguió que el zar apoyara la idea de la intervención armada, a pesar de la oposición de Castlereagh (el secretario británico de Asuntos Exteriores) y del delegado francés, que vieron en ello un movimiento para incrementar la influencia austríaca en Italia.

En el Congreso de Laibach, en enero de 1821, se acordó la intervención armada. Las tropas austríacas dispersaron a las fuerzas del general Pepe y entraron en Nápoles: la Constitución fue abolida y los líderes liberales ejecutados. Mientras tanto, el fermento revolucionario se había propagado entre los estudiantes y militares de Lombardía, con el objetivo de liberar su estado de la dominación austríaca. El rey, Víctor Manuel I, restaurado en el trono por las potencias aliadas en 1814, era odiado por los liberales a causa de su política reaccionaria, y abdicó en favor de su hermano Carlos Félix (1821). Éste pidió ayuda a los austríacos, que derrotaron fácilmente a las fuerzas liberales en Novara.

En España la situación viró en favor de la reacción. Los reformistas liberales, que habían obtenido de Fernando VII la Constitución, no tenían experiencia de gobierno y fallaron en el mantenimiento del orden y en la aplicación de reformas. Las conjuras y los alzamientos se producían sin cesar, y Fernando VII pidió ayuda al extranjero. La llamada «Santa Alianza» de Rusia, Austria, Prusia y Francia, constituida en teoría para llevar los asuntos de Europa en concordancia con los principios del tradicionalismo cristiano, aunque de hecho era un instrumento para mantener el *status quo*, estaba presta a responder. El Congreso de Verona (septiembre de 1822) fue convocado para tratar el tema español.

Canning, que había sucedido a Castlereagh en la secretaría británica de Asuntos Exteriores, se declaró opuesto a la intervención en España, pero no fue escuchado. El gobierno francés estaba ansioso de ahogar una revolución tan cercana a sus fronteras y demostrar el poder militar de la restaurada monarquía borbónica. La propuesta fue aprobada por el Congreso (habiéndose retirado Gran Bretaña), y en abril de 1823 un ejército francés de 100.000 soldados entró en España y venció a



los constitucionalistas en Cádiz y en otros lugares. La represión que siguió durante diez años fue más feroz incluso que en Italia. El líder liberal Riego y sus camaradas fueron perseguidos y masacrados despiadadamente. Hasta 1828 las tropas francesas permanecieron en fortalezas a lo largo y ancho de España, a fin de apoyar la política represiva del ministro español de Justicia, Francisco de Calomarde.

Durante unos años de la década de 1820 las fuerzas de la reacción en Europa parecieron triunfar: España e Italia yacían postradas bajo el yugo de la dominación autocrática extranjera. Pero en 1830 la Revolución de París y el relevo, en el trono francés, de los Borbones por el «rey burgués» Luis Felipe, ocasionaron una nueva conmoción en Europa. Exiliados carbonarios en París buscaron el apoyo francés en un nuevo intento para librar a Italia de los odiados austríacos. Las sociedades secretas revolucionarias fueron nuevamente activas en la Lombardía, los Estados Pontificios y en la Italia central.

De hecho, la revolución estalló en Módena en febrero de 1831, propagándose rápidamente a Parma, Bolonia y la Romagna. En marzo, una Asamblea, en Bolonia, proclamó la unión y la independencia de las provincias rebeldes. Sin embargo, una vez más, Metternich se hizo dueño de la situación. Ejércitos austríacos vencieron a los rebeldes en Parma, Módena y Bolonia. El propio Luis Felipe envió una fuerza expedicionaria para ocupar Ancona.

Los carbonarios parecían totalmente desacreditados por sus fracasos, pero el espíritu de revuelta se mantuvo vivo en Italia gracias a los intelectuales, muchos de ellos en el exilio. El más influyente fue un joven genovés, Giuseppe Mazzini, que fundó en 1932, en París, un movimiento conocido como la Joven Italia. Su objetivo era una República Democrática, libre de la

Giuseppe Mazzini (1805-1972) a los 25 años, en un dibujo de G. Isola. Mazzini fundó la asociación republicana «Joven Italia» (1831) y conspiró contra la monarquía sarda. Representa la tendencia democrática y socialista del Risorgimento *italiano.*

Centro, barricadas en Nápoles. El mando de la insurrección fue asumido por el general Guglielmo Pepe, y el soberano fue obligado por los liberales a conceder la constitución el 13 de julio de 1820.

Página anterior, izquierda, combate en el faubourg Saint-Antoine de París durante la revolución de 1830. Aunque estos días de julio produjeron un gran impacto en toda Europa, los cambios que promovieron no fueron radicales. Se evitó una república y el poder político quedó compartido entre el rey y la Cámara de diputados, elegidos por un insignificante electorado.



dominación extranjera; su lema, «Unidad y República; Dios y Pueblo; Pensamiento y Acción». La personalidad romántica de Mazzini atrajo muchos seguidores, pero su idealismo no encajaba totalmente con la situación. Una política más realista la enarboló el conde Cavour, primer ministro de Cerdeña, que manifestó la necesidad de derrotar militarmente a Austria antes de conseguir la independencia. Todas las ideas y aspiraciones convergieron finalmente en el *Risorgimento.*

Alemania y Polonia

En 1815, Alemania, al igual que Italia, era una simple «expresión geográfica». Consistía en 39 estados independientes, algunos poderosos como Prusia y Baviera; otros insignificantes principados, pero orgullosos de su propia identidad. Todavía perduraba un cierto ideal de unidad nacional, aunque, como en el resto de Europa, el pensamiento democrático había ganado terreno durante el período napoleónico.

Los acontecimientos de 1830 condujeron a renovadas exigencias de reforma liberal en algunos estados, y los gobernantes de Sajonia, Baviera, Brunswick y Hessen-Kassel fueron presionados para conceder constituciones a sus pueblos. La *Burschenschaft* se reactivó en las universidades de toda Alemania. Como siempre, Metternich se alarmó con estas manifestaciones del pensamiento independentista, y apoyado por Prusia, adoptó rigurosas medidas promulgadas por la Dieta de Frankfurt (julio de 1932): censura de prensa, y prohibición de clubs y de mitines. Los escritos de Heinrich Heine, Georg Büchner y otros autores fueron prohibidos por considerarlos agitadores de las masas y por subversivos, y se presionó a Francia para que expulsara a los refugiados políticos alemanes.

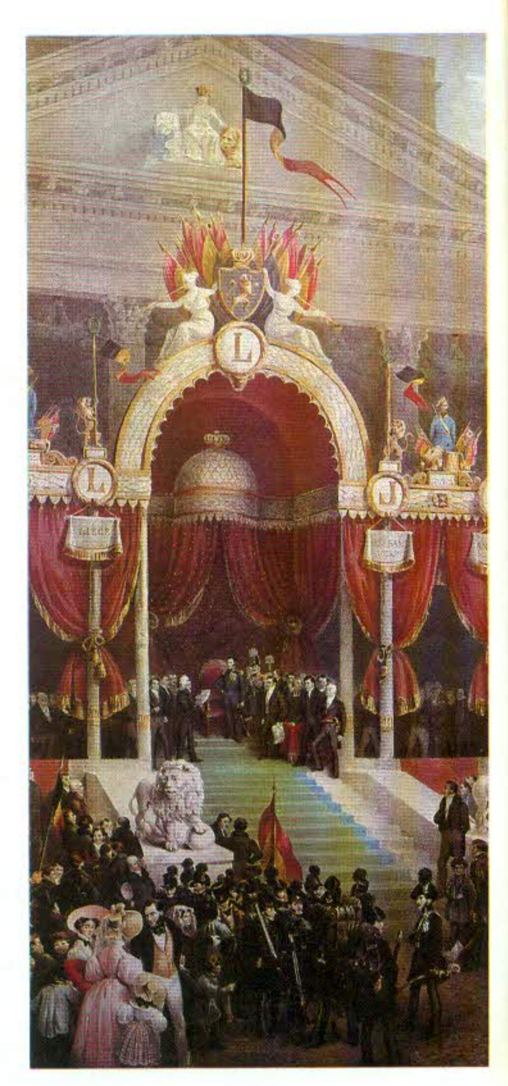
De hecho, la idea de la unidad alemana progresó por otras vías. Prusia dio el primer paso con la fundación del *Zollverein* o Unión Aduanera, permitiendo el libre transporte de mercancías entre los estados. El librecambismo tuvo un éxito espectacular, aumentando enormemente el nivel del comercio y de la actividad económica en general: un estado tras otro se adhirió, y en 1834 todos ellos lo habían hecho. Por otra parte, el *Zollverein* facilitó el movimiento de personas e ideas en casi todas las ciudades y pueblos de Alemania, eliminó los prejuicios locales y demostró el creciente liderazgo de Prusia en los asuntos alemanes.

El liberalismo sostuvo una lucha más dura en Polonia. El Ducado de Varsovia, de hecho dominado por Rusia, fue dotado de un Parlamento que votaba leyes e impuestos, y de un ejército, si bien bajo el mando del propio hermano del zar Alejandro, el despótico y autoritario gran duque Constantino.

La promesa zarista de instaurar un régimen liberal y constitucional no se cumplió.

En las otras zonas de Polonia –Galitzia, que había sido cedida a Austria, y Posnania, entregada a Prusia– existían asambleas que únicamente representaban al pueblo de manera parcial. Los patriotas polacos, muchos de ellos oficiales e intelectuales, se reunían en sociedades secretas, esperando el momento de levantarse en aras de la unificación y de la independencia. Ante las noticias de los acontecimientos revolucionarios en la Francia de 1830, Constantino ordenó la movilización del ejército polaco, extendiéndose rápidamente el rumor de que prentendía utilizar tropas polacas para suprimir a los liberales franceses. Los polacos se rebelaron en Varsovia, en enero de 1831, proclamando la Dieta nacional, la independencia del país y el no reconocimiento de la autoridad del zar.

A pesar de la simpatía francesa, ninguna de las potencias intervino para ayudar a los polacos, y la rebelión fue sofocada por el ejército ruso. A ello le siguió una represión intensa con detenciones masivas y deportaciones. Las universidades fueron cerradas, las tierras confiscadas y se impuso el ruso como lengua del país. Miles de polacos huyeron y buscaron refugio en territorio francés, donde continuaron sosteniendo la antorcha de la libertad.



El nacimiento de la Bélgica moderna

De las muchas revoluciones de 1830 tan sólo una tuvo éxito: la de Bélgica. Este pequeño estado había sido entregado en 1815 a los Países Bajos –anteriormente había sido gobernado sucesivamente por España, Austria y Francia–. Aunque la unión de la Bélgica industrial con la Holanda agrícola fue un éxito económico, no había nada en común entre ambos países. Los belgas hablaban francés (o flamenco), no holandés; eran católicos, no protestantes; eran liberales, no autoritarios. Además, la constitución les era muy desfavorable, con el holandés Guillermo de Orange como rey, con un solo ministro belga en un gabinete de siete, y menos de 300 oficiales en un ejército de 2.000.

En 1830 una alianza de católicos y liberales desembocó en una revolución, estableció un gobierno provisional y proclamó la independencia de Bélgica. Todo dependió entonces de la actitud de las grandes potencias, particularmente Gran Bretaña, cuya política tradicional era la de que los Países Bajos no debían estar bajo



Entrada en Viena del barón Jellacic Banus, de Croacia, en un grabado de la época. El 13 de marzo de 1848 estalló en Viena una revuelta que obligó a dimitir al gobierno de Metternich.

Página anterior, izquierda, Klemens von Metternich (1773-1859), ministro de Asuntos Exteriores austríaco y canciller. Una de las figuras centrales de la diplomacia europea. Su política fue la de mantener una autocracia conservadora, alejada de todas las influencias nacionalistas y liberales.

Página anterior, derecha, acuarela, en la que J. P. Madou pintó las figuras y P. Lauters el decorado, que representa el juramento del rey Leopoldo I de Bélgica (1790-1865) en la plaza Real de Bruselas, el 21 de julio de 1831. El regente Surlet de Chokier está leyendo su abdicación (a la izquierda) frente al rey y sus ministros. (Koninglijk Legermuseum, Bruselas.)

el control de un país fuerte y posiblemente hostil. Por esta razón Gran Bretaña se opuso al ofrecimiento de la corona belga al duque de Nemours, hijo de Luis Felipe de Francia. En la Conferencia de Londres (diciembre de 1830) las potencias reconocieron formalmente la independencia y la neutralidad de Bélgica. El trono fue aceptado por un príncipe alemán, Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, que se convirtió en el rey Leopoldo I. Holanda, que no había aceptado la situación, invadió Bélgica en 1831, pero británicos y franceses les forzaron a retirarse. Holanda reconoció oficialmente la existencia de Bélgica en 1839.

La crisis de 1848

El historiador Tocqueville escribió en 1848: «Empieza de nuevo la Revolución francesa». En realidad, los acontecimientos de 1848-1849, aunque más extendidos, violentos y espectaculares, se asemejaron más a los de 1821 o 1830 que a los de 1789. Como antes, hubo la misma mezcla de aspiraciones liberales y nacionalistas, pero un tercer elemento se hizo significativo por primera vez en el conflicto social generado por la industrialización. Hacia 1848 muchas ciudades europeas tenían importantes clases obreras que no existían en tiempos de la Revolución francesa. Estas poblaciones obreras fabriles, condenadas a ser esclavas de la máquina, confinadas en miserables viviendas y suburbios, comenzaban a exigir participar en su propio destino. Significativamente, en París en 1848 los obreros se levantaron contra las clases medias liberales, abriendo un nuevo capítulo en la historia de la revolución que finalizó con el ascenso al poder de Napoleón III, el sobrino del anterior emperador. En los acontecimientos de mediados de siglo, las cuestiones sociales y económicas fueron más importantes que las puramente políticas.

Los sucesos de 1848 tuvieron su origen en la «enfermedad de la patata» irlandesa, en 1845-1846. Esta plaga se propagó al continente, ocasionando una



aguda carencia de alimentos que provocó motines de subsistencia en Francia, Alemania, Bélgica e Italia. Estallaron crisis comerciales, mientras que los bancos usaban las reservas de oro para pagar el trigo y no disponían de créditos. Se produjeron numerosas bancarrotas y una pérdida general de la confianza económica, que provocó un desempleo importante. Mientras, los precios aumentaron entre un 80 y un 100%, y los salarios se vieron disminuidos en un 20%.

Los acontecimientos de 1848 son complejos. Las exigencias políticas estaban mezcladas con el descontento social, y existió una interacción o reacción en cadena que extendió el conflicto a toda Europa. La revolución estalló primero en Italia, en enero de 1848; luego en Francia, en febrero; a continuación en Viena, en marzo. En junio, alcanzó su punto álgido, pero a finales del verano remitía.

En Italia la causa inmediata de la revolución fue una combinación de la crisis económica con la elección de un papa liberal, Pío IX, del cual se esperaban reformas importantes. A finales de 1847 la península estaba convulsionada, y los alzamientos independentistas se produjeron sucesivamente en Sicilia y Lombardía. Los gobernantes, alarmados, concedieron Constituciones democráticas a Nápoles, Toscana y Piamonte, en donde Carlos Alberto invitó al revolucionario Balbo a sumarse al gobierno. En los Estados Pontificios, Pío IX aceptó seglares como miembros del gabinete, y propuso también una nueva Constitución.

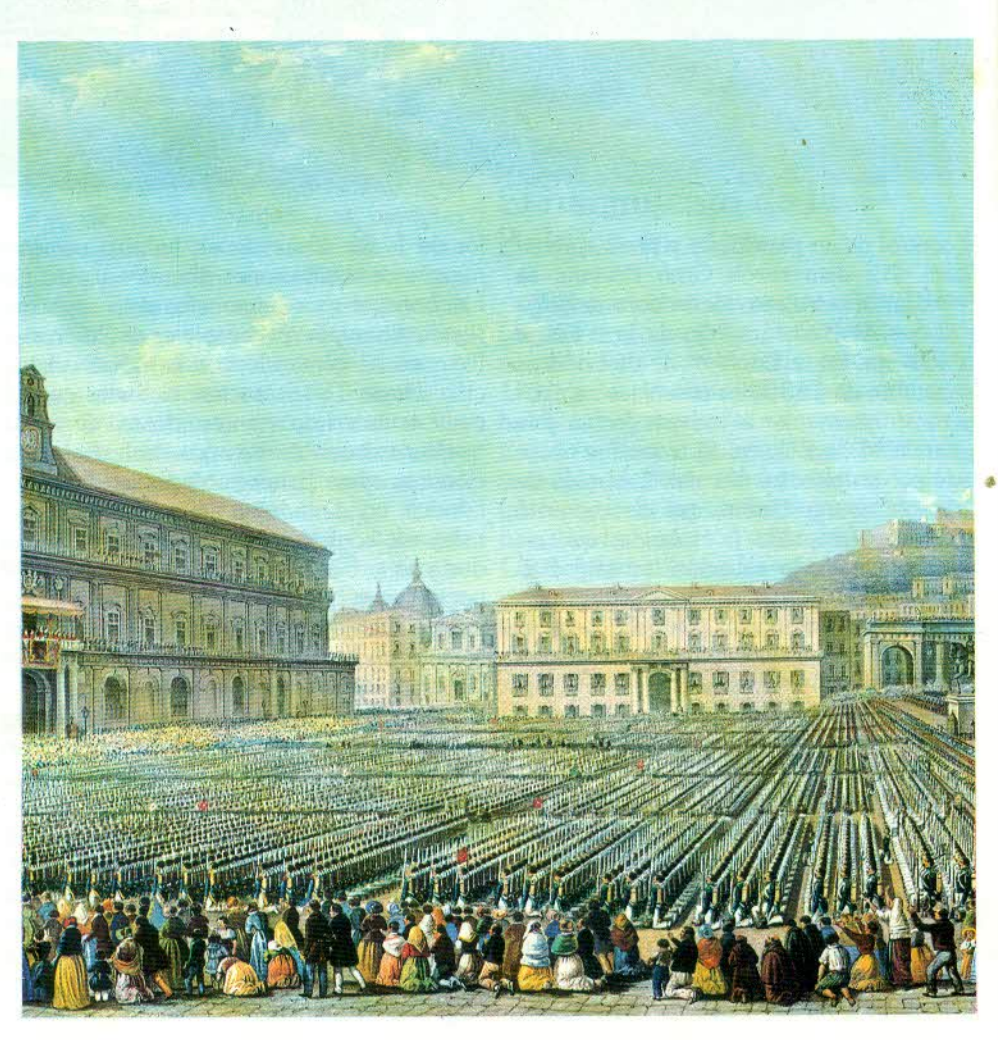
El conflicto más serio tuvo lugar en Milán, donde la revolución adquirió la forma de una verdadera lucha nacional contra los austríacos. Después de cinco días de duros combates en las calles (18 a 22 de marzo), las tropas austríacas fueron obligadas a evacuar Milán, mientras que en Venecia, la otra posesión austríaca en el norte de Italia, la guarnición fue obligada por los patriotas a capitular. Los duques de Parma y Módena, títeres de Austria, fueron reemplazados por gobiernos provisionales.

Con las revoluciones independentistas pareció llegada la hora de la unidad y la independencia. El estado del Piamonte, en el noroeste, estaba regido por Carlos Alberto, y él y el conde Cavour, por entonces su primer ministro, creyeron que su destino era dirigir una cruzada italiana que debería librar al país de los extranjeros y unificar los estados bajo la dinastía piamontesa. El Piamonte entró en guerra el 24 de marzo sin ninguna alianza con algún príncipe extranjero o con algún otro gobierno provisional de Italia.

Al principio los piamonteses obtuvieron notables éxitos contra los austríacos, en Goito y Pescara. Sin embargo, el movimiento se debilitó, surgieron sospechas de que el Piamonte tenía ambiciones territoriales sobre otros estados y de que su participación en el movimiento no era totalmente desinteresada. Pío IX decidió retirar las fuerzas pontificias argumentando que el Papado no podía guerrear contra Austria, la «protectora de la fe católica». Dos miembros más de la alianza, Nápoles y Toscana, siguieron al papa, y Piamonte y Venecia permanecieron en solitario combatiendo al poder de Austria.

En Austria-Hungría, el antiguo Imperio de los Habsburgo, los problemas eran graves. En la capital, Viena, la revolución fue iniciada por los estudiantes y la burguesía liberal, opuestos al régimen absolutista de Metternich. Por doquier el nacionalismo era el principal impulso, mientras que la democracia era un objetivo secundario. El Imperio albergaba un territorio enorme, habitado por pueblos de creencias generalmente diferentes, con lengua y cultura distintas.

Mientras Austria era alemana en lengua y costumbres, Hungría era eslava. Aunque en teoría fuera un reino separado, Hungría compartía el gobierno común de los Habsburgo y estaba en muchos aspectos subordinada a Austria. Durante mu-



chos años había existido en Hungría un movimiento de independencia nacionalista, conducido por algunos de los grandes terratenientes. Había también un grupo de liberales dirigidos por hombres como Lajos Kossuth y Ferenc Deák, que luchaban por una reforma democrática y por el desarrollo de un sistema económico moderno.

Bohemia era también, dentro del Imperio, un centro de expansión nacionalista. No existía como estado independiente desde el siglo XVII, y desde entonces había sufrido un largo proceso de germanización. Los checos habían experimentado un resurgir nacionalista con poetas e historiadores como Jan Kollár y Frantisek Palacký, y hacia 1845 la Dieta de Praga mostraba su oposición al gobierno de Viena.

Al día siguiente de la revolución en París, el 12 de febrero de 1848, los estudiantes de Viena atacaron las fuerzas gubernamentales, y, tras unos días de encarnizada lucha, Metternich huyó, ocultándose en el carro de una lavandería. El emperador Fernando garantizó libertad de prensa y de reunión, y prometió una Constitución. Cuando se publicó, fue considerada poco liberal, produciéndose entonces una insurrección general en mayo, ante lo cual Fernando aceptó gobernar mediante una Asamblea Constitucional elegida por sufragio universal. Viena estaba firmemente bajo el control de los estudiantes y de la Guardia Nacional.

En otras partes del Imperio la revolución prosiguió con éxito. En Hungría, dirigida por Kossuth, la revolución obtuvo el derecho a disponer de su propio ejército y un sistema financiero propio. En Praga se había formado un gobierno provisional bajo la égida del historiador Palacký, y el Congreso Paneslavo había conseguido reunir, bajo una perspectiva unificadora, a los eslavos que estaban diseminados.

También en Alemania hubo levantamientos estudiantiles, obreros y campesinos desde febrero en adelante, tanto en el Rhinland, en el norte, como en otros estados meridionales. Algunos dirigentes otorgaron la libertad de expresión y el derecho a una Asamblea Constitucional, aboliendo el feudalismo y el estatuto de siervo. El viejo rey Luis de Baviera abdicó en favor de su hijo Maximiliano, mientras que, en Berlín, un tumulto sangriento obligó en marzo al rey Federico Guillermo IV de Prusia a retirar sus fuerzas y prometer un gobierno elegido por sufragio universal. Asimismo, se perfiló la orientación hacia la unificación nacional. Una asamblea de 600 delegados provenientes de todos los rincones de Alemania acordaron en Frankfurt la elección de un Parlamento constitucional, que preparara el camino de un gobierno nuevo y unificado para la totalidad del país. La iniciativa tuvo un éxito breve. El Parlamento lo formaban en su mayoría notables e intelectuales, mientras que los comerciantes e industriales se mantenían distantes. Pronto se mostró como un instrumento de gobierno impotente.

La expansión revolucionaria en Alemania, Austria e Italia indicaba la inminente desintegración del viejo Imperio Habsburgo. La posibilidad de que éste superase la crisis no dependía de la monarquía, sino de la lealtad del ejército profesional.

A pesar del levantamiento en Viena, el comandante en jefe austríaco, mariscal de campo Radetzky, decidió enviar primero su ejército contra los italianos. El ejército piamontés fue atacado y derrotado en Custozza (julio de 1848), Milán fue ocupada y el Piamonte obligado a aceptar un armisticio. Dos de los objetivos del *Risorgimento* habían fracasado: unificar los estados italianos bajo la dirección de la Casa de Saboya (Piamonte) e involucrar al Papado en la lucha nacional. Sin embargo, se mantuvo el ideal de Mazzini de una República que barrería las incompetentes monarquías.

Los seguidores de Mazzini eran los más fuertes en Roma, en donde habían llegado muchos refugiados provenientes de otros estados. En noviembre de 1848 fue apuñalado el conde Rossi, ministro antidemocrático de Pío IX. El papa dejó la ciudad en manos de los mazzinianos, que establecieron allí la República en febrero de 1849. También se proclamaron constituciones republicanas en Florencia y Venecia. Amanecía nuevamente la esperanza de una Italia liberada de opresores extranjeros y dirigentes tiránicos. El propio Maz-



Procesión fúnebre de los muertos por la libertad («caídos de marzo») en las luchas callejeras del 18 de marzo de 1848 en Berlín. (Adolf Menzel.)

Página anterior, arriba, Cesare Balbo (1789-1853), escritor y estadista italiano. Reproducción de una pintura de Francesco Hayez. (Museo del Risorgimento, Turín.)

Página anterior, abajo. Pío IX bendice a las milicias reales el 9 de septiembre de 1849. (Museo di San Martino, Nápoles.)



zini fue recibido triunfalmente en Roma el mes de marzo, y su lugarteniente, Giuseppe Garibaldi, organizó allí al ejército.

Este aumento del sentimiento republicano alarmó a Carlos Alberto de Piamonte, pues desvanecía sus posibilidades de dirigir el movimiento independentista italiano. Rompiendo el armisticio, reinició la guerra, pero fue derrotado por los austríacos en Novara, abdicando posteriormente en favor de su hijo Víctor Manuel. Austria invadió entonces los pequeños estados de Parma, Módena y Toscana, y restauró allí a los duques. Al mismo tiempo, Fernando de Nápoles recuperó el control de Sicilia.

En Roma, el éxito de los republicanos alarmó a las potencias extranjeras, en particular a Francia. El partido católico de Francia apoyaba al papa, mientras que los intereses nacionales estaban en favor de un éxito militar que limitaría el poder de Austria en la península. Una fuerza expedicionaria de 7.000 hombres llegada a Civitavecchia fue rechazada por el inexperto ejército de Garibaldi, pero con la ayuda de refuerzos del ejército francés logró entrar en Roma en julio de 1849, y Mazzini tuvo que huir. La resistencia continuó en Venecia pero, vencida por el hambre y la enfermedad, capituló en agosto. El heroísmo y el sacrificio de los patriotas italianos pareció vano. Sólo en Piamonte permanecía una luz de esperanza. Víctor Manuel, aunque derrotado militarmente, rehusó abandonar su régimen constitucional. Aconsejado por su ministro Cavour, tuvo en cuenta las lecciones de 1848 y 1849, y se preparó para el futuro.

Lo que Radetzky había hecho en Italia, el mariscal Windischgraetz tuvo que hacerlo en Austria. Hombre cruel, en una ocasión manifestó que «la sangre es el único remedio para los males del siglo: comunismo, radicalismo, impiedad y ateísmo». Praga fue bombardeada, sitiada y obligada a someterse a una dictadura militar en junio de 1848. La causa del Imperio se vio reforzada por la desunión de los estados rebeldes, y particularmente por la enemistad entre croatas y húngaros. Hungría, con Luis Kossuth, se encontraba en rebelión abierta contra Austria, por lo que el emperador, astutamente, otorgó el mando del ejército que debía combatir a aquélla al «gobernador» croata Jellachich. Ante las noticias de la guerra contra Hungría, los liberales vieneses reavivaron la rebelión, ahorcaron al ministro de la Guerra y obligaron a Fernando a huir de la capital.

En octubre, Windischgraetz sitió Viena, mientras que el ejército croata impedía que llegara la ayuda de Hungría. Finalmente, la ciudad cayó y los líderes democráticos fueron fusilados. El emperador, sin embargo, fue persuadido de abdicar en favor de su sobrino, el archiduque Francisco José, en diciembre de 1848, desacreditado por su pésima actuación.

Desde septiembre de 1848, Kossuth encabezaba el gobierno revolucionario de Hungría y dirigía el ejército que resistía contra Austria, pero ante el mejor ejército europeo, y a pesar de sus esfuerzos, los húngaros no pudieron impedir que las tropas austríacas y croatas entraran en el país en febrero de 1849. Con todo, en

primavera, Kossuth había conseguido casi alejar a las tropas enemigas y proclamó la independencia de Hungría, deponiendo a los odiados Habsburgo en abril de 1849.

Para conseguir ayuda, el emperador inició entonces negociaciones con el zar Nicolás I. Éste se hallaba únicamente dispuesto a ayudar a Austria a cambio de libertad de acción en el este, contra Turquía. Puso a disposición de su aliado un ejército de 130.000 hombres. Esto suponía el virtual aniquilamiento de los rebeldes. Kossuth dimitió y buscó refugio en Turquía. Los últimos húngaros capitularon en Vilagos, en agosto de 1849, siguiendo impacables represalias contra los patriotas y todos aquellos que les habían ayudado. En ese momento Francisco José había conseguido apuntalar su Imperio tambaleante, pero viviría lo suficiente para presenciar su colapso virtual.

En Frankfurt, el Parlamento constituyente de Alemania debatía la formación de un país unificado en lugar de los 39 estados independientes. Tras discusiones interminables, la corona que heredaría el nuevo Imperio fue ofrecida al rey Federico Guillermo IV de Prusia, a pesar de las protestas de Austria y de los estados del sur de Alemania, a los que no les agradaba la idea de un soberano protestante. De hecho, había poco que decidir en este asunto. Prusia era por descontado el más potente de los estados alemanes, había restablecido el gobierno firme en su propio país y habia demostrado su habilidad de dirigente con la Unión Aduanera. El otro contendiente posible era Baviera, con influencia considerable sobre los estados católicos, pero menos fuerte económica y militarmente. Federico Guillermo IV estaba poco dispuesto a aceptar una «Corona populista» como la de Luis Felipe en Francia, siendo apoyado por su primer ministro Bismarck, firme creyente en el «derecho divino de los reyes».

La negativa de Federico Guillermo fue un golpe mortal para el Parlamento de Frankfurt. Los diputados prusianos se retiraron y no quedó ninguna esperanza de conseguir un liderazgo efectivo. En el verano de 1849 hubo levantamientos en numerosos estados alemanes —el Palatinado, Baden-Baden, Sajonia—; significativamente, se trató de movimientos de las clases obreras en pos de una reforma económica y social, y no de una rebelión de las burgesías en favor del nacionalismo y del liberalismo. El joven Karl Marx, que publicaba la *Nueva Gaceta Renana* en Colonia, aprendió mucho de la dinámica de la lucha de clases a partir de una situación



Abajo, el mariscal austríaco J. J. Radetzky en el campo de batalla de Novara. En menos de un año derrotó a los piamonteses en dos ocasiones. (Heeresgeschichtliches Museum, Viena.)

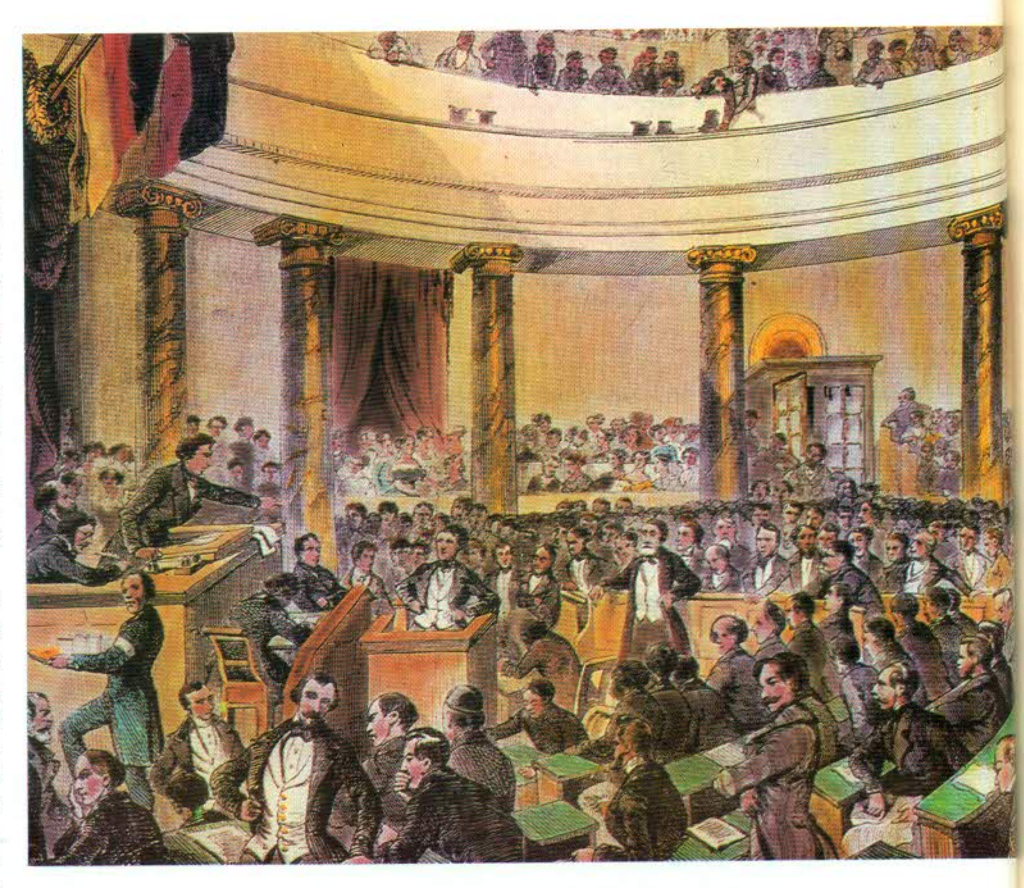
Página anterior, tropas austríacas, al mando de Radetzky, al abandonar Milán después del levantamiento de marzo de 1848. Más tarde sería reprimida la revolución y restaurado el dominio austríaco. (Museo del Risorgimiento, Milán.)

en la que la burguesía se alió con la nobleza por temor a la revolución proletaria.

Federico Guillermo rehusó la oferta popular, pero no había renunciado a gobernar Alemania. Negoció con los reyes de Sajonia y Hannover un proyecto de unificación con el que estaban de acuerdo 28 de los 32 estados alemanes, y se proyectó un Congreso en Erfurt para sellar las cuestiones finales. Sin embargo, tenía que enfrentarse con la envidia y desconfianza de las potencias extranjeras. Tanto el zar como Austria, que acababa de aplastar la revuelta húngara, estaban en contra del auge del poder de Prusia. Sajonia y Hannover fueron persuadidos a retirarse de las negociaciones, con lo que Prusia continuó su plan únicamente con los estados septentrionales.

Austria había decidido que Prusia debía ser humillada y que su propia dirección de los asuntos alemanes debería permanecer invariable. El nuevo canciller de Austria, Schwarzenberg, sinceramente convencido de que no podía existir un Reich sin Austria, buscó una ocasión para romper la Liga de Príncipes que Prusia promovía. La oportunidad se presentó en Hessen-Kassel, donde el tiránico duque había sido depuesto recientemente: Prusia apoyaba los objetivos de aquél; Austria exigía su restauración. Durante un tiempo, los ejércitos de Prusia y Austria estuvieron listos para entrar en guerra, pero dos días después, en Olmutz, Prusia cedió y aceptó las exigencias austríacas, incluyendo la disolución de la planeada unión.

El año 1850 aparecía lejanamente como el «año de las revoluciones». Austria había establecido aparentemente un gobierno firme en su Imperio y su prestigio entre los estados alemanes. Los movimientos democráticos y nacionalistas habían igualmente fracasado. Los resultados perdurables fueron una Constitución liberal en Piamonte y la abolición del feudalismo en Austria y Alemania. De todos modos, dos hombres que habían emergido de la crisis se convertirían en figuras centrales del escenario europeo en los veinte años siguientes: Cavour en Piamonte y Bismarck en Prusia. Bajo su dirección, la unificación de Alemania e Italia tomó un impulso decisivo. Pero, en el futuro inmediato, la atención de Europa estaba dirigida hacia el este, en donde similares aspiraciones nacionalistas comenzaban a abrir grandes grietas en el Imperio turco.



La cuestión oriental

Al comienzo del siglo XIX el Imperio turco, a pesar de una larga decadencia, era todavía un enorme mosaico de estados situado en la encrucijada de tres continentes, Europa, África y Asia. Sus territorios cubrían la gran península de los Balcanes y se extendían, por el este, hacia Asia Menor y, por el oeste, a lo largo de la costa norteafricana, hasta Argelia. Lo que produjo el litigio, en el siglo XIX no fue el poderío del Imperio turco, sino su debilidad. Su declive despertó las ambiciones territoriales de Rusia y Austria. Gran Bretaña también se interesó pues no deseaba la existencia de una potencia poderosa en aquella zona, ya que podía entorpecer sus rutas comerciales hacia la India y Extremo Oriente.

Igualmente, las potencias europeas estaban interesadas en los asuntos de Oriente por razones religiosas. El Imperio turco, oficialmente de fe musulmana, albergaba dentro de sus fronteras minorías considerables de cristianos, considerados como *raia* («ganado»). Éstos llevaban una penosa existencia. Únicamente lograban ser ciudadanos plenos si se convertían al Islam, pero los turcos, que deseaban mantener a los cristianos débiles y vulnerables, no estimulaban semejantes adhesiones. En general, los cristianos mantenían sus creencias como miembros integrantes de la Iglesia Ortodoxa griega, de la que Rusia se consideraba protectora.

Durante muchos años, grupos de rebeldes —medio patriotas, medio bandoleros— habían pretendido la independencia del yugo turco. También aquí la Revolución francesa había expandido ideas de democracia e independencia, y las belicosas bandas de *haidouks* servios y *palikares* griegos, precursores de las modernas guerrillas comenzaron a atacar al odiado ejército turco. Desde 1804 los servios mantenían una constante rebelión bajo el mando de su líder Kara Jorge, habiendo sufrido terribles represalias. En 1815 estalló una vez más la revolución, dirigida por Milos Obrenovich, pero en esta ocasión el sultán actuó con mayor prudencia, temiendo una posible intervención rusa en apoyo de los servios. A Obrenovich le fue concedido el título de «Jefe de los Servios», y fue nombrado pachá, responsable del gobierno de la provincia. El Imperio turco había dado, inconscientemente, el primer paso hacia su propia disolución.

El despertar de Grecia

«Vamos, hijos de los Helenos, la hora de la gloria ha llegado... Macedonios, alzaos como bestias salvajes: derramad la sangre de todos los tiranos.» Esta canción, basada en *La Marsellesa*, surgió en 1797. De hecho, los griegos estaban entre los súbditos más favorecidos del Imperio otomano. Podían practicar su religión, ocupaban cuatro de los más importantes departamentos del Estado, y monopolizaron durante mucho tiempo el comercio mediterráneo. Fue este nivel de libertad y

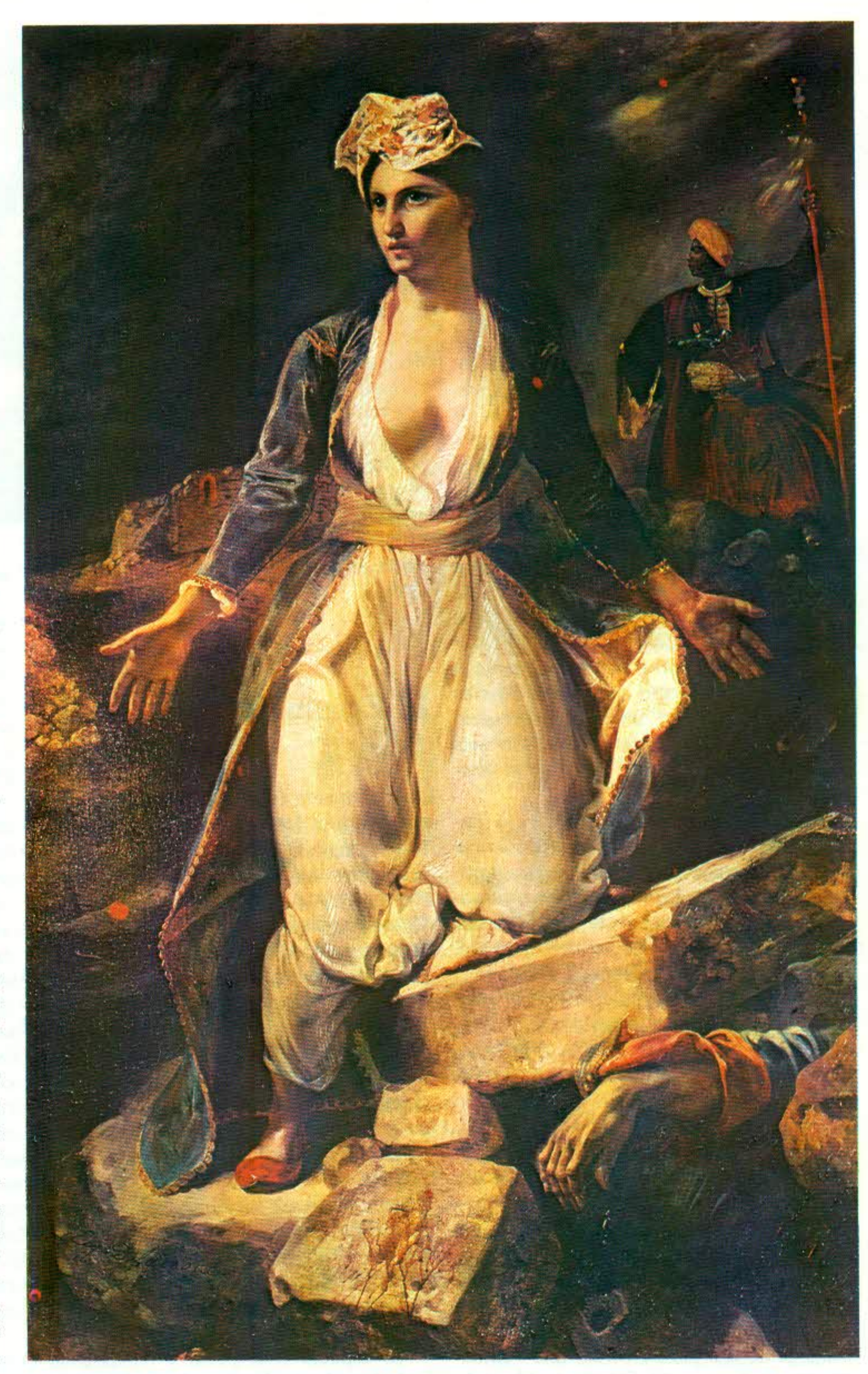
poder lo que hizo que los griegos recordaran sus gloriosos tiempos pasados.

Significativamente, el movimiento de independencia se inició en las prósperas comunidades mercantiles esparcidas alrededor de las costas e islas del Mediterráneo, donde el comercio contaba con unos 600 barcos tripulados por 17.000 marinos. En la gran ciudad turca de Constantinopla, los griegos dominaban el *Fanar* («Barrio de los negocios») y proporcionaban numerosos administradores del sultán. En Odessa, en el mar Negro, los griegos habían constituido una sociedad secreta, la Hetería, para preparar la revolución. A lo largo de los puertos y las islas se construyó gradualmente una red secreta, que vinculó las comunidades griegas en el sueño por la libertad.

Para los ricos *fanariotes* de Constantinopla y los griegos de Anatolia que soñaban con la independencia, el tiempo se había detenido a partir de 1453. Grecia no vivió las grandes sacudidas sociales, económicas e intelectuales de Occidente. El Renacimiento, la Reforma y la revolución industrial fueron fenómenos marginales. Hacia finales del siglo XVIII, algunos griegos asumieron los grandes ideales de la Europa contemporánea. Los escritos de los liberales y revolucionarios franceses del siglo XVIII fueron traducidos y difundidos. Su efecto fue devastador.

En 1821 Alejandro Ypsilanti, un general de origen griego al servicio de Rusia, asumió el liderazgo del movimiento. El momento parecía propicio, pues el sultán estaba ocupado con la revuelta del pachá de Janina, que trataba de establecer su propia dinastía en Albania. En marzo de 1821, Ypsilanti llamó a los griegos al levantamiento y el arzobispo de Patras lanzó una proclama de independencia. La campaña fue, en realidad, mal conducida y fracasó, al no recibir el esperado apoyo exterior por parte de Rusia. El levantamiento en Valaquia fue fácilmente aplastado por los jenízaros turcos. Pero en el mar, en las islas y en la península de Morea, la encarnizada lucha guerrillera continuó, sin que los turcos pudieran impedirlo.

En los inicios de 1822 la totalidad de Morea estaba en manos griegas, y los representantes de los distritos rebeldes, reunidos en Epidauro, proclamaron la independencia de la «nación griega». Una Asamblea Nacional, presidida por Alejandro Mavrokordatos, votó la primera Constitución helénica rememorándose la democracia de los tiempos clásicos. En salvaje revancha por sus fracasos, los turcos se apoderaron de la isla de Chíos, donde perpetraron crueldades horribles en una población indefensa —23.000 habitantes fueron asesinados y 47.000 deportados como esclavos—.



Grecia expirando sobre las ruinas de Missolongui, *por Delacroix. Las luchas griegas cautivaron a muchos escritores y artistas de toda Europa. (Musée des Beaux-Arts, Burdeos.)*

Página anterior, reunión en la iglesia de San Pablo, de Frankfurt (1848-1849), de la asamblea nacional alemana. Elaboró una constitución y eligió emperador a Federico Guillermo IV, pero el prusiano rechazó dicha dignidad.

La situación se complicó con la intervención del ejército y la armada de Egipto en favor del sultán. Mohamed Alí, pachá egipcio, ofreció sus soldados al sultán para acabar con los griegos, a cambio de recibir Creta y las provincias de Siria y Palestina.

Los ejércitos egipcios invadieron rápidamente Morea, mientras que sus flotas dominaban el mar Egeo. La opinión europea conoció con horror que miles de griegos eran vendidos como esclavos en los

mercados de El Cairo, pero la rivalidad mutua entre las potencias impidió cualquier acción conjunta. Austria y Gran Bretaña desconfiaban de las ambiciones rusas en los Balcanes, aunque el zar Alejandro no tenía ningún deseo de ofender a aquellas dos naciones tan poderosas.

Metternich comentó, en el Congreso de Laibach, en 1821, las atrocidades de los turcos: «Tres o cuatrocientas mil personas son ahorcadas, descuartizadas, empaladas...» De toda Europa, demócratas y patriotas acudieron en masa a luchar en favor de la causa independentista griega, movidos más por la visión de lo que Grecia había sido en una ocasión que por la realidad del salvaje conflicto. El coronel francés Fabvrier ofreció su espada a los rebeldes y el poeta Byron se unió a Mavrokordatos en Missolonghi, muriendo de fiebres dos meses más tarde (1824).

Los ejércitos egipcios extinguieron la llama de la independencia griega. Missolonghi cayó heroicamente en 1826; los últimos defensores incendiaron los polvorines, que explotaron y perecieron junto a sus atacantes. Un año más tarde Atenas se rindió. Tan sólo unas cuantas islas, donde la rebelión había comenzado seis años atrás, permanecían en manos griegas.

A diferencia de la independencia italiana, el triunfo final de la independencia griega se produjo con la ayuda de las potencias europeas. La invitación a intervenir fue realizada por el secretario británico de Asuntos Exteriores, George Canning. Francia aceptó por simpatía, y Rusia porque deseaba ganar la independencia para los eslavos de Servia. Austria y Prusia no estaban interesadas en apoyar una rebelión contra una autoridad legal, incluso si ésta era una autoridad tan indigna como la del sultán.

Por el Tratado de Londres (julio de 1827), Gran Bretaña, Francia y Rusia acordaron montar un bloqueo naval «pacífico» en Turquía, que la forzaría, si las negociaciones fracasaban, a reconocer los derechos de autogobierno de sus súbditos griegos. Estando las flotas turca y egipcia ancladas en la rada de Navarino, la flota aliada se acercó para efectuar una demostración de fuerza. El 20 de octubre de 1827, lo que se inició como una maniobra naval se convirtió en guerra. Un proyectil disparado fortuitamente contra el buque insignia francés fue considerado un acto hostil, y tras algunas horas de encarnizado combate las flotas turca y egipcia fueron destruidas. La Triple Alianza se vio entonces inevitablemente arrastrada a la guerra.

Carlos X envió un fuerte contingente francés a Morea. Las tropas rusas atacaron en el Cáucaso y en el Danubio, mientras que una escuadra británica fue enviada a Alejandría. En 1829, Rusia había entrado en Constantinopla obligando al sultán a pedir la paz. Los diversos motivos de la intervención aliada quedaron suficientemente demostrados en el acuerdo de paz. Por el Tratado de Adrianópolis (1829) Rusia obtuvo fortalezas en el Cáucaso y Armenia, dos puertos en el mar Negro y el derecho para sus barcos de pasar libremente a través de los estrechos del Bósforo y de comerciar con el Imperio turco. El sultán reconoció también la independencia de Servia y de las provincias rumanas de Moldavia y Valaquia. El reconocimiento de la independencia griega se produjo adicional y parcialmente, ya que el nuevo estado no incluía Creta y excluía muchas regiones de habla griega. En 1832 la corona del pequeño estado fue ofrecida a un príncipe bávaro, que se convirtió en rey de Grecia con el nombre de Otón I.

El Egipto de Mohamed Alí

Mohamed Alí era albanés de nacimiento y su familia se había asentado en Macedonia. Trabajaba como un próspero tabaquero cuando se enroló en el servicio militar egipcio para luchar contra los ejércitos napoleónicos. Tras alcanzar un cargo de alto oficial en el ejército, se nombró a sí mismo pachá de El Cairo con el apoyo popular después de la partida de los franceses. Obtuvo gradualmente el control del poder y de la riqueza —la tierra, el ejército, el comercio y los negocios—. Alí fue el arquetipo de aventurero sin escrúpulos.

Establecido en el poder, impulsó una política de expansión, invadiendo las ciudades santas de La Meca y Medina, conquistando Sudán y fundando la ciudad de Jartum. El ejército egipcio, mandado en su mayoría por albaneses, se convirtió en la fuerza bélica más moderna y eficaz del Próximo Oriente.

El aspecto más positivo de su política radicó en la modernización de las anticuadas instituciones de Egipto. Se perfeccionaron las técnicas agrícolas, se establecieron factorías algodoneras e industrias refinadoras de azúcar; los puertos marítimos fueron equipados y se creó una moderna marina mercante. Los jóvenes egipcios hijos de la oligarquía fueron enviados a estudiar a Londres y París.

Por encima de todo, Mohamed Alí deseaba legitimar su mando. Hacia 1830 tenía 61 años de edad y pensó hacer su título hereditario para que pudiera pasar a su hijo Ibrahim. Por eso exigió Siria al sultán, como precio a su apoyo militar contra Grecia y como compensación por la pérdida de su escuadra en Navarino. Cuando Turquía rechazó la demanda, Ibrahim invadió Siria en 1832, apoderándose de Damasco.

El ejército de Ibrahim infligió la derrota decisiva a los turcos, dirigida por el gran visir pachá Rashid, en Konieh. El sultán buscó ayuda extranjera, dirigiéndose a los rusos, sus recientes enemigos. Las potencias europeas se alarmaron por el notorio auge de la influencia rusa en los Balcanes, y Austria, Francia y Gran Bretaña presionaron conjuntamente al sultán para que hiciera concesiones a Egipto y finalizara el conflicto, y por el Tratado de Koutaieh (1833) Turquía aceptó ceder Siria al rebelde. Sin embargo, el sultán también firmó el tratado secreto de Unkiar-Skelessi con el zar, por el que Rusia garantizaba la salvaguardia del territorio turco a cambio del cierre de los Dardanelos a todos los barcos extranjeros. Con este acuerdo el mar Negro hubiera sido virtualmente un lago ruso, cerrado al tráfico mundial, y Rusia hubiera establecido prácticamente un protectorado sobre el Imperio turco.

Al conocer la situación, Gran Bretaña creyó que sus derechos eran perjudicados y el secretario de Asuntos Exteriores, Palmerston, prometió ayuda británica para la reorganización de las fuerzas armadas del sultán. A cambio, negoció un acuerdo comercial por el que Turquía rebajó sus tarifas aduaneras a una cantidad simbólica. También se permitió que las fuerzas británicas ocuparan Adén, clave del mar Rojo, para prevenir una futura expansión del poderío de Mohamed Alí.

Bajo la dirección de Palmerston, el Foreign Office británico estaba ahora ansioso por extender aún más la influencia británica en el Imperio turco, para contrapesar la expansión de Rusia. Por su parte, el sultán únicamente había aceptado la independencia de Siria por compulsión, y en 1839, estimulado por Gran Bretaña, envió un fuerte ejército contra Ibrahim, quien fue fácilmente derrotado en la batalla de Nezib, aunque poco después, el almirante de la flota turca entregaba ésta, traicioneramente, a los egipcios.

El sultán turco Mahmud no vivió para contemplar lo que parecía el colapso del Imperio. Le sucedió un muchacho de 17 años, Abdul Medjid. El nuevo sultán tenía conciencia de las debilidades de su país y un gran deseo de reformas. Comenzó su reinado con la inauguración del *Tanzimat*, un programa de reforma y modernización que incluía la reorganizado de la tributación y una regularización del reclutamiento militar. Su efecto positivo se vio en



parte anulado por la apatía y reacción de la burocracia.

Gran Bretaña intervino para salvar Turquía de la hostilidad de Egipto. Rusia, Austria y Prusia estaban a favor de un acuerdo negociado sobre la cuestión oriental. Sólo Francia apoyó a Egipto. Por el Tratado de Londres (1840), se le dio a este país un ultimátum; Egipto recibiría todo el rango de reino hereditario y Palestina; pero tenía que devolver sus otras conquistas y la flota del sultán turco. El pachá lo rechazó, apoyado por Luis Felipe de Francia y su ministro Thiers. Sin embargo, Francia estaba muy poco preparada para desencadenar una guerra contra las tres potencias más poderosas de Europa. Palmerston, en una exhibición típica de la que había llegado a conocerse como «diplomacia de los cañones» envió una flota y una pequeña fuerza expedicionaria a Siria, lo cual fue suficiente para que Mohamed Alí se sometiera. La independencia egipcia fue ratificada por las potencias en la Conferencia de Londres (1841), teniendo que pagar un tributo anual al sultán y limitando la magnitud del ejército egipcio. Aunque sus ambiciones más importantes habían fracasado, se había realizado el sueño del pachá de establecer una distanía egipcia.

Por la misma época, las potencias llegaron a un acuerdo acerca del mar Negro en la Convención de los Estrechos, en donde se decidió que el Bósforo y los Dardanelos tenían que permanecer cerrados a los barcos de guerra de cualquier nación. Este acuerdo fue un triunfo de lord Palmerston, como también lo fue la totalidad del Tratado de Londres. Impidió el futuro crecimiento del ejército egipcio; interrumpió la expansión de la influencia francesa en el Imperio turco, y detuvo a Rusia en su intento de convertir el mar Negro en un lago privado, desde el que sus barcos de guerra podrían dominar el Mediterráneo oriental.

La disputa sobre los Santos Lugares

Bajo el mandato de su nuevo sultán, el Imperio otomano realizó algunos progresos hacia una reforma constitucional y la occidentalización de sus instituciones arcaicas. Las revueltas en el Líbano y en Bosnia fueron castigadas con firmeza, pero con mesura, y la vigorosa aplicación de las medidas reformistas revitalizaron un país que parecía abocado a la decadencia.

Sin embargo, apuntaba una nueva y explosiva crisis. Durante siglos existió un conflicto entre la Iglesia ortodoxa griega y la católica romana en relación a qué monjes debían custodiar los Santos Lugares en Jerusalén, Nazareth y Belén. Históricamente los monjes católicos habían tenido su custodia, pero en el siglo XVII fueron sustituidos por sus rivales. En varias ocasiones se produjeron luchas entre peregrinos griegos y monjes católicos, incluso dentro de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

En cierto sentido, el problema de los Santos Lugares era una disputa eclesiástica trivial, que nunca debió alcanzar proporciones críticas. Turquía reconocía que los grandes santuarios del mundo cristiano tenían que estar bajo custodia cristiana, y le era indiferente a qué secta le concediera tal privilegio. Se mezclaron consecuencias políticas a la disputa sobre todo desde el momento en que Rusia se consideró la protectora de la fe griega ortodoxa y los católico-romanos tendían a considerar a Francia como su valedor. Durante



Los Balcanes y el Próximo Oriente durante el siglo XIX. El problema de estos territorios radicaba en su futura administración por los europeos después de la caída del Imperio Otomano. Causa de ello fue la guerra de Crimea, que favoreció la influencia rusa en el sudeste de Europa.

Izquierda, batalla de Navarino, en la bahía de este nombre, el sudoeste del Peloponeso, en la que la flota turco-egipcia fue derrotada por la anglo-franco-rusa el 20 de octubre de 1827, durante la guerra de Independencia griega.

las guerras revolucionarias napoleónicas, Francia no estaba en condiciones para realizar tal misión, pero en 1850 había buenas razones políticas para que el nuevo gobierno de Luis Napoleón actuara en ese sentido.

Hacia finales de 1850 el gobierno de Luis Napoleón, ansioso de obtener apoyo de los católicos franceses, efectuó protestas oficiales en relación a la custodia de los Santos Lugares. El ministro turco de Asuntos Exteriores, Alí Pashà, intentó solucionar el problema con el establecimiento de una comisión mixta que buscase un acuerdo. Finalmente se llegó a un compromiso por el que los monjes católicos se encargarían de guardar la llave de la puerta principal de la iglesia de Belén, pero sin derecho a realizar servicios religiosos. Por otra parte, las sectas cristianas tenían que seguir una complicada rotación para orar en el Santuario de la Virgen María. Semejante solución abrió vías a nuevas disputas.

El «hombre enfermo de Europa»

Las expectativas europeas se centraban en el proceso del declive turco. Por su parte, Rusia tenía ambiciones de expandirse hacia el sur, hasta los Balcanes y controlar el mar Negro, y Gran Bretaña veía esto como una amenaza para sus intereses en Oriente. Por tanto, la opinión pública británica, especialmente la que respaldaba la política chovinista de Palmerston, era fuertemente antirusa y consideraba a Nicolás I como un déspota traidor.

Sin embargo, Nicolás creía que podía llegar a un acuerdo con Gran Bretaña, y fue en esa perspectiva que declaró al ambajador británico: «Tenemos en nuestras manos a un hombre moribundo... Lleguemos a un acuerdo para repartirnos su herencia». Propuso que Gran Bretaña tomase Egipto para salvaguardar su ruta a la India y que Rusia recibiera Moldavia y Valaquia, Bulgaria y Constantinopla (que sería convertida en puerto franco). El momento de tal acción política le parecía oportuno al zar. Francia estaba a punto de restablecer el imperio después del golpe de Estado de diciembre de 1851, que dio a Napoleón III poderes dictatoriales, y Austria se sentía todavía deudora de Rusia por su ayuda contra Hungría en 1849.

El ayuda de cámara del zar, príncipe Menschikoff, marchó a Constantinopla a exigir la firma de un acuerdo que hubiera otorgado a Rusia un protectorado virtual sobre los veinte millones de súbditos ortodoxos del sultán. Antes de contestar, Abdul Medjid consultó al embajador británico en Turquía, lord Stratford de Redcliffe, un buen amigo de este país y adversario implacable de Rusia. Tal como se supo después, Redcliffe aconsejó aceptar las exigencias del zar, y a lo largo de las negociaciones, contrariamente a lo que pensó en una ocasión, recomendó moderación al sultán. A pesar de todo, Medjid rechazó las exigencias rusas, probablemente en base al riesgo calculado de que, fuera lo que fuera lo que el embajador británico recomendara oficialmente, el gobierno británico podía ser considerado como aliado en el caso de que fuera necesario.

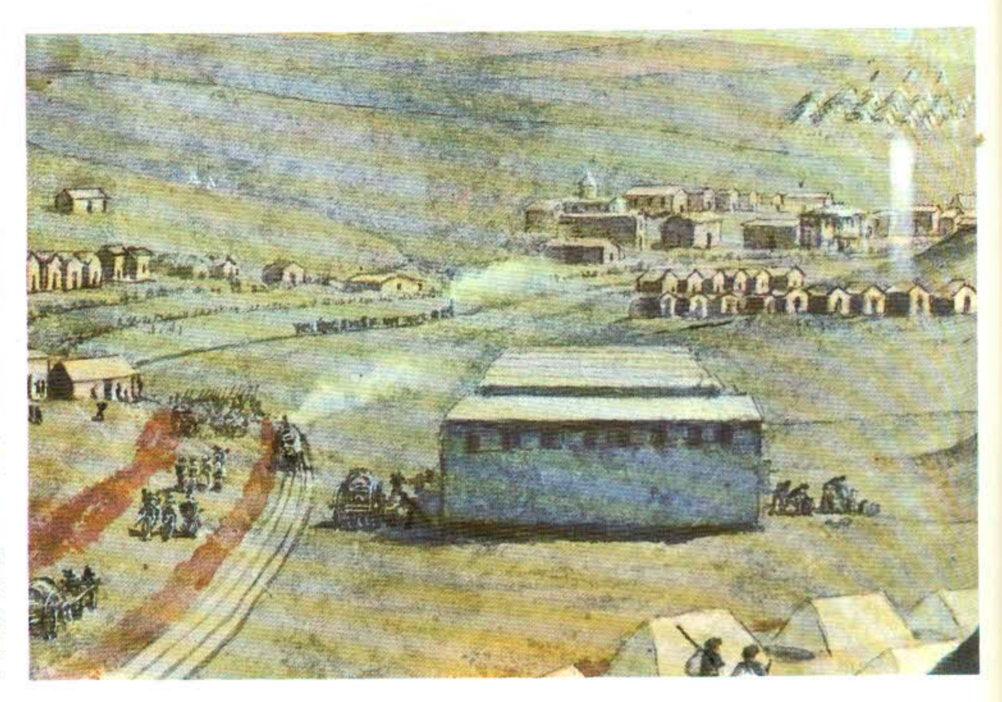
Francia y Gran Bretaña continuaron buscando vías hacia una paz negociada, pero en 1853 Rusia ocupó los principados de Moldavia y Valaquia, presentando Turquía un ultimátum para que se retirara en el plazo de un mes. Los primeros disparos entre Rusia y Turquía fueron intercambiados en octubre de 1853, y un mes más tarde la flota turca en el mar Negro, fue destruida a la altura de Sinop. La negativa de Rusia a transigir, hacía inevitable la guerra, y la opinión pública de Gran Bretaña y Francia se decantó abiertamente por una pronta intervención a favor de Turquía. En 1854 ambos países concluyeron un tratado de alianza con Turquía, en el que acordaban defender el territorio otomano. La guerra con Rusia se declaró oficialmente en marzo.

La Guerra de Crimea

Cuando los planes bélicos estaban formalizados, Rusia ya había sido expulsada de Moldavia y Valaquia. Por ello la guerra iba a ser únicamente marítima, siendo el objetivo del ataque aliado la gran base naval rusa de Sebastopol, en el mar Negro. Una fuerza combinada de cerca de 50.000 hombres desembarcó en el mes de septiembre de 1854, después de que los aliados ganaran la batalla de Alma y acamparan cerca de Balaklava. Mientras tanto, Sebastopol había sido fuertemente fortificada y resistía un prolongado sitio favorecida por el frío invernal ruso. La necesidad de la guerra –si es que en algún momento existió tal «necesidad»– desapareció tras la evacuación rusa de los principados. Nunca estuvo muy claro el porqué de la elección de Sebastopol como objetivo concreto, ni las ventajas estratégicas que supondría su captura.

Los rusos realizaron dos intentos para atravesar las líneas aliadas –en Balaklava, en donde la Brigada Ligera aliada fue aniquilada por la fusilería rusa, y en Inkerman, donde el cólera y la congelación ocasionaron una mortandad mayor a los invasores que el propio enemigo. La campaña de Crimea se convirtió pronto en un escándalo público a causa de la ineficacia de los jefes militares y su negligencia en asegurar la vestimenta, suministros y servicios médicos para las tropas. Francia tuvo que reclutar otros 140.000 hombres para la campaña, mientras que Piamonte aportó una fuerza expedicionaria de 15.000 a fin de poder tomar parte, junto a las potencias, en cualquier disposición futura acerca de los asuntos europeos.

En el verano de 1855 se lanzó un nuevo ataque general, y en septiembre una división francesa bajo el mando del general Mac-Mahon triunfó al ocupar, por fin, el fuerte de Malakoff y abrir una bre-

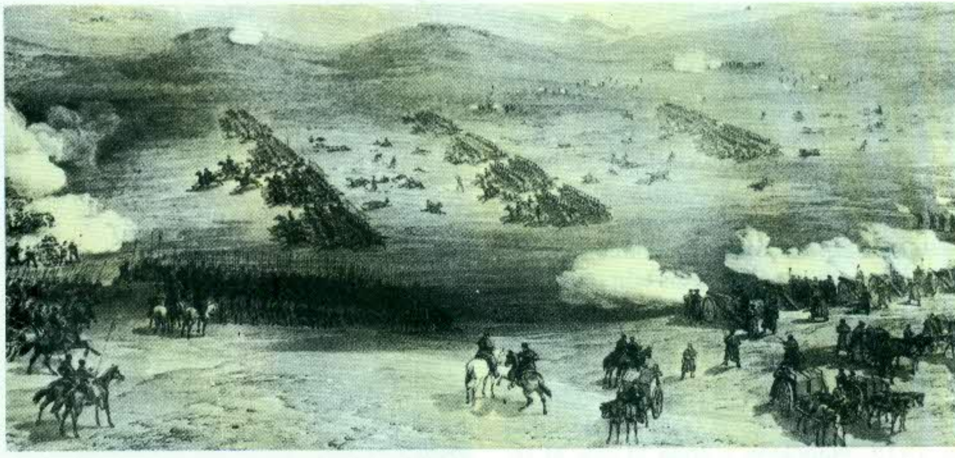


cha en las defensas de Sebastopol. La ciudad se rindió poco después; el nuevo zar, Alejandro II, estaba dispuesto a pedir la paz. Aunque Palmerston, que se había convertido por entonces en el primer ministro británico, era favorable a una continuación vigorosa de la guerra para conseguir alguna victoria más, fue persuadido por Napoleón III de que el honor ya estaba satisfecho y de que era más conveniente conseguir una paz duradera en los Balcanes. Francia había perdido alrededor de 100.000 hombres en Crimea, 85.000 de ellos muertos por enfermedad.

El tratado de paz, firmado en marzo de 1856, decretaba que el mar Negro tenía que ser neutral (ni Turquía ni Rusia podían mantener allí una flota de guerra); que Moldavia y Valaquia serían independientes (siendo Moldavia ampliada con parte de la Besarabia rusa); que habría navegación libre en el Danubio, y que Rusia tenía que renunciar a su protectorado de la Iglesia Ortodoxa en Turquía. A cambio, el sultán prometió velar por la seguridad de sus súbditos cristianos.

El tratado, pues, cumplía todos los propósitos que los aliados se marcaron al entrar en la guerra. Rusia estaba humillada y mutilada; Francia, por primera vez desde 1815, había recuperado el nivel de gran potencia; el pequeño Piamonte, representado en la mesa de conferencias por el conde Cavour, estaba en condiciones de reactivar la reivindicación contra la ocupación austríaca. El Imperio turco había sido apuntalado. Finalmente, el tratado facilitó la expansión de la influencia francesa en Turquía.

En realidad, la Paz de París no resolvió los problemas de los Balcanes a largo plazo. En 1870, Rusia había ignorado las cláusulas del tratado sobre el mar Negro; Moldavia y Valaquia constituyeron el reino independiente de Rumania en 1866, confirmando así un nuevo paso en la desintegración del Imperio otomano que comenzara en Grecia. Consecuentemente, Turquía permaneció débil e impotente convirtiéndose en una presa fácil para las ambiciones foráneas.



Arriba, asedio de Sebastopol, durante la guerra de Crimea que enfrentó a Rusia y Turquía en 1854. Litografía en color.

Abajo, la célebre carga de la Brigada Ligera en la batalla de Balaklava, el 25 de octubre de 1854, durante la guerra de Crimea. Esta carga solo sirvió para poner de relieve la ineficacia del mando militar.

Página anterior, Campamento sardo en Crimea, *acuarela de A. R. Pintore. (Museo del Risorgimento, Génova.)*

Rusia: el fracaso del liberalismo

Entre 1815 y 1870 el mundo del este europeo contempló unos cambios revolucionarios de alcance tan profundo como los habidos en Occidente. Rusia, convulsionada por su derrota en la Guerra de Crimea, pasó de la autocracia a un régimen más liberal, con Alejandro II, el cual liberó a los siervos y estableció un proceso de modernización y occidentalización. Cuando las fuerzas sociales liberadas parecían escapar del control del zar, éste reaccionó y su reinado finalizó con la represión y el terrorismo. Pero a pesar de sus dificultades internas, Rusia mantuvo una política exterior expansionista.

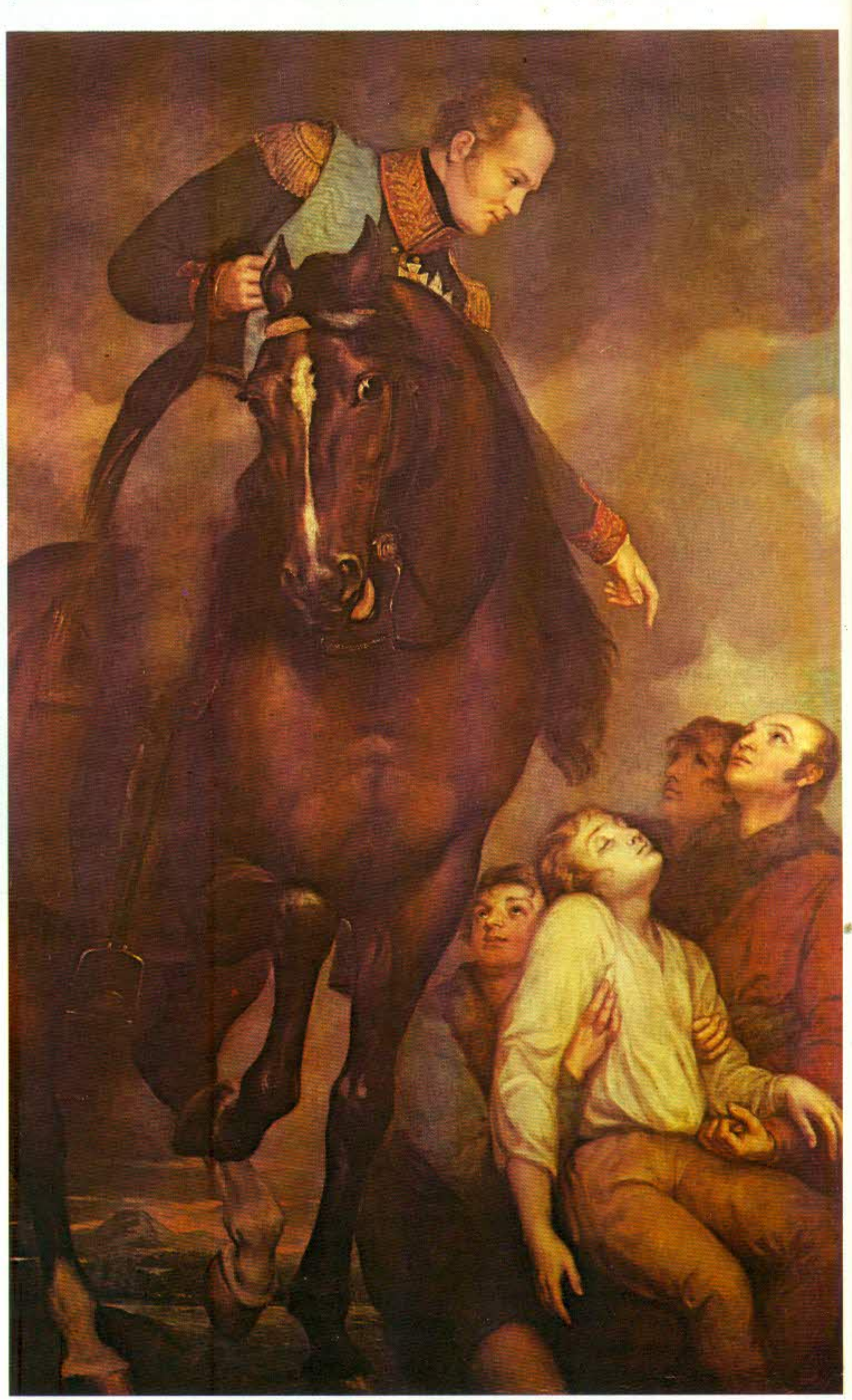
La historia rusa de este período es, en gran parte, la historia de los zares y zarinas que rigieron el país con poder autocrático. Con Pedro el Grande y Catalina II, Rusia occidentalizó su vida política, aunque no adoptó ninguna de aquellas ideas democráticas aparecidas en Francia en 1789. A la muerte de Catalina, su hijo, Pablo I, un tirano mentalmente desequilibrado, gobernó durante cinco años, hasta su asesinato en 1801. Con la subida de Alejandro I se reavivaron las esperanzas de reforma. En concreto, el ministro del zar, Speranski, era un gran admirador de Napoleón y deseaba introducir un sistema representativo en Rusia como primer paso hacia una monarquía constitucional.

Cualquier perspectiva liberalizadora se disolvió con la invasión francesa de Rusia en 1812. Napoleón y todo lo que él representaba era ahora el «enemigo», y la nación rusa se cohesionó repentinamente en un decidido esfuerzo por repeler al invasor e impedir la propagación de «ideas subversivas». Speranski fue enviado al exilio y sus enemigos promovidos a los altos ministerios. Uno en particular, Arakcheyev, extremadamente opuesto a cualquier cambio, fue, en gran medida, quien influyó sobre el zar para sustituir el liberalismo por la autocracia. También, bajo la influencia de la visionaria Julia de Krüdener, el zar se apartó progresivamente de la vida política y se inclinó hacia el misticismo.

Fue en ese ambiente cuando tras la victoria final de los aliados en 1815, Alejandro concibió la Santa Alianza, una unión de naciones que preservaría la paz de Europa en concordancia con los principios cristianos. Ya se ha visto cómo una idea tan piadosa se convirtió en un instrumento para impedir cualquier reforma. Fue un mero apoyo para el mantenimiento del despotismo y el privilegio. En Rusia se prohibió a los estudiantes estudiar en el extranjero, se despidió a los profesores foráneos, y se potenció el aparato de la policía estatal en un intento de prevenir cualquier crítica contra el gobierno o su política.

Los decembristas

Sin embargo, las ideas de la Revolución francesa incidieron también en Rusia. Los ejércitos rusos habían combatido a Napoleón en Europa y permanecieron estacio-





nados en Francia tras su derrota. Soldados de todos los rangos sociales volvieron a su patria dominados por las ideas liberales, convencidos de que el gobierno y las instituciones rusas estaban atrasados y corrompidos. Los efectos de la cultura y actitudes europeas penetraran más profundamente en la clase de los jóvenes oficiales, los cuales, a pesar del origen aristocrático de muchos de ellos desarrollaron repentinamente una conciencia social y unos instintos humanitarios.

La francmasonería, ilegal durante el reinado de Catalina II, resurgió nuevamente y se convirtió en un foco de expansión liberal. Las sociedades revolucionarias secretas se multiplicaron a lo largo del país, incluyendo entre sus miembros a algunos de la más alta nobleza, como el príncipe Pablo Trubetskoi. Pero tales sociedades fueron principalmente focos de debates de intelectuales; raramente grupos de acción. Algunos abogaban por el establecimiento de la monarquía constitucional; otras por la república; otros por los Estados Eslavos Unidos. Hombres como Ryleiev y el coronel Pestel, hijo de un antiguo jefe de policía, estaban entre quienes abogaban más fuertemente por una república, sintiéndose incluso dispuestos a asesinar al zar y a la familia real, obstáculos principales para el progreso.

La muerte de Alejandro I en 1825 planteó un problema de sucesión, ya que el zar no había dejado heredero directo. Eligió a su segundo hermano, Nicolás, promoviendo la discrepancia con su hermano mayor, el gran duque Constantino. Finalmente, se persuadió a Constantino para que renunciara a sus derechos a la corona, pero los revolucionarios aprovecharon estas divergencias e incertidumbre. En la mañana del 14 de diciembre de 1825 muchos oficiales pertenecientes a sociedades secretas sublevaron a un cuerpo de tropa con la creencia de que Constantino, que estaba preso en Varsovia, se retractaría de su renuncia. Los rebeldes formaron en la Plaza del Senado, en San Petersburgo, donde el nuevo zar Nicolás tenía que prestar juramento, pero se les hizo frente rápida y eficazmente. La artillería abrió fuego contra las barricadas, los rebeldes fueron dispersados y los arrestos se sucedieron. El mismo modelo se repitió en el sur, en Kiev, donde otra

Levantamiento de diciembre de 1825 en San Petersburgo. La conspiración militar había planeado asesinar al zar. Pintura de 1830.

Página anterior, el zar Alejandro I de Rusia (1777-1825). Liberal al comienzo de su reinado, se fue identificando con la reacción y fundó la Santa Alianza para prevenir una revolución en Europa. (Royal Society of Medicine, Londres.)

vez tropas leales sorprendieron a los insurrectos. El juicio de los prisioneros se realizó con meticulosidad: 121 de los acusados fueron llevados a la Corte Suprema, en donde se autodefendieron con gran valor. Pestel declaró en su juicio: «Mi mayor error es el haber intentado recoger la cosecha antes de sembrar la semilla». Él y otro fueron ahorcados, y el resto de los conspiradores deportados a Siberia.

Las palabras de Pestel eran acertados y definen el fracaso de los decembristas. En un aspecto, el levantamiento de 1825 fue significativo. Por primera vez en la historia rusa, miembros de la aristocracia se habían aliado con obreros en contra de los intereses de su propia clase y se habían comprometido, no tanto en una disputa sobre la sucesión, sino en un intento fundamental para cambiar la naturaleza del Estado. Los decembristas legaron una experiencia y una inspiración a los revolucionarios del futuro.

Autocracia y ortodoxia

Durante los treinta años de su reinado, Nicolás permaneció enemigo implacable del liberalismo y sostenedor principal de las ideas conservadoras. Había obtenido el trono «al precio de la sangre de mis súbditos», tal como escribió a su hermano Constantino, y extrajo de esta experiencia un profundo temor de que cualquier concesión pudiera servir para reactivar la revolución. Al mismo tiempo, era perfectamente consciente de las responsabilidades de su cargo, trabajaba duramente e inculcó al ejército una férrea disciplina. El régimen del nuevo zar fue conocido en Occidente por su dureza e inhumanidad. Tocqueville lo describió como «piedra angular del despotismo en el mundo» y el marqués de Custine escribió, en 1839, «el gobierno ruso ha sustituido la disciplina del campamento por el orden de la ciudad; el estado de sitio es permanente en la sociedad rusa».

La Iglesia no escapó al control estricto del gobierno. Un coronel de los húsares fue nombrado para el Santo Sínodo y le fueron concedidos poderes mayores a los del propio patriarca, la cabeza nominal de la Iglesia Ortodoxa. Los lemas del régimen, «ortodoxia, autocracia, nacionalidad», fueron proclamados oficialmente.

El cumplimiento de semejantes preceptos requería una implacable y eficiente policía estatal que amordazara con efectividad a la prensa y opinión pública, a las sociedades secretas, a los sindicalistas y a cualquier indicio de oposición al Estado. A los jóvenes se les inculcó un ardiente nacionalismo.

Nicolás estaba ansioso por reorganizar la administración y planificó nuevas instituciones centrales y locales que reportarían una eficacia mayor a la arcaica estructura de su gobierno. Sin embargo, la única plasmación práctica de estos planes fue la creación de un nuevo departamento gubernamental –la «cancillería personal» del zar–, responsable, entre otras cosas, del régimen policial. Nicolás veía en el orden público la condición necesaria del progreso social. Una vez establecido un gobierno eficaz en sus vastos dominios, le seguirían la libertad y los derechos civiles; los siervos podrían ser emancipados de la esclavitud y los pueblos del imperio controlarían sus propios asuntos.

De hecho, para Nicolás, los máximos focos de peligro eran los pueblos anexionados después de 1815: fineses, alemanes, estonianos y letones –en las provincias bálticas–, polacos, lituanos y judíos polacos, y georgianos. Ninguno de estos pueblos albergaba sentimientos de lealtad hacia la corona rusa. Estaban predispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para sacudirse el control extranjero. A finales de 1830, después de las revoluciones en Francia, Bélgica e Italia, los polacos se sublevaron, obligando al gran duque Constantino, gobernador militar de Varsovia, a huir; los oficiales y terratenientes polacos lucharon valerosamente contra el poder de Rusia durante un año, pero en septiembre de 1831 Varsovia fue dominada y los rebeldes capturados o dispersados. Miles de ellos fueron llevados a Siberia y se suprimieron los últimos vestigios de la libertad polaca: Polonia desapareció a efectos prácticos, absorbida por el Imperio zarista.

La nueva Rusia

Pero ni siquiera Rusia podía marginarse de los cambios que transformaban Europa. Durante el reinado de Nicolás, Rusia experimentó los primeros síntomas de una revolución industrial, en parte iniciada por el Estado, ante la ausencia de una burguesía lo suficientemente apta para ello. El propio zar fue quien marcó en el mapa la ruta de la línea ferroviaria de San Petersburgo a Moscú, trabajo que se inició después de 1838. También se impulsó un gran desarrollo viario, liberalizándose hasta cierto punto el movimiento de personas y mercancías. En 1825 Rusia contaba con 5.000 fábricas que empleaban 200.000 trabajadores; en el plazo de diez años se pasó a 10.000 fábricas con 500.000 obreros. En sus enormes territorios Rusia tenía todas las materias primas necesarias para la industrialización.



Como en todas partes la industrialización supuso cambios sociales. El crecimiento de la industria y del comercio potenció a la burguesía y a los profesionales liberales. Surgió una nueva clase obrera urbana, mientras en el campo perduraban los siervos. La política de Nicolás tendió a promover a la burguesía vinculándola firmemente a la monarquía. Se creó una clase de «ciudadanos notables» con privilegios especiales, que detentaron importantes cargos en el servicio civil, en el comercio y en las profesiones. A pesar de este desarrollo, importante para el futuro, Rusia continuó siendo esencialmente una sociedad biclasista, con el poder monopolizado por unos 120.000 aristócratas terratenientes. Rusia era aún un país de campesinos; en 1838 habían 11.000.000 de siervos sometidos a leyes que les convertían en virtuales esclavos de sus señores, al lado de unos 80.000 campesinos libres, cuyo censo aumentaba muy lentamente. La mayor parte de los aristócratas continuaron considerando a sus siervos como producto de compraventa; seres inferiores a los que se podía castigar o encarcelar por nimios motivos. Un informe policial de 1827 afirmaba: «los campesinos esperan su liberación como los judíos a su Mesías».

Los zares se encontraron frente a una elección política imposible de asumir: modernizar las instituciones de Rusia y liberar las fuerzas sociales que podrían derro-

car el régimen, o intentar mantener la autocracia afrontando una presión social cada vez mayor. El zar optó por esto último.

La intelectualidad

El liderazgo del movimiento para la reorganización de Rusia pasó progresivamente a la intelectualidad formada por estudiantes y profesores. Con la ampliación de las oportunidades educativas algunos jóvenes de las clases sociales más inferiores ingresaron en las universidades, y fueron en gran medida estos estudiantes, inspirados por la filosofía romántica alemana, quienes asumieron la iniciativa revolucionaria. Las principales características de ésta eran el desprecio por los ricos y por el convencionalismo, el odio a la tiranía y un anhelo místico por el progreso, a veces mezclado con un fuerte sentimiento patriótico.

A pesar de sus diferencias ideológicas, la intelectualidad estaba de acuerdo en una realidad –tal como lo expresó Herzen–: «La raza eslava asumirá la iniciativa en el renacimiento de la humanidad».

Estas actitudes se reflejaron claramente en el desarrollo cultural de la nueva Rusia. El poeta Alejandro Pushkin (1799-1837) liberó la literatura rusa de las influencias clásicas y francesas, mostrando que los escritores alemanes y británicos eran más afines con las tradiciones rusas. Lermontov escribió la obra épica *Héroes de nuestro tiempo,* en un estilo muy similar al de Byron. Durante el reinado de Alejandro I, Pushkin escribió varias obras clásicas: *El prisionero del Cáucaso, Eugenio Oneguin* y *Boris Godunov.* Pero fue un escritor nuevo, Gogol, quien marcó un cambio decisivo al usar la literatura con fines moralistas. «El escritor –decía– debe trabajar al servicio de la humanidad.» Especialmente en *Las almas muertas,* Gogol atacó radicalmente la situación de su país. Pertenece a la misma época Iván Turgenev, autor de *Padres e hijos.* Sin embargo, la obra que causó mayor impacto fue *Rusia y los rusos,* del mismo Turgenev, publicada en Francia en 1847, donde el autor se exilió tras la Revolución de diciembre. El libro era una denuncia despiadada contra los males de la servidumbre y los vicios del régimen zarista.

Tales obras circulaban limitada y secretamente entre la intelectualidad rusa, desafiando la censura de prensa y la vigilancia policial. En 1849 todos los miembros de un club político y literario –los Petrachevistas– fueron arrestados y sus dirigentes condenados a muerte. Cuando estaban en el cadalso esperando la ejecución, llegó el perdón del zar. El acontecimiento impresionó especialmente a uno de los condenados, Fedor Dostoyevski, que en *El idiota* describió el pánico en el patíbulo y la crueldad en demorar el indulto: su libro fue oficialmente valorado como una «conspiración ideológica». Por esta razón, Dostoyevski fue deportado a un campo de prisioneros en Siberia, en donde escribió *La casa de los muertos.*

Los intelectuales rusos de la década de 1840 no fueron revolucionarios ávidos de la acción directa contra un Estado corrupto, sino más bien artistas e intelectuales idealistas que usaron la política como trasfondo de sus obras. El fermento intelectual que crearon y la crítica del régimen zarista, prepararon las condiciones para nuevas crisis.





Arriba, plaza de la insurrección decembrista en San Petersburgo (1825), con el monumento a Pedro el Grande erigido en 1775.

Abajo, ilustración de una edición de Recuerdos de la casa de los muertos *(1861), del escritor ruso Fiódor Dostoievski (1821-1881).*

Página anterior, Nicolás I de Rusia (1796-1855), que sofocó el movimiento decembrista y la rebelión popular de Polonia. Grabado del siglo XIX. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)

Las consecuencias de la Guerra de Crimea

«La guerra –escribió Karl Marx–, es el campo de pruebas de la democracia.» En Gran Bretaña, la ineptitud mostrada en la campaña de Crimea promovió reformas en el ejército y en el servicio civil, basadas en la promoción mediante la capacidad personal y no la riqueza. En Rusia, derrotada, las consecuencias fueron más drásticas. El Tratado de París, firmado en 1856, supuso en aquella época, el final del expansionismo ruso. Nicolás había sido durante treinta años el gran campeón de la contrarrevolución en Europa, el mayor enemigo de cualquier cambio que supusiera una política más liberal. Murió en 1855, sin presenciar el colapso total de su sistema.

El régimen autocrático ruso había sido capaz de imponerse a sus súbditos a base de victorias en política exterior. Ahora, derrotado en el campo de batalla, desaparecía la fe en la hegemonía rusa. El desenlace de Crimea fue una experiencia traumática y demoledora para los ejércitos. Ser vencido era duro, pero ser vencido en su propio suelo por las dos grandes potencias liberales, Francia y Gran Bretaña, asistidas por la despreciada Turquía, era catastrófico. La Guerra de Crimea fue interpretada como un fracaso de la autocracia y un éxito del liberalismo. En Rusia se abrió un período de autoanálisis, durante el cual se difundió un sentimiento de hostilidad contra el zar y su régimen.

La abolición de la servidumbre

Alejandro II ascendió al trono imperial a la edad de 37 años. Era inteligente y tolerante. En el manifiesto que anunciaba al pueblo ruso el final de la Guerra de Crimea, Alejandro expuso que era necesaria la reforma interna de todo el territorio.

La reforma tenía, sin embargo, que ser dirigida y gradual. La prensa obtuvo mayor libertad, y también las universidades. Surgieron grandes debates sobre la necesidad de modernizar las instituciones rusas según modelos occidentales, acerca de la construcción de las líneas ferroviarias, bancos y compañías industriales, y sobre la mejora de la educación y la agricultura. La presión para el cambio fue mantenida viva por los exiliados rusos, entre los cuales estaba el líder revolucionario y escritor Alejandro Herzen, promotor del periódico *Kolokol* («*La Campana*»).

Poco después de su subida al trono, el nuevo zar anunció que intentaría emancipar a los siervos, aunque no inmediatamente. En realidad, se trataba de un problema sumamente delicado y fue examinado por un Comité Secreto para la Mejora de la Situación de los Campesinos, creado en 1857. ¿Los siervos se liberarían con o sin posesión de sus tierras? Si se les concedían los derechos sobre la tierra, ¿qué tipo de régimen de propiedad se establecería? Por otra parte, si la emancipación no incluía la tierra, entonces surgiría un inmenso y peligroso proletariado rural.

Influido por consejeros liberales, Alejandro II prefirió conceder la libertad y la tierra. Se establecieron comités provinciales para investigar los problemas locales y para informar directamente al zar. Alejandro recorrió personalmente las provincias, apelando a la generosidad de los grandes terratenientes nobiliarios.

El 19 de febrero de 1861 el zar anunció la mayor reforma en la historia rusa. Concedió la libertad individual a 47.000.000 de campesinos. Sin embargo, los términos de la emancipación eran complejos y menos generosos de lo esperado. Se les concedió a los campesinos libre posesión de sus viviendas y del terreno circundante. La tierra de cultivo de la que dependían sus existencias fue asignada a la propiedad colectiva del *mir*, o consejo de la aldea. Una señal clara de que la tierra no era de su propiedad fue el hecho de que el mir tenía que realizar una periódica redivisión de la propiedad. El mir no era un propietario en el más amplio sentido del término, desde el momento en que estaba sujeto a ciertos derechos señoriales. De hecho, la reforma no satisfizo a nadie. El señor, privado de mano de obra, tenía ahora que contratar trabajadores o entregar sus propiedades al mir. El campesino creía que la tierra que cultivaba tenía que haberse convertido en suya y se sentía estafado.

Pero en un aspecto, al menos, el mir tuvo éxito. Su institucionalización introdujo en la población rusa la idea de autogobierno local, libre del control señorial. Ellos administraban, juzgaban y mantenían el orden en base al principio democrático de igualdad, en una sociedad que hasta entonces había estado dividida rígidamente entre aquellos que tenían derechos y aquellos que carecían de ellos. El mir de las aldeas fue agrupado en unidades más grandes, los *volosts* (cantones), por encima de los cuales fueron elegidas corporaciones locales. Con esto, los campesinos rusos poseían un sistema de autogobierno local, que aseguraba, por primera vez, que se escucharan las voces de los súbditos más pobres y humildes. En 1864 se extendió el mismo principio a las unidades mayores de la administración provincial, esto es, los distritos y las provincias, que recibieron el derecho a elegir consejos *(zemstvos)* por sufragio universal y que poseían responsabilidades en materia de carreteras, escuelas, hospitales y alimentación. En estas importantes asambleas regionales la nobleza era la que estaba más fuertemente representada, pero, con todo, el nuevo sistema de gobierno local significó un paso primordial. Dos de sus más importantes éxitos fueron la construcción de miles de escuelas y la modernización de las técnicas agrícolas. Las ciudades también pudieron autogobernarse, ya que se permitió a las corporaciones mercantiles y a los gremios de oficios elegir representantes para el Consejo Municipal *(duma)*. Sin embargo, Alejandro era consciente de los peligros que podía acarrear el conceder demasiado poder a estos cuerpos democráticos. Nunca se permitió que los zemstvos y las dumas actuaran conjuntamente: el zar sería el único eslabón entre ambos.

Otra reforma importante, realizada entre 1862 y 1865, fue la reorganización de la Justicia. Los tribunales fueron aumentados en número y modelados según criterios occidentalistas: se establecieron jurados, juicios secretos, y se abolieron la tortura y el castigo corporal. El principio más importante era que la judicatura tenía que estar separada del brazo ejecutivo del gobierno, liberándose así del control real. Como en la Constitución británica, los jueces serían independientes.

Los principales beneficiarios de esta política fueron los estudiantes y la intelectualidad, pero las nuevas libertades aumentaron las divergencias entre el zar y aquéllos. Consciente del creciente peligro, Alejandro se desdijo de algunas de sus primeras reformas posteriores a 1861, y prohibió que las universidades admitieran mujeres o a cualquier estudiante que no aceptara la religión ortodoxa. A medida que el país daba los primeros pasos hacia una sociedad más moderna e industrializada, los problemas sociales urbanos se hicieron más complejos. Los intelectuales se radicalizaron con la lectura de los socialistas franceses y alemanes.

Los jóvenes intelectuales rusos veían cada vez más en la revolución la posibilidad de creación de un mundo nuevo, en el que no hubiera distinciones de rango o riqueza, ni nobles ni siervos; sólo una sociedad sin clases en la que cada hombre contribuyera libre y conscientemente al bien común. Este idealismo lo integraban numerosos elementos: liberalismo, socialismo y también una devota fe religiosa que todavía inspiraba a muchos jóvenes rusos. Dostoyevski describió en *Los po-*

seídos la atmósfera de misticismo que rodeaba a la intelectualidad revolucionaria. La organización tenía que ser necesariamente secreta, ya que el zar, a pesar de sus simpatías liberales, no podía tolerar la existencia de un grupo cuyo objetivo era minar los fundamentos de su poder.

En 1861, Nikolai Chernishevski, publicista y crítico, fundó la más influyente de estas sociedades secretas, la «Joven Rusia», apoyada por la mayor parte de la intelectualidad y en estrecho contacto con los emigrados rusos en el extranjero y con los prisioneros políticos exiliados en Siberia. Al año siguiente Chernishevski fue arrestado y deportado a Siberia, pero otros recogieron su iniciativa, y en 1863 la organización «Tierra y Libertad» reanudó la lucha. En un clima político en el que se consideraba una traición la menor crítica pública contra el régimen, era imposible que estos elementos disconformes pudieran formar un partido de oposición constitucional, tal como hubieran podido hacer en Europa occidental: su único recurso fue la acción directa y la actividad terrorista contra el Estado.

La insurrección polaca

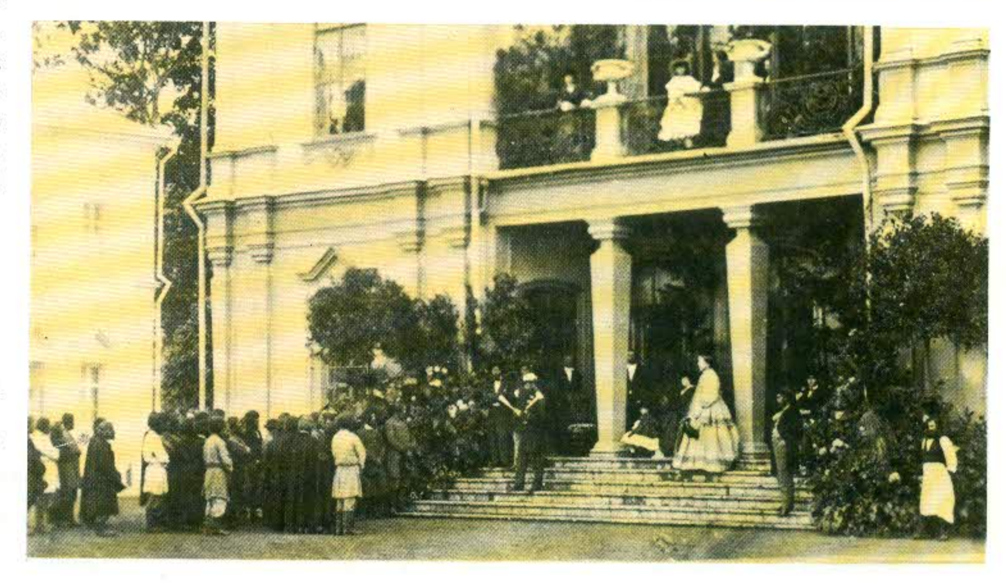
Para el pueblo polaco, las evasivas del gobierno ruso eran una burla. Persistía un fuerte sentimiento nacional fortalecido por una ferviente fe católica. La imposibilidad de cualquier tipo de negociación pacífica con sus dominadores rusos condujo a la guerra de guerrillas en 1863, y tras un pequeño período de tiempo, la lucha se extendió por todo el país. El ejército ruso reprimió despiadadamente a la población civil y una vez más la simpatía de las potencias occidentales no se tradujo en acción. Abandonados a su destino, los polacos fueron absorbidos oficialmente por el estado ruso. En 1866 la resistencia había sido destruida; el ruso fue impuesto como lengua oficial, y el anterior reino desmembrado en diez regiones que formaban parte del enorme Imperio zarista.

En realidad, la insurrección polaca perjudicó a la causa liberal en Rusia, en vez de beneficiarla. Si bien algunos jóvenes revolucionarios la entendieron como un duro golpe para la libertad, la reacción más general en Rusia fue la de condenar a los polacos como rebeldes desagradecidos y concentrar el apoyo público en favor de su gobierno y su política de «pacificación». Las opiniones liberales, en otro tiempo toleradas, e incluso estimuladas, eran ahora condenadas por antipatrióticas. Las posturas alcanzaron su punto crítico en 1866, cuando un joven estudiante, Karazov, intentó asesinar al zar. El gobierno acabó con todos los movimientos supuestamente subversivos y los miembros de las sociedades secretas fueron deportados a miles, terminando así el experimento liberal.

La década de 1860 fue decisiva en la historia de Rusia. Se produjo la ruptura definitiva entre la opinión liberal y la política gubernamental, y con ello la posibilidad de progresar hacia una constitución liberal. A partir de Karazov el terrorismo estuvo al orden del día. En 1881, quince años después del primer atentado contra su vida, Alejandro II murió asesinado.

Para algunos, la vuelta a la despiadada represión interior se compensó con una triunfal política de expansión, que ayudó a sostener el prestigio del régimen zarista. A fines de los sesenta, los liberales se habían alejado de la política y los revolucionarios más extremistas adoptado la filosofía del nihilismo, que pretendía cambiar el viejo orden aun sin disponer de alternativas concretas. Frente a este esquema, el gobierno del zar jugaba dos cartas muy populares: la unificación de los pueblos del Imperio y la conquista de Asia central.





Arriba, cuerpos de caballería polacos y rusos batiéndose durante los levantamientos de 1830. Nicolás I, lenta pero severamente, fue reprimiendo las sublevaciones y acabó por agregar Polonia a su imperio. (Muzeum Wojska Polskiego, Varsovia.)

Abajo, grupos de personas leyendo los estatutos de emancipación de los siervos en una propiedad cerca de Moscú. Aunque la emancipación fue, en muchos aspectos, el inicio del fin del régimen autocrático, muchos campesinos estaban peor que antes, todavía sujetos a permanecer en sus pueblos por las deudas contraídas.

En el Cáucaso, los pueblos primitivos de las montañas, de fe musulmana y leales al imán Schamyh, habían resistido durante veinte años al avance ruso; fueron derrotados finalmente en 1859. Entre 1865 y 1869, el Turquestán, al este, fue ocupado totalmente tras la captura de Tashkent y Samarcanda. Más al este todavía, el desmoronado Imperio chino tuvo que ceder la provincia marítima en la que Rusia fundó Vladivostok, la «Llave de Oriente», en 1860. Nuevamente, mucha gente justificó el despotismo ruso por sus éxitos militares, pero desde el exterior se contemplaba la expansión rusa con creciente desconfianza, sobre todo por parte de Gran Bretaña y por Japón.

FRANCIA Y RUSIA EN EL SIGLO XIX

Año	Francia	Rusia	Otros hechos europeos
1815	Restauración de los Borbones; Luis XVIII, rey Los ultrarrealistas en el poder Asesinato del duque de Berry (1820) Expedición a España (1823) Ascenso al trono de Carlos X (1824) Los liberales acceden al Parlamento Conquista de Argel y Orán	Santa Alianza (1815) Nicolás I, zar (1825) Sublevación de Diciembre (1825) Conquista de Erivan (1827)	Batalla de Waterloo El Sacro Imperio romano-germánico se convierte en la Confederación Germana dominada por Austria Levantamiento de Grecia (1822) Independencia de Servia
1830	Revolución de Julio en París Luis Felipe, rey Tratado con Abdul-el-Kader (1834) Captura de Smala (1843) a Abdul-el-Kader Guerra franco-marroquí (1844)	Sublevación polaca (1830) Toma de Varsovia por los rusos (1831) Tratado de Unkair-Skalessi (1833) Convención de los Estrechos (1841)	Independencia de Bélgica (1830) Victoria, reina de Inglaterra (1837)
1845	Revolución en París (1848) Elección de Luis Napoleón Bonaparte como presidente de la República Expedición militar a Roma (1849) Golpe de Estado del 2 de diciembre (1851) Creación del Segundo Imperio (1852) Tentativa de asesinato de Orsini (1858) Alianza franco-sarda	Ocupación de las provincias del Danubio Empieza la Guerra de Crimea (1854) Alejandro II, zar (1855) Liberación de los siervos en los dominios reales (1858)	Revoluciones en varios países (1848) Campañas militares de Garibaldi en Italia Guerra de Crimea (1854) Guerra entre Austria y Cerdeña (1859)
1860	Anexión de Niza y Saboya Intervención en México Concesiones liberales (1867) Ministerio de Olivier Guerra contra Prusia, batalla de	Emancipación de los siervos de la gleba (1861) Creación de los *zemstvos* (1864) Atentado contra Alejandro II (1866) Reforma municipal	Bismarck hacia el poder en Prusia Sadowa-Prusia derrota a Austria (1866) Inauguración del canal de Suez (1869)
1870	Sedán Fin del Segundo Imperio		

El desarrollo económico de Rusia

El terror y la autocracia podían haber sido también combatidos por el progreso material del pueblo ruso, por el desarrollo económico e industrial y por un nivel de vida cada vez más alto. Rusia era grande y populosa, rica en recursos materiales sin explotar, y con un pueblo caracterizado por su duro trabajo, imaginación e inventiva. No se dispone de estadísticas precisas sobre la economía rusa en la década de 1860-1870, pero es muy probable que el 90 % de la población viviera en aldeas, y únicamente el 10 % en ciudades. Rusia era predominantemente agrícola, con más de la mitad de sus 260 millones de acres en manos de los campesinos, pero el tamaño medio de las propiedades era de 8-9 acres por familia, lo cual era insuficiente para mantener a una familia numerosa.

La consecuencia de todo ello fue que los modernos métodos agrícolas —el uso de maquinaria, sistemas rotativos y fertilizantes— eran casi desconocidos en la mayoría de aldeas rusas. Incluso las guadañas, uno de los instrumentos agrícolas más sencillos, tenían que ser importadas, y los arados rudimentarios que existían no hacían mucho más que escarbar en la superficie de la tierra. A pesar de la gran fertilidad de su «tierra negra», los campos de trigo rusos equivalían a la mitad de los que poseían Francia y Austria, y eran una tercera parte de los de Gran Bretaña.

Es dudoso que las reformas de Alejandro II produjeran algún cambio sustancial en el nivel de vida del campesino ruso. Los campesinos, si bien emancipados, eran libres sólo en teoría. Cargaban con el grueso de la tributación rusa, ya fuera directa o indirecta, y también pagaban contribuciones a los zemstvos, en donde sólo tenían una representación indirecta. La mayor parte de ellos vivían en cabañas de madera y barro con suelos de tierra y, a menudo, sin agua ni servicios higiénicos: la única habitación la compartían con cerdos y aves de corral, y las enfermedades infecciosas ocasionaban una tremenda mortandad, la más elevada de Europa.

El progreso en las ciudades rusas no era muy superior al del mundo rural. Aunque San Petersburgo y Moscú eran centros de cultura y lujo para unos pocos miles de nobles y de ricos burgueses, la gran mayoría de los habitantes de las ciudades vivían en condiciones semejantes a las de sus hermanos del campo. Apenas habían comenzado a ser explotados los recursos minerales. La producción carbonífera era únicamente una veintisieteava parte de la de Estados Unidos y la producción mineral de hierro una doceava



parte. Este estado de atraso industrial era, hasta cierto punto, fomentado por la corona y la nobleza, que temían las consecuencias que podría tener el surgimiento de un poderoso proletariado urbano.

Francia desde la Restauración hasta Napoleón III



La Revolución francesa dejó en el país una herencia de problemas –políticos, sociales y económicos– que los gobiernos sucesivos intentarían vanamente resolver. A la larga, se vio lo difícil que era reconciliar la libertad con el orden, es decir, legitimar los principios por los que habían luchado los franceses y restablecer la necesaria autoridad del Estado. Al mismo tiempo, había que impulsar el crecimiento económico y el poder militar. La Monarquía, la República y el Imperio fueron víctimas de los mismos enemigos interiores.

La restauración borbónica

El último rey Borbón había muerto guillotinado. Ahora, en 1815, Luis XVIII fue reintegrado al trono, repuesto por los aliados después de más de veinte años de exilio. El nuevo rey era lo suficientemente inteligente para saber que el Antiguo Régimen jamás podría ser restablecido, que las burguesías sólo aceptarían la monarquía si las libertades esenciales de la Revolución eran respetadas. Luis XVIII se tuvo que enfrentar con un problema ideológico fundamental que requería una solución práctica e inmediata.

A pesar de su inteligencia, cultura y refinamiento, el rey estaba mal preparado para proporcionar una respuesta adecuada. Su largo exilio le había enseñado a ser paciente y tratable, y a aceptar la realidad de un monarca constitucional, condición previa a su restauración; por otra parte, no tenía ninguna intención de desempeñar únicamente un papel nominal en los asuntos de Estado. Desgraciadamente, sus valedores más próximos, dirigidos por su hermano el conde de Artois, fueron más ortodoxos que él mismo, y no estaban dispuestos a doblegarse a los principios de 1789.

Según la nueva Constitución de 1815 el rey era la cabeza del Estado y del poder ejecutivo. Tenía el derecho a elegir sus propios ministros, que no eran responsables ante el Parlamento. Este último consistiría en dos cámaras: una Cámara Alta, nombrada por el rey, y una Cámara de Diputados, elegidos por un electorado limitado a los hombres de más de treinta años de edad que pagasen como mínimo 300 francos anuales en impuestos. Había un total de menos de 100.000 votantes, siendo las clases trabajadoras totalmente excluidas de la opción política. Además, la «democrática» Cámara de Diputados sólo estaba facultada para discutir la legislación y votar los impuestos.

Con todo, a pesar de su carácter limitado, la Constitución era considerada «revolucionaria» por muchos nobles y clérigos, quienes soñaban en una restauración del poder tradicional. Disponían de líderes influyentes como los condes de Artois y de Villèle, y el escritor Chateaubriand, así como de su propio órgano periodístico: la *Gazette de France.*

Opuestos a ellos estaban aquellos que se beneficiaron de la nueva Constitución, principalmente la alta burguesía y los profesionales liberales, introducidos en la actividad política con el apoyo de algunos nobles ilustrados. Estos «constitucionalistas» estaban dirigidos por el historiador François Guizot y expresaban sus opiniones en el *Courrier Français.* A su izquierda había un grupo más radical, dirigido por Benjamín Constant y el veterano marqués de Lafayette, que no creían en la Constitución y se mostraban críticos por la excesiva influencia de aristócratas y clérigos. La baja burguesía apoyaba en mayor medida a estos «independientes»: su objetivo era una Constitución más democrática, en la que la Cámara elegida tuviera poder efectivo.

Una de las promesas del rey al ser restaurado, fue la de conceder una amnistía a



Arriba, Luis XVIII a su vuelta a París, el 8 de julio de 1815, después del segundo y definitivo exilio de Napoleón. (Musée Carnavalet. París.)

Abajo, Luis XVIII, que reinó en Francia en 1814 a 1824 y cuyo gobierno fue considerado como eficiente y honesto.

Página anterior, campesinos rusos dando la bienvenida a Alejandro II ante el palacio de Invierno, el día de la emancipación de los siervos (19 de febrero de 1861).

todos los franceses que habían apoyado a Napoleón en la época de los Cien Días. Sin embargo, en diversas ciudades fueron asesinados conocidos bonapartistas, y en la primera elección posbélica, el partido ultrarrealista consiguió, sorprendentemente, la mayoría en la Cámara de los Diputados.

A partir de entonces se instó al rey a practicar una política de conservadurismo represivo. Talleyrand, el moderado primer ministro, fue sustituido por el realista Richelieu. Dieciocho oficiales de alta graduación que habían combatido junto a Napoleón —incluyendo al otrora héroe popular, mariscal Ney— fueron condenados y fusilados, mientras que una purga realizada en los tribunales, universidades y gobiernos locales destituyó a 9.000 personas de los cargos públicos. Finalmente, la familia Bonaparte, y todos aquellos que habían tenido alguna participación en la ejecución de Luis XVI, fueron desterrados de Francia.

Aunque los realistas deseaban restaurar el Antiguo Régimen, el rey sabía que eso podía hacerle perder la corona. Tras una astuta valoración del sentimiento político del país, Luis XVIII disolvió la Cámara en septiembre de 1816, organizando otra elección en la que los «realistas» perdieron muchos escaños y los «constitucionalistas» obtuvieron una pequeña mayoría. Durante los siguientes cuatro años Francia experimentaría una política más liberal.

El viejo rey tenía ahora una oportunidad para demostrar su sagacidad en la conducción del curso de los acontecimientos entre la reforma y la reacción. Si bien nunca se convirtió en una figura popular —era demasiado fuerte todavía el recuerdo de los gloriosos tiempos pasados y del implacable dolor de Waterloo—, fue capaz de mantener la paz, pagar las indemnizaciones posbélicas de su país y liberar su suelo de ejércitos extranjeros. Con el nuevo primer ministro, Décazes, la ley electoral fue modificada para reducir la influencia de los grandes terratenientes sobre sus votantes-arrendatarios, el servicio militar obligatorio fue reemplazado por un ejército voluntario de un cuarto de millón de individuos, y para reducir el poder aristocrático, los oficiales fueron seleccionados mediante exámenes de capacidad y operatividad y ascendidos por antigüedad y méritos. Finalmente, la censura de prensa fue abolida en 1819; en el futuro, los casos planteados por las publicaciones serían tratados por los tribunales ordinarios y no por tribunales especiales nombrados por el gobierno.

Uno de los resultados de esta relajación general del control fue un gran aumento de la circulación de periódicos liberales, y en las elecciones de 1819 los «independientes» consiguieron una gran parte de votos. Décazes, alarmado por la situación, anuló su programa de reformas, cesó a algunos de sus ministros más liberales, y fue alineándose cada vez más con la derecha. Los grupos extremistas anticlericales se habían unido, formando sociedades secretas según el modelo de los carbonarios italianos, y en 1820, al tiempo que se producían levantamientos revolucionarios en el Piamonte, Nápoles, España y Portugal, hubo también disturbios en Francia, que culminaron con la muerte del sobrino del rey, el duque de Berry, asesinado por una fanático bonapartista. Presionado por su propia familia y parte del país, Luis XVIII cesó a Décazes. Los ultrarrealistas acapararon rápidamente el poder en el Consejo, nombrando a uno de sus propios miembros, el conde de Villèle, como presidente.

Esto acabó con la paciente reconstrucción de Décazes. Villèle, un miembro parlamentario por Toulouse, era un administrador astuto y consciente de la situación política del momento. Abolió la nueva ley electoral para detener la progresión de los liberales y, además, introdujo el derecho al doble voto para aquellos electores que pagaban los impuestos más altos: la competividad en política descansaría sobre fundamentos económicos y no en los principios abstractos de «justicia e igualdad». El resultado fue que los liberales sufrieron una gran derrota en las elecciones de 1820, y Villèle restauró la censura de prensa y los tribunales especiales. Fueron cerrados casi todos los periódicos de oposición.

La política de Villèle favoreció notoriamente a la Iglesia católica, la cual intentaba reconquistar los aspectos de la vida francesa arrebatados a su influjo por la Revolución a través de los colegios y universidades. Villèle apoyaba firmemente la *Congrégation*, una asociación dominada por los jesuitas, y situó las universidades bajo la supervisión de los obispos.

A pesar de los ataques contra ella, la oposición continuó la crítica oral del gobierno y su política. Los quince miembros de la izquierda en la Cámara de los Diputados incluían conocidísimos oradores, como Benjamín Constant y el general Foy, mientras que las imprentas clandestinas continuaban distribuyendo octavillas y panfletos denunciando al gobierno y los jesuitas. En las universidades las manifestaciones estudiantiles contra el control de la Iglesia fueron a menudo violentas, especialmente cuando profesores tan populares como Guizot y Víctor Cousin fueron suspendidos de sus cátedras.

Entre algunos de los revolucionarios más extremistas crecía la opinión de que



el régimen de Villèle sólo podia ser vencido mediante la insurrección armada. Republicanos como Lafayette y Cousin fundaron células carbonarias secretas compuestas de veinte miembros. Mal organizados e idealistas, no tuvieron más éxito que sus colegas italianos ni contaron, además, con el apoyo popular en general. La facilidad con que fueron reprimidas sus revueltas locales, indicaba que el gobierno tenía fuertemente controlada la situación. En septiembre de 1824 murió el rey, sucediéndole su hermano Carlos X, que en pocos meses destruiría el poco crédito que aún conservaba la corona francesa.

Carlos X

Allí donde Luis XVIII había sido prudente, moderado y pragmático, Carlos X era obstinado, severo y autocrático. A sus 67 años de edad era inflexible, fanático de la Iglesia y enemigo implacable del paganismo y las reformas. Su ceremonia de coronación fue simbólicamente desarrollada en Reims con toda la pompa de los ritos medievales. Una de sus primeras decisiones fue la de incrementar las penas contra el delito de «sacrilegio». Su abolición de la Guardia Nacional, cuerpo militar favorable a la reforma constitucional, y la concesión de compensaciones a los nobles emigrados, fueron especialmente impopulares. Los «constitucionalistas» y liberales se aliaron en la Cámara, formando una poderosa oposición comandada por Guizot. En las elecciones siguientes obtuvieron una mayoría de 250 escaños frente a los 200 del gobierno. Villèle no tuvo otra alternativa que presentar su dimisión al rey en enero de 1828.





Carlos X estaba en ese momento enfrentado a una Cámara ingobernable y a una situación aparentemente imposible. Para ganar tiempo, nombró a un constitucionalista, Martignac, que fracasó rotundamente al intentar obtener el apoyo de los diputados. Creció la sensación de que el rey preparaba un golpe de Estado para derribar la Constitución y restaurar el Antiguo Régimen. Esta opinión pareció confirmarse al año siguiente cuando cesó a Martignac y nombró al príncipe Polignac, uno de los primeros exiliados en tiempos de la Revolución, y además uno de los hombres que se había negado a jurar fidelidad a la Carta de 1815.

Los gloriosos días de 1830

La crisis política de 1829 produjo importantes reagrupamientos políticos, aumentó la fuerza de los republicanos y, lo más importante, forjó la aparición de un nuevo partido dirigido por el duque de Orléans. Este era un partido de realistas moderados, dispuesto a salvaguardar los intereses de las burguesías, y recibió el apoyo de personas tan influyentes como Talleyrand y Adolfo Thiers. Su ideal era el de una monarquía constitucional al estilo británico, donde el poder estaba repartido entre el soberano y las cámaras parlamentarias.

Acosado por una creciente oposición en la Cámara de los Diputados, Polignac disolvió el Parlamento y se preparó para desencadenar la represión. Las reales ordenanzas del 25 de julio de 1830 promulgaban la limitación de la libertad de prensa, disolvían las Cámaras y modificaban la ley electoral. Aunque el rey, según el artículo 14 de la Carta, tenía autoridad para actuar en ese sentido, ello era un claro gesto provocativo, especialmente en lo referente a la ley electoral que limitaba el derecho al voto a aquellos que pagaban impuestos sobre la tierra o la propiedad, excluyendo así a muchos profesionales y burgueses que eran conocidos sostenedores del liberalismo. Los periodistas fueron los primeros en reaccionar, al publicar el 26 de julio una declaración por la que manifestaban que continuarían publicando los periódicos sin el permiso requerido.

Al día siguiente, los trabajadores de los barrios más humildes de París levantaron barricadas en las calles, aunque el chispazo definitivo de la revolución sobrevino el día 28, cuando el gobierno anunció que el odiado general Marmont, que traicionó a Napoleón en 1814, había recibido el mando de los ejércitos reales. Siguieron tres días de desórdenes y combates, durante los cuales miles de parisinos de todas las clases marcharon por las calles enarbolando la bandera tricolor. Previamente, los estudiantes de la Politécnica habían ocupado diversos barracones militares y distribuido armas entre la población. Los regimientos reales que no se habían pasado a los rebeldes fueron fácilmente sometidos, y después de la ocupación del Louvre y las Tullerías, Marmont, derrotado, huyó de la capital.

La revolución de 1830 llegó a su fin antes de que mucha gente se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los sucesos habían tenido lugar exclusivamente en París, de tal manera que los bastiones realistas en las provincias fueron incapaces de actuar hasta que ya fue demasiado tarde. Pero, en algunos aspectos, lo más extraño de esta revolución fue su desen-

Combate en la calle de Roman, el 29 de julio de 1830, en una pintura de L. L. Lecomte. (Musée Carnavalet, París.)

Izquierda, Carlos X (1759-1836), que reinó de 1824 a 1830, fue duro y reaccionario. Faltó a su compromiso de realizar mejoras sociales y pronto se encontró frente a una tremenda impopularidad.

Página anterior, el conde de Villèle, presidente del Consejo de ministros en los gobiernos de Luis XVIII y Carlos X, de 1822 a 1828. Eficiente y trabajador pero intolerante, alentó a Carlos X para que fuera más autocrático.

lace. Sus líderes fueron principalmente republicanos o bonapartistas, ansiosos por establecer en Francia una Constitución presidencialista o un Segundo Imperio con uno de los hijos de Napoleón. De hecho, el resultado no fue ninguno de estos dos objetivos, sino una monarquía burguesa bajo el reinado de Luis Felipe, jefe de la Casa de Orléans, que de joven había luchado con los ejércitos revolucionarios y había conocido, consecuentemente, la pobreza y el sufrimiento. Los orleanistas, esencialmente, formaban el partido de la burguesía, y poseían capacidad para variar los acontecimientos en beneficio propio, pues estaban mejor organizados que sus adversarios políticos y tuvieron la habilidad de presentar a un monarca constitucional que aceptaba la Cámara y honraba la bandera tricolor. Fue por esto por lo que se convenció fácilmente a las dos Cámaras para que enviaran, el 30 de julio, una delegación a Luis Felipe ofreciéndole la corona, de una manera muy parecida a como se invitó a Guillermo de Orange a aceptar el trono inglés en 1688. Las masas parisinas, al principio hostiles, se sintieron atraídas por el rey cuando éste apareció en el balcón del Hôtel de Ville, envuelto en una bandera tricolor y abrazando efusivamente a Lafayette, el «gran anciano de la Revolución», que había anunciado su adhesión a los orleanistas.

Al mismo tiempo, Carlos X hizo una última tentativa para restablecer la situación favorable a la dinastía borbónica, abdicando en favoir de su joven nieto, el duque de Burdeos, y sugiriendo que Luis Felipe actuara de regente hasta que aquél alcanzara la edad necesaria. Luis Felipe rechazó la propuesta, y después de nuevos ataques amenazadores de las masas parisinas, Carlos X se exilió a Gran Bretaña. El trono de Francia fue ofrecido oficialmente por las dos Cámaras a Luis Felipe de Orléans el 9 de agosto.

La Monarquía de Julio

Difícilmente podría haber existido un mayor contraste entre el nuevo rey y sus antecesores borbónicos. Éste era la personificación del pequeño-burgués: una persona modestamente vestida que amaba pasearse por las calles de París con su paraguas debajo del brazo; un padre devoto de cinco hijos y tres hijas; un hombre de gustos sencillos y sin pretensiones. Detrás de esta apariencia había también valor y decisión, un prudente sentido de los negocios y la idea de elevar el papel de Francia del bajo nivel al que Carlos X la había reducido.

Luis Felipe aceptó una Constitución considerablemente más democrática que la de 1815. A través de una serie de correcciones, el rey perdió el poder de legislar, se abolieron la censura de prensa y la doble votación, y en el futuro, la elección del primer ministro dependía de las dos Cámaras. Se estableció absoluta y claramente la hegemonía del Parlamento en lo legislativo. Mediante cláusulas adicionales, se le permitió a la Guardia Nacional la elección de sus propios oficiales, se abolió la herencia del título nobiliario, la Cámara de los Pares quedó abierta a la burguesía y fue reducido el requisito de propiedad para poder votar en la Cámara de los Diputados. Así, accedieron a la política 200.000 nuevos votantes.

La política del nuevo rey intentaría marchar a través de un curso intermedio entre los dos grupos extremistas, los republicanos y los bonapartistas. Como todo compromiso, satisfizo a poca gente. Los republicanos se reagruparon bajo la dirección de Carrel, el abogado Garnier-Pagès y el químico Raspail, y a través de la prensa lanzó una campaña por el sufragio universal. Una vez más, las sociedades secretas se organizaron ante la inminencia de las elecciones generales. Las diferencias aparecieron incluso dentro del partido orleanista entre los líderes más conservadores, como Casimir Périer y Guizot, que pensaban que la reforma ya había llegado suficientemente lejos, y los liberales, como Laffitte y Lafayette, que deseaban profundizarla hacia una superior democracia. Luis Felipe tenía que escoger entre las dos opciones: eligió a los liberales de Laffitte, «el rey de los banqueros y el banquero de los reyes».

Uno de los problemas inmediatos que abordó Laffitte fue el juicio de los antiguos ministros de Carlos X. La justicia exigía que fueran castigados por las injurias que habían infligido al pueblo francés. Los elementos más extremistas exigían su ejecución, aunque la Casa Real se contentó con sentenciarles a cadena perpetua. Grandes manifestaciones acompañaron el juicio, y a principios de 1831 hubo una oleada de violento anticlericalismo. En un intento de ganar popularidad, Laffitte rebajó los impuestos de las bebidas alcohólicas, provocando un déficit presupuestario de 40 millones de francos.

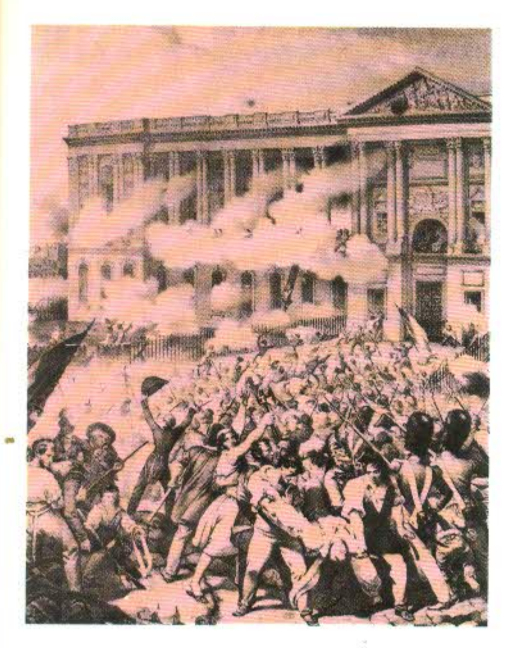
Luis Felipe advirtió tal estado de cosas, e intervino en la cuestión. Dimitido Laffitte, nombró a Casimir Périer, otro banquero pero más conservador. En pocos meses se niveló el presupuesto, pudiendo el primer ministro dirigir su atención al grave problema surgido en Lyon, centro de la gran industria sedera francesa. En noviembre de 1831 los obreros textiles, pésimamente pagados y habitantes de suburbios miserables, se levantaron en armas contra sus patronos, y ocuparon la ciudad tras dos días de lucha sangrienta contra el ejército y la policía. Fueran cuales fueran los derechos o injusticias de la situación, el gobierno de Luis Felipe no podía tolerar semejante amenaza a la ley pública y al orden, y el general Soult marchó sobre la ciudad.



El ejército tomó Lyon el 5 de diciembre. Los obreros de la seda fueron desarmados y tratados como rebeldes, y en consecuencia, sus condiciones de vida empeoraron aún más. Quedó pues demostrado, ya en los inicios del nuevo reinado, que los derechos de la burguesía serían considerados como algo supremo y que la Revolución de 1830 sirvió principalmente para confirmar el poder burgués, excluyendo a los obreros de la participación política, tal como ya había ocurrido bajo el reinado de los Borbones.

Apenas remitió la agitación proletaria de Lyon, apareció una nueva amenaza para la monarquía. En 1832 la duquesa de Berry, viuda del duque asesinado y madre del príncipe Enrique, heredero de Carlos X, desembarcó en la Vandea, en la Francia del oeste, en un intento de apoyar la causa de su hijo. Atrajo a algunos seguidores, pero poco después fue arrestada en Nantes.

El crecimiento del movimiento republicano produjo más disturbios. En junio de 1832 hubo una importante rebelión contra el gobierno, muriendo 800 personas en los sangrientos combates callejeros. Dos años más tarde, otra insurrección, animada por la Sociedad de los Derechos del Hombre, provocó la muerte de más de 300 rebeldes en Lyon. Todas estas revueltas fueron desbaratadas porque el ejército permaneció leal y la Guardia Nacional, que era un cuerpo militar de condición burguesa, actuó siempre con eficacia al servicio del poder. Pero quedó claro que el régimen de Luis Felipe no estaba basado firmemente en el apoyo de todas las clases sociales de Francia.



Un atentado contra la vida del rey, en 1835, sirvió de pretexto para publicar leyes directamente dirigidas contra los republicanos. Una de ellas imponía duras penas por ataques a la monarquía, incluyendo las caricaturas de Luis Felipe realizadas por Honoré Daumier y otros artistas; otra, situaba oficialmente fuera de la ley al republicanismo y establecía normas especiales para el juicio por ofensas políticas.

Por tanto, al cabo de cerca de cuatro años, el gobierno de Luis Felipe, ahora dominado por conservadores como Guizot y Thiers, había puesto fin al «experimento» liberal. En esa época, la amenaza republicana fue detenida, tanto en la Cámara de los Diputados como en todo el país y, durante varios años, Francia gozó de un período de calma, en el que la expansión económica pareció justificar el conservadurismo político de la Monarquía de Julio.

El ministerio de Guizot

Durante algunos años, concretamente los que siguieron a 1835, Luis Felipe gobernó virtualmente solo. Técnicamente, una serie de ministros marionetas presidían la Cámara, y la burguesía, gozando de un excepcional período de acumulación de capital, permitió al rey durante un tiempo empuñar las riendas del poder. Sin embargo, en las elecciones de 1839 el primer ministro Molé fue derrotado, y tras algunos meses de vacilación, Luis Felipe dio el liderazgo a Guizot, un distinguido historiador que era un conservador y realista incondicional. Para Guizot la Constitución de 1830 era perfecta: la habilidad del político consistía en rentabilizarla.

Guizot creía, sin embargo, que la primera tarea de cualquier gobierno era mantener el orden. Heredó una situación muy confusa, en la que republicanos y elementos disidentes, sociedades secretas y literatura subversiva, constituían una seria amenaza para el orden público y el desarrollo económico de Francia. En el primer año de su ministerio, 700 rebeldes pertenecientes a una de las sociedades secretas, ocuparon las cortes de justicia y los cuarteles generales de la policía en París. No está claro cuáles eran sus objetivos, aunque parece que confiaban en derribar la Constitución y establecer una república. El nuevo gobierno de Guizot acabó con ellos fácil y rápidamente, rodeando a los rebeldes y arrestando a los líderes Barbès y Blanqui. El episodio demostró la creciente atracción que para muchos franceses tenía aún la idea de una república.

La otra fuerte corriente política de la oposición era el bonapartismo. A medida que transcurrían los años se fue olvidando la opresión del Imperio, siendo únicamente recordadas sus victorias y el temor que suscitaba en las potencias europeas. Historiadores, poetas y panfletistas se unieron para venerar la memoria del emperador, reinterpretar sus Cien Días y recordar su final en el exilio en Santa Elena. Simbolizando este proceso de rehabilitación, en 1840 se trajeron cenizas desde Santa Elena para darles un entierro honorable en los Inválidos de París. El carromato mortuorio fue seguido por una inmensa multitud. A pesar de todo, era prematuro para los bonapartistas intentar derribar al sólido gobierno de Luis Felipe.

El jefe de la casa napoleónica era Luis Bonaparte, sobrino del gran Napoleón e hijo del hermano del emperador que fuera rey de Holanda. Luis era un joven estudioso, convencido de su destino imperial e inalterable ante el fracaso total de sus intentos por tomar el poder en Francia. Ya en 1834 había intentado infructuosamente ganarse el apoyo de la guarnición de Estrasburgo. Ahora, en 1840, cuando desembarcó en Boulogne-sur-Mer, el ejército, en vez de unirse a su causa, lo capturó y lo encarceló en la fortaleza de Ham.

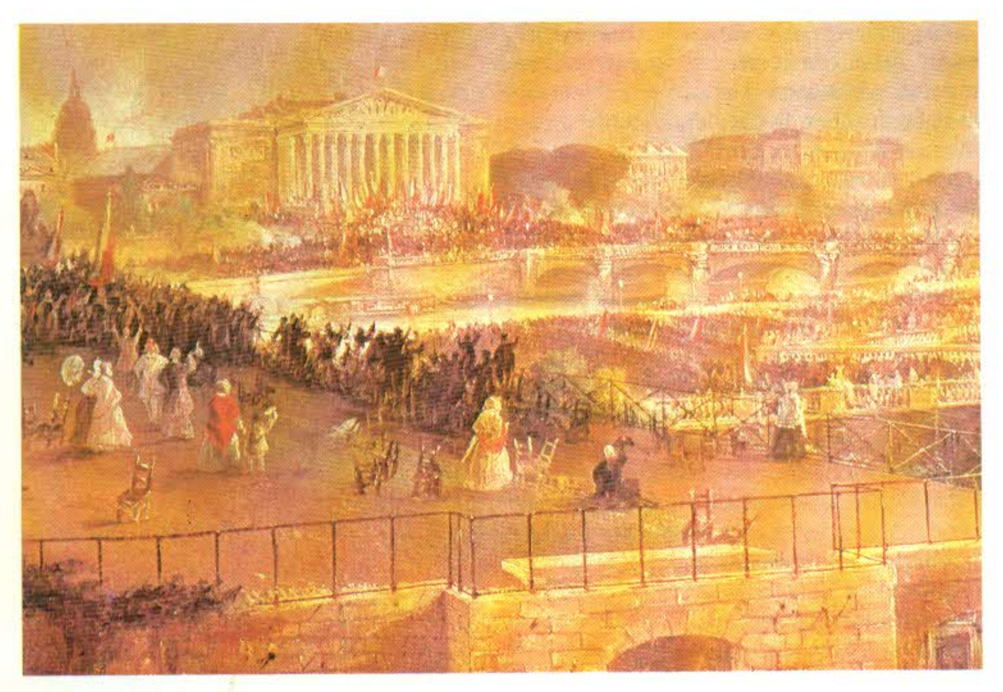
El ministerio conservador de Guizot continuó resistiendo, durante los siguientes seis años, al cambio político. La industria y la agricultura prosperaban, y en 1842 se proyectó la construcción de una enorme red ferroviaria convergente en París. La filosofía de «haceros ricos, pagad impuestos y disfrutaréis del voto», alentaba la participación en el juego democrático de un gran número de franceses. En las elecciones de 1846 el gobierno salió reelegido arrolladoramente. Según todas las apariencias externas, el «rey burgués»



Luis Felipe (1773-1850), el «rey ciudadano», que reinó en Francia de 1830 a 1848, retratado por Franz Winterhalter. (Musée Condé, Chantilly.)

Izquierda, la muchedumbre parisina asaltando el palacio del Louvre, el 29 de julio de 1830.

Página anterior, cuatro de los líderes de la Revolución de 1830. De izquierda a derecha: Jacques Laffitte, Casimir Périer, el marqués de Lafayette y el mariscal Gérard.



estaba más seguro en el poder que en ningún otro momento desde su acceso al trono.

La revolución de 1848

El comienzo de las dificultades fue una crisis económica ocasionada por las malas cosechas de trigo y patata. Era el otoño de 1846. A medida que los precios subían, grupos de hambrientos comenzaron a saquear las tahonas, expandiendo el terror por el campo, mientras que en las ciudades las fábricas cerraban, provocando un número cada vez mayor de desempleados. Al mismo tiempo, el descubrimiento de una serie de escándalos gubernamentales, dio a la oposición su oportunidad para exigir cambios en el sistema electoral y la disminución en los requisitos de propiedad, para que se beneficiaran los que tributaban 100 francos. Imprudentemente, Guizot, tal como se preveía, rechazó el cambio. Los líderes de la oposición decidieron, entonces, exponer públicamente las demandas, organizando reuniones masivas en donde analizaban los fallos del gobierno ante auditorios obreros entusiastas. Republicanos como el periodista Louis Blanc y el escritor Alphonse de Lamartine se colocaron al frente, haciendo campañas por el sufragio universal y por la mejora de las condiciones económicas.

«El viento de la revolución está soplando», escribió Tocqueville. La tormenta se desencadenó el 22 de febrero de 1848, cuando Guizot se negó a permitir una fiesta organizada por los republicanos. Una manifestación de protesta terminó en revuelta cuando una atemorizada patrulla militar disparó una descarga fortuita contra la multitud. El día 23 la Guardia Nacional se unió a los rebeldes. La destitución, por parte de Luis Felipe, de Guizot fue tardía. Como en 1830, los cuarteles fueron asaltados y las barricadas se erigieron en las calles, y como en 1789, «La Marsellesa» estaba presente en todos. Tras algunas escaramuzas con las tropas reales, la multitud marchó a las Tullerías, donde Luis Felipe abdicó. Poco después, se exilió a Gran Bretaña.

El rápido y fácil triunfo de la revolución sorprendió incluso a los republicanos. Su problema era en ese momento asegurarse de que la victoria no se les escapara de las manos. Hacer esto significaba excluir a los diputados de cualquier participación en el triunfo. La muchedumbre tomó posesión de la Cámara, y la República fue proclamada oficialmente desde el Hôtel de Ville.

El gobierno de Luis Felipe había dado a Francia durante dieciocho años paz y prosperidad, pero fracasó por no saber ganarse la voluntad popular. La avaricia de la burguesía perjudicó a las masas obreras, de los que dependía la riqueza de Francia, y la cólera de éstos derribó al gobierno y la monarquía. Ahora estos mismos obreros estaban exultantes con el triunfo, pero desorganizados, siendo una fácil víctima para el demagogo de turno.

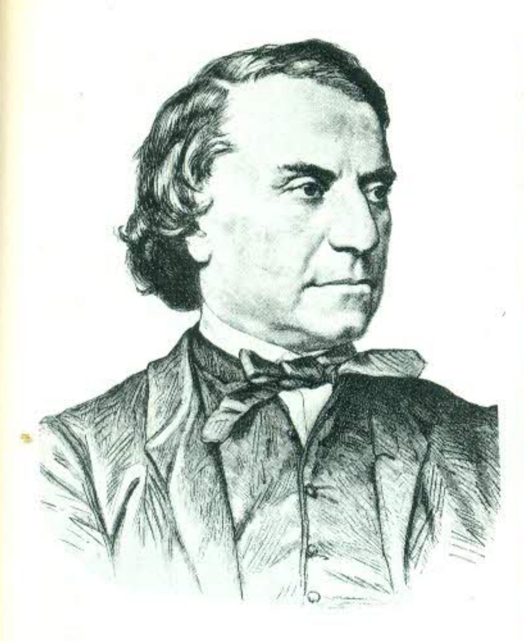
Mientras los republicanos proclamaban la nueva República, otro grupo tenía fuertes apoyos en la multitud. Eran los socialistas, seguidores de Auguste Blanqui y de Louis Blanc, cuyas ideas derivaban de filósofos franceses como Saint-Simon, Fourier y Proudhon. Ellos abogaban por cambios económicos, y no solamente políticos. En el mitin del Hôtel de Ville intentaron sustituir la bandera tricolor de los republicanos por la bandera roja del socialismo. No lo consiguieron. Sin embargo, varios líderes socialistas fueron incluidos en el nuevo gobierno.

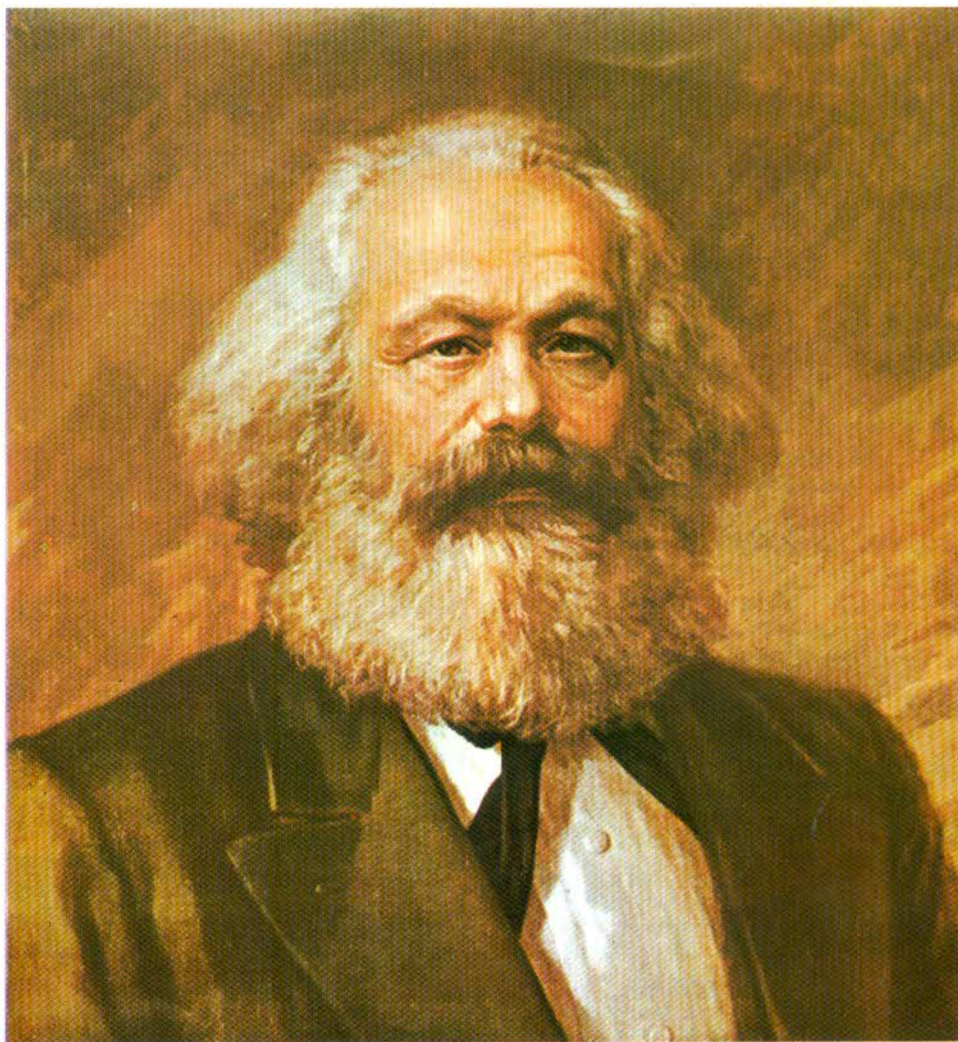
Los republicanos sabían perfectamente que la causa inmediata de la revolución fue la crisis económica y la miserable pobreza de la mayoría de las clases trabajadoras. Así, el sufragio universal había sido proclamado y ahora daría el derecho de voto a nueve millones de personas, en vez de a un cuarto de millón. La libertad de prensa y de asociación pública desembocó en la aparición de cientos de periódicos revolucionarios y de clubs políticos. Parecía que, por primera vez, emergía la nueva conciencia de la clase obrera, dispuesta a no aceptar por más tiempo el liderazgo de los burgueses liberales y con la perspectiva de reconstruir la sociedad según sus propios términos. Para observadores foráneos como Marx y Engels, que publicaban en esa época el *Manifiesto Comunista*, parecía que había llegado la hora de la revolución proletaria.

En tal difícil situación, el nuevo gobierno intentó ganar tiempo, nombrando una comisión especial para que investigara las condiciones laborales en la industria. El resultado fue una reducción sustancial de las horas de trabajo. Pero había signos crecientes de desavenencias entre la burguesía y los socialistas acerca de la celebración de las elecciones generales. Unos pretendían retrasarlas; los otros presionaban para su celebración inmediata.

En realidad, la posposición de las elecciones favoreció más a los socialistas que a los republicanos, pues los primeros sabían que la mayoría de miembros de las clases trabajadoras francesas eran analfabetos. Creían necesario un tiempo para proceder a educarlos mediante una pedagogía socialista. Por ello, organizaron manifestaciones y reuniones masivas por toda Francia, a veces con la asistencia de más de 100.000 personas para escuchar a oradores renombrados como Louis Blanc.

El 23 de abril millones de franceses fueron a las urnas por primera vez. Los resultados confirmaron el temor socialista. Francia continuaba siendo un país predominantemente rural, y la fuerza del socialismo se encontraba casi exclusivamente entre las clases obreras explotadas de las ciudades. El campesino era tradicional y conservador, un defensor incondicional de la propiedad y el orden, y receloso de los alborotadores parisinos. La Asamblea electa era moderada y burguesa, difícilmente distinta a la de Luis Felipe hacía pocos años. De los 900 diputados sólo 100 eran socialistas, aún menos que los





130 realistas de la extrema derecha; el resto eran republicanos moderados, comprometidos en restaurar el orden y la estabilidad financiera de Francia.

Los Talleres Nacionales

Las primeras elecciones generales desarrolladas mediante el sufragio universal masculino fueron, en consecuencia, una contundente derrota para el socialismo. Ilustraba, quizá, la victoria del sentido común y del espíritu práctico que ha rescatado a Francia de más de una crisis. Esta elección puso en evidencia que un país al borde del desastre económico era difícilmente el lugar para experimentos utópicos. El gobierno tenía que conseguir dinero urgentemente; con el futuro tan incierto, la política de conseguir préstamos mediante la emisión de bonos gubernamentales fracasó. Los llamamientos al patriotismo francés fueron vanos; además, era igualmente impensable en esos momentos elevar el nivel de tributación. Quedaba la posibilidad de reducir el gasto gubernamental.

Por esta razón, si no por otras, la idea de la producción cooperativa de Louis Blanc estaba condenada. Él y otros socialistas habían abogado por la creación de Talleres Nacionales en donde los obreros podrían poseer y controlar los procesos de producción y dividirían los beneficios entre sí. Inicialmente, el Estado aportaría el capital para adquirir locales, máquinas y materiales, pero luego los obreros serían libres de dirigir sus propios asuntos. Parte de los beneficios serían invertidos para crear más talleres, de manera que al final la economía nacional sería socialista.

Obviamente tales ideas poseían un gran atractivo para los pobres y los desempleados de las ciudades francesas, pero suponían enormes problemas de financiación y organización. Era, por decir lo mínimo, casi inverosímil que la burguesía que había conseguido sus fortunas en la industria renunciara voluntariamente a la propiedad.

Mientras, la reacción se organizaba en el gobierno. El poder se concentró en un Comité Ejecutivo de cinco miembros que, a pesar de incluir a republicanos como Lamartine, no tenía ningún representante socialista. Una manifestación armada celebrada en mayo terminó con el arresto de los líderes socialistas Barbès y Blanqui, y en la clausura de los clubs revolucionarios. Una de las decisiones de la nueva Asamblea electa fue ordenar el cierre de los Talleres Nacionales. A los obreros se les dio la posibilidad de elegir dos alternativas poco atractivas: servicio militar en Argelia o drenaje de los pantanos, infestados de insectos, en la Francia central. La burguesía intentaba así desembarazarse de una masa rebelde, pero los hombres de los Talleres Nacionales, que habían soñado en ser un día sus propios amos, no tenían la intención de aceptar. Una vez más las barricadas se levantaron en las calles de

Karl Marx (1818-1883), filósofo, economista y político alemán, principal teórico del comunismo.

Izquierda, Louis Blanc (1811-1882), periodista liberal que expuso sus ideas en La organización del trabajo *(1840). Se opuso a la industria competitiva y favoreció las cooperativas. El establecimiento de los «talleres nacionales» por el Gobierno Provisional no fue suficiente para atajar el paro. Tuvo que exiliarse a Gran Bretaña en junio de 1848.*

Página anterior, proclamación de la Segunda República en el Ayuntamiento de París, el 25 de febrero de 1848, pintura de J. J. Champin. (Musée Carnavalet, París.)

París, pero en esta ocasión el republicano estaba en contra del socialista.

Durante un tiempo pareció que las fuerzas gubernamentales no tomaban la iniciativa. En realidad, el general Cavaignac cercó primero las zonas afectadas de la ciudad, como el Barrio Latino, y a continuación organizó el ataque. Sólo después de varios días de combates encarnizados vencieron las fuerzas gubernamentales. La indignación burguesa había aumentado por los relatos acerca de la brutalidad rebelde. Así, la Asamblea decidió una terrible venganza: 10.000 socialistas fueron ejecutados y más de 15.000 encarcelados. El derramamiento de sangre de junio de 1848 separó definitivamente a la burguesía republicana y al movimiento obrero socialista, que habían luchado hasta entonces juntos. La inevitabilidad de la lucha de clases, predicha por Karl Marx, parecía estar ampliamente justificada ante el curso de los acontecimientos en Francia.



El retorno de Luis Bonaparte

Una vez restablecido el orden público, la primera tarea de la Asamblea fue preparar una Constitución. No había ninguna duda de que ésta sería republicana, pero las divergencias sobre su contenido eran muy amplias. Finalmente, se redactó una Constitución parecida en algunos aspectos a la de Estados Unidos, siendo su principio más importante el de la figura de un presidente con suficiente poder ejecutivo para garantizar el orden público. Debía ser elegido por sufragio universal para un período de cuatro años –tiempo suficiente, se creía, para dejar su impronta pero no para establecer una dinastía–. El poder legislativo estaría formado por una única Asamblea Nacional, también elegida por sufragio universal, aunque no estaba claramente definida la relación entre la Asamblea y el presidente. El principio del «derecho al trabajo» no quedó claramente especificado: se había sustituido por la «libertad de trabajo».

Las elecciones presidenciales tuvieron lugar en diciembre. Varios candidatos se inscribieron en las listas: Lamartine, escritor y republicano, Cavaignac, el general represor del socialismo, dos líderes socialistas y, finalmente, Luis Bonaparte, que había vuelto de Gran Bretaña, en donde había esperado pacientemente el momento oportuno. Salió elegido este último con una mayoría de más de cuatro millones de votos.

Por una serie de circunstancias desgraciadas –la temprana muerte de su propio hijo, luego la de su hermano mayor, muerto en Italia– Luis se había convertido en el heredero de la leyenda bonapartista. Poseía pocas de las cualidades de su tío, y había llevado una existencia aventurera en Suiza e Italia, protagonizando dos tentativas de adueñarse del poder en Francia. Con cuarenta años de edad, era aún una persona tímida y vacilante, un orador limitado y torpe, pero poseía el apellido de Napoleón que todavía permanecía en la memoria de cada francés como sinónimo de disciplina, poder y renombre militar. Luis salió elegido con una diferencia arrolladora, al recibir 5.400.000 votos comparados con los 1.400.000 de Cavaignac; el resto de candidatos se habían quedado muy atrás, con Lamartine en último lugar con 20.000 votos.

Las elecciones para la Asamblea Legislativa se celebraron al año siguiente, en mayo de 1849. El resultado fue una gran derrota para los republicanos moderados y una victoria para los conservadores. También fue significativo el aumento importante de los republicanos extremistas dirigidos por Ledru-Rollin. De una revolución republicana había emergido un presidente que era un príncipe y una Asamblea elegida por sufragio universal que era esencialmente conservadora y que, ciertamente, incluía a muchos realistas. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue el de enviar una expedición francesa a Roma, no precisamente para apoyar a la República de Mazzini, sino para derribarla. Ledru-Rollin y otras personas que intentaron una insurrección contra esa campaña militar fueron enviados al exilio.

Pronto quedó claro que la República y su presidente no eran demócratas. Creyeron entonces que la propagación del so-

cialismo había partido de las escuelas y colegios, y para prevenir el acceso de profesores socialistas se aprobó la Ley Falloux (1850), que limitaba el derecho a enseñar. En mayo de 1850 se condicionó el derecho de voto a una residencia mínima de tres años en la circunscripción electoral y a no tener convicciones monárquicas, incluso en las cuestiones más triviales. Esto privó del derecho de voto a 3.000.000 de personas. En particular, afectó a los socialistas y a los republicanos radicales, muchos de los cuales eran «técnicamente» culpables de delitos políticos, y además carecían de la residencia exigida. La Asamblea conservadora arrebató el poder político a sus oponentes sin incurrir en la impopularidad de restringir el derecho de voto mediante el requisito de propiedad.

Luis Napoleón fue lo suficientemente astuto como para manifestar su desaprobación personal por la medida, pudiendo, en consecuencia, seguir apareciendo como el representante de la libertad y de la igualdad, y preparando el terreno para el golpe de Estado.

El presidente electo se encontró con un Parlamento del que no podía esperar gran apoyo, ya que él era, por temperamento, un liberal y un nacionalista. La Constitución estipulaba que el presidente tendría un mandato por cuatro años y no sería reelegible. Era improbable que el sobrino de Napoleón, que había arriesgado todo para volver a Francia, aceptara semejante poder transitorio.

El presidente preparó cuidadosamente el terreno. En primer lugar, cesó al gobernador militar de París con un pretexto nimio y lo reemplazó con uno de sus propios partidarios. El ejército africano, en cuya lealtad podía confiar, fue estacionado en la capital. A continuación realizó una serie de visitas por las provincias, reuniendo apoyo en concentraciones masivas en las que sus seguidores habían sido cuidadosamente colocados para vitorear: «Viva el Emperador». Finalmente, inició una campaña para modificar el artículo 45 de la Constitución, a fin de permitir al presidente otro período de mandato de cuatro años. Aunque Luis Bonaparte contaba probablemente con la negativa de la Asamblea. Y así fue. Su enmienda a la Constitución fue rechazada en el mes de julio de 1851. A partir de ese momento era inevitable el conflicto abierto, aunque el presidente prefirió esperar otro momento más oportuno. La fecha señalada sería el 2 de diciembre, el aniversario de la coronación de su tío como emperador de Francia y de su gran victoria militar de Austerlitz. En la noche del día 1 ofreció una espléndida recepción en el Palacio del Elíseo, durante la cual se comportó con una inusual cortesía. Sin embargo, en un momento de la velada, dio las instrucciones a un grupo interno de conspiradores: su medio hermano Morny, el prefecto de la policía Maupas, y el comandante militar Saint-Armand. Durante la noche se puso en práctica el plan: ocupación de la Asamblea, arresto de los principales líderes opositores, incluyendo a Thiers y Cavaignac, y ocupación militar de los puntos estratégicos de París. Se anunció que se disolvía la Cámara de los Diputados y se reintroducía el sufragio universal.

Cuando París se despertó a la mañana siguiente el golpe estaba consumado. Algunos diputados intentaron resistir, objetando que el presidente había roto su juramento y violado la Constitución, y por tanto, debía ser depuesto. Aquellos que, como Víctor Hugo, trataron de instar al pueblo a levantarse en armas contra el tirano, no encontraron ningún eco. Los parisinos habían sufrido y muerto inútilmente en las barricadas hacía sólo tres años por los que ahora recababan su apoyo. Luis Napoleón fue acogido como un «salvador democrático» que restauraría los Derechos del Hombre y que haría que Francia fuese respetada otra vez en Europa. El golpe de Estado triunfó en una ciudad invadida por el letargo y cansada de desórdenes.

Sin embargo, el 4 de diciembre hubo tiroteos en los bulevares y levantamientos armados en las provincias que fueron sofocados con terrible dureza. En total, 1.200 ciudadanos inocentes murieron en el golpe, 10.000 más fueron deportados, y 60 diputados, incluido Víctor Hugo, fueron expulsados de Francia. La toma de poder por Luis Bonaparte se produjo con engaño y violencia, aunque contó con el apoyo incondicional del pueblo francés. El 21 de diciembre se realizó un plebiscito en el que Francia expresó su aprobación a los actos del presidente-príncipe por 7.350.000 votos contra unos 650.000.

Ante la inmediata necesidad de contar con una nueva Constitución, se procedió a





Arriba, arresto de diputados durante el golpe de Estado de Luis Napoleón, el 2 de diciembre de 1851. Popular en provincias, Napoleón apenas encontró resistencia en París.

Abajo, Victor Hugo (1802-1884), escritor francés que fue elegido para la Asamblea Nacional en 1848 y 1849. Después del golpe de Estado de 1851 abandonó el país.

Página anterior, Napoleón III *(1808-1873), sobrino del primer Napoleón, retratado por Franz Winterhalter. (Museo Napoleonico, Roma.)*

su rápida redacción. El presidente de la República tendría un mandato de diez años. Dirigiría un Consejo de Estado, órgano mudo cuyos debates nunca se harían públicos, pero que tenía la misión fundamental de proponer la legislación a la Asamblea. Existiría también un Senado de dignatarios y notables.

La posición de Luis estaba ahora sólidamente reforzada, pero, ¿aceptarían las potencias europeas un Bonaparte? Gran Bretaña reconoció al nuevo presidente, mientras que Rusia y Austria permanecieron expectantes. Precisamente un año después de la toma del poder, el 2 de diciembre de 1852, un Imperio hereditario reemplazaría a una República que no había tenido nada de republicana excepto su nombre. En enero de 1853, Luis se casó con una condesa española, Eugenia de Montijo.

El imperio aristocrático

El emperador gobernó personalmente y con mano severa durante los primeros años de su reinado. La vida política democrática cesó: la oposición estaba intimidada o exiliada, y aquellos que, como Víctor Hugo, se atrevieron a levantar su voz contra el «Pequeño Napoleón» no hallaron ningún eco.

La prensa estaba «amordazada», y cualquier crítica contra el emperador desencadenaba represión. Incluso las elecciones, que habían sido la gran preocupación nacional de los últimos años, perdieron interés, pues sólo podían presentarse candidatos leales. Los prefectos mantenían un control absoluto sobre el desarrollo de las campañas electorales, hasta el punto de que cuando los candidatos de la oposición intentaban presentarse y darse a conocer, les era imposible alquilar locales para los mítines o encontrar impresores que aceptaran publicar su propaganda. Los prefectos solicitaban abiertamente votos para los candidatos «oficiales», y los dueños de las fábricas recomendaban a sus obreros «votar apropiadamente». La pasión política había sido sofocada.

En algunos aspectos, parecía que la Francia de los primeros tiempos de este «imperio» hubiera vuelto a las actitudes y valores de Luis Felipe. La vida política era estéril, pero la nueva estabilidad proporcionaba oportunidades para hacer dinero. Fue una época de fuertes inversiones y gran desarrollo bancario. El gobierno abrió el camino financiando enormes obras públicas y programas viarios y férreos. La propia París fue reedificada: el prefecto del Sena, barón Haussmann, fue comisionado para preparar los planos de construcción de la que debería ser la capital europea mas hermosa; una ciudad que deslumbrara a los extranjeros que habían despreciado al emperador electo.

Grandes bulevares nuevos fueron abiertos a través del corazón de París, mostrando una simetría que la capital nunca había tenido. Las amplias avenidas con sus superficies alquitranadas eran impresionantes. Además, facilitaban las maniobras militares e impedían a los parisinos abastecerse de los adoquines que en épocas de rebelión eran utilizados como proyectiles desde las barricadas. Es decir, la remodelación de París pensada por Haussmann tenía muchas posibilidades: económicas, sociales, estéticas, militares, etc. También fue importante porque proveyó de empleo a los deshauciados de los Talleres Nacionales, dando inmensas oportunidades a los inversores y especuladores.

París en la década de 1850 era una ciudad con una actividad febril y una animación frívola, admirablemente reflejada en las populares operetas de Offenbach, los cuentos de Hoffmann y *La Bella Helena*. La reputación de París como ciudad de vida alegre data de este período; una época en la que el emperador de los franceses podía dedicar el tiempo a jugar a la gallina ciega o a ocuparse de sus amantes.

Para muchos miembros de las clases obreras fueron también buenos tiempos: empleos regulares, un comercio en auge y salarios en alza. El mundo rural también participó en la prosperidad de la capital. Las carreteras y líneas de ferrocarril facilitaron la movilidad de personas y mercancías, permitiendo que la producción de las granjas se vendiera rápida y provechosamente en las ciudades. La agricultura era todavía el pilar de la economía francesa, pues unas dos terceras partes del total de la población vivía todavía en el campo y cultivaba sus pequeñas propiedades agrícolas. Para ellos, los sucesos políticos de los últimos años habían sido algo remoto, casi irrelevante, pero ahora apoyaban al «imperio renacido». Incluso los yermos arenosos de la zona de Flandes, al oeste de Francia, fueron repoblados de abetos, mientras que en los Alpes se inició el osado plan de construir un túnel a través del corazón del Mont Cenis.

Pero para que el Segundo Imperio se convirtiera en una completa realidad necesitaba expansionarse más allá de los confines de Francia y establecer una hegemonía colonial. Fue en esa perspectiva y ante el escepticismo de Gran Bretaña, que se inició en 1859 la construcción del canal de Suez en Egipto. Una ruta marítima hacia la India y el Oriente podía situar al Mediterráneo en un puesto importante dentro del tráfico mundial, reanimando los puertos del sur de Francia y alterando el balance del poder marítimo en perjuicio del dominio británico. Con este propósito, la política exterior del Imperio se centró en el mundo mediterráneo: intervención en asuntos italianos, pacificación de Argelia y defensa de los Santos Lugares en Palestina, que supuso una guerra victoriosa contra Rusia. Con la firma del Tratado de París en 1856, Francia había consolidado con éxito su papel en la dirección de los asuntos europeos.

El asunto Orsini

Durante sus primeros años, el reinado del nuevo emperador no se vio perturbado por crisis políticas. El partido de la oposición realizó algunos pequeños progresos en las elecciones de 1857, aunque insuficientes para constituir una amenaza real al gobierno. Sin embargo, en 1858 aconteció un suceso importante. Antes de su acceso al poder, Luis Napoleón había jurado que ayudaría a los italianos para que pudieran liberar su país de los austríacos. Ahora, como emperador, era más prudente y cauteloso, y pareció que traicionaría a sus amigos italianos. Un nacionalista radical italiano, Orsini, realizó un atentado contra la vida del emperador: sus bombas mataron o hirieron a más de cien personas, pero Napoleón salió indemne.

El asunto Orsini tuvo influencia en la opinión francesa. El atentado dio una coartada al gobierno para extremar sus medidas de seguridad, permitiendo que los prefectos deportaran a cualquier sospechoso mediante una simple orden administrativa. De esta manera fueron exiliados más de 300 franceses por unas cuestiones que difícilmente hubieran satisfecho a un tribunal normal. Francia se conformaba mansamente a una política autocrática.

El imperio liberal

Sorprendentemente, Napoleón cambió de súbito su política y procedió a introducir una serie de reformas liberales. De hecho, parece que fue la creciente oposición de católicos e industriales, que habían apoyado al régimen anterior, lo que le indujo al cambio. Ahora tuvo que buscar una alianza con la izquierda, pues la derecha le abandonaba.

Había ofendido a los católicos por no haber apoyado suficientemente al papa en Italia. Los industriales afirmaban que el Tratado de Libre Comercio firmado con

Gran Bretaña en 1860, que permitía el intercambio de mercancías libres de impuestos entre los dos países, arruinaría la economía francesa. Luis Napoleón, a la cabeza de su pueblo, se había convertido en un librecambista convencido, impresionado por el éxito de dicha política en Gran Bretaña, pero la mayoría de los industriales franceses creían que su prosperidad dependía del mantenimiento de la protección que suministraba el sistema de tarifas vigente, aplicado a sus mercancías en el mercado interno. En ese momento, esos dos grupos hicieron causa común en el ataque contra los aspectos dictatoriales de un régimen al que, en otros tiempos, habían estado dispuestos a apoyar sin paliativos.

Los católicos fueron los primeros en lanzar un ataque abierto contra el emperador en las columnas del influyente periódico católico *L'Univers*. El gobierno respondió con la supresión de la sociedad religiosa de San Vicente de Paul. Pero como el mayor poder de la Iglesia residía en su control sobre las escuelas, el ministro de Educación decidió atacar en esa esfera. Su deseo real –establecer un sistema de escuelas elementales estatales por todo el país– era impracticable, pero consiguió crear los liceos (escuelas secundarias) para señoritas, en competencia directa con las monjas, y él mismo ideó un curso de ética y moral para sustituir la enseñanza de la religión. La pugna entre la Iglesia y el Estado –una cuestión fundamental en la política europea desde la Edad Media– se reanudó con fuerza y encarnizadamente.

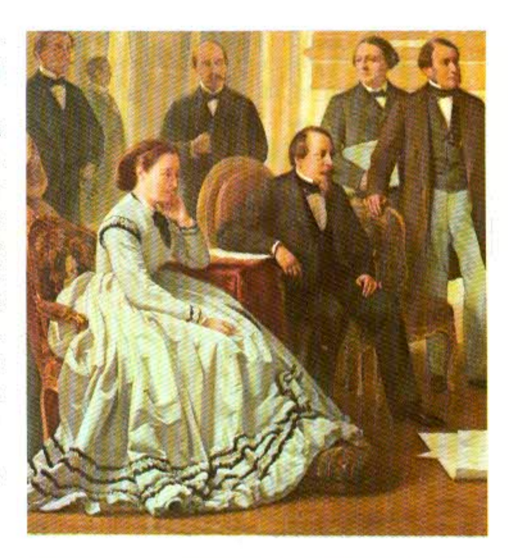
En consecuencia, el emperador tuvo que recurrir a sus antiguos enemigos, los republicanos liberales, y para poder contar con su apoyo realizó algunas concesiones. Una amnistía benefició a muchos detenidos por razones políticas, se permitió la libertad de expresión a los diputados y la publicación de los debates parlamentarios. En las elecciones generales de 1863 la oposición obtuvo dos millones de votos, y el liberal Thiers volvió al poder. Esta nueva política tendió también a esforzarse para congraciarse con las clases trabajadoras, siéndoles otorgado a los sindicatos en 1864 el derecho de huelga. Dos años antes, se autorizó a una delegación obrera a ir a Londres para reunirse con los obreros británicos: de ese encuentro nació, en el mismo año, la Asociación Internacional de Trabajadores, que se convertiría en una poderosa fuerza del socialismo internacional.

Una vez más, se repitió una sucesión de hechos determinantes en la historia francesa, desde la revolución de 1789. Cuando la oposición volvió a aparecer en el escenario político, las concesiones del gobierno sirvieron para demostrar la escasa libertad de que gozaba realmente el país.

También en otros aspectos, la fuerza del régimen menguaba. Los hombres fuertes de 1848, incluyendo al propio presidente, eran más viejos y débiles que veinte años antes. Los asuntos exteriores no se desarrollaban con la vitalidad y el éxito propios de un Imperio. Y Francia contemplaba con preocupación la ascendencia de Prusia y la apabullante derrota de Austria en los campos de batalla de Sadowa en 1866. La política de concesiones a la oposición se convirtió en peligrosa cuando socialistas y republicanos olvidaron sus antiguas diferencias y se reconciliaron en una oposición común contra el Imperio. El debilitado poder del gobierno se puso de manifiesto en las elecciones de 1867, en donde a pesar de sus esfuerzos vio reducida drásticamente su mayoría, mientras que la oposición combinada de católicos, socialistas y republicanos obtuvo más de 3.000.000 de votos. La concesión de la libertad de prensa y de reunión, otorgada inmediatamente después de los comicios, fue un intento desesperado para congraciarse con ella.

El emperador fue, durante los dos últimos años de su reinado, objeto del ridículo y desprecio públicos. La prensa libre se cebó, con comentarios y dibujos satíricos, en Napoleón y su gobierno, destacando en esta labor el periodista Rochefort, en *La Lanterne*. Cuando en 1869 la oposición consiguió casi la mitad de los votos en las elecciones generales, la situación se hizo extremadamente peligrosa. El Imperio debía hacer algo rápidamente para conseguir popularidad o su caída sería inminente.

En esta situación crítica surgió una ayuda inesperada. Emile Ollivier, un republicano y hasta entonces un despiadado crítico del emperador, entró en la escena política. En 1869 fue nombrado primer ministro, e inició la formación de un poderoso grupo de liberales moderados que llegó a conocerse como el Tercer Partido. En 1870 parecía que al fin sería realidad un Imperio parlamentario modelado sobre las líneas del sistema político británico. Se articuló una nueva Constitución basada en principios liberales, sometida a plebiscito nacional, y aceptada, para gran alivio del emperador, por cerca de 6.000.000 de votos. La oposición republicano-socialista fue aplastada, y el Imperio recobró la confianza con un apoyo popular mayor que en 1852. Pero un mes más tarde, estalló una guerra que terminó con Ollivier, Luis Napoleón y el Imperio, y que desembocó en la irrupción de una Alemania unida y poderosa en el contexto social y político de Europa.





Arriba, la emperatriz Eugenia (1826-1920) en un detalle del cuadro de Ange Tissier (1865) El barón Haussmann enseña a Napoleón III y a la emperatriz los planos para la ampliación del Louvre. *(Palacio de Versalles.)*

Abajo, Felice Orsini, patriota italiano que atentó contra Napoleón III el 14 de enero de 1858. (Museo del Risorgimento, Milán.)

La decadencia española en el siglo XIX

La crisis de España como gran potencia europea era una realidad que databa desde el último período del reinado de Felipe II. Tras la muerte de este monarca, el declive fue lento pero progresivo, culminando, de hecho, en el siglo XIX, en el cual la pérdida de las posesiones americanas evidenciaría la necesidad de una recomposición de la política y economía nacionales.

En los siglos XVI y XVII España extendía aún su poder allende los mares, en un Imperio donde, según se decía, «jamás se ponía el sol». Las tensiones internas entre el Estado feudal y las nuevas fuerzas sociales burguesas se iniciaron en el siglo XVIII, pero estas últimas no poseyeron nunca la fortaleza necesaria para asumir el control de los aparatos estatales, y en el siglo XIX ese control tampoco se produjo. La Revolución francesa había derribado el feudalismo de gran parte de Europa, aun a pesar de la derrota de Napoleón, quien, por otra parte, había mixtificado los principios que informaron aquélla. En España, a mediados del siglo XIX tres fuerzas presentaban perfiles muy específicos en el ámbito político: los partidarios del régimen absolutista tradicional, es decir, los carlistas, vinculados a la Iglesia y la nobleza, que paradójicamente invocaban un Estado que respetara los fueros de las comunidades no castellanas, aunque su lema «Dios, Patria y Rey» era inequívoco; el Estado Llano, en donde la burguesía se desarrollaba lentamente, identificándose políticamente con el liberalismo, y finalmente lo que podríamos denominar el «partido militar», esto es, un ejército que gradualmente repatriado a medida que España era expulsada de sus posesiones ultramarinas, llegaría a constituir una entidad desproporcionada para la nueva realidad del país. A partir de entonces, y durante el resto del siglo —así como en el siglo XX—, este ejército atrofiado jalonaría de pronunciamientos la historia española. En el siglo XIX, hasta la Restauración, este «partido militar» oscilaría entre los bandos antagónicos, es decir, entre liberales y conservadores, inclinándose hacia uno u otro según las circunstancias, pero siempre incidiendo de forma decisiva. Como señala Joaquín Maurín: «A un golpe de Estado para imponer la reacción más feroz, sucedía un régimen liberal con una Constitución burguesa, que luego era a su vez barrido por otro pronunciamiento y una nueva dictadura militar».

Las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII

En 1808 el ejército español estaba desgastado por las guerras contra la Francia republicana, y la marina se hallaba prácticamente desarticulada tras la batalla de Trafalgar (1805). Por otra parte, a causa del motín de Aranjuez —sublevación ocurrida en marzo de 1808, en aquella localidad, contra el valido de Carlos IV, Godoy— Fernando VII había asumido el trono tras la abdicación de su padre, entrando en Madrid, como monarca, el 24 de marzo de aquel mismo año. Al día siguiente, las tropas napoleónicas dirigidas por el general Murat llegaban también a la capital, pues, a través del Tratado de Fontainebleau, la Francia napoleónica se había arrogado el derecho de situar tropas en territorio español, ocupando enclaves decisivos: Barcelona, Burgos, Figueres, Pamplona, Valladolid, etc. Aquel mismo día, Murat anunció la llegada a la capital del propio Napoleón Bonaparte, sugiriendo a Fernando VII que fuera a recibir al emperador a Burgos, sugerencia que fue aceptada, y que no sería el último asentimiento fernandino a posteriores deseos franceses. Napoleón no fue a Burgos, pero citó al monarca español en Bayona, localidad del sur de Francia, a la que Fernando VII y su padre llegaron a primeros de mayo de 1808.

En Bayona, a petición del emperador francés, los jefes de la dinastía gobernante en España abdicaron en favor del hermano de Napoleón, José, que asumió así el trono español con el nombre de José I. De hecho, como señala el historiador Raymond Carr, los monarcas españoles —padre e hijo— se convertían en «afrancesados», pero más tarde, cuando Fernando VII recuperase el trono, perseguiría ferozmente a todos los intelectuales seguidores del ideario contrario al Antiguo Régimen, tildándolos de «afrancesados», y de claudicar a la influencia de «ideas extranjerizantes». A cambio de su renuncia al trono de España, Carlos IV recibió el palacio de Compiègne y el señorío de Chambord, así como una importante pensión. Su hijo, Fernando VII, heredaría tales propiedades a la muerte de aquél.

Antes de partir para Bayona, Fernando VII había encargado la dirección del país a una Junta de Gobierno instalada en Madrid, con la orden de que persiguieran cualquier hostilidad contra las tropas francesas ocupantes de los diversos enclaves del territorio peninsular. La situación se hizo muy tensa en los meses de marzo y abril, y finalmente la violencia estalló a principios de mayo, cuando se propagó la noticia de la renuncia al trono de los Borbones. La Junta de Gobierno y el llamado Consejo de Castilla habían obedecido las órdenes de Fernando VII y colaboraban con el general Murat. Aunque no aceptaron la noticia de la abdicación en favor de José I, lo cierto es que vacilaron entre doblegarse definitivamente a las iniciativas





La familia de Carlos IV, *retratada por Francisco de Goya en1800. El pintor se autorretrató en el fondo, a la izquierda. (Prado, Madrid.)*

francesas o potenciar una acción popular que podría tener imprevisibles consecuencias: desbordar a los propios órganos de gobierno, hasta entonces colaboracionistas del enemigo, y la perspectiva de una revolución antiaristocrática que derribara las estructuras del Antiguo Régimen. El Consejo de Castilla publicó un bando contradictorio, al señalar que rechazaba la renuncia borbónica al trono, porque «solamente la nación podía decidirlo». Al apelar a la «nación», el Consejo, órgano esencial del poder aristocrático, potenciaba para el pueblo o Tercer Estado el papel que precisamente había entronizado la Revolución francesa.

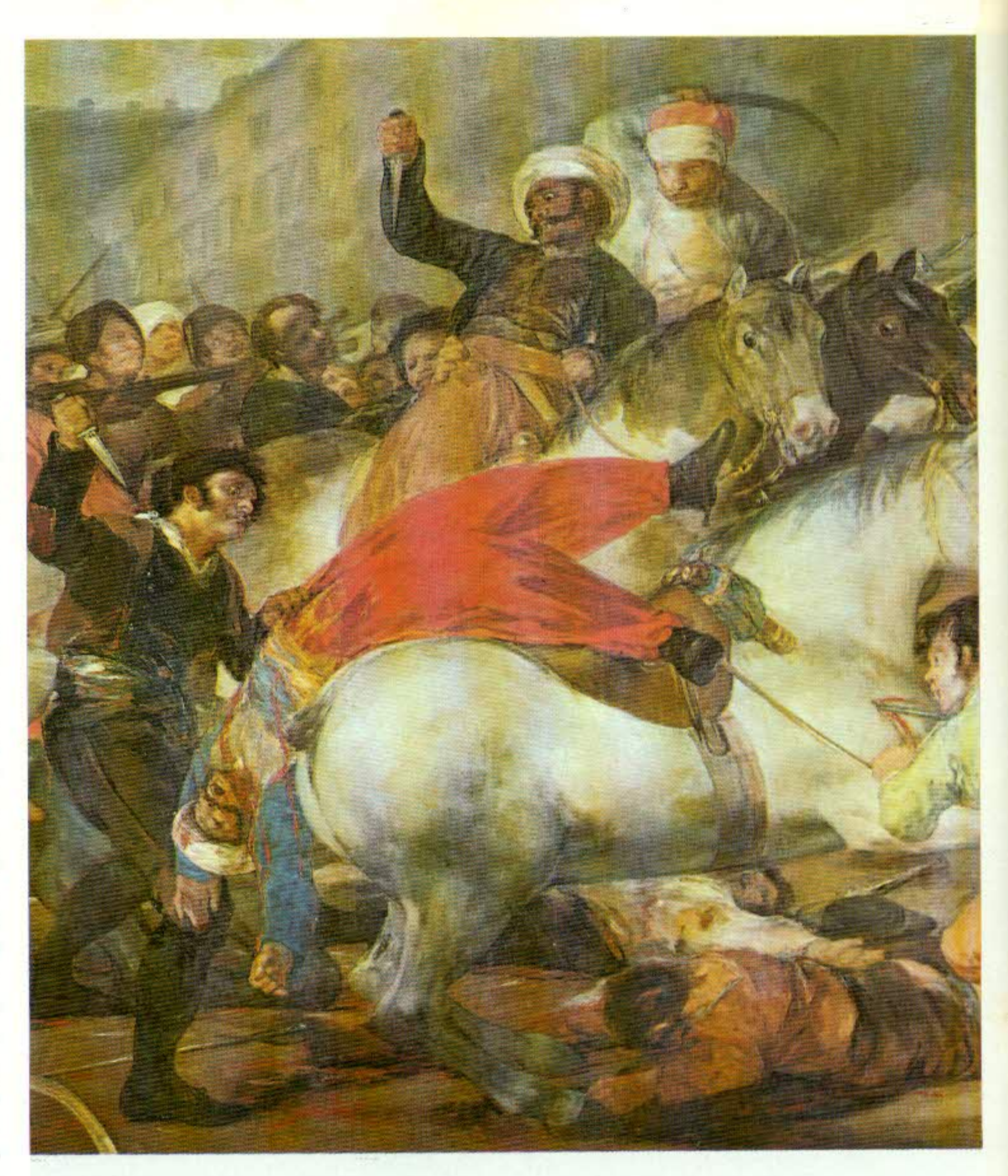
Las dudas y oportunismos saltaron por los aires el 2 de mayo de 1808, cuando el «bajo pueblo» de Madrid se levantó violentamente contra los ocupantes. La rebelión fue sofocada duramente por las tropas francesas y seguida de ejecuciones sumarias, mientras que los organismos gubernamentales colaboraban con los ocupantes dedicándose a restaurar el orden. Así, los ministros Urquijo y Aranza, junto con otros miembros del Consejo de Castilla y de la Junta de Gobierno, recorrieron las calles de Madrid, siguiendo las órdenes de Murat, para pacificar al pueblo, en tanto que un consejo de guerra militar comenzó a dictar penas de muerte, que poco des-

pués el genial pintor Francisco de Goya inmortalizaría en sus lienzos, como homenaje a los patriotas.

La Guerra de la Independencia

El 2 de mayo de 1808 señaló el inicio de la llamada Guerra de la Independencia, una compleja lucha popular que tomó a menudo formas de acción de resistencia y de guerrillas. La noticia de la represión desencadenada en Madrid galvanizó a la población en numerosos puntos del país. Fue un movimiento propagado espontáneamente, al margen de las iniciativas de los órganos gubernamentales y militares.

El alcalde de la aldea de Móstoles lanzó un manifiesto solicitando «ayuda al pueblo de Madrid». La respuesta fue casi inmediata y comenzaron a fluir noticias de levantamientos. La rebelión popular iniciada el 2 de mayo, que abrió el trágico paréntesis de la Guerra de la Independencia, tuvo unos impulsos difíciles de precisar, entremezclados con el nacionalismo. ¿Se apoderó de las masas populares españolas un «gran pánico» que contagió a una ciudad y a un pueblo tras otro? ¿Fue una explosión en la que implícitamente subyacía el anhelo no sólo por expulsar al extranjero, sino también por cambiar el cuadro social y político de la nación, sacudiéndose definitivamente las aborrecibles estructuras del Antiguo Régimen? Es imposible precisarlo rigurosamente, pero no hay duda de que en los espíritus anidaban expectativas de ambos tipos.



Sea como fuere, lo cierto es que la clase política oficial, borbónica, se vendió al invasor y que fue el conjunto del Tercer Estado o Estado Llano quien asumió el protagonismo directo de la guerra. Por su parte, los franceses, exportadores del «ideal revolucionario» liberal, no supieron en absoluto entender la realidad española, pues valoraron el país a través de su corrupta clase gobernante, creyéndolo inepto, embrutecido y despreciable.

Junto al pueblo, se unieron en la lucha algunos nobles, militares y parte del clero, conscientes de la gravedad de la situación. Los episodios bélicos fueron nutridos y destacados. De hecho, las tropas francesas llegaron a controlar casi todo el país con excepción de Cádiz, tras vencer la tenaz resistencia en diversos lugares. Especial ferocidad tuvo la defensa de Zaragoza, que dirigió Palafox, así como el sitio de Gerona, afrontado por los ciudadanos encabezados por Álvarez de Castro. En La Coruña, el general británico Moore resistió tenazmente al frente de un conglomerado anglo-español. Sin embargo, aunque las victorias francesas se sucedieron, en Gamonal, Espinosa de los Monteros, Medellín, Ocaña, Somosierra, Tudela, etcétera, el propio Napoleón tuvo que venir a España para respaldar la quebrantada autoridad moral de su hermano José, ocupante del trono.

Los casi espontáneos ejércitos españoles tuvieron en la guerrilla un aliado excepcional que causó grandes estragos a las tropas regulares invasoras. Por su parte, hubo también grandes victorias, como la obtenida por Castaños en Bailén, el 19 de julio de 1808, y más tarde la de Arapiles, el 22 de julio de 1812, en donde un conglomerado anglo-español dirigido por el general Wellington venció a las tropas napoleónicas, obligando a retirarse al ejército galo. Esta victoria fue decisiva, pues obligó a huir a José I y su ejército, siendo perseguidos incluso hasta el interior de Francia (Tolosa). No hay duda de que la ayuda británica fue clave en la derrota final del ejército napoleónico en España, combinándose con los reveses que Napoleón sufría en el frente oriental de Europa, concretamente en Rusia.

La dualidad de gobiernos

Mientras duró la guerra, dos poderes gobernaron el país.

Ante la claudicación de la Junta de Regencia presidida por el infante Antonio, deficiente mental, y debido a la dramática circunstancia existente, comenzaron espontáneamente a brotar gobiernos locales y Juntas de Defensa orientadas a organizar la lucha, que actuaron como verdaderos órganos de poder. La multiplicidad de gobiernos locales fue rápida y nutrida, pero la dispersión favorecía al invasor, sintiéndose pronto la necesidad de una colaboración unificadora. En septiembre de 1808 una Junta Central Suprema se reunió en Aranjuez y asumió el gobierno del país, obviando y denunciando a los colaboracionistas «borbónicos». La presión militar francesa obligó a este organismo, del



que formaba parte el anciano conde de Floridablanca —un reformador de la época del reinado ilustrado de Carlos III— a trasladarse sucesivamente a Sevilla y Cádiz, concretamente a la islita de León. Esta Junta Central gobernó hasta el 29 de enero de 1810, es decir, durante 16 meses, y en su seno coexistieron personas de índole social muy diversa: nobles, clérigos, miembros de la burguesía e intelectuales. Más tarde, fue sustituida por un Consejo de Regencia que gobernó durante cuatro años, el cual convocó unas Cortes Generales a las que se sometió. Este órgano gubernamental residió en Cádiz, mientras los franceses dominaban la península, erigiéndose en símbolo de la libertad.

Las Cortes de Cádiz elaboraron un plan revolucionario de gobierno, recogiendo de hecho el espíritu del liberalismo. Legislaron la libertad de expresión, de reunión y de imprenta. Suprimieron los siniestros códigos sobre la tortura a los presos, abolieron los derechos señoriales, el privilegio militar de la nobleza, y la Inquisición. En la famosa Constitución de 1812 se señalaba que la soberanía residía en la nación, se afirmaba la necesidad de una monarquía constitucional hereditaria, y se establecía asimismo la división de poderes: legislativo, judicial y ejecutivo, describiendo también los «deberes y derechos de los ciudadanos».

Este programa, que entroncaba, paradójicamente, con los ideales de la Revolución francesa, cuyas tropas eran combatidas bajo la coordinación de las propias Cortes de Cádiz, significaba el fin del absolutismo en España. De hecho, tal como se desarrollaron los acontecimientos, los hombres que asumieron coyunturalmente

El 3 de mayo de 1808 en Madrid. Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío. *Obra ejecutada por Goya en 1814. (Prado, Madrid.)*

Página anterior, fragmento de La carga de los mamelucos, *de Goya. (Prado, Madrid.)*

el poder no tenían otro camino que establecer un programa revolucionario si pretendían legitimar los esfuerzos de la «nación». En el seno de las Cortes de Cádiz convivieron tendencias diversas, y uno de los temas capitales se planteó entre radicales y conservadores, en torno a si los estamentos sociales privilegiados tenían derecho a mantener su *status* de representación por separado o si por el contrario tenían que integrarse en la Asamblea Nacional, junto con el Estado Llano. Se impuso finalmente el criterio radical, ante la presión popular. Es necesario señalar que los liberales que impulsaron la Constitución de 1812 no fueron un grupo de extremistas aislados, sino que, como han demostrado numerosos estudios, supieron recoger el espíritu y las aspiraciones del pueblo que combatía a los invasores. Como señala Raymond Carr, los hombres de 1812 trataron de crear la estructura jurídico-política de una sociedad burguesa, puesto que ella misma recogía como inspiración esencial que «libertad, igualdad y propiedad son derechos naturales, dados por Dios, que los hombres deben proteger cuando forman una sociedad». Por otra parte, desde un punto de vista socioeconómico, anunciaron la necesidad de una reforma agraria, así como la consecuente abolición de la Mesta y los gremios, entidades que frenaban la iniciativa privada.

Este programa revolucionario se extendió clandestinamente por todo el país, mientras en Madrid gobernaba el monarca José I. Tal como hemos dicho anteriormente, el hermano de Napoleón accedió al trono español mediante la renuncia de Carlos IV y Fernando VII, y su legitimidad fue aprobada en Bayona por una asamblea de aristócratas españoles huidos del fragor de la contienda. El nuevo rey llegó a Madrid el 20 de julio de 1808. Allí fue recibido por una parte de la nación, mayoritariamente miembros de las clases privilegiadas, mientras que la Junta Central Suprema condenaba el hecho.

José I solamente pudo, pues, contar con la colaboración de sectores muy restringidos de la sociedad española. Durante la contienda, el hermano de Napoleón tuvo que abandonar la capital, Madrid, en tres ocasiones, ante las amenazas de las tropas patrióticas.

El retorno de Fernando VII y la reimplantación absolutista

Mientras la guerra destrozaba el país, Fernando VII, al que se apodó «el Deseado», estaba cómodamente recluido en





Valençay, pero siempre temeroso de perder la vida, dada su condición de «invitado forzoso» de Napoleón. Señalan las crónicas que uno de sus principales quehaceres durante el exilio fue aprender a bordar, «labor impropia de su sexo, y que desempeñaba realmente bien». Escribió al emperador francés numerosas misivas, solicitando le concediera la mano de una de sus sobrinas, y llegando a felicitarle por los «triunfos de sus tropas en España». Escribió asimismo a José I, su usurpador, afirmando que «no podemos ver a la cabeza de la nación española un monarca más digno ni más propio por sus virtudes para asegurar su felicidad».

Sin embargo, por las circunstancias históricas, al finalizar la Guerra de la Independencia con la retirada napoleónica, el porvenir político de España dependía de tan sinuoso personaje, que el 24 de marzo de 1814 regresó a su reino, liberado de su exilio forzoso en Francia. Al punto, los liberales de las Cortes de Cádiz condicionaron su apoyo y lealtad a que el rey jurara la Constitución. Llegado a Valencia, el monarca recibió la adhesión del general Elío y de su cuerpo de ejército, y un manifiesto firmado por 96 «serviles» (Manifiesto de los Persas), que condenaba la Constitución elaborada por los resistentes de Cádiz, sugiriéndole un retorno a la «vida tradicional». El general Elío obligó a la oficialidad a prestar juramento de fidelidad al rey, y el alto clero solicitó la restauración de la Inquisición.

Para algunos historiadores, Fernando VII fue un monarca corrompido y cruel hasta la saciedad. Para otros, simplemente un hombre de escasa inteligencia, aunque hábil para manipular a sus aliados, corroído por la gota y poco dado a los lujos cortesanos. Lo cierto es que supo conciliar intereses tan opuestos como los del proletariado y el clero gracias a la camarilla gobernante que creó, para imponer su absolutismo a la aristocracia y la burguesía. Las instituciones representativas fueron sustituidas por una poderosa policía secreta y una red de agentes cuya misión era corromper y controlar la opinión popular.

El rey anuló toda acción política y jurídica realizada durante su ausencia, es decir, disolvió las Cortes formadas en Cádiz, encarceló a los diputados liberales, abolió la Constitución gaditana y desató, en definitiva, una intensa represión contra cualquier opositor. Los penales y las cárceles se llenaron de los patriotas y resistentes que lucharon contra el invasor francés. El pueblo, ignorante y manipulado, identificó absurdamente a los patriotas que defendían la Constitución de Cádiz con el «bonapartismo invasor», portador, de hecho, de ideas liberalizadoras derivadas de la Revolución francesa, y durante varios años Fernando VII pudo gobernar como monarca absoluto.

De hecho, gobernó con una camarilla y un gobierno al que continuamente modificaba: en seis años cambió a treinta ministros. Durante ese período la inmoralidad administrativa alcanzó cotas excepcionales. La camarilla era un conjunto de servidores leales al monarca, entre los cuales cabe destacar al que fue su preceptor, Escóiquiz, un clérigo que soñaba con convertirse en un Richelieu; un maestro de baile de la corte, llamado Antonio Ugarte; un



Izquierda, retrato de Fernando VII. Goya, que firmó este cuadro al revés, utilizó la misma cabeza para diversos cuadros. En este retrato, el rey aparece con uniforme de capitán general y con un campamento militar al fondo, aunque no tomo parte en ninguna campaña. (Prado, Madrid.)

Página anterior, izquierda, retrato de José Bonaparte, por Josep Fongiers. (Museu d'Art Modern, Barcelona.)

Página anterior, derecha, detalle del retrato del duque de Wellington, pintado por Goya en 1812. (National Gallery, Londres.)

personaje bufonesco de nombre Pedro Collado, apodado «Chamorro», que se jactaba de su capacidad para «deponer ministros», y el duque de Alagón, que planificaba los amoríos del rey. Junto al monarca, estos contertulios aprobaban, en reuniones privadas, la política de los ministros.

Por otra parte, la pérdida de las principales colonias de América acabaría por minar la trágica situación del país. El rey organizó un ejército de 10.000 soldados que al mando del general Morillo partió hacia el Nuevo Continente con el objetivo de reintegrar Venezuela, Nueva Granada y Cartagena de Indias, al Imperio. Pero a partir de 1816 los caudillos americanos independentistas reorganizaron sus fuerzas y en 1819 la situación de Morillo era francamente desastrosa. En el cono sur

del continente, en Río de la Plata y Chile, la situación no era mejor. Allí, el libertador San Martín avanzaba sin descanso.

Ante tan catastrófica situación, Fernando VII planeó el envío de nuevos refuerzos a Morillo. Pero el ejército que organizó no derrotaría a los caudillos libertadores americanos, sino a él mismo. En efecto, el 1 de enero de 1820 el comandante Rafael de Riego sublevó a las tropas acantonadas en Cádiz, que esperaban ser embarcadas para América, al tiempo que se pronunciaba en favor de la Constitución de 1812. De hecho, el pronunciamiento había sido preparado previamente por círculos clandestinos liberales y masónicos. Inmediatamente se produjo una situación confusa: Riego, al frente de sus tropas, comenzó a recorrer Andalucía, soliviantando a los pueblos, en espera de que la revolución prendiera en otras zonas del país. Y así fue. A las pocas semanas la rebelión prendió en La Coruña, Barcelona, Pamplona, Cádiz y Madrid. El rey ordenó al general La Bisbal que reprimiera los motines de la capital, pero éste volvió sus soldados contra el monarca y su camarilla. En líneas generales el ejército se negó sistemáticamente a obedecer las órdenes y consignas represivas del trono.

El Trienio Constitucional

El rey no tuvo más remedio, para salvaguardar el trono, que jurar la Constitución de 1812. El 10 de marzo de 1820 redactó un manifiesto en el que afirmaba: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional». Era una nueva pirueta de un monarca acomodaticio y oportunista, pues en privado enjuiciaba duramente a los ministros liberales que, con Argüelles al frente, formaron el primer gobierno constitucional que aspiraba a sentar las bases de una sociedad burguesa. Por otra parte, en el curso del proceso revolucionario se había producido una proliferación cantonalista, y el federalismo brotó por doquier, organizándose Juntas de Gobierno locales. Así, el nuevo gobierno tuvo como primera tarea reorganizar la unidad nacional basada en el centralismo.

Pronto, sin embargo, habrían de surguir disensiones en el campo liberal. Moderados y radicales tenían distintas visiones acerca de la gobernabilidad del país. Los moderados eran partidarios de revisar la Constitución de 1812, buscando introducir una Cámara Alta en la estructura política que contrapesara la radicalidad de las Cortes, y también respetar las prerrogativas personales del monarca. En cambio, los radicales o progresistas creían que era moralmente necesario preservar y resguardar la Constitución de 1812. De hecho, los moderados accedieron al poder, en tanto que los progresistas permanecieron en su periferia. En 1820 el gobierno suprimió los impuestos que gravaban los productos de primera necesidad, aliviando a las clases populares de una pesada carga, pero en 1823 los volvió a reimplantar ante la amenaza de quiebra de la Hacienda. Durante el Trienio Constitucional se sucedieron los ministerios de Argüelles, Feliu, Martínez de la Rosa, Bardají y Evaristo San Miguel, cuya gestión se vio siempre interceptada por las disensiones políticas.

Al amparo de la escisión de los liberales, surgieron clubs políticos y sociedades secretas. Para las masas populares, acostumbradas a siglos de tiranía, la apertura política y dialéctica entre moderados y progresistas era una novedad difícilmente comprensible. El 28 de febrero de 1822 el rey nombró jefe de gobierno a Martínez de la Rosa, un moderado de línea dura que buscaba la introducción de limitaciones electorales. Cuando parecía que Martínez de la Rosa conseguiría asegurar cierta estabilidad política, el propio monarca comenzó a conspirar. Las Jornadas de Julio fueron instigadas por él y protagonizadas por la Guardia Real mandada por aristócratas. De hecho, el 7 de julio la Guardia Real dio un golpe de Estado, pero la indecisión del monarca hizo fracasar la intentona y las milicias acabaron por desarticular a los sublevados. En otros lugares del país la sublevación restauradora o absolutista fue también derrotada.

Los Cien Mil Hijos de San Luis

La existencia en España de un gobierno liberal, en una Europa sumida en la oleada restauradora producto de la definitiva derrota napoleónica, era motivo de gran preocupación en las cancillerías, a las cuales en diversos momentos llegaron peticiones del monarca español acerca de la necesidad de una intervención europea. España era una grieta en el compacto cuerpo de la Europa posterior a 1814, el «último reducto de la libertad».

El tema fue tratado en Verona, en 1822, en una reunión de gobernantes europeos, y allí se decidió acceder a las peticiones fernandinas de intervenir en España. Envalentonado, el monarca destituyó al primer ministro San Miguel a principios de febrero, pero unos días después tuvo que nombrarle nuevamente para evitar una sublevación popular. Sin embargo, el 7 de abril de 1823 los Cien Mil Hijos de San Luis cruzaban la frontera hispanofrancesa con el objetivo de destruir la revolución burguesa española. Con un ejército inaccionario, un clero favorable, una nobleza entusiasta, una clase política liberal dividida, y un pueblo perplejo, las tropas extranjeras al mando del francés duque de Angulema se pasearon prácticamente por la península.

En aquellos momentos el rey se encontraba, de hecho, prisionero, y fue liberado a cambio de la promesa de los invasores de promulgar una amnistía.

El 1 de octubre de 1822 Fernando VII, en el campamento de las tropas francesas invasoras, dictó un decreto por el que, nuevamente, abolía toda la labor del Trienio Constitucional. Otra vez monarca absoluto, Fernando VII desaprovecharía la oportunidad para gobernar con ecuanimidad y justicia. Esta segunda etapa de su mandato fue aún más brutal que la anterior, siendo conocida con el expresivo nombre de la «década ominosa».

La década ominosa

La primera acción de gobierno del monarca absoluto fue institucionalizar la persecución contra sus enemigos, o los que él creía sus enemigos. El historiador español Ballesteros señala que «una era de crímenes jurídicos, de asesinatos y de proscripciones —que alcanzaron a 100.000 personas—, desdoran los anales de la desventura de España».

El Terror Blanco cobró rápidamente sus víctimas. El general Riego fue detenido y escarnecido públicamente después de serle aplicada tortura, siendo finalmente ahorcado en una plaza madrileña. Entre los primeros ejecutados se contaban jóvenes de 16 años de edad. El propio monarca, parangonando a los déspotas orientales, hizo su entrada en Madrid en una carroza tirada por 24 adolescentes. La reacción popular fue tan espectacular como paradójica. Los que un día vitorearon a Riego y la libertad, llamando al rey «Verdugo» y «Cara de pastel», le acogían ahora al grito de «¡Viva las cadenas!». Benito Pérez Galdós, célebre novelista de la España decimonónica, expresó un severísimo juicio al respecto: «El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por la extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero salvo estas ocasiones, muy raras en la Historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde... La libertad y las "cadenas", a quienes alternativamente aduló, han visto





Mariana Pineda, ahorcada en Granada, en 1831, durante el período de represión absolutista. (Biblioteca Nacional, Madrid.)

Izquierda, Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, *por Antonio Gisbert. José María Torrijos, general liberal, exiliado después de haberse distinguido en la guerra de Independencia, volvió clandestinamente y, por culpa de una traición, fue ejecutado con 52 correligionarios en Málaga. (Museo de Arte Moderno, Madrid.)*

sobre sí, en el momento terrible, a la furia inmunda que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos».

La política interior de Fernando VII estuvo dominada por la crisis de la Hacienda, cuyo departamento dirigió durante todo el período el ministro Ballesteros, un terrateniente gallego de escasa capacidad intelectual, aunque entusiasta de la industrialización.

La principal oposición que encontró Fernando VII en su dictadura provino paradójicamente de los absolutistas extremistas, agrupados en una esotérica Federación de Realistas Puros o Apostólicos, quienes contaban con el patrocinio del propio hermano del monarca, el infante Carlos, su esposa María Francisca de Braganza, el ministro de la Guerra, Aymerich, y el jefe de la policía, Rufino González, entre otros. Estos «carlistas», como comenzó a denominárseles, conspiraron contra el trono, publicando en 1827 un manifiesto cuya conclusión exigía la subida al mismo del infante Carlos. El movimiento, que prometía la restauración de los fueros regionales, encontró eco en Cataluña, en donde se organizaron partidas violentas, de corte guerrillerista. La «revuelta de los agraviados», producida en Cataluña en 1827 fue, de hecho, el primer levantamiento carlista. Los extremistas llegaron a considerar al rey como un «liberal», porque se negaba a restaurar la Inquisición, tildándolo de «francomasón». El movimiento en Cataluña fue sofocado cuando, durante una visita del monarca a Barcelona, restauró el proteccionismo económico, tan ansiado por la burguesía de aquella zona.

Desde una perspectiva liberal, fueron varios los intentos de derribar a Fernando VII –Manzanares, Chapalagarra, Mina, Valdés, Torrijos–, pero todos ellos fracasaron. El ambiente de persecución que se creó convirtió en heroína popular a una joven madre granadina, Mariana Pineda, ahorcada por haber bordado una bandera con la divisa «Ley, Libertad, Igualdad».

En 1829 falleció la tercera esposa del rey, María Amalia de Sajonia –las anteriores fueron su prima carnal María Antonia de Borbón y la infanta portuguesa Isabel de Braganza–, y Fernando VII decidió contraer otro matrimonio en un nuevo intento de tener un heredero. Eligió a otra prima carnal, María Cristina de Borbón. Al poco tiempo se anunció la venida de un hijo, y Fernando VII promulgó la Pragmática Sanción el 29 de marzo de 1830, que restablecía la Ley de Partidas respecto a la sucesión de las hembras y que derogaba el Auto de Felipe V (1713), que excluía a las mismas de la sucesión al trono.

El infante hermano del rey, Carlos, y sus partidarios protestaron, pues ello impedía con seguridad su posibilidad de suceder al monarca. El 10 de octubre de 1830 nació una niña, Isabel, acogida como heredera de la corona. Dos años después el rey enfermó gravemente, y su ministro Calomarde, carlista, consiguió que derogase la Pragmática Sanción, pero al recuperarse el monarca, la derogación fue anulada y Carlos se exilió a Portugal. De nuevo enfermo el rey, asumió el poder María Cristina, mujer de ciertas inclinaciones liberales. Nombró ministro a Zea Bermúdez, quien decretó una amnistía, la reapertura de las universidades –clausuradas por Calomarde– y depuró el ejército de carlistas destacados.

El monarca falleció en septiembre de 1833 a causa de una apoplejía. La mayoría de historiadores han coincidido en se-

ñalar que en ningún otro reinado hubo en España tantas perturbaciones, definiéndolo con una explícita palabra: desdichado.

La independencia de las colonias americanas

Treinta y cinco años después de la Revolución de los colonos norteamericanos contra Gran Bretaña, que dio lugar al nacimiento de los Estados Unidos de América del Norte, las colonias españolas entraron en un período insurreccional cuyo objetivo era la propia independencia.

La historiografía ha definido de modos muy diversos las causas que promovieron el auge independentista contra España. Para unos, se trató de un movimiento mimético del habido décadas antes, en el hemisferio septentrional del Nuevo Continente. Para otros, el excesivo rigor centralista de los Borbones y la despótica actuación de sus virreyes serían el detonante de las rebeliones. Para algunos, fue el estallido de una latente rivalidad entre las élites criollas –gentes de origen español, pero nacidas ya en América, e incluso mezcladas con los aborígenes– y las metropolitanas, es decir, los aparatos burocráticos integrados por españoles peninsulares. Hay también quien señala el papel fundamental representado en la agitación independentista por una parte del clero. También se suele señalar a la rápida propagación de las ideas liberales emanadas de la Revolución francesa como motor del proceso, al ser adoptadas por numerosos intelectuales que, educados en Europa –el caso de Simón Bolívar es notorio–, portarían luego consigo a sus tierras el ideal liberador, convirtiéndose ellos mismos en caudillos nacionalistas.

De hecho, todas esas tesis pueden ser ciertas, y lo más probable es que coexistan en el complejo conjunto de móviles que en definitiva provocaron el despertar de la América española.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que moralmente el Imperio español estaba ya quebrado, como resultado del proceso de crisis y declive vivido por España en los siglos XVI y XVII. La sucesión de administraciones corruptas e ineptas facilitó la descohesión de la metrópoli con las colonias, y aunque los españoles no tuvieron aprensión racial en mezclarse con los pobladores nativos, lo cierto es que aún en el siglo XVII el mapa político de América del Sur era un magma confuso donde no se perfilaban, ni cultural ni administrativamente, las potenciales nacionalidades, sin que por otra parte fuera objetivo de la administración de Madrid, orientar el continente de habla española hacia una federación de futuros estados. La improvisación y la carencia de programas y planes concretos, creó el ambiente propicio para un lento pero inexorable despegue de los habitantes americanos, o americanizados, respecto a la metrópoli o «madre patria», como a menudo se identificaba a España.

En el seno de todo aquel cúmulo de circunstancias objetivas, es lógico que cristalizara el anhelo natural de los pueblos a exigir su libertad, y especialmente después del gigantesco paso que supuso la independencia y formación de los Estados Unidos de América del Norte.

La guerra emancipadora

El primer síntoma independentista se produjo en México, cuando el cura Hidalgo se alzó en armas, en 1810. Pronto, la pasión nacionalista liberadora se expandería por todo el subcontinente. Ello significa que fue bajo el reinado de Fernando VII que España perdió progresivamente todas sus posesiones coloniales –excepto las islas antillanas de Cuba y Puerto Rico–. La administración borbónica, incompetente y atenazada por la corrupción, tenía dos alternativas frente al desafío independizador: ahogar en sangre, militarmente, las sublevaciones, o bien buscar un plan negociador que permitiera una salida pacífica, honrosa y satisfactoria para ambas partes. Al igual que Inglaterra respecto al estallido independentista de América del Norte, la España borbónica optó por la primera vía, pero su potencia militar era inadecuada para afrontar tan lejana y vasta guerra. La derrota final estaba decidida de antemano.

La invasión napoleónica de España y la abdicación de Fernando VII en favor de José I, abrió una coyuntura propicia para que las potenciales nacionalidades americanas intentaran romper el vínculo estatalista, mantenido por la metrópoli. En muchos lugares se crearon Juntas de Gobierno que rechazaron el reconocimiento del hermano de Napoleón como monarca de España, convirtiéndose en auténticos embriones de poder, vinculados al equipo gubernamental liberal que resistía en Cádiz a los invasores. Los pueblos tomaron las armas bajo la dirección de las vigorosas élites criollas, y si bien en un primer momento mostraron su adhesión al liberalismo metropolitano, defendido por las Cortes de Cádiz, y asumieron una actitud antifrancesa, lo cierto es que cuando se produjo la restauración de Fernando VII, con su absolutismo y despotismo renovados, la naturaleza de los movimientos americanos se trocó en antiespañola. Los núcleos armados no abandonaron sus armas y la meta independizadora cobró una realidad insuperable.

La guerra independentista americana fue larga y tremendamente violenta. De hecho, duró entre 1809 y 1824, fragmentándose en numerosos movimientos. Esta fragmentación, es decir, el hecho de que las colonias combatieran casi siempre de modo aislado contra los españoles, impediría posteriormente su unificación y la formación de unos hipotéticos Estados Unidos de América del Sur, tal como soñó Simón Bolívar, teniendo presente el ejemplo del Norte.

El primer período de la guerra independentista

Esta etapa se identifica prácticamente con la Guerra de la Independencia mantenida en España contra la invasión napoleónica, es decir, cronológicamente abarca entre los años 1808 y 1814.

En Argentina, la Junta de Defensa dirigió la revolución de mayo de 1810, tomando el control del poder en la ciudad de Buenos Aires y expulsando a las autoridades españolas. El virrey español, Hidalgo de Cisneros, tuvo que dimitir, y alguno de sus colaboradores fue ejecutado. Resultó decisiva la participación de varios militares que habían actuado en la metrópoli luchando contra los franceses, especialmente el entonces coronel San Martín. El Congreso de Tucumán nombró jefe supremo del país a Pueyrredón y el 9 de julio de 1816 se proclamaba la independencia nacional argentina.

En Chile se produjo una sublevación en septiembre de 1810 y la Junta de Gobierno criolla asumió el poder. Igualmente el movimiento reivindicó la causa fernandina, pero al año siguiente José Carrera instalaba un gobierno autóctono en Santiago, derrocado poco después por una rebelión liberal encabezada por Bernardo O'Higgins. Finalmente, las tropas españolas le derrotaron en la batalla de Rancagua, en 1814, recuperando así la metrópoli su dominio.

México fue la sede del primer movimiento proindependentista. Miguel Hidalgo, cura párroco de la localidad de Dolores, se levantó el 16 de septiembre de 1810 al frente de varias decenas de indios prácticamente desarmados. Fueron asaltadas haciendas de españoles y muchos de éstos resultaron muertos por las turbas. En el sur, otro sacerdote, Morelos, iniciaba un movimiento análogo. El go-



Independencia, *fresco de Juan O'Gorman (1961): Hidalgo, Allende, Morelos, Guerrero y otros jefes y héroes que se distinguieron en la guerra de Independencia de México, y los diputados del Congreso de Chilpancingo. (Castillo de Chapultepec, México.)*

bierno colonial respondió violentamente e Hidalgo fue excomulgado, declarándole la Inquisición «reo de castigo». El cura respondió nombrándose «generalísimo» de las fuerzas insurrectas, pero derrotado sucesivamente en Aculco y Puente Calderón, fue apresado y fusilado en Chihuahua el 1 de julio de 1811. La rebelión había sido momentáneamente yugulada.

En Nueva Granada se formaron Juntas de Gobierno en las principales ciudades: Bogotá, Cartagena de Indias y Quito; finalmente fueron derrotadas y disueltas por las tropas españolas que Fernando VII envió allí al mando del general Morillo. La situación fue restablecida en 1815, dejando sin embargo profundos resentimientos por la dureza de la represión practicada por los vencedores.

En Paraguay, una Junta de Defensa depuso a las autoridades colonialistas en 1811, mientras un Congreso facilitaba la formación de la dictadura del doctor Francia en 1814. Fue éste el único país que obtuvo la independencia en dicha fase. El dictador gobernó hasta su muerte en 1840, haciendo de Paraguay una nación aislada y cerrada a su entorno, tradición que se ha prolongado casi hasta hoy.

En la cercanías de Montevideo, territorio del moderno Uruguay, se sublevó Artigas, y la resistencia frente a los españoles se prolongó hasta 1814.

En Venezuela la revolución se inició en 1809. Allí surgieron dos grandes caudillos, Miranda y Bolívar, que inicialmente serían derrotados por los españoles dirigidos por Boves, con la ayuda de los «llaneros». Miranda, prisionero, fue conducido a España, donde murió en la cárcel de Cádiz, mientras Bolívar se refugiaba en Jamaica en espera de unas condiciones favorables para reanudar la lucha.

El segundo período: la culminación independentista

Se creyó que el régimen de Fernando VII dominaría la situación, ahogando a los movimientos liberadores. En lugar de analizar la realidad y programar unas perspectivas políticas adecuadas a ella, el monarca prefirió mantener la tensión represora. No pasó mucho tiempo sin que la



pujanza nacionalista se manifestara de nuevo, ahora con una fuerza invencible.

Fue en este período cuando se puso de manifiesto la verdadera entidad de caudillos como Sucre, San Martín y, sobre todo, Simón Bolívar.

El régimen de terror instaurado en Nueva Granada y Venezuela por orden de Fernando VII, que atribuía los desórdenes a la influencia de los liberales, no tardó en generar nuevas rebeliones.

Sin embargo, las primeras iniciativas de este segundo período de guerras las asumió el general San Martín, cuyo objetivo era alcanzar Perú desde Argentina, previa la conquista de Chile. En enero de 1817, al frente de 4.000 soldados, partió de Mendoza, cruzó la cordillera andina y derrotó a las tropas españolas en la batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817. Prosiguió su marcha y entró triunfalmente en Santiago, facilitando que O'Higgins proclamara la independencia de Chile el 20 de enero de 1818. Un último intento español fue derrotado por las fuerzas chilenas, en Maipú.

Dos años después, una acción combinada chileno-argentina, también dirigida por San Martín, permitió a éste tomar la ciudad peruana de Lima, proclamándose la República Independiente de Perú el 28 de julio de 1820. Sin embargo, San Martín demostró falta de habilidad política, lo que le creó graves problemas con los peruanos. Tras una entrevista poco cordial con Bolívar en Guayaquil, en la que éste no pudo proporcionarle la ayuda que exigía para expulsar a las guarniciones españolas todavía resistentes en el norte de Perú, San Martín delegó sus poderes en el Congreso Nacional y se exilió a Francia, donde murió prácticamente sólo en 1850. Así desaparecía una de las figuras clave del movimiento independentista americano. San Martín era oriundo de Paraguay, en donde nació en 1778 —en Yapeyú—, siendo hijo de un coronel del ejército español. Adoptó la profesión de su padre y marchó a España para completar su carrera. En plena Guerra de la Independencia española se puso al lado de las fuerzas liberales antifrancesas y participó en la batalla de Bailén. En 1812 regresó a América, y desde Buenos Aires planeó infatigable sus campañas liberadoras.

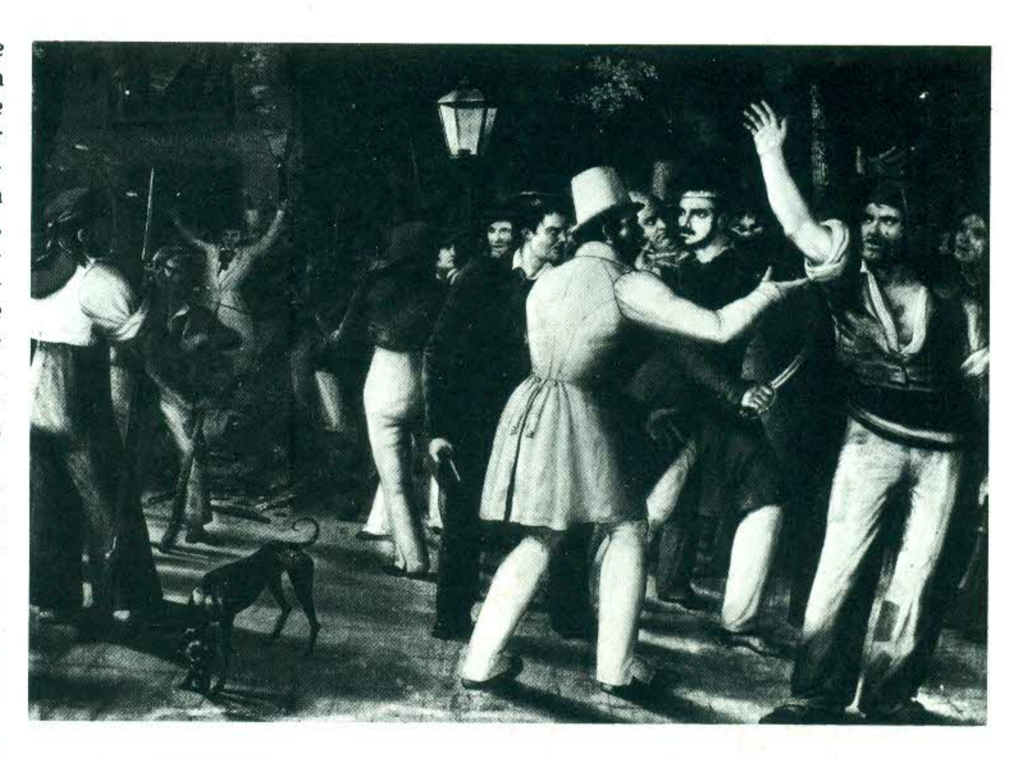
Mientras San Martín operaba por el sur, en el norte Simón Bolívar consiguió atraerse a Páez y sus temibles llaneros. Reconocida su capacidad organizativa, el Congreso de Angosturas le confirmó presidente de la República en noviembre de 1819. Bolívar organizó un reducido pero sólido y eficaz ejército, iniciando una extraordinaria campaña militar. Recorrió los territorios más inhóspitos y aparentemente inaccesibles, y tras derrotar sucesivamente a los españoles en varios encuentros, entró en Bogotá. Desde allí, decidió unir Venezuela y Nueva Granada, fundando la Gran Colombia, embrión de una entidad mayor que habría sido los Estados Unidos de América del Sur. Su victoria de Carabobo, el 24 de junio de 1821, acabó con las esperanzas españolas de recuperación.

Simultáneamente, Sucre, colaborador íntimo de Bolívar, liberaba Quito del yugo colonial. Ecuador entró así a formar parte de la Gran Colombia. Todavía los colonialistas españoles consiguieron reagrupar sus fuerzas y en un último intento afrontaron dos batallas decisivas. En Junín les venció Bolívar, el 6 de abril de 1824, y en la decisiva batalla de Ayacucho fue Sucre el vencedor, el 9 de diciembre del mismo año.

Sin embargo, los planes de Bolívar de progresar en la unificación americana no

se vieron coronados por el éxito, en parte por su autoritarismo, pero también a causa de las ambiciones de políticos que surgieron en el proceso libertador. Bolívar había nacido en Caracas, en 1783. Educado en España, estudió derecho y tuvo la posibilidad de viajar por Francia, Italia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Especialmente su estancia en Francia, coincidiendo con el proceso revolucionario, le dejó una profunda huella. A partir de 1810, ya en Venezuela, dedicó sus energías a la causa independentista. Murió aislado y amargado por el fracaso de sus proyectos confederales, en 1830.

La llama nacionalista también se reavivó en México. Allí, Itúrbide, un militar criollo que anteriormente había combatido a favor de los realistas, se unió decisivamente a los insurrectos, quienes proclamaron el Plan de Iguala el 1 de marzo de 1821, que de hecho significaba la independencia mexicana. Itúrbide, ambicioso, se hizo proclamar emperador, pero combatido radicalmente por los republicanos, fue finalmente destituido y fusilado. El 4 de octubre de 1824 se proclamó la República Federal Mexicana.



Incidentes en Barcelona durante el levantamiento ciudadano en 1835. El reinado de Isabel II, a pesar de ser apoyado por los liberales, fue notablemente represivo. (Museu d'Història de la Ciutat, Barcelona.)

Página anterior, Simón Bolívar, «el Libertador» (1783-1830), en el monumento erigido en Caracas, la ciudad natal de este héroe americano.

La regencia de María Cristina

El desprestigio sufrido por la monarquía fernandina, a causa de la sucesiva pérdida de las posesiones americanas, no comportó el derrumbe de la institución, pero sí otro fenómeno político que tendría graves repercusiones en el futuro del país. La independencia de los países americanos significó la disolución de los aparatos gubernamentales y militares que España mantenía en el Nuevo Continente. Miles de funcionarios, civiles y militares, se repatriaron, engrosando las ya nutridas filas de una burocracia excesiva. La nueva maquinaria administrativa era gravosa para un país como España, reducido prácticamente a sus fronteras actuales –aparte las posesiones en el norte de África, Cuba, Puerto Rico y Filipinas–. Lo mismo ocurría con el ejército. La desproporcionalidad militar con respecto a las necesidades reales del Estado, contribuyó a propiciar un creciente intervencionismo del «partido militar» en los asuntos políticos.

Por ser menor de edad la infanta Isabel, a la muerte de Fernando VII, asumió la regencia su madre María Cristina, cargo que ocupó durante siete años, hasta 1840. Todavía joven, se casó en secreto con un valido, Fernando Muñoz, de quien tendría varios hijos. El valido fue nombrado duque de Riánsares, y el episodio mermó considerablemente el prestigio de la regente, creando un terreno abonado para la agitación carlista.

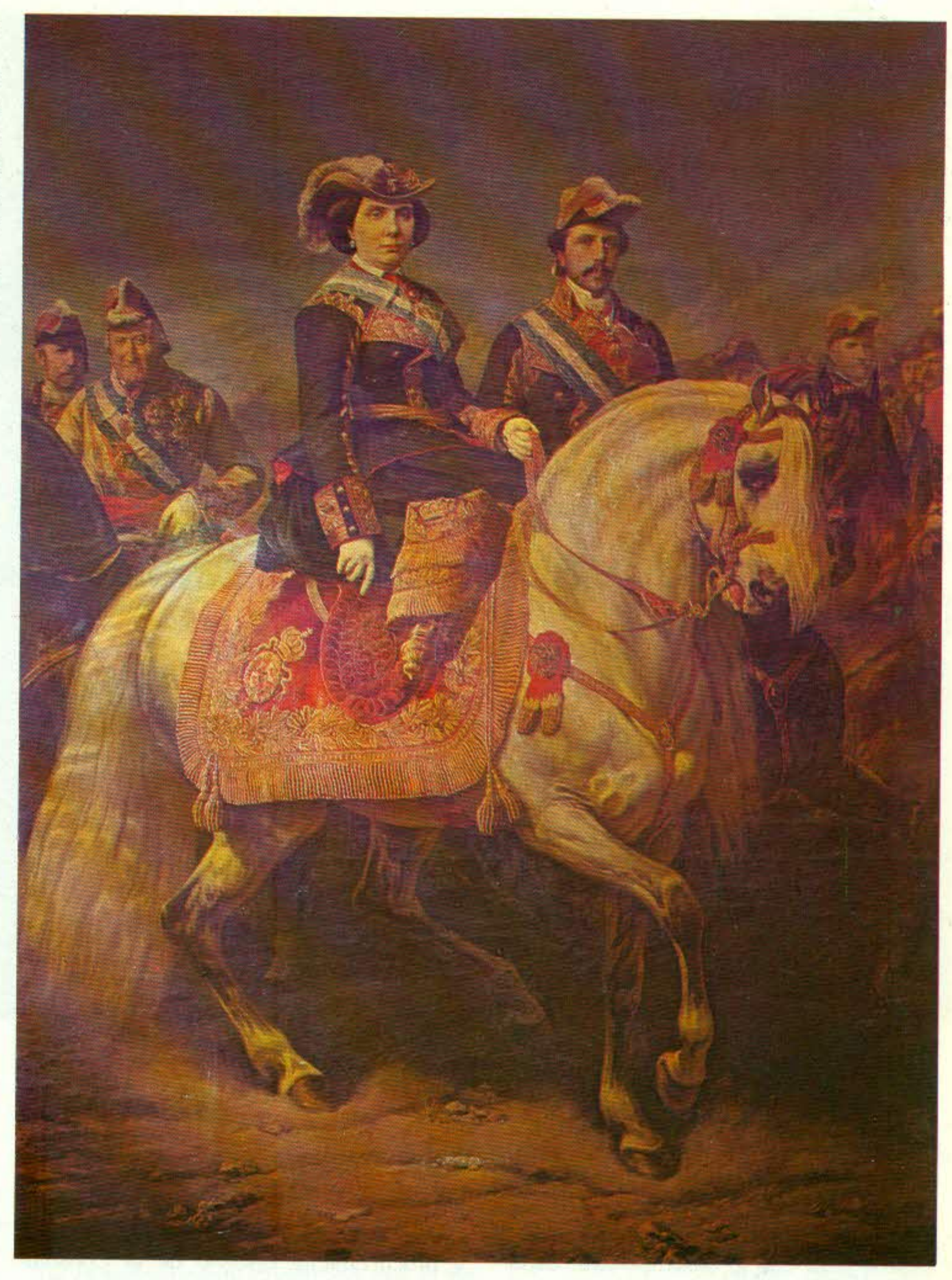
Próxima a finalizar la primera mitad del siglo XIX, España se debatía aún con problemas dinásticos, mientras las grandes potencias europeas afrontaban un tipo de problemas mucho más acorde con la realidad de la época industrial. De hecho, en España, la dicotomía entre la tradición y el liberalismo fue mucho más compleja que en otros países. El liberalismo representaba las nuevas ideas que, de un modo u otro, calaban en Europa y sus partidarios defendían la «soberanía de la nación» y la Constitución de 1812, que abría vías a las reformas burguesas. El tradicionalismo defendía el absolutismo y los fundamentos del Antiguo Régimen, considerando la posible solución intermedia de la monarquía constitucional como el caballo de Troya, a través del cual penetrarían en el Estado los ideales revolucionarios. Siguiendo esta última estrategia, es decir, la de consolidar una monarquía constitucional, los liberales se apoyaban en María Cristina, mientras que los tradicionalistas –los carlistas– lo hacían en el infante Carlos, hermano de Fernando VII.

Para defender su trono, la regente se apoyó a su vez en los liberales y en 1834 dio a éstos satisfacción al promulgar un decreto mediante el cual establecía un régimen representativo y potenciaba una Carta Magna reformadora, elaborada por el ministro Martínez de la Rosa, aunque los sectores radicales del liberalismo siguieron defendiendo la Constitución de Cádiz. A partir de ese momento, el bando liberal se escindió definitivamente entre «moderados», favorables a las reformas



cristinas, y «progresistas», que reclamaban el constitucionalismo de 1812.

Una epidemia de cólera, el creciente anticlericalismo popular y la intermitente guerra carlista, provocaron la sustitución de Martínez de la Rosa por el conde de Toreno, liberal moderado que gobernó entre julio y septiembre de 1835. Aunque disolvió la Compañía de Jesús, no pudo frenar la creciente subversión instigada por los progresistas, ni tampoco acotar el carlismo, por lo que en noviembre le sustituyó Juan Álvarez Mendizábal, quien gobernó hasta mayo de 1836, profundizando las reformas. Desarrolló una política de confiscación de bienes clericales, entre ellos las tierras que poseía la Iglesia, que fueron adquiridas por aristócratas y burgueses. Sin embargo, el proceso reformador que pudiera haber cambiado el rumbo de la historia española se vio interrumpido cuando la regente cesó a Mendizábal, presionada por la aristocracia temerosa de que las reformas alcanzaran sus intereses y privilegios. Su sustituto, Istúriz, gobernó de mayo a agosto de 1836. Era un político prófugo del radicalismo, por lo que su gestión fue mal acogida por los progresistas. La rebelión militar de los sargentos de La Granja, el 12 de agosto, puso fin al nuevo gobierno. El resultado de este golpe de Estado fue que la reina se vio obligada a admitir la Constitución de 1812, con el consiguiente gobierno progresista presidido por José María Calatrava, quien estuvo un año en el poder y proyectó una democracia censitaria, comprometiéndose a mantener el culto oficial de la religión católica. Pero Calatrava fue derribado por una nueva intervención militar, sucediéndose diversos ministerios manipulados por dos figuras castrenses que defendían posiciones políticas divergentes: el progresista Espartero y el moderado Narváez.



Isabel II de España (gobernó de 1833 a 1868, hasta 1843 bajo regencia) en una revista militar, acompañada por su esposo, Francisco de Asís. (Museo Romántico, Madrid.)

Página anterior, retrato de Isabel II, reina de España, por Josep Romà. (Museo de Bellas Artes, Valencia.)

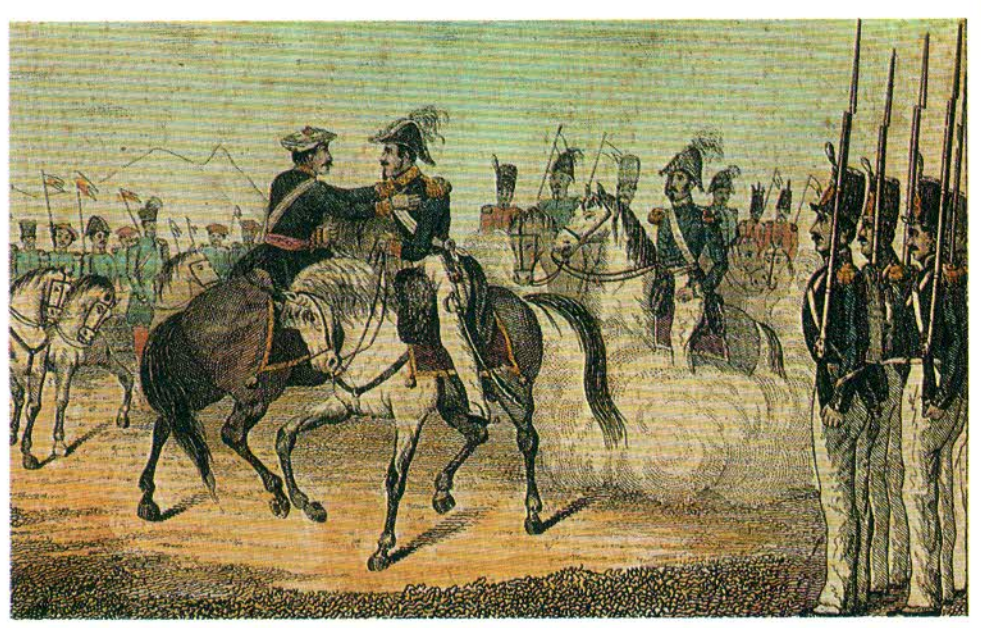
Los avatares carlistas

Es necesario señalar que tan pronto se conoció la muerte de Fernando VII, su hermano, Carlos, exiliado en Portugal, se autoproclamó «rey de España». Ello galvanizó a sus partidarios y la guerra fue un hecho, concentrándose la fuerza carlista en el área del Maestrazgo (parte de Teruel, Levante y sur de Cataluña), Navarra y el País Vasco.

La primera guerra carlista duró siete años, y durante la década de 1830 los carlistas mantuvieron en jaque al gobierno regente, conducidos sus efectivos por dirigentes de probada capacidad militar en la práctica de las guerrillas, destacando especialmente Zumalacárregui y Cabrera. El primero llegó a sitiar Bilbao varias veces, pero finalmente fue derrotado por Espartero en Luchana, el 24 de diciembre de 1836. Por su parte, el propio pretendiente a la corona dirigió un ejército que en septiembre de 1836 se aproximó a Madrid, pero Espartero le infligió dos derrotas sucesivas, en Azuqueca y Retuerta.

Con las fuerzas del carlismo en franca retirada, Espartero propuso al general carlista Maroto un pacto pacificador que fue rechazado por el pretendiente Carlos. A pesar de ello, el general carlista acudió a Vergara el 31 de agosto de 1839 y depuso sus armas. Quedaron como resistentes el propio pretendiente, que perseguido huyó a Francia, y el guerrillero Ramón Cabrera, quien durante diez meses mantuvo en jaque a las fuerzas gubernamentales, hasta que cercado en Morella,





cedió y aceptó el nombramiento de duque.

Las victorias conseguidas sobre el carlismo le valieron a Espartero un gran prestigio, convirtiéndose de pronto en el árbitro de la política española. En 1840-1841 la agitación era creciente y la reina regente renunció a su cargo llamando al general para que lo desempeñara. Espartero regentó el poder hasta 1843, y durante su mandato se sucedieron ininterrumpidamente las crisis ministeriales. En Barcelona estalló una sublevación promovida por la burguesía catalana, que acusó a Espartero de promover una política económica que favorecía la industria textil británica en detrimento de la de Cataluña. Finalmente, un movimiento militar mixto, de moderados y progresistas –Prim, Milans del Bosch, Narváez y Concha– obligó al regente a exiliarse a Londres.

El reinado de Isabel II

Los promotores del pronunciamiento militar que derribó a Espartero del poder constituían un conjunto heterogéneo, pero fueron los moderados quienes extrajeron provecho de la situación. El gobierno provisional presidido por Joaquín María López anticipó la «mayoría de edad» de Isabel II, que a los 13 años de edad juró la Constitución, el 10 de noviembre de 1843.

Aunque la reina delegó el poder en su tutor Olózaga, una conspiración palaciega catapultó hacia el mismo a González Bravo, abriéndose la llamada «década moderada» (1843-1853), en la cual se sucedieron numerosos gobiernos. En 1844, González Bravo cayó en desgracia frente a la reina madre, a quien un anónimo puso al corriente de los antiguos ataques lanzados contra su persona por el primer ministro, y éste fue sustituido por el general Narváez, que ejerció el poder hasta 1851, excepto en breves coyunturas.

El viejo liberal moderado Narváez gobernó con una política fuertemente derechista. Reforzó los privilegios de la corona y prácticamente disolvió de la Constitución la idea de «soberanía nacional». La agitación progresista creció y la represión de Narváez desató una oleada de ejecuciones, encarcelamientos y destierros de sus principales adversarios. En esa coyuntura rebrotó el problema carlista, y las guerrillas se extendieron en Cataluña, reclamando el trono para el conde de Montemolín –hijo del fallecido Carlos–, que asumió el título de Carlos VI. De nuevo reapareció Cabrera en el Maestrazgo, hasta que las tropas isabelinas del general Concha le derrotaron a principios de 1848.

La reina era una mujer muy influenciable, y aunque casó con su primo Francisco, nunca ocultó sus simpatías por diversos amantes, entre ellos el general Serrano. Asimismo, las intrigas de una monja, sor Patrocinio, determinaron que Isabel II llegase a considerar al conservador Narváez como un «peligroso liberal», destituyéndole coyunturalmente en octubre de 1849, para ser llamado de nuevo al gobierno unas semanas después. Sin embargo, en 1851 Narváez tuvo que ceder frente a la oleada absolutista dirigida por Bravo Murillo. Asumido el poder por éste, el clero recobró la mayor parte de sus privilegios, especialmente sobre la educación y la moral pública, y finalmente el gobierno decidió disolver el régimen representativo. La reacción liberal fue unánime, y la reina despidió a Bravo Murillo, sustituyéndole a partir de diciembre de 1852, sucesivamente por Ronvanli y Lersundi, derribados luego por la presión militar.

Isabel II encargó el gobierno al conde de San Luis, hombre mezclado en turbios negocios. La reacción no se hizo esperar y el general O'Donell se sublevó en Vicálvaro el 30 de junio de 1854. El insurrecto proclamó un manifiesto –redactado por Cánovas del Castillo– y consiguió el apoyo de los liberales y de otras guarniciones. En Madrid, el pueblo se amotinó y la reina llamó a Espartero, quien entró en la ciudad acogido triunfalmente.

El bienio progresista

El general Espartero convocó (1855) las Cortes Constituyentes para que elaborasen una Constitución similar a la disuelta por Narváez y sus sucesores en el gobierno. Sin embargo, la nueva Constitución no llegó a promulgarse, debido en parte a las divergencias entre Espartero y O'Donell, el primero vinculado a los progresistas y el segundo impulsor de una compleja Unión Liberal con predominio moderado.



La batalla de Tetuán, *pintura de Marià Fortuny. (Museu d'Art Modern, Barcelona.)*

Página anterior, izquierda, el general Ramón María Narváez, retratado por Vicente López. (Museo de Bellas Artes, Valencia.)

Página anterior, derecha, el «abrazo de Vergara» (agosto de 1839), entre Maroto (carlistas) y Espartero (liberales), que puso fin a la primera guerra carlista. (Museo Histórico Militar, San Sebastián.)

A pesar de la situación, Espartero reactivó las reformas sociales y volvió a suprimir los privilegios eclesiásticos. La agitación social aumentó y el proletariado comenzó a dar los primeros síntomas de existencia. Finalmente, se produjo la crisis y Espartero dimitió, retirándose a Logroño. Cuando se esperaba el ascenso de O'Donell, la reina sorprendió a la población y a la clase política nombrando de nuevo a Narváez, que ocupó el poder entre octubre de 1856 y octubre de 1857, reactivando su política conservadora y reprimiendo especialmente los movimientos populares. Discrepante con Isabel II por el ascenso de un oficial, Narváez dimitió. Tras una breve coyuntura con los ministerios de Armero e Istúriz, O'Donell asumiría el poder entre 1858 y 1863.

Hacia el final del reinado de Isabel II

O'Donell impulsó una política económica de construcción de obras públicas, reformó la administración y abordó el desarrollo de la red ferroviaria; pero involucró al país en diversos conflictos exteriores. Promovió una innecesaria campaña en África para distraer las energías de la opinión pública, declarando en 1859 la guerra al sultán de Marruecos. La guerra fue victoriosamente conducida por el general Prim, que venció en Tetuán y Castillejos, pero resultó muy gravosa para el país.

Asimismo, O'Donell fue el promotor de una intervención en México con el pretexto de defender a la colonia española en la guerra que enfrentaba allí a Juárez y Miramón, pero el objetivo verdadero era secundar los intereses de Francia, que deseaba imponer un rey a los mexicanos.

Prim, alertado, pactó con Juárez, representante de la resistencia liberal y regresó a España a pesar de la actitud de O'Donell.

El 2 de mayo de 1863, O'Donell dimitió presionado por todas las fracciones políticas, aunque de nuevo sería llamado por la reina en julio de 1865. En el interregno, se sucedieron numerosos ministerios, entre ellos uno dirigido nuevamente



por Narváez, quien después de los violentos sucesos del cuartel de artillería de San Gil, en donde se sublevaron las tropas, murió ejerciendo el cargo, tras ordenar una sangrienta depuración de adversarios políticos y militares.

El 24 de abril de 1868 le sucedía González Bravo, quien gobernó dictatorialmente.

La revolución de 1868

El 18 de septiembre de 1868, mientras la reina veraneaba en San Sebastián, el almirante Topete, apoyado por el general Prim, se alzó bajo el lema de «¡Viva la soberanía nacional!».

Al cabo de muy poco tiempo se le sumaba el general Serrano, mientras Prim recorría las grandes ciudades españolas llamando a la insurrección.

Dimitido González Bravo, la reina nombró primer ministro al general marqués de La Habana, quien decidió afrontar la insurrección, y fue derrotado por las tropas de Serrano en el Puente de Alcolea, el 28 de septiembre. De hecho, parte del ejército realista se pasó a los subleva-

dos. La monarquía se derrumbó en medio de un júbilo general. El 30 de septiembre de 1868, Isabel II marchaba a Francia. Su desastroso reinado había concluido.

El general Serrano entró triunfalmente en Madrid el 3 de octubre de 1868, y al día siguiente lo hizo Prim, verdadero artífice del movimiento revolucionario. Se formó un primer gobierno de progresistas y miembros de Unión Liberal, dominado por el triunvirato Serrano, Prim y Topete, aunque el primero asumió funciones más ejecutivas. Rápidamente se implantó el sufragio universal, las libertades de expresión y reunión, la libertad de culto y de asociación.

El sexenio revolucionario

El seis de junio de 1869 se aprobó la nueva Constitución. Ésta daba la soberanía a la nación, fuente de todo poder; sos-





La reina Isabel II parte hacia el exilio después de la revolución de septiembre de 1868. La crisis económica, el descontento popular y la inmoralidad de la reina provocaron el derrocamiento.

Izquierda, el general Juan Prim (1814-1870), héroe de la guerra de África e impulsor de las pretensiones de Amadeo de Saboya a la corona de España. Murió víctima de un atentado.

Página anterior, el general O'Donell (1809-1867), que fue presidente del Gobierno, por Miguel Parra. (Museo de Bellas Artes, Valencia.)



tenía el derecho a la libertad individual y declaraba que la forma de gobierno debía ser la monarquía. En torno a su discusión surgieron nuevas figuras políticas: Ríos Rosas, Figueras, Moret, Castelar y Cánovas del Castillo. El general Serrano fue nombrado regente, comisionándose al general Prim la organización del nuevo gobierno. De hecho, éste era el alma de la revolución liberal que parecía situar a España en un nivel acorde con la época histórica que se perfilaba en Europa occidental, es decir, el inicio de la hegemonía definitiva de la burguesía liberal. Pero la falta de vitalidad de esta clase social impediría la consolidación de la nueva situación. La burguesía española, radicada esencialmente en la periferia de la península, careció del empuje necesario para destruir el poder de la oligarquía agraria castellano-andaluza. Prefirió ella misma aristocratizarse antes que provocar una ruptura que, por otra parte, pudiera haber alentado a las clases populares a profundizar el proceso revolucionario.

El gobierno comenzó la búsqueda de un rey. Los aspirantes al trono eran diversos: el duque de Montpensier, cuñado de la destronada Isabel II, y a quien apoyaba el general Serrano; el príncipe alemán Leopoldo de Hohenzollern, vetado finalmente por Napoleón III, y el príncipe Alfonso, de la casa de Borbón, al que vetó el general Prim recogiendo las aspiraciones liberales. Finalmente, se impuso el criterio de Prim y se eligió como rey a Amadeo de Saboya, aceptado por mayoría en la votación registrada en las Cortes. El nuevo rey llegó a Cartagena el 30 de diciembre de 1870.

En la noche del 27 de diciembre se produjo un hecho que modificaría el cuadro político del país. Unos conspiradores, al servicio, según parece, del tradicionalismo, atentaron contra el general Prim en la calle del Turco de Madrid. A esta acción le siguió, como señala el historiador español Antoni Jutglar, una segunda conspiración protagonizada a través de los médicos que atendieron al general liberal, y que dejaron que empeorasen irreversi-

blemente unas heridas que en principio no eran graves. La muerte de Prim dejó al nuevo rey sin apoyos. Por otra parte, estallaba en Cuba la guerra independentista.

Asimismo, el movimiento republicano cobró un gran auge, al tiempo que diversos cuerpos de artillería se sublevaron por discrepancias con el general Hidalgo. El jefe de gobierno, Ruiz Zorrilla, disolvió el cuerpo de artilleros, al tiempo que el rey Amadeo I, desbordado por la complejidad de la política española y falto de apoyo, abdicaba el 6 de febrero de 1873. Había demostrado honestidad y carencia de ambiciones políticas.

La I República

La misma Asamblea Nacional que el 11 de febrero de 1873 aceptaba la abdicación del rey, proclamó la República por 258 votos contra 32.

Estanislao Figueras asumió la jefatura del gobierno, y sus primeras decisiones fueron significativas: supresión de títulos nobiliarios, liquidación definitiva de privilegios eclesiásticos, abolición de la esclavitud en las colonias y supresión de las órdenes militares.

Durante su mandato estalló una nueva sublevación carlista, la guerra de Cuba drenaba los escasos recursos de la hacienda estatal, por otra parte en Cataluña se produjeron brotes separatistas. Figueras dimitió y marchó a Francia.

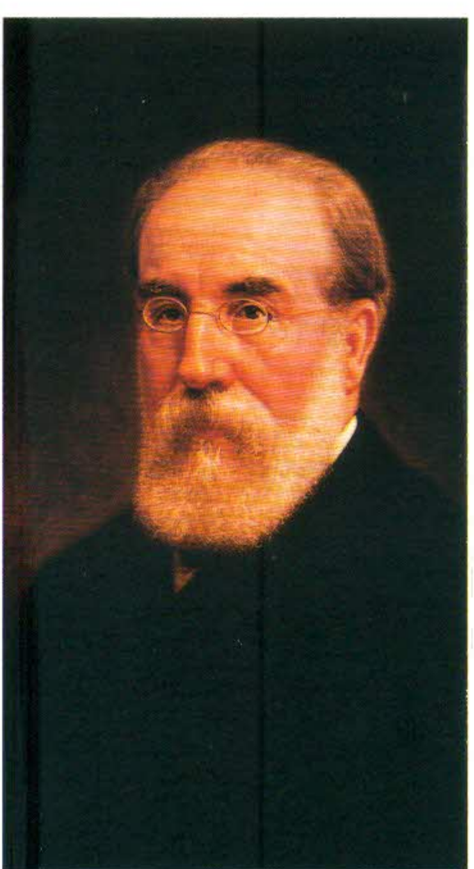
Le sucedió en la presidencia de la República Francisco Pi y Margall, que gobernó entre el 11 de junio y el 18 de julio de 1873, es decir 38 días. El problema más grave que afrontó Pi y Margall fue el movimiento cantonalista, en cuya esencia latía el impulso de profundizar el federalismo, sin que fuera separatista, tal como han afirmado ciertos sectores historiográficos. El viejo Pi y Margall, hombre de convicciones federalistas, no quiso reprimir violentamente el cantonalismo y dimitió.

Su sustituto, Nicolás Salmerón, que gobernó entre el 18 de julio y el 7 de septiembre, sí reprimió el cantonalismo pero dimitió tras negarse a firmar penas de muerte. Le sucedió en el cargo Emilio Castelar quien derechizó la República imponiendo drásticas medidas represivas. Acusado por Pi y Margall y Salmerón de connivencia con los monárquicos, Castelar dimitió el 3 de enero de 1874. En aquella coyuntura, el general Pavía entró en el Congreso al frente de sus tropas y lo disolvió.

Con ello finalizaba la efímera República, sin haber dispuesto del tiempo necesario para afrontar los problemas del país. El espectro de las viejas y retrógradas clases dominantes españolas apuntaba de nuevo en el horizonte. España había perdido varias oportunidades de modernizar sus estructuras sociales y políticas. A partir de 1874, el ejército seguiría interviniendo en política, pero su intervención no tendría ya facetas liberales, sino conservadoras.



La República Española poniendo orden con ayuda de la Paz y de la Ley. Caricatura política del siglo XIX.



Izquierda, Francisco Pi y Margall (1824-1901), presidente de la primera República española. (Museo del Ateneo, Madrid.)

Página anterior, Amadeo I (1845-1890), que fue rey de España tras la caída de Isabel II, por R. Amado. (Museu d'Art Modern, Barcelona.)

Índice

Abel 106
Abensberg, batalla de 75
Abukir, batalla de *62*
Act of Union 110
Aculco, batalla de 161
Adams, John 10, 17, 19-20, *21*, 22, 30-32, *32*
Adams, Sam 16-20
Adén 114, 130
Adrianópolis, tratado de 130
Afganistán 114
Afrancesados 152
África 10
África del Sur 114, 115
Aix-la-Chapelle, congreso de 118
Ajaccio 64
Alagón, duque de 157
Albania 129
Alberto de Sajonia-Coburgo 112, *113*, *116*
Alejandría 63, 130
Alejandro I Zar de Rusia 65, 73-74, 78, 80, 82, 84, 86-87, *88*, 89, 96, *96*, 122, 130, 134-135, *134*, 137
Alejandro II Zar de Rusia 133-134, 138-140, *140*
Alemania, 10, 65, 75, 77, 82-84, 89, 96-97, 101-102, 104, 117-118, 122, 124-125, 127-128, 151
Alfonso de Borbón 170
Alí, Mohamed 129-131
Alianza, tratado de 26
Alien Act (ley de extranjeros) 32
Alma, batalla de 132
Alpes 150
Alsacia 101
Álvarez de Castro 154
Álvarez Mendizábal, Juan 165
Allen, Ethan 20
Allen, Willian 15
Allende, Ignacio *161*
Amadeo I Rey de España 170-171, *170*
América 93, 157
América Central 12
América del Norte 10, *28*
América Latina 119, 160
Amherst, lord 23
Ami du Peuple, L' (Marat) 52
Amiens, tregua de 67, 71
Ampère, André *105*, 106
Amsterdam 97
Anatolia 129
Ancona 121
Andalucía 119, 158
Andrezième 102
Anglas, Boissy d' 61
Angosturas, congreso de 162
Angulema, duque de 158
Antiguo Régimen 33, *34*, 35-37, 46-47, 59, 68, 71, 104, 118, 141-143, 152-154, 163
Antillas 27
Antonio, infante 154
Apalaches 16
Aquisgrán 102
Arago 106
Arakcheyev 134
Aranjuez, motín de 152
Aranza 153
Arapiles, batalla de 154
Arcis-sur-Aube, batalla de 86
Arcole, batalla de 65
Argelia 128
Argentina 160
Argüelles, A. 158
Arkwright, Richard 101, 109
Armenia 130
Armero 167
Artigas, Gervasio 161
Artois, conde de 67, 141
Asamblea Constituyente 46, 48-49
Asamblea de Notables *39*, 40
Asamblea Legislativa 48, 50-52
Asamblea Nacional 42, 44-48, *47*, 50, 54-55, 57, 62
Asia 10
Asia Menor 128
Asociación de Trabajadores de Londres 113
Asociación Internacional de Trabajadores 151
Aspern, batalla de 75
Assignats 47, 62
Atenas 98, 130
Atila 71
Atlántico Sur 96
Attucks, Crispus 17
Averstedt, batalla de 72
Augereau 62, 71
Austerlitz, batalla de 72, 75, 149
Australia 115
Austria 50, 63, 65, 72, 74, 76-77, 82-85, 87, 89, 119-120, 122, 124, 128, 132, 151
Auto de Felipe V 159
Avenir, L' 104
Avogadro 106
Ayacucho, batalla de 162
Aymerich 159
Azuqueca, batalla de 165

Babeuf, François (Gracchus) 62
Badajoz, batalla de *81*
Baden 118
Baden-Baden 127
Bailén, batalla de 154, 162
Bailly, Jean 42
Balaklara, batalla de 132, *133*
Balbo, Cesare 124, *124*
Balcanes 98, 128, *131*, 132-133
Báltico, mar 65
Ballesteros, general 158, 159
Banca Baring 103
Banca Hope 103
Banca Rostchild 103
Banco Nacional (Estados Unidos) 30
Barbe-Marbois 62
Barbès 145, 147
Barcelona 152, 158-159, *163*, 166
Barclay de Toily 80
Bardají 158
Barère, Bertrand 56-60
Barnare, Antoine 36, 42, 48-49
Barras, Paul François Nicolas 58, 60, 62-64
Barré 19
Barthélemy, François 62
Bastilla, la *41*, 43-44, *44*
Batavia, república de (Holanda) 65
Bautzen, batalla de 83
Baviera 75, 83, 118, 122, 127
Bayona 152, 156
Bazard, Saint-Amand 105
Beauharnais, Eugène 75, 82
Beauharnais, Josephine 61, 64, 75-76, *76*, 86
Beethoven, Ludwig van 77
Belén 131-132
Bélgica 63, 85, 89, 98, 101, 102, 104, 110, 122, 124
Belgrado 98
Belice 12
Bella Helena, la 150
Benevento 70
Beresina, río 80
Berlín 72, 102, 125, *125*
Berlín, universidad de 76
Bermudas, islas 12
Bernard, sir Francis 16-17, 22
Bernadotte, mariscal 63, 70-71, 77-78, 82-83, 85
Berry, duque de 142
Berry, duquesa de 144
Berthier, Louis Alexandre 64
Besarabia 133
Bessières 71
Bilbao 165
Billaud-Varennes, Jaques Nicolas 52, 56
Biot 106
Birmania 114
Birmingham 108, 111
Bismarck, Otto von 97, 127-128
Blanc, Louis *105*, 106, 146-147, *147*
Blanqui, Auguste 145-147
Blücher, mariscal 83, 85-86, *85*, 90-91, 108
Bóers *114*, 115
Bogotá 161
Bohemia 101, 125
Bolívar, Simón 160-162, *162*
Bolonia 70, 121
Bonaparte, familia 142
Bonaparte, Jerónimo 73
Bonaparte, José 67, 71-72, 74, *74*, 152, 154, 156, *156*, 160
Bonaparte, Luciano 64, 67
Bonaparte, Luis 67, 72, 77
Bonaparte, Napoleón *ver* Napoleón Bonaparte
Borbones, familia de los 44, 64, 86, 96, 118, 121, 144, 152, 160
Borodino, batalla de *79*, 80
Bósforo 130-131
Bosria 131
Bossuet, Bishop 34
Boston 16, *17*, *18*, 19-20, *19*
Boston, bahía de 17
Boulogne-sur-Mer 145
Bouquet, Henry 16
Boves, general 161
Bradford 108
Bravo Murillo 166
Bremen 77
Brest 71
Bretaña 35, 40
Breteuil, barón de 43
Bridewell, prisión de *111*
Brienne, batalla de 85
Brienne, Escuela Militar de 64
Brienne, Loménie de 40
Brindley 102
Brissot, Jacques Pierre 10, 50, 54, 57
Brissotins 50
Brottier, abate 62
Brune, general 65
Brunswick, ducado de 122
Brunswick, duque de 51-52, 75
Bruselas 54, 90-91, 97, *122*
Buckland, William 15
Büchner, Georg 122
Budapest 98
Buena Esperanza, cabo de 114-115
Buenos Aires 160
Bulgaria 132
Bunker Hill, batalla de 20, *21*
Burdeos 36, 55, 58
Burdeos, duque de 144
Burgos 152
Burgoyne, general John 24, *25*
Burke, Edmund 16, 19
Burr, Aaron 32
Burschenschatt 118-119, 122
Byrd, Willian 15
Byron, lord 106, 107, 130, 137

Caballeros de Malta 67
Cabo, El *114*
Cabrera, general 165, 166
Cádiz *118*, 119, 121, 154-155, 158, 160
Cadoudal, Georges 67
Cairo, El 130
Calatrava, José María 165
Calomarde, Francisco de 121, 159
Calonne, Charles A. 39, 40
Cámara de los Comunes 17, 104, 108, *115*
Cámara de los Lores 108, 111
Cámara de Representantes (EUA) 29, 32
Cambacères 64, 68
Cambon 60
Campo de Marte 49-50, 60
Campo Formio, tratado de 63, 65
Canadá 10, 12, 114-117
Canning, George 110, 120, 130
Cánovas del Castillo, Antonio 166, 170
Cantón 115
Cantonalismo 171
Capital, El (Marx) 104
Capitation (impuesto francés) 34
Capitolio, El *11*
Carabobo, batalla de 162
Caracas *162*, 163
Carbonarios 119, 121, 142
Caribe, islas del 12
Carlista, Primera Guerra 165
Carlistas 159
Carlomagno 67
Carlos III Rey de España 155
Carlos IV, familia de *153*
Carlos IV Rey de España 74, 152, 156
Carlos X de Francia 67, 130, 142-144, *143*
Carlos XIII de Suecia 77
Carlos, archiduque 74-75
Carlos Alberto de Piamonte 124, 126
Carlos Augusto, duque 77
Carlos de Borbón 159, 163, 165
Carlos Félix de Lombardía 120
Carlyle 111
Carnot (físico) 106
Carnot, Lazare 56, 58, 62
Carolina de Brunswick 109-110
Carolina del Sur 13
Carr, Raymond 152, 156
Carrel 144
Carrera, José 160
Carrier, Jean Baptiste 58
Carta del Pueblo 113
Cartagena de Indias 157, 161
Cartismo 113
Casa Blanca *11*, 32
Casa de los Burgueses 16
Castaños, general 154
Castelar, Emilio 170-171
Castiglione, batalla de 65
Castillejos, batalla de 167
Castle, William 17-18
Castlereagh, lord 85, 87, 90, 96-97, 120
Catalina II Zarina de Rusia 134-135
Cataluña 119, 159, 166
Católicos 11, 110
Cáucaso 130, 140
Caulaincourt 85-86
Cavaignac, general 148-149

Cavour, conde de 122, 124, 126, 128, 133
Cayenne 12
Ceilán 67, 114
Cerdeña 122
Cien Días, Los 90, 145
Cien Mil Hijos de San Luis, Los 158
Cisalpina, república 63, 65, 67
Cisneros, Hidalgo de 160
Civitavecchia 126
Cobbet, W. 109
Cobden, Richard 114
Coblenza 50
Coburg 60
Código Napoleónico 69-70
Coleridge, S.T. 107
Colombia 162
Colonia 97
Collado, Pedro (Chamorro) 157
Collingwood, almirante 71
Compañía de Jesús 165
Compiègne, palacio 152
Concord 20
Concha, general 166
Condorcet, marqués de 10
Condottiere (Napoleón) 64
Confederación Alemana *119*
Confederación del Rhin 72, 82
Confederación Germánica 89
Connecticut 13, 19, 29
Connecticut, compromiso de 29
Consejo de Castilla 152-153
Conservador, partido 104-109-110, 114
Constant, Benjamín 141-142
Constantino, gran duque de Varsovia 122, 135-136
Constantinopla 129-130, 132
Consulado 64, 71
Conti, princesa de *37*
Convención Nacional 51-57, *55*, *56*, 60-62, 69
Copenhague, batalla de 65
Copley, J.S. 15
Córcega 64-65
Corday, Carlota 55
Cordeliers, club de los 49-50, 60
Corn Laws (aranceles proteccionistas agrícolas) 102, 110, 114
Cornwallis, lord 26-27, *26*
Cort 101
Cortes de Cádiz 155-156
Coruña, La 154-158
Corvées (servicios de los campesinos) 35
Courrier Français (Guizot) 141
Cousin, Víctor 142
Couthon, Georges 56
Craonne, batalla de 86
Creeks (tribu india) 12, 16
Creta 129
Creusot 101
Crimea 96, *132*, 133
Crimea, guerra de *131*, 132, *133*, 134, 138
Croacia *123*
Cuáqueros, casa de los *13*
Cuba 12, 160
Cuba, guerra de 171
Custine, marqués de 136
Custozza, batalla de 125
Cuvier (paleontólogo) 107

Chacabuco, batalla de 162
Chadwick, Edwin 111
Chambord, señorío de 152
Championnet, general *67*
Champlain, lago *23*
Champollion (egiptólogo) 107
Chapalagarra 159
Charleroi 90, 91
Chateaubriand, François de 40, 98, 107, 141
Chatham 19, 108
Chatham, astilleros de *98*
Chatham, conde de (William Pitt) 17
Châtillon 85
Chaumont, tratado de 85-86
Chernishevski, Nikolai 139
Cherokees (tribu india) 12, 16
Chevalier (economista) 102
Chevreul 106
Chesapeake 29
Chihuahua 161
Chile 158, 160, 162
China 111, 115
Chíos, isla de 129
Choctaws (tribu india) 12, 16

Dalton (físico) 106
Damasco 130
Danton, Georges 36, *43*, 51-52, 54, *54*, 60
Dardanelos 130-131
Darlington 102
Darmouth, lord 19
Darwin, Charles 107
Darwinismo 98
Daumier, Honoré 145
David 60
Davoust 71
Deák, Ferenc 125
Deane, Silas 25
Década Ominosa, la 158
Décazes 142
Deccan 114
Decembristas, los 134, 136, *136*, *137*
Declaración de independencia 21, *22*, *23*
Declaración de los Derechos Humanos 10, 33, 46
De Launay, gobernador 44, *48*
Delaware 13
Delaware, río *24*
Delfinado 40
Desaix 65
Desmoulins, Camille 43, *43*, 45, 60
Detroit 16
Diablo, isla del 60
Dickinson, John 17, 20, 27
Dieta de Frankfurt 122
Dieta de Praga 125
Disraeli, Benjamín 97, 114
Dinamarca 26, 65, 77, 82
Dinwiddie, Robert 16
Directorio (Francia) 62-64, 69
Dolores, grito de (Hidalgo) 160
Dominica 12
Donelson, John *12*
Dos Sicilias, reino de las 119
Dostoyevski, Fedor 135, *137*, 138
Dresde 75, 83
Ducos 63-64
Duma (consejo municipal) 138
Dumouriez, general 54
Dunmore, John 20
Du Teil, comandante 64

Eckmuhl, batalla de 75
Edad Media 99, 151
Egipto 63, *63*, 65, 67, 129-132
Elba 67, 86-87, 89-90, 96
Elío, general 156
Elíseo, palacio de 149
Elster, río 84
Emperatriz de la India (Victoria) 117
Enfantin, B.P. 105
Engels, Frederich 106, 146
Enghein, duque de 67
Enrique de Borbón, príncipe 144
Epidauro 129
Época victoriana *116*
Erturt 78, 82
Erturt, congreso de 128
Escandinavia 54
Escocia 10, 105
Escóiquiz 156
Escuela Normal Superior (Francia) 69
Escuela Politécnica (Francia) 69, 143
España 12, 25, 27, 31, 54, 65, 71, 74, 78, 82, 84, 96, 103, 114, 119-120, 152, 171
Española, La 12
Espartero, general 165-167, *166*
Espinosa de los Monteros, batalla de 154
Essling, batalla de 75
Estados Eslavos Unidos 135
Estados Generales 33, 35, 40, 42
Estados Pontificios 119, 124
Estados Unidos 10, *13*, *19*, 26-27, *28*, 29, 31-32, 98, 106, 116-117, 160
Estaing, conde D' 26
Estrasburgo 145
Estrechos, convención de los 131
Eugenia de Montijo 150, *151*
Eylau, batalla de 72

Fabvrier, coronel 130
Factory Act 113
Fairfax, familia 13
Falloux, ley 149
Fanar (barrio de los negocios de Constantinopla) 129
Faraday 106
Faubourg, Saint-Antoine *41*, 43, *120*
Federación de Realistas Puros o Apostólicos 159
Federal Hall 30
Federico el Grande de Prusia 76
Federico Guillermo III de Prusia 72, 76, 82, 86, *88*, *96*
Federico Guillermo IV de Prusia 125, 127-128, *128*
Felipe II Rey de España 152
Feliu 158
Fernando I de Nápoles 120, 126
Fernando I Emperador de Austria 125
Fernando VII Rey de España *118*, 119-120, 152, 156, *157*, 158-163, 165
Ferrera 70
Fersen, conde 49
Fichte, Joahnn Gottlieb 76
Fiesta de la Razón 60
Figueres, Estanislao 170-171
Figueres 152
Filadelfia 13, *13*, 15, 17, *29*
Finisterre, batalla de 71
Finlandia 77
Fiske, John 27
Flandes 150
Fleurus, batalla de 60
Florencia 65, 125
Florida 12, 27
Floridablanca, conde de 155
Fontainebleau 71
Fontainebleau, tratado de 86, 152
Foreign Office 110, 130
Fort Pitt 16
Fouché, Joseph 63-64, 69, 92
Foullon, Joseph François *48*
Fourier, Charles 106, 146
Fox, Charles James 19
Foy, general 142
Francia 10-12, 25-27, 33-93, *63*, 96-97, 99-100, 102, 104, 107, 110, 114, 117-118, 120, 122, 124, 126, 130-133, 141-152
Francia, doctor 161
Francisco I Emperador de Austria 74-75, *88*, *96*, 126
Francisco de Asís, príncipe (marido de Isabel II) *165*
Francisco José de Austria 126-127
Francoprusiana, guerra 98
Frankfurt 54, 97, 127
Frankfurt, declaración de 84
Franklin, Benjamín 15-17, 19, *21*, 25-27, *25*, 30
Fréjus 63
Fréron 58, 60
Friedland, batalla de 72, *72*

Gage, general Thomas 20
Galicia 119
Galitzia 75, 78, 122
Galvani 106
Galloway, Joseph 20
Gamonal, batalla de 154
Ganges 114
Gante 97
Ganteaume 71
Garibaldi, Giuseppe 126
Garnier-Pagès 144
Gates, Horatio 23-24, *25*
Gaudet 50
Gaudin 68
Gauss 106
Gay-Lussac 106
Gazette de France (Chateaubriand) 141
Genêt, Edmond 30
Génova 65
Gensonné, Armand 50
Georgia 13, *15*
Gerard, mariscal *144*
Gerona 154
Gibraltar 26-27, 114
Girondinos 50, 52-55, 60
Gladstone, William Ewart 114
Glasgow 97
Gneisenau 76
Godoy, Manuel 152
Goethe, Johann Wolfgang von 77, 107
Gogol 137
Goito, batalla de 124
Golden Hill, batalla de 17
González, Rufino 159
González Bravo 166, 168
Gotinga, universidad de 106
Goya, Francisco de 154
Gran Bretaña 12-13, 16, 19-23, 26-27, 30-31, 39, 54, 62-63, 65, 67, 71-75, 78, 82-83, 85, 87, 89, 96-99, 101-102, *102*, 104, 107-117, *112*, 122-123, 128, 130-132, 138, 150, 160
Gran Emigración (bóer) 115
Gran Exposición (Hyde Park) *102*, *116*, 117
Grand Banks (pesca) 12
Grand National Consolidated Trade Union 106, 112
Granja, rebelión de la 165
Great Reform Bill 111
Grecia 98, 107, 108, 129-130, *129*, 133
Grenada 12
Grenoble 90
Grenville, George 16-17
Grey, lord 110
Grossbeeren, batalla de 83

Grouchy, general 91-92
Guadalupe 12
Guardia Imperial 72, 87, 92
Guardia Nacional 44-45, 49, 125, 142, 144, 146
Guardia Real 158
Guardia Suiza 51
Guayana 12
Guayaquil 162
Guerrero *161*
Guillermo IV Rey de Gran Bretaña 110-112
Guillermo de Orange 122, 144
Guillotin, doctor 46
Guizot, François 141-142, 144-146
Gustavo IV de Suecia 77

Habana, marqués de La 168
Habsburgo, familia de los 72, 74, 97, 127
Haidouks (guerrilleros servios) 128
Halifax 19
Hall, Gunston 15
Ham, fortaleza de 145
Hamburgo 77
Hamilton, Alexander 28-32, *31*
Hanau 84
Hancock, John 15, 17-18, 20
Hannover 102
Hannover, casa de *17*
Hardenberg, Karl August von 76, 87, 96
Hargreaves 101
Harrington 22
Harvard 13
Haussman, barón 150
Hawley, Joseph 17, 20
Hébert, Jacques 53-54, 59-60
Hebertistas 59-60
Heine, Heinrich 122
Helvética, república (Suiza) 65
Henry, Patrick 16
Henry, Richard 20
Hérault de Séchelles, Marie Jean 56, 60
Herbois, Collot d' 56, 58
Herzen, Alejandro 137-138
Hessen-Kassel 122, 128
Hetería 129
Hidalgo, cura Miguel 160-161, *161*
Hidalgo, general 171
Hijos de la Libertad 16, 17
Hoche 58, 62
Hofer, Andreas 75
Hoffman 150
Hohenlinden, batalla de 65
Hohenlohe 97
Holanda 10, 26, 54, 67, 77, 84-85, 89, 114-115, 123
Hong-Kong 115
Howe, sir William 22-24
Hudson, bahía de 12
Hudson, río *23*
Hugo, Víctor 107, 149-150, *149*
Humboldt, Wilhelm von 76, 87
Hungría 110, 124-127
Hunt 109
Huskisson 102, 110
Hutchinson, Thomas 17

Ibérica, península 74, 78, *81*
Ibrahim 130
Iglesia anglicana 108, 110
Iglesia ortodoxa 128, 133, 136
Illinois 28
Imperio británico 10, *13*, 97-98, 111, 114, *114*
Imperio germánico 97
Imperio habsburgo 96-98, 124
Imperio napoleónico 71-72, 74, 84
Imperio otomano *ver* Turquía
Independence Hall *29*
Independencia española, guerra de *74*, 154, 156, 160, 162
Independencia griega, guerra de *131*
Independencia mexicana, guerra de *161*
Independencia norteamericana, guerra de la *21*, *25*, 39, 114
India 98, 111, 114-115
Indiana 28
Indias Occidentales 114
Indias Orientales, Compañía de 18, 111, 114
Indo 114
Ingersoll, Jared 16
Inglaterra 10, 16, 84, *98*, 99-100, 103, 110
Inkerman, batalla de 132
Innsbruck 75
Inquisición 156, 159, 161
Instituto de Francia 69
Inválidos de París 145
Invierno, palacio de *140*
Irlanda 10, 26, 104, 110, 114
Iroqueses (tribu india) 16
Isabel II Reina de España 159, *164*, *165*, 166, 169, *169*
Isabel de Braganza 159
Islam 128
Istúriz, Francisco Javier 165-167
Italia 10, 55, 65-67, *65*, 71, 86, 89, 96, 98, 100, 102-103, 119-122, 124, 128
Itúrbide, general 163

Jacobinos, club de los 49-50, 53-60, 62-63
Jamaica 12, 161
Janina 129
Japón 111, 115
Jartum 130
Jay, John 29, 31
Jefe de los Servios (Obrenovich) 128
Jefferson, Thomas 10, *19*, 21, *21*, 28, 30-32, 67, 69
Jellacic Banus, conde *123*, 126
Jemappes, batalla de 54
Jena, batalla de *70*, 72, 76
Jenny (tejedora) 101
Jerusalén 131
Jones, John Paul 26
Jónicas, islas 63, 65, 73, 114
Jorge, Kara 128
Jorge III Rey de Gran Bretaña 17, *17*, 19-20, 27, 109, 112
Jorge IV Rey de Gran Bretaña *71*, 109-110, 112
Jorge V Rey de Gran Bretaña *114*
José I de Austria 98
José I Rey de España *ver* Bonaparte, José
Josefina, mujer de Napoleón *ver* Beauharnais, Josephine
Joubert 63
Joule, James 106
Jourdan, Jean B. 58, 60
Journal des Curés, Le 70
Joven Irlanda 110
Joven Italia 121, *121*
Joven Rusia 139
Juárez, Benito 167
Judíos 11
Juego de Pelota *47*
Junín, batalla de 162
Junot, Andoche 80
Juntas de Defensa 154
Jutglar, Antoni 170
Karazov 139
Katzbach, batalla de 83
Keats, John 107
Kent, duque de 112
Kentucky 28
Keppel, almirante 23
Kiev 135
Knox, Henry 30
Koenigsberg 76
Kolokol (la campana) 138
Kollár, Jan 125
Kossuth, Lajos 125, 127
Kotzebue 118
Koutaieh, tratado de 130
Kray, general 65
Kremlin 80
Krüdener, Julia de 134
Krupp 97, 101
Kulm 83
Kutuzov, príncipe 80
Kalish, tratado de 82

La Bisbal, general 158
Lacordaire 104
Lafayette, marqués de 10, 26-27, *26*, 44-45, *45*, 52, 141-142, 144, *144*
Laffitte, Jacques 144, *144*
Laibach, congreso de 120, 130
Laissez-faire 52
Lamarck, J. B. 107
Lamartine, Alphonse de 146-148
Lamennais 104
Lancashire 108
Languedoc 35
Lannes 71
Lanterne, La (Rochefort) 151
Laon, batalla de 86
Laplace 106
La Rothière, batalla de 85
Lebrun, Charles François 64, 68
Le Chapelier 69
Ledru-Rollin 148
Lee, Arthur 25
Lee, Charles 23
Leghorn 65
Leipzig, batalla de 71, 82-84, *82*
León, isla de 155
Leopoldo I de Bélgica *122*, 123
Leopoldo de Austria 49
Leopoldo de Hohenzollern 170
Lermontov, Miguel 107, 108, 137
Lersundi 166
Le Verrier 106
Lexington 20
Líbano 131
Liberal, partido 111, 114
Liberalismo 114, 118, 136, 155
Liberty 17
Librecambio 111, 114, 163
Liebig, Justus von *99*, 100, 106
Lieja, 97
Liga de la Neutralidad Armada 26
Liga de los Comunistas 106
Liga de los Justos 106
Liga de los Príncipes 128
Ligny, batalla de 91
Liguria, república de 63, 65
Lille 97
Lima 162
Lindet, Robert 56, 58
Liverpool, lord 109
Lobau, isla de 75
Locke, John 22
Lodi, batalla de 65
Lombardía, 89, 119-120, 124
Londres, *13*, 16, 97, 110, *110*
Londres, conferencia de 123, 131
Londres, tratado de 130-131
Longwy 52
López, Joaquín María 166
Lorena 101
Louisburg 13
Louvre, palacio del 143, *145*
Lübeck 77
Luditas, sublevaciones 104
Luchana, batalla de 165
Luis XIV 10, 34, 64, 68
Luis XV 34-35
Luis XVI *11*, 35, 38, *38*, *39*, 40, 42, 44-45, 49, 51, *53*, 54, *55*, 142
Luis XVIII 87, *87*, 89-90, 93, 96, 118, 141-142, *141*
Luis de Baviera 125
Luis Felipe Rey de Francia 101, 104, 121, 123, 127, 131, 144-146, *145*, 150
Luisiana 12, 65, 67
Lunéville, paz de 65, 67
Lützen, batalla de 82
Lyon 55, 58, 104, 144

Llanura, la 52

MacAdain 102
MacDonal, general 65
Macedonia 130
Mack, general 72
Mac-Mahon, general 132
Macpherson, John 13
Madame Mère 64
Madison, James 28, 29, 32
Madrid 74, *74*, 81, 152-154, 156, 158
Maestrazgo 165
Magnano, batalla de 63
Maguncia 63
Mahmud, sultán de Turquía 130
Maine 13
Maipo, batalla de 162
Malakoff, fuerte de 132
Malet, Claude François de 81
Malouet, Pierre 48
Malta 63, 67, 114
Malthus, Thomas 111
Mancha, canal de la 71
Manchester 97, 108, 109, 111
Mandats 62
Manhattan 23
Manifiesto Comunista 106, 146
Manifiesto de los Persas 156
Manzanares 159
Maquiavelo, Niccoló 65
Marat, Jean Paul 52-55, *52*
Marengo, batalla de 65, *65*
María Amalia de Sajonia 159
María Antonia de Borbón 159
María Antonieta *33*, 38, 49
María Cristina de Borbón 159, 163
María Francisca de Braganza 159
María Luisa, mujer de Napoleón *69*, 75, 77, 81, 86, 90
Marmont, mariscal 71, 86, 143
Marne, valle del 85
Maroto, general 165, *166*
Marruecos 167
Marsella 36, 55, 58
Marsellesa, la *51*, 128, 146
Martignac 143
Martínez de la Rosa 158, 163, 165
Martinica 12
Marx, Karl 104, 106, 127, 138, 146, *147*, 148
Maryland 13, 29
Massachusetts 13, 17, 19, 29
Masséna, general 63
Maupas, prefecto de policía 149
Mauricio, isla 114
Maurín, Joaquín 152

Mavrokordatos, Alejandro 129-130
Maximiliano de Baviera 125
Mazzini, Giuseppe 98, 121-122, *121*, 125-126, 148
Meca, La 130
Medellín, batalla de 154
Mediador de la Confederación Suiza (Napoleón) 77
Medina 130
Medjid, Abdul Sultán de Turquía 130, 132
Melas, general 65
Melbourne, lord 112
Mendoza 162
Menou, general 61-62
Menschikoff, príncipe 132
Mercer, George 16
Mesopotamía 107
Mesta, La 100, 156
Metternich, príncipe von 75, 82-84, 87, 96-97, 118-122, *122, 123,* 124-125, 130
Metternich, sistema de 118
México 160, 167
Michigan 28
Midlands 108, 113
Milán 65, 124, *126*
Milans del Bosch, general 166
Mill 102
Mina 159
Minutemen (milicianos) 20
Mir (consejo de aldea) 138
Mirabeau, marqués de 10, 42, 48-49, 57
Miramón 167
Miranda, Francisco de 161
Missolonghi 107, *129*, 130
Módena 119, 121
Módena, duque de 62
Moldavia 73, 130, 132, 133
Molé 145
Monarquía de Julio, la 144-145
Monge 106
Monroe, doctrina 31, 98
Mont Cenis 150
Mont Saint-Jean 91
Montalembert, conde de 104
Montaña, la 52, 57
Montemolín, conde (Carlos VI) 166
Montevideo 161
Montpensier, duque de 170
Moore, general 154
Morales 160
Morea, península de 129
Moreau, general 63, 65
Morelos, cura *161*
Morella, rendición de 165
Moret, Segismundo 170
Morillo, general 157-158, 161
Morny 149
Morris 29, 31
Morse 106
Mortier, mariscal 86
Mosa, río 90, 101
Moscú 80, 136, *139*, 140
Móstoles, alcalde de 154
Mounier, Jean 10, 42, 48
Mount Vernon *13*, 16, 31
Mount Vernon, conferencia de 28
Movimiento Católico Liberal 104
Mozart, Wolfgang Amadeus *37*
Municipal Corporations Act (decreto sobre las corporaciones municipales) 111
Muñoz, Fernando 163
Murat, Joachim 63, 67, 71, 90, 152-153

Nacionalismo 118
Namur 97
Nantes 36, 144
Napoleón Bonaparte 10, 58 *58*, 61-64, *62, 63, 64, 66*, 67-87, *68, 69, 70, 72, 74, 78, 79, 84*, 89-93, *91, 92-93*, 96-97, 107-108, 134, 142, 144, 152, 154, 156
Napoleón III 123, 132-133, 145, 148-151, *148, 149*, 170
Nápoles 62, *67*, 71, 90, 97, 120, *120-121*, 124
Narváez, general 165, *166*, 167
Nashborough, fuerte *12*
Nashville *12*
Natal 115
Navarino, batalla de 130, *131*
Navarra 165
Navegación, leyes de 16
Nazareth 131
Necker, Jacques *33*, 39-40, *41*, 42-44
Neerwinden, batalla de 54
Nelson, almirante *62*, 65, 71, *71*
Nemours, duque de 123
Neptuno 106
New Hampshire 15
New Lanark 105
Newton 106
Ney, mariscal 71, 80, 82, 91-92, 141
Nezib, batalla de 130
Nicolás I Zar de Rusia 127, 132, 135, *136*, 138, *139*
Niemen, río 78, 81
Nilo, batalla del *62*
Niza 54
Normandía 101
Norteamérica 11, 12-32, *17*, 110
North, lord 18, 27
Notre-Dame 60
Nottinghamshire, condado de 109
Novara, batalla de 120, 126, *127*
Novi, batalla de 63
Nueva Armonia 106
Nueva Escocia 12
Nueva Gaceta Renana (Marx) 127
Nueva Granada 157, 161-162
Nueva Inglaterra 13, 20, *23*, 31
Nueva Jersey 23, 28
Nueva York 16-17
Nueva Zelanda 115-116

Obrenovich, Milos 128
Ocaña, batalla de 154
O'Connell, Daniel 110
O'Connor, Feargus 113
Odessa 129
O'Donnell, general 166-168
Oersted 106
Offenbach 150
O'Hara, general 26
O'Higgins, Bernardo 160, 162
Ohio 28
Ohm 106
Oldenburgo, ducado de 77-78
Olmutz, paz de 128
Olózaga, Salustiano 166
Ollivier, Émile 151
Opio, guerra del 115
Orange, casa de 89
Orange, Estado Libre de 115
Ordenanzas del Noroeste 27
Orleans, duque de 42, 143
Orsini, Felice 150, *151*
Oswald, Richard 27
Otis, James 17
Otón I de Grecia 130
Ottawas (tribu india) 16
Ouverture, Toussaint l' 67
Owen, Robert 105-106, 112-113
Pablo I zar de Rusia 65, 134
Páez, José Antonio 162
Padres fundadores, los 28, 29
Paine, Tom 21,23
País Vasco 165
Países Bajos 84-85, 87, 89-90, 100, 122
Palacký, Frantisek 125
Palafox, general 154
Palais Royal 43, 50
Palatinado 127
Palestina 129, 131, 150
Palikares (guerrilleros griegos) 128
Palmerston, Henry John 130-133
Pamplona 152, 158
Paneslavo, congreso 125
Paoli, Pasquale 64
Paraguay 161
París 42-45, 49-51, *50*, 53-55, 59, 61-62, 64, 86-87, *86*, 90, 92-93, 96-97, 102, *120*, 123, 143, 145, *146*, 149-150
París, Escuela Militar de 64
París, paz de 133
París, tratado de 27, 87, 138, 150
Parlamento de Frankfurt 127, *128*
Parlamento de París 34, 40-42
Parma 67, 86, 119, 121
Pashà, Alí 132
Patrocinio, sor 166
Patterson, William 28
Pavía, general 171
Pays d'états 34
Pedro el Grande de Rusia 134
Peel, Robert 102, 104, 108, 110, 114
Peloponeso *131*
Penn, William *14*
Pennsylvania 13, 15
Pepe, general 120, *120-121*
Pepperrell, sir William 13
Pequeño Napoleón, el (Napoleón III) 150
Père Duchesme (Hébert) 52, 59
Pérez Galdós, Benito 158
Pereyre 102
Périer, Casimir 144, *144*
Perú 162
Pescara, batalla de 124
Pestel, coronel 135, 136
Peterloo, matanza de 109
Petrachevistas 137
Philosophes 37
Pi y Margall, Francisco 171, *171*
Piacenza 86
Piamonte 65, 67, 119, 124, 126, 132-133
Pichegru, general 58, 60-62, 67
Pinckney, Charles C. 32
Pineda, Mariana 159, *159*
Pío VII 67, 70
Pío IX 124-125, *124*
Pirámides, batalla de *63*
Pitt, William 17, 71-72, 108
Plan de Iguala 163
Policía Metropolitana (Gran Bretaña) 110
Polignac, príncipe 143
Polonia 10, 72, 78, 89, 96, 122, 136, *139*
Ponte Corvo 70
Pontiac (jefe indio) 16
Poor-Law (Ley de los Pobres) 111
Portalis 68
Portugal 26, 74, 82
Posnania 122
Praga 98, 126
Praga, conferencia de 83-84
Pragmática Sanción 159
Presburgo, tratado de 72, 75
Preston, capitán 22
Prieur de la Côte d'Or, Claude 56, 58
Prim, general Juan 166-171, *169*
Princeton, batalla de *25*
Proteccionismo 159
Protestantes 11
Proudhon, Pierre Joseph 106, 146
Prusia 50, 72, 76-77, 82-83, 85, 87, 89, 96-98, 100, 102-103, 120, 122, 127-128, 151
Puente Calderón, batalla de 161
Puente de Alcolea, batalla de 168
Puerto Rico 160
Pueyrredón 160
Punjab 114
Pushkin, Alejandro 137

Quatre Bras 91
Quebec 12, 116
Quiberon *58*
Quito 161

Radetzky, mariscal 125-126, *126, 127*
Raia (ganado) 128
Rall, coronel 24
Ramolino, Letizia 64
Rancagua, batalla de 160
Randolph, Edmund 28
Rashid, gran visir 130
Raspail, F. V. 144
Reed, Joseph 19
Reform Act 104, 112
Reforma, la 129
Reich 128
Reims 86
Renacimiento, el 129
República española, primera 171
Restauración española 152
Retuerta, batalla de 165
Reubell 63
Revere, Paul 20
Revolución francesa 10-11, 27, 30, 33, *34*, 36, 40, 42-44, 46, *48*, 49-50, 52-56, 59-60, 62, 64, 68-71, 77, 82, 85, 87, 93, 96, 118, 123, 128, 134, 141, 152-153, 155, 160
Revolución gloriosa 108
Revolución industrial 97, *101*, 108, 129
Revolución norteamericana 10, *18*, 22, 24, 33, 39
Revolución puritana (Inglaterra) 10
Revolución rusa 10
Revoluciones, era de las 10
Rey de Roma 76, 81
Rhin, río 65, 84-85 *84*, 90
Rhode Island 13
Ricardo, David 102
Richelieu 142
Riego, general Rafael de 119, 121, 158
Riga 79
Río de la Plata 158
Ríos Rosas 170
Rívoli, batalla de 65
Riqueza de las naciones, la (A. Smith) 102
Risorgimento *121*, 122, 125
Robertson, James *12*
Robespierre, Maximilien 10, 31, 42, *43*, 46, 48, 50-53, *54*, 56-57, *56*, 59-60, *59*, *61*, 64
Rockingham, marqués de 17
Rochambeau, conde de 26, 27
Rochefort 151
Rodney, almirante 27
Rodrigue Hortalez y Cía 25

Roma 70, 71, 98, 126, 148
Romagna 121
Ronvanli 166
Rossi, conde 125
Rostchild, barón 102
Rostchild, hermanos 97
Rouget de Lisle *51*
Rousseau, Jean-Jacques 25, *59*, 60, 64, 71
Ruhr 97, 101
Ruiz Zorrilla, M. 171
Rumania 133
Rusia 26, 65, 71-72, *72*, 78-79, *78*, 81-85, 87, 96-97, 100-101, 103-104, 120, 122, 128, 130-140
Ryleiev 135

Saboya 54-55, 58
Sacro Imperio romano-germánico 65, *65*, 72-73
Sadowa, batalla de 151
Saint-André, Jeanbon 56
Saint-Armend, comandante militar 149
Saint-Cloud 64
Saint-Étienne 102
Saint-Germain 102
Saint-Hilaire 107
Saint-Just, Antoine 56, 59
St. Marks *12*
Saint-Ménéhould 49
Saint-Simon, conde de 105-106, 146
St. Vincent 12
Sajonia 89, 101, 122, 127
Sajonia-Coburgo, familia 112
Salamanca, batalla de 81
Salmerón, Nicolás 171
Salud pública, comité de 54, 56, 60
Salzburgo 75
Samarcanda 140
Sambre, río 90
Sambre, valle del 101
San Esteban, catedral de *100*
San Gil, cuartel 167-168
San Lorenzo, tratado de 31
San Luis, conde de 166
San Marcos, fuerte *12*
San Martín, general 158, 160, 162
San Miguel, Evaristo 158
San Pablo, iglesia de *128*
San Petesburgo 79, 135-136, *135*, *137*, 140
San Sebastián 168
San Vicente de Paul 151
Sans-culottes 52, 57, 59-62
Santa Alianza 96, 107, 120, 134, *134*
Santa Elena, isla de 93, *92-93*, 96, 114, 145
Santa Lucía 12
Santiago de Chile 160
Santo Domingo 12, 67
Santo Sepulcro 131
Santo Sínodo 136
Santos Lugares 131, 132, 150
Santuario de la Virgen María 132
Saratoga, batalla de 24
Sarre, El 101
Say 102
Scott, Walter 107
Schamyh, Imán 140
Scharnhorst 76
Schill, Friedrich von 75
Schiller, Friedrich 107
Schneider 101
Schöbrunn, tratado de 75
Schwarzenberg, príncipe Karl von 79, *82*, 83, 85-86, 90, 96, 128
Sebastopol 132-133, *133*
Segundo Imperio (Francia) 97
Seguridad general, comité de 56
Senior, Nassau 111
Ser Supremo *35*, *59*, 60
Serrano, general 166, 168-170
Servia 130
Sevilla 155
Shanghai 115
Shays, Daniel 27
Schelburne, conde de 16, 27
Shelley 107
Sheridan, R. B. 67
Siam 115
Siberia 136-137, 139
Sicilia 124
Siete Años, guerra de los 39
Siéyes, abate 42, 60, 63, 64
Sikhs (nativos de la India) 114
Silesia 101
Singapur 114
Sinop 132
Siria 129
Sistema Continental 72-74, 77-78, 81
Smith, Adam 102
Smith, Sydney 63
Smolensko, batalla de 79-80
Sociedad de los Derechos del Hombre 144
Somosierra, batalla de 154
Soult, general 71, 144
Speranski 134
Springfield, arsenal de 27
Stadion, Johann Philip von 74
Staël, madame de 64
Stamp Act (Ley del Timbre) 16-17
Staten Island 22
Stein 76
Steinheil 106
Stephens, Joseph 113
Stephenson, George 102
Steuben, Friedrich von 24
Stockach, batalla de 63
Stockton 10
Stralsund 75
Stratford de Redcliffe, lord 132
Sucre 162
Sudán 130
Suecia 26, 65, 77, 82
Suez, canal de 97-98, 150
Suffolk, Conrado de 20
Suiza 54, 77, 85-87, 89, 100
Surlet de Chokier *122*
Suvorov 63
Sydney 22

Taille (impuesto francés) 34-35
Talleres Nacionales 147, *147*, 150
Talleyrand, Charles Maurice 32, 42, 63-64, 68, 70, 74, 86, 89, 96, 142, 143
Tallieu, Thérésa 61
Tanzimat (programa de retorno turco) 130
Tashkent 140
Tauroggen, convención de 82
Telford 102
Teplitz, tratado de 83
Tercer Estado 36, 40-43, 49
Tercer Partido 151
Tercera Coalición, guerra de la 67, 71
Terranova, 12
Terror (Francia) 56-58, *56*, 60, *61*
Test Acts 110
Tetuán, batalla de 167, *167*
Thibaudeau 68
Thiers 131, 143, 145, 149, 151
Thompson, Charles 15
Thornton, Matthew 15
Tierra y Libertad (sociedad secreta rusa) 139
Tilsit, tratado de 72, 74, 77-78, *77*
Tirol 75
Tocqueville, A. de 123, 136, 146
Tolón, 55, 58, 71
Topete, almirante 168-169
Toreno, conde de 165
Tories 108, 114
Torrijos, José María 159, *159*
Toscana 119, 124
Toulouse 55
Townshend, Charles 17-18
Trafalgar, batalla de 71, *71*, 152
Transvaal, república de 115
Trece Colonias 10, 16
Trienio constitucional 158
Trinidad 67
Troppau, congreso de 120
Trubetskoi, Pablo 135
Tucumán, congreso de 160
Tudela, batalla de 154
Tugendbund (Liga de la virtud) 76
Tullerías *50*, 51, 60, 143, 146
Turgenev, Iván 137
Turgot 15, *33*, 38, 39
Turquestán 140
Turquía 73, 127-128, 130-133, *131*

Ugarte, Antonio 156
Ulm 65, *69*, 72
Unión de los Estados Germanos 97
Unión Liberal 166, 169
Unión Política de Birmingham *109*, *113*
Univers, L' 151
Universidad Imperial 69
Universidad Industrial de Barcelona *98*
Unkiar-Skelessi, tratado de 130
Urquijo 153
Uruguay 161

Vaal, río 115
Valaquia 73, 129-130, 132-133
Valdés, C. 159
Valencia 156
Valençay 156
Valmy 54
Valladolid 152
Vandamme 83
Vandea, La 54, 55, 58, 144
Varennes 49
Varsovia 72, 122, 135
Varsovia, gran ducado de 73, 75, 78, 83, 122
Venecia 63, 65, 89, 119, 124
Venezuela 157, 161-162
Verdún 52
Vergara, convenio de 165, *166*
Vergennes (ministro francés) 27
Vergniaud, Pierre 50
Verona, congreso de 120, 158
Versalles 34-35, 42-43, 45
Vicálvaro 166
Víctor Manuel I de Lombardía 120
Víctor Manuel de Piamonte 126
Victoria de Leiningen 112
Victoria, Reina de Gran Bretaña 112, *112*, *114*, 117
Victory (buque de Nelson) *71*
Viena 65, 72, 75, 87, 90, 97, *100*, 119, *123*, 124-126
Viena, congreso de 87, *87*, *88*, 89, *119*
Vieux Cordelier, le (Desmoulins) 60
Vigny, Alfred de 107
Vilagos, batalla de 127
Vilna 79
Villèle, conde de 141-142, *142*
Villeneuve 71
Vingtième 34, 40
Virginia 13, 16, 19, 28, 29
Vitebsk 79
Vitoria, batalla de 84
Vladivostok 140
Volta 106
Voltaire, François-Marie Arouet de 60, 65

Wagran, batalla de 75
Washington *11*, 32
Washington, George *11*, 13, *13*, 16, 20-24, *24*, 26-31, *30*, 64
Waterloo, batalla de 90, 91, *91*, 99-100, 108, 142
Watt 101
Wattignies, batalla de 58
Weimar 77
Weitling 106
Wellington, duque de 81, *81*, 85, 90-92, *91*, 109-110, 154, *157*
Wendel 101
Westfalia, reino de 73
Westminster 20, 110
Westminster, estatuto de 116
Whigs 108, 114
Wilberforce 111
Wilkes, John 17
Williamsburg 20
Windischgraetz, mariscal 126
Wisconsin 28
Wittgenstein, general 82
Wright, sir James 13
Wurtemberg 118

Yale 13
Yaroslavetz 80
Yorck, general 82
York, duque de 63
Yorkshire 108
Yorktown, asedio de 26-27, *26*
Ypsilanti, Alejandro 129

Zaragoza 154
Zea Bermúdez 159
Zemstros (consejos) 138, 140
Zollverein (Unión Aduanera) 102, 122
Zumalacárregui, general 165





